



MARTÍNEZ MORENO · La otra mitad

CARLOS MARTÍNEZ MORENO

LA  
OTRA  
MITAD



JOAQUÍN MORTIZ

Un hombre que creía saberlo todo de su amante es sorprendido por la enigmática muerte de ella y de su marido. Angustiosamente, el hecho significa para este desasosegado sobreviviente un hueco en el conocimiento, una fisura en la fe de que el amor puede penetrarlo todo, darlo a prever todo. *La otra mitad* es la narración concéntrica de esa angustia. El protagonista, narrador en primera persona, se interna en el pasado, escarba recuerdos, da con pistas inevitablemente bloqueadas. Se asoma también sobre un presente desolado, busca explicar a otros y, sobre todo, explicarse, demasiado tardíamente, a sí mismo. Mario Possenti experimenta una ansiedad tirante por saber, por volver sobre los días de un amor a la luz que retrospectivamente arroje sobre ellos un epílogo cerrado, misterioso, trágico. Con un oscuro sentido de regreso austral, las últimas páginas se vuelven a la infancia del personaje. Su infancia, la de Cora, es todo lo que puede asir, todo lo que puede quedarle entre las manos luego de la intensa y consumida relación de dos seres adultos.

CARLOS MARTÍNEZ MORENO nació en Colonia, Uruguay, a fines de 1917. Periodista, crítico, abogado criminalista, inició desde temprano su carrera de escritor, en la que ha obtenido importantes distinciones, entre otras el Primer Premio Bienal de Narrativa del Municipio de Montevideo, que le fue concedido en dos ocasiones (1960-1961 y 1963-64). Su novela *El perdón* (1964) quedó finalista en cuarta votación para el Premio Biblioteca Breve. Ha publicado además *Los días por venir* (1960), *Cordelia* (1961) y *Los aborígenes* (1966).

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

Rodríguez Coriella

---

*Che cosa vuol dire che tra uomo e donna ci può essere qualcosa di più importante dell' amore? Vuot dire che è possibile vedere un' altra persona come si vede se stesso: consentirgli tutti i gesti e i movimenti che si consentono a se stesso, godere che li faccia come si gode a farli noi, non sentirsi privati di cosa che facciamo con altri — vuol dire amare questo nostro prossimo come noi stesso. Quest' amore si chiama carità. Ma se l' altra persona scompare? Possiamo amare noi stesso sparito? Bisognerebbe credere che nessuno scompare mai. Che non c'è la morte.*

*Morirà e tu sarai solo come un cane. C'è un rimedio?*

*Va bene. Ma come tu puoi accettare la morte per te, perchè vuoi negare all'altro di accetarla per sé. È ancora carità. Puoi arrivare al nulla, non al risentimento. Non all' odio. Ricorda sempre che nulla ti è dovuto. Che cosa meriti infatti? Quanto sei nato, ti era forse dovuta la vita?*

CESARE PAVESE, Il mestiere di vivere

*... le moi n'est qu'un objet probable, et celui qui dit je n'en saisit que des profils; autrui peut en avoir une vision plus nette ou plus juste. Encore une fois, cet exposé ne se présente aucunement comme une explication. Et même, si je l'ai entrepris, c'est en grande partie parce que je sais qu'on ne peut jamais se connaître, mais seulement se raconter.*

SIMONE DE BEAUVOIR, La force de l'âge

*El mundo, sin embargo, nunca es una mitad, la mitad que nosotros quisieramos.*

CARLOS FUENTES, La región más transparente

## I

—Por favor, dígame exactamente cómo los encontré.

Estábamos ambos de pie, en el patio dominado por el pilón octogonal de las lavanderas, por la escalera de hierro con sus plataformas de rellano y sus empinados tramos de escalones, llenos de herrumbre y de remaches. Más cerca, detrás de la cabeza de la mujer, veía jaulas con canarios que a esa hora sólo piaban desafinadamente, tiestos de flores suspendidos de alambres a los arcos de bovedilla en los corredores; y puertas, puertas y gente borrosamente localizable en las lindes de mi campo visual, como en una toma *floue* del cine, cuando director y fotógrafo quieren que el espectador sólo se ocupe de cuanto ocurre en primer plano y los fantasmas que paradójicamente lo distraen transcurren en una niebla de espacio lechoso.

En ese primer plano estaba la mujer, frotándose en el delantal las manos rojizas e hinchadas de lejía. Era sábado de mañana, pero el hecho que yo venía a averiguar la había dejado sin empleo; y dedicaba ahora sus jornadas a remendar la ropa del marido y de los hijos, a coser y a lavar. Así me lo dijo.

Yo me había presentado como Mario Possenti, periodista, mezclando lo verdadero del nombre a lo mentido del oficio, para tener la impresión (no sé por qué, extrañamente tranquilizadora) de que no engaña a las gentes del todo.

Aun declarada mi identidad, me sentía seguro: no figuraba en el estilo de Cora haber hecho ninguna confidencia a su mujer de servicio, por más que la tratara con bondad y hasta con afecto. "Era muy buena", evocaba la mujer con una conmoción en la que ambigualmente debería sentir el reflejo de los días últimos, de

su posición testimonial de importancia. Yo venía a renovársela. Como redactor de una revista semanal, quería escribir del hecho con menos frivolidad que mis colegas de los diarios —le dije—. Por eso mismo, aspiraba a que ella me relatara minuciosamente cómo había encontrado, la mañana del martes, los cuerpos de Cora Sáez y de su marido Carlos Espiga, al llegar a la casa “para cumplir sus quehaceres de limpiadora”, según decían las crónicas policiales que yo había leído y tenía, recortadas, en los bolsillos, para releerlas en el ómnibus y por la calle.

—Bueno —dijo (y ustedes habrán observado cómo la gente de poca elocuencia empieza a hablar partiendo siempre de una palabra recapitulativa; yo, como profesor de Letras, vivo corrigiéndolo en mis discípulos) —. Yo llegué, como siempre, a las nueve de la mañana y entré directamente a la cocina.

—¿Tenía la llave del apartamento?

—Sí y no. Siempre dejaban una debajo del contador del agua, que está en un huequito junto a la puerta. O la saco yo o la usa alguno de ellos.

Movió la cabeza conmisericordiosamente y añadió: —Bueno, la *usaban*.

Ahora fui yo quien, por impaciencia ante la larga meditación en que parecía estar pronta a sumergirse la mujer, empleé la palabrita:

—Bueno, ¿y?

—Entré y me puse a lavar los platos que la señora había dejado amontonados en la piletta, como siempre. En el comedor, sobre la mesa, había una botella de vino, vacía, y una bandeja de cartón con restos de masitas. Puse la botella en el patiecito, en un rincón, donde las dejaban; y eché la bandeja con las migas en el quemador de basura.

Se demoraba con intención, para darse importancia. Resolví dejarla y, efectivamente, dijo:

—Bueno, pero todo esto ya se lo conté a otros periodistas. ¿Usted no leyó mi declaración en los diarios?

Contesté que sí, y ella ensayó, con las manos escamosas y encarnadas, un gesto vago que postulaba su cansancio y no alcanzaba a disimular su orgullo.

—En eso llamó el teléfono. (Esto no figuraba en los diarios, donde habían simplificado los prolegómenos del hallazgo.) Atendí. Preguntaban por la señora. Sabía que estaban en el dormitorio, porque la puerta había quedado entornada y porque había visto el sombrero del señor en la percha, al entrar. Golpeé despacito en la puerta, para despertarlos. Como no me contestaban, empujé un poquito la hoja y los vi.

—Los vio —dije tontamente—, pero, ¿desde el principio notó lo que había pasado?

—La luz estaba prendida. Y los vi muertos y tendidos en la cama —repuso la mujer, con un retintín hostil—. ¿Cómo quiere que no me diese cuenta?

El resto, contado sobre el fondo arrebatador de los pájaros que comenzaban a entibiarse en sus jaulas, al sol de media mañana, era muy simple.

—No me fijé en nada más y corrí a llamar a la Policía. De tan atolondrada me olvidé del teléfono que había allí. Pero lo que pasa, ¿sabe?, es que una —cuando se ve metida en un lío como ése— sólo piensa en correr a llamar más gente.

—¿Qué gente?

—El almacenero —aclaró con un tono ominoso, que mezclaba un reproche a sí misma y una condenación para el tipo—. Dijo que no podía dejar solo el negocio, pero que llamaría desde allí a la comisaría. Entonces yo me volví; fíjese que había dejado la puerta del apartamento entornada, nada más.

—¿No tenía la llave?

—Claro que la tenía, estaba sobre el mármol de la cocina. Pero tampoco se me ocurrió llevarla.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual los dos

pensamos en la situación absurda de los esposos muertos en aquella casa a la que cualquier persona, cualquier vendedor de agujas para Primus podría haber entrado en el intervalo.

—Volví y los miré mejor, sin animarme a tocarlos. Se veía que estaban muertos de horas antes. La señora casi sin sangre, el señor muy ensangrentado. Pero era ella la que me daba más lástima. Yo trabajaba en la casa desde hacía poco; pero le había tomado mucho cariño a la señora. Me puse a llorar, al verla allí tendida.

Ante el recuerdo le chispearon los ojos, y volvió a decir "Era muy buena", como si el techito de estas tres palabras fuese su zona de resguardo sentimental en toda esta historia.

—¿No había alguna carta sobre la cómoda?

—No, de eso estoy segura; me fijé bien. Porque en seguida se me ocurrió, no sé por qué, que el señor había matado a la señora y se había matado él después. Si hubieran estado de acuerdo, habrían dejado alguna carta para el Juez o el Comisario, como dicen que se deja en esos casos.

—¿Ningún otro papel? —me sorprendí preguntando, y me arrepentí instantáneamente de la pregunta.

—Ninguno —respondió lentamente, con un dejo de desconfianza, como si yo tuviera otros ramales de información acerca del asunto sobre el que estaba interrogándola.

—¿Y el teléfono? —dije para sacarla de aquel bache de recelo—. ¿Habían quedado esperando?

—Mire, me olvidé del teléfono hasta después que se fue la Policía. Entonces hice un repaso de lo que había en el comedor y vi el tubo descolgado. Me acerqué y oí, pero daba la señal de libre. La persona que llamó se había cansado de esperar, claro. Y después que cortó, no podía volver a llamar. Porque la línea, desde afuera, quedaba ocupada.

Se acreditaba con orgullo estas fáciles perspicacias.

Intelectualmente, estaba volviendo a colgar el auricular cuando yo —en otra de mis estúpidas rachas rememorativas— le pregunté:

—El teléfono, ¿ya estaba bien, entonces?

Me miró sin entenderme, y no hubo una respuesta inmediata. Reaccioné al momento, pensé que la limpiadora sólo estaba en la casa desde hacía poco más de un mes y que hacía seis meses que Cora había descuajado el teléfono, la madrugada en que escapamos a Colonia Suiza. Lo había descuajado arrancando los cables por un solo día y lo había hecho arreglar al regreso, pretextando haber caído enredada en él. Era una coartada que ya había prestado su servicio.

La mujer debió haber pensado algo por su cuenta, porque no quiso que el equívoco muriera en silencio.

—El aparato siempre marchó bien, mientras yo estuve en la casa —dijo con una satisfacción inexplicable, como si entre sus cometidos figurase el de operadora telefónica.

—Claro, claro —dije—. No sé por qué pensé...

Pero sabía. Cora no usaba nunca aquel teléfono, a llamarme. Era uno de sus tabúes, aquellos tabúes en los que nos cuidábamos de la invasión de los deinas, de las intrusiones ajenas en el mundo que nos habíamos fraguado.

—¿No supo quién había hecho la llamada?

—¿Cómo iba a saberlo? —me preguntó a su vez—. Era una mujer, pero no volvió a llamar, por lo menos mientras yo estuve allí. Porque la Policía volvió después y me hizo salir del apartamento.

Toda esta primera parte del relato sólo difería en detalles de la versión que habían publicado los diarios: era la misma narración ampliada, mejor pautada en el tiempo, más prolija. Pero nada más. Luego, más que en respuesta a mis preguntas en el contenido de algunos silencios, y en las reflexiones que ella hacía para salir de aquellos pozos de aire en que caíamos muelle-

mente los dos, fue apareciendo algo que a los cronistas policiales no les había interesado, algo que acaso no tenían posibilidad de suscitar en la mujer: una imagen más personal de "la señora Cora", la sumaria evocación de un cariño servil retribuido por una relación humana. Me pareció que había llegado la oportunidad de descargar mis preguntas propias.

—¿Le parece que dormía cuando la mataron? ¿Tenía los ojos cerrados?

—¿Cómo voy a saber si dormía? ¡Hágame el favor!...

Su rebelión, por la que rebotaba una pregunta imposible con otra, era ya más apaciguada, más dulce, hasta se diría que algo cómplice. Sin una palabra, nos habíamos puesto de acuerdo en suprimir la imagen del marido, en referirnos sólo a Cora. No podría decirles por qué lo había admitido la mujer.

—¿Y los ojos? —insistí.

—No sé bien. Pero me parece que sí, que estaban cerrados.

"Si dormía en el momento en que la mataron, como parece haber indicios de que ocurrió, ¿cuál fue su último sueño trunco, el sueño roto o perpetuado por la muerte? ¿Estaría yo en él?"

Recogí una de las revelaciones que había hecho cuando empezamos a acercarnos a Cora, un pormenor que no veía manera de situar en el cuadro:

—Usted me ha dicho que habían dejado las dos sortijas en el despojador.

Dudó un segundo.

—Ah, sí, los anillos —dijo, corrigiéndome—. Estaban en una fuentecita de plata, encima de la cómoda.

—¿Sabe usted si la señora se quitaba los anillos para dormir? —y pensé que yo no lo sabía. ¿Habría gente —me preguntó— que se los quite por la noche, como si fueran dentaduras postizas? ¿O el hecho de habérselos quitado esa noche significa algo?

—¿Quitado? Nadie se los quitó.

—Si se los sacó, quiero decir. Si se los sacaba cada noche...

—No sé. ¿Cómo quiere que sepa?

—Habiéndose fijado algún día, por la mañana.

—No, no sé. Nunca me fijé.

En la realidad, empiezan y acaban así los interrogatorios que rinden tanto en los libros del Séptimo Círculo, esos interrogatorios eslabonados y de hermosa simetría mental que tejen la trama de las novelas policiales.

—¿No cree que haya habido un hombre en todo esto? —dije, no sé si todavía por una remanencia innoble del viejo afán de asegurarme, o por buscar una veta nueva en la imaginación de la mujer.

Era —lo advertí en seguida— una pregunta torpe, que venía a romper el clima de precario entendimiento en que estábamos conversando. Ella reprobó la pregunta y me lo hizo sentir, más que en las palabras en el tono de la respuesta:

—No sé, señor —dándole al "señor" un énfasis agresivo, como para indicar que esas preguntas no las hacen los verdaderos señores—. No lo creo. La señora era una persona muy seria.

Compruebo que las precauciones de Cora (ni su casa, ni su teléfono, ni su nombre en telefonadas o en cartas, los tabúes destinados a envolvernos en misterio, a preservarnos de los demás, a prevenir la intrusión de los otros en *nuestro* mundo y, en definitiva, a hacer un afrodisiaco de la misma clandestinidad) han dado su fruto, esa memoria que guardarán sus amigos y su criada, la imagen que le depara —¡cómo le habría divertido saberlo!— una posteridad honesta, en el orden de lo que la gente entiende por honestidad. Porque en el suyo y en el mío su honestidad resplandece, aunque no tuvo tiempo de llegar a las últimas consecuencias.

Ahora fui yo el que me abismé y la mujer quien miró, abroquelada otra vez en su actitud recelosa.



—¿Por qué me dijo usted que quiere saber todo esto? —preguntó.

—Porque tengo que escribir sobre el asunto —le dije. Y como ya no me parecía (y vi que no le parecía) una razón demasiado fuerte, añadí otra—: Además, hay un seguro a cobrar y depende de saber quién de los dos murió primero. Si le documento el caso y le ahorro el pago, el Banco me hará un regalo. Y entonces me acordaré de usted.

No pareció importarle.

En ese momento, aparecida seguramente de la calle, cruzó el patio, mirándome, una chica flacucha y desgreñada (las mechas sobre los ojos) con unos cuantos libros bajo el brazo. Pensé que yo le interesaba como objeto de curiosidad, por mi cara de extraño, cuando ella tornó a mirarme (o, mejor dicho, dirigió hacia mí la mata de pelo tras la que aparecían selváticamente los destellos oscuros de sus ojos). Pero al pasar ya junto a mí, articuló con una voz ansiosa, la misma que le llevaría a inquirir por la razón de mi presencia cuando me hubiera ido:

—Buenos días, profesor.

Le respondí apenas con una inclinación de cabeza, e instantáneamente la odié.

—Pero cómo —preguntó la mujer, con un acento de incredulidad que ya pasaba a ser alarma—. ¿Usted es periodista o profesor?

—Las dos cosas —dije—. Trabajo en un diario y también doy clases.

No me preguntó "clases de qué", ni supe cuál de mis dos ocupaciones le provocaba mayor sospecha. Por otra parte, si me lo hubiera preguntado y le hubiese respondido "de Literatura", dudo de que me hubiera comprendido. En el mundo en que ella vive, la palabra no existe. Pero no quiso extraerme más datos; supongo que pensaba obtenerlos de la muchacha.

Me despedí de la mujer, apunté su nombre, le dejé

—tan inútilmente como el suyo, que me llevaba— el mío, del que ella nunca sabría qué hacer. La estudiante, por lo demás, se lo diría en seguida, se lo escribiría bien. Saludé, me volví cuando ella ya desaparecía tras el pilón y sus piletas de cemento; dando la vuelta al quiosquito almenado y presuntuoso, vi entonces el segundo plano de la escena, bañado en sol: una mujer convirtiendo en otro traje lo que me pareció un disfraz de carnaval ("allí hay una negrada que vive todo el año de las comparsas", me había dicho Cora), un remendón poniéndole media suela a un zapato despanzurrado. Salí.

Me puse a caminar hacia el centro, sin fuerzas para imaginarme dónde tomar el ómnibus ni deseo de preguntárselo a la gente con la que me cruzaba. Tampoco tenía ganas de caminar, pero lo hacía porque era la actitud dictada por la inercia, la menos costosa.

Me sentía perplejo, extrañamente abolido. Nadie me precisa, nadie me presiente. En un mundo en el que Cora ya no existe, yo también estoy dejando capciosamente de existir. Recuerdo cómo me ha mirado el funcionario de la cremación, cómo ha querido ver más allá, a través de mí, como si pasara un hilo por la cabeza de una aguja, el médico; cómo ha evitado mirarme, a la salida, el encargado de la morgue.

Existo tenuemente, lato apenas y para nadie. De ahora en adelante, mi muerte podrá solamente ser algo más largo que las vacaciones, que la Beca Gallinal o que una licencia. Más largo pero en el mismo estilo. Recuerdo la frase que Galia dice tener preparada de antemano, para su propia necrológica, ésa que quiere grabar un día a fin de que se pase en el cementerio, la necrológica o el discurso que le horroriza pensar que alguien escriba o diga por él: "Deja un vacío difícil de llenar en la Caja Nacional." Yo ni siquiera dejaré ese vacío. Cobro mis sueldos al día, soy enemigo de las operaciones y del mes adelantado, temeroso de cualquier forma de orga-

nización del riesgo. Mi condición de deudor cuajaba frente a un solo ser humano y esa deuda ya ha sido cancelada, ese ser ya no existe. *Intuitu personae*, como decían mis profesores de Civil. Puedo resbalar por una pendiente cualquiera, precipitarme por una de esas trampas abiertas en la acera, por una de esas escotillas de las cloacas o del teléfono, de las que los chistes de los diarios abusan tanto como del náufrago y la isla desierta (otra situación cuya lúgubre comicidad empiezo a sentir en carne propia). Podría precipitarme por uno de esos agujeros. Mis parientes se limitarían a liquidar mis muebles y mis libros. (Mis libros, por lo menos, debería testarlos a favor de Enseñanza Secundaria, para que los muchachos los lean, los humillen y los garabateen.) *On lave le trottoir et rien de plus*, como en la canción parisiense de los granujas.

¿Es para esto —pienso, mirando las baldosas que corren perezosamente por debajo de mí—, fue para esto que Cora inventó la broma celeste de llamarme su Planeta Neptuno?

## II

La conocí en la librería de Dina Canavaggia. Evoco ahora su rostro pálido y afilado sobre un fondo de libros, la veo enmarcada en lomos verdes y castaños cuando Dina nos presenta y ella se inclina levemente al tenderme su mano. Se inclina aunque es más baja que yo, más frágil; su mano es también delgada, aguda y blanca.

Cora y Dina han sido amigas, sin perjuicio de sus zonas de intransigente reserva; acaso porque ambas las tuvieran y ninguna de ellas las entregara, pudieron tener una suerte de camaradería sin arrumacos, una clase de amistad hecha de afinidad anímica, que no es tan corriente entre mujeres. Aunque no sé si en realidad fue la afinidad anímica o más bien una mutua indulgencia que hiciera sus veces, lo que más las ligó. Esa posibilidad de exculpar, de disculpar y de encontrar bien a alguien en lo que sin embargo no pueda dejar de considerarse como sus defectos, es lo que hace la trama de las más durables simpatías entre mujeres. Aquellas aquiescencias que nacen del reconocimiento de una gran virtud dominante, de un gran mérito, de una resplandeciente belleza, se cansan pronto, acaban por anquilosarse y por ceder a un fondo de animosidad, que se alimenta de la reversión de las mismas antiguas aprobaciones. En cambio, cuando las flaquezas están a la vista pero aparecen rodeadas de una personalidad que las hace intransferibles —y, por eso mismo, menos contagiosas, menos proselitistas, menos peligrosas— el mecanismo de la reacción femenina consiste en acercarse, en comprender, en estimar. Así se querían Cora y Dina Canavaggia. Cora opinaba que Dina era un ser poco conciliable con este mundo, pero eso mismo le parecía bien: una dosis de extravagancia que no ofendía era, en

su caso, un detalle de originalidad auténtica; e infundía confianza. Dina pensaba que Cora era "demasiado inteligente", y sentía acaso en la inteligencia una condición más insólita y perturbadora, ligeramente más desapacible de la que Cora hallaba en lo meramente estrambótico de Dina. Pero en alguna zona esas demasías fuera de serie se conjugaban, y ambas criaturas aparecían situadas sobre la misma playa, depositadas allí por una fuerza que las hubiera arrojado juntas. Por eso se querían, por eso solían sentir la necesidad de verse y hablarse.

Hablé después muchas veces con Cora acerca de Dina Canavaggia y acerca de mi propósito de escribir un día el cuento del *week-end* de los gatitos, idea que Cora no aprobaba, por más que se trucasen las circunstancias de modo, lugar y tiempo. Hoy que Cora ya no está, sé que jamás escribiré esta historia; y que muy probablemente iré dejando de concurrir a la librería de Dina, donde solía pasar mis horas-puente.

Dina Canavaggia tiene unos ojos verdes, grandes y rasgados, extremadamente hermosos; unas pestañas enormes les comunican esa vida que a ratos parece desentendida del resto de la cara, una cara a menudo ausente y siempre menos importante que la mirada. Habla suavemente y cuelga sobre sus palabras una sonrisa perpetua, desleída. Al rato, ese aire afelpado parece gatuno. Entonces, el interlocutor comienza a descubrir otros rasgos equívocamente felinos: al hablar ofrece una encía inferior descarnada y una hilerita neta de molares chatos, ligeramente volcados hacia adentro.

Esa mañana acabamos de encontrarnos en el rincón de libros de arte de su librería y acaba de presentarme a Cora. Está narrándole algo y yo accedo por la mitad de la historia; me la recapitula para que pueda entenderla, y Cora gana el tiempo de lo que ya sabe volviéndose hacia un álbum de Utrillo, que ha sacado de la ringlera y se pone a hojear distraídamente.

Su hermosa gata de Angora —está contando Dina— arañó días pasados, en la misma librería, a un chico fastidioso, que le tiraba de la cola. Dina usa las palabras precisas para que el niño parezca odioso y el animal, en cambio, sufrido y noble. Un par de días después, como se iba a descansar a Punta del Este, Dina dejó a la gata y su cría (dos gatitos) en una veterinaria que le recomendaron. Al volver a Montevideo, se halló con dos sorpresas: primero, el padre del chico, un argentino, había hecho la denuncia del arañazo, en el Instituto Antirrábico. Segundo —Dina tiene siempre un orden y un detallismo irritantes para narrar cualquier episodio—, la gata había desaparecido misteriosamente. En la veterinaria, nos explica, se contradijeron acerca de tal desaparición: comenzaron por decirle que la gata había muerto —originariamente le aseguraron que el mismo sábado en que la dejó, luego que el lunes— y había sido entregada al basurero, sin ceremonia y sin autopsia. Después, que había escapado, y este sesgo de la historia deja una vislumbre de esperanza que es posible indagar sobre los ojos de Dina. A raíz de todo el asunto, agregaron pormenores semifantásticos: que habían despedido a un veterinario y a un cuidador que solían emborracharse juntos por las noches; que temían que si ella insistía ante el Antirrábico, les cerraran el establecimiento, etc. Le miran la cara y la ven incapaz de una extorsión monetaria. Entonces se lo dicen. Dina adora a la gata y sospecha que alguien —alguno de los borrachos, tal vez— la ha robado, regalado o vendido. Por tentación de su hermosura, y así lo comprendería con alguna indulgencia; o con ánimo de lucro, y en ese caso le parecería espantoso.

Han pasado los días y del chico vuelto a Buenos Aires nada se sabe; se ignora su dirección, porque el padre se limitó a fijar domicilio en un hotel de Montevideo y allí (Dina ha estado en la gerencia) nada saben de su radicación argentina. En el Antirrábico, por lo

demás, tratan de tranquilizarla: hace veinte años que no existen casos de rabia en el país. "Lo que no quiere decir...", y con esta salvedad la psicosis de ella —esta psicosis que es el resultado de un *week-end* de descanso, anota con una sonrisa floja y desabrida, que subyace a la seriedad de los ojos— crece y crece. "La doble pista eran el niño y la gata —me decía Cora meses más tarde, cuando hablábamos del asunto—. Como en los cuentos de niños o como en los sueños, era un chico que a veces se transformaba en animal o un animal que se ponía a ser niño. O temas que se modulaban y entrelazaban, como en Pedro y el Lobo."

"Hoy estoy más tranquila que todos estos días pasados" —afirma, volviéndose a Cora. Esa tranquilidad le permite ponerse rememorativa. La gata celaba mucho a la gente que venía a la librería e intentaba acercarse a sus crías: una vez debe haber advertido que un cliente miraba con codicia a uno de los gatitos, y escondió su cría en el fondo remoto de unos estantes del piso alto. Se les oía maullar y se llegaba hasta al lado de ellos, pero no era posible ubicarlos. Hubo que llamar a un carpintero y romper un tramo cerrado de las estanterías, para sacarlos de allí. Era increíble que pudiera haberlos metido en aquel hueco ciego. Otra vez vio que alguien quería alimentarlos; supuso que sería el comienzo de una maniobra para quitárselos, y volvió a secuestrarlos, ahora en un lugar derechamente inaccesible, en la sección Papelería. Cuando todo el mundo los daba por perdidos y tapiados, cuando los empleados de la librería vaticinaban que habría que esperar a que el olor de la putrefacción los delatase (porque ni siquiera se les oía maullar), ella los extrajo misteriosamente, lucientes y gordos, y los depositó con sigilo sobre la mesa del Contador, que era quien menos se ocupaba de ella, quien nunca había intentado halagarla y quien, quizá por eso mismo, parecía ser la persona que más le gustara.

¿Cómo conoce los sentimientos de una gata? Porque está hablando por ella, atribuyéndole afectos y rechazos, hosquedades e indiferencias. Con tal afinidad, sólo puede creer que su animalito está vivo, regalado o vendido, lejos de allí. Cora le ha relatado historias de gatos que, arrojados dentro de un saco de arpillera y desde un puente en la noche, tornan un día a casa de su asesino, exhaustos, famélicos y hasta sarnosos. Ella sabe que su gata volverá un día.

Cora no me permitía decirlo y no es en su homenaje que me acuerdo de estas predisposiciones de Dina Canavaggia. Pero la verdad es que no puedo asistir a esta historia sin darme cuenta de lo miméticamente gata que es Dina, de la profunda ligazón —se diría que biológica y aun generatriz— que la une a la memoria de su gata y al cuidado de la cría que dejó.

Al empezarnos el relato, nos ha dicho que una amiga suya, enamorada de los gatitos (recién rescatados de la veterinaria y en horribles condiciones de flacura y descuido), los ha llevado a pasar el próximo *week-end* —es la expresión que siempre usa Dina— a una quinta de las afueras. Allí se repondrán. Ahora mismo, en este momento en que su palabra los alude y los rodea, uno de los empleados de la librería se acerca y le dice: —Señorita, me olvidaba de avisarle que esta mañana temprano hubo una llamada para usted. Su amiga le pide que vaya a recoger los gatitos, porque han provocado unos celos terribles en el ovejero de la quinta.

Desde este momento, Cora y yo desaparecemos para ella; sólo piensa en sus gatos, en la necesidad de tomar un taxi e ir rápidamente a buscarlos. A medida que el relato ha progresado y la impresión de simbiosis zoológica que suscita en mí se ha hecho más y más intensa, se me ha ocurrido la historia que Cora no quería que escribiese: un relato que pareciera dicho —a lo Gannett— en primera persona por la difunta gata (a lo mejor, con la perspectiva adicional de lo fantástico, al

aparecer narrado desde un trasmundo felino) y en el que el animal descrito fuese el ser humano. Más concretamente, el animal afín, el animal *simpático* Dina Canavaglia, con su aquerenciamiento a otra escala de los valores de la vida, con su cordura tranquilamente surrealista o demencial.

Ya no lo escribiré. Recuerdo las bromas —menudas, aisladas, ralas— con que Cora y yo nos acercamos por primera vez al borde de una relación humana, al borde de la relación que no sabíamos si existiría algún día entre ella y yo. Cuando Dina mencionó por primera vez el escondite de los gatos tras una valla insuperable, recuerdo que yo dije “las epopeyas del General”; y Dina, con toda candidez, respondió: “No, no las tengo, son obras que no se venden.” En la ocasión del segundo escondite, fue Cora quien intervino con una suposición propia, extraña, maliciosamente alusiva a Dina (así me pareció): “¿No sería detrás de las obras de Freud?” “No, fue en la papelería”, aclaró Dina, desentendiéndose de la complicidad que Cora buscó casi imperceptiblemente sobre mis ojos; que buscó y halló.

Cuando Dina se fue en pos del taxi que la llevaría hasta sus gatitos, Cora y yo nos quedamos frente a frente, en el silencioso rincón de la librería y en el remanso de la media mañana.

No recuerdo muy bien la materia —supongo que trivial o episódica— acerca de la que comenzamos a hablar. Pero sí la impresión que me hizo Cora: una imagen de ambigüedad, de desapego a la realidad por desesperanza; con todos sus trucos, porque sugería una engañosa sequedad. Hoy sé que eran puertas clausuradas por gusto, que el tiempo y el amor fueron haciendo que se abriesen solas.

Como toda noticia suya, me dijo que en unos meses más viajaría a Europa. Yo había estado y le di, a su pedido, algunas cuantas recomendaciones, el santo y seña que se pasan los turistas *culturales*. Algo de lo que

dijo (no puedo acordarme de las palabras elusivas que lo apuntaban, sin autorizar a que el interlocutor lo entendiese y lo diera por supuesto en la réplica) insinuaba la posibilidad de que el viaje, entonces a unos meses de distancia, fuera cosa así como una remoción, una orfandad, la prueba de algo, la forma de una evasión, la tentativa de renovar credulidades agotadas y muertas, de revivir una función con un estímulo adquirido. “Como un trasplante de córnea”, me dijo meses después, cuando ya no lo precisaba, cuando lo mencionaba históricamente como la razón de que hubiera dicho a Carlos que sí y hubiera participado en reservas, visas y pasajes.

Sé muy bien que ni aquel día ni el siguiente mencionó a Carlos ni a su estado civil, por más que yo hubiera visto en seguida el brillo de la sortija en su mano izquierda. Advertí en ella algo así como el deseo pudibundo (y al mismo tiempo provocativo y proselitista, no sé por qué curiosa mezcla de encogimiento y resolución que fue uno de los rasgos que adoré en Cora, una de las cifras de autenticidad mental y sentimental por las que me enamoré de ella), un deseo ambivalente de mantener su fracaso al margen, sin nombrarlo ni escamotearlo, presente y sin justificar. Aquellas primeras veces ella hacía largos y vagabundos rodeos en la conversación —esa conversación que el progreso de nuestro vínculo tornó precisa y avasalladora, hasta desbordar de sobrentendidos en todos los silencios, en las formas más tenues y accidentales de la comunicación— para omitir cualquier precisión sobre circunstancias personales de hogar, de ocupación o de familia. Tuve la intrigante impresión de que prefería reducirse a vivir y a proponer el mundo como contemporánea de quien hablara con ella, sin apuntar a un encaje necesariamente propio de su existencia, de la mía. Con el tiempo abusamos, es cierto, de la especificación en contrario, de la relación individuada hasta lo delicuescente, de la sumersión go-

zosa, de la zambullida total del uno en el otro. Pero eso fue después. Pienso en la Cora de aquellas primeras mañanas en la librería y me conturba su ajenidad, su extrañeza, su casi proclamada hostilidad hacia la que tuve después entre mis brazos, junto a mi almohada y sobre todo —tiempo baldío desde hoy— en mitad de mis sueños. Era una Cora de intensidad desapacible, dirigida hacia nadie, dispuesta a hacer honor al semejante por lo que valieran sus respuestas y a arriesgarle, según fueran ellas, el tono y el sentido de nuevas afirmaciones y de más preguntas.

Es claro que en ese terreno también —Dios fue sobre nosotros infinito e infinitamente comunicativo— los dos nos encontramos luego hasta la saciedad. Pero aquella primera mañana, en sus silencios abruptos y cavilosos, en los que supuse (y no era cierto) que me estuviese estudiando, en sus distracciones (olvidar un cigarrillo encendido sobre el borde de un libro, dejar que la boquilla de papel descansara sobre el polvo del estante), en sus torpezas, sentí el tramo que la separaba del género humano como masa y como medio espiritual de habitación. Al mismo tiempo, físicamente tuve de ella una curiosa imagen, de la que nos reíamos después: la de que ligaba dos mitades de mujer idénticas y superponibles en todo, excepto en la forma de gesticular.

Vestía un traje gris de dos piezas y —debajo de la chaqueta— una blusa blanca de hilo; sobre aquellas tonalidades apagadas resplandecían las manos que, con el cigarrillo o sin él, parecían febriles, se animaba una sonrisa cautelosa que se cortaba en el instante de plenitud, alumbraban unos ojos negríssimos que miraban con bondad desanimada e inocente. (Esa inocencia estaba en sus ojos y a veces en toda su persona: los ojos, en todo caso, nunca la perdieron, prefirieron ser buenos aun en la ferocidad, aun en el vórtice.) Pero sus gestos me parecieron, esas primeras veces, absurdamente desacompasados, arrítmicos: su brazo izquierdo y su

brazo derecho gesticulaban al mismo tiempo pero no del mismo modo, no con igual cadencia, no sobre el mismo ángulo. Estaban mal pegados, no obedecían al mismo resorte.

Prefiero limitar este capítulo a describir la impresión inicial que suscitó en mí, a restaurar esa impresión que ha quedado debajo de otras que el tiempo y la intimidad escribieron, como en un palimpsesto. Si yo hubiera tenido el método y la perseverancia de mis días juveniles, en que llevaba un Diario, y si hubiera sospechado que de la relación con Cora iba a resultar una etapa fundamental de mi vida, creo que habría estampado en ese Diario palabras muy semejantes a las que ahora escribo. Fui sensible, recuerdo, a un don o a una angustia que percibía en ella: la rara necesidad de embellecer, de hacer efectiva cualquier situación accidental, por pueril, por poco prestigiosa que fuese a primera vista. Galia —por esta primicia— la hubiera juzgado una *intensa*, palabra que él usa para connotar las formas más engorrosas de la cursilería vital, del compromiso molesto con las personas, con los principios, con la conducta y con las cosas. En Cora era un rasgo de hermosa pureza y yo lo fui saqueando y devastando después, por un feroz hedonismo del amor. Quería ser siempre el titular y el objeto de aquel asombro suyo sobre el mundo, de aquella vocación virginal de inaugurarla cada vez, de aquella probidad de reválida cotidiana que, sin embargo, no la hacía aparecer inútilmente sorpresiva o distinta —mutación que habría detestado—, sino lozanamente aquerenciada a lo que la rodeaba, humildemente hecha a no reconocerse dueña de las formas de su ventura (“...nadie es de nadie”) por transitorias y avaras que en la existencia le hayan sido.

Creo que conversamos poco más de media hora, a partir del momento en que Dina se fue. Me reprocho haber sido yo quien adujo una ocupación para marcharse. Pero a la mañana siguiente ella volvió y yo

volví, y fue la primera vez que el *régisseur* que dominara nuestras vidas tiró de los hilos. Nos encontramos sin estupefacción y sin novelería. Pero ese día y el otro y el otro estuvimos allí, y muchas veces nos confesamos después la emoción incierta, aventurada —y en ella más conflictual que en mí— con que esperamos cada veinticuatro horas la llegada de esa cita implícita.

Vinculo el nombre de Dina Canavaggia y su historia del *week-end* de los gatitos al comienzo de los meses más importantes de mi vida. Debería ir y decírselo, ir y agradecerse, ir y pedirle que lo recordásemos juntos. Pero en estos últimos días, cuando —por una clase de ritualismo del que Cora abominaría— voy a la librería y, más concretamente, al rincón de los libros de arte, me arreglo para que sea a primera hora de la tarde, cuando me consta que Dina no está en el negocio.

No sé la causa; le dejo saludos, pero tengo una invencible cobardía de verla.

### III

Fue la tarde en que la Policía se demoraba, en que el Juez no acababa de dar la orden y en que, al fin de cuentas, la familia de Cora contrató aquel velorio de cochería, horriblemente triste y anónimo, con el par de ataúdes cubiertos.

El fetichismo de estar allí cerca, merodeando en esa suerte de ceremonia para hacer tiempo, que no me concernía, me abandonó por fin. Supongo que si por tantas razones me suprimían su cuerpo, empecé a querer que no existiera para nadie, ni aun para la tumba. ¿Celos?

Y aquí, frente a aquel burócrata desteñido, a quien había podido presentarme gracias a mi buena memoria —los amigos de los amigos— estaba dando esa batalla por nadie y por las llamas.

Comprendía la extrañeza del tipo, que balanceaba el cigarrillo en una de las comisuras de la boca y luego lo corría a la otra, tratando de hallar el modo (mientras el humo le cruzaba la cara, en una veta como de niebla en el campo) de explicarme sin ofenderme, de hacerme notar mi condición de ajeno a toda aquella gestión, a toda aquella historia.

No se tiene ningún título para disputar un muerto, cuando no se es su deudo legítimo; ningún derecho a abogar por el ser querido, a menos que uno haya podido casarse con él. Eso era lo que el funcionario municipal quería que yo entendiese, sin que él tuviera necesidad de decírmelo.

—Tiene que ser un pariente, y el más próximo —me explicaba—. El que sea preferido en el orden legal de llamamiento (y así me recordaba implícitamente que él había sido estudiante de Derecho igual que yo, amo-

nestándome y amonestándose, con el tono, por la obligación de ser obvio, en que yo lo ponía).

Cora quería ser cremada. Pero jamás llevó adelante todo ese trámite por el que la burocracia convierte en algo congelado los deseos de la gente. Jamás lo dispuso y nadie había pensado ahora en disponerlo por ella, acaso porque a nadie más que a mí se lo dijo.

Alza un brazo, enmarcada por el fondo de ventana y el confín de humosas arboledas. Así, justamente así, con el brazo estirado, peinándose, sobre un cuadro de campo con jirones de niebla matutina levantándose, balidos lejanos y una parva. No hay viento, hay una suerte de sofocación húmeda y tranquila en el aire. Por la ventana abierta entra un vaho también mojado y macerado, un acre olor a paja en descomposición. El peine baja y vuelve a morder —con el brillo empañado que tienen todas las cosas esa mañana— sus esponjados caballos negros.

—Dios mío, líbranos de la podredumbre.

Volví la cara al funcionario, descolgándola de la zona de humo del cigarrillo, donde tampoco había podido encontrar el peine, la mano, el olor a paja.

—Pero a mí me consta que quería ser cremada —insistí—. Puedo firmar un acta, declararlo ante quien sea.

La mirada de indulgencia que ahora me llegaba no se parecía en nada a aquella otra, simple y gozosamente cansada de las fatigas del amor, herida aún por la lumbre amortiguada del día de otoño precoz sobre el paisaje a medio desvestir.

Noté que yo no tenía temor a descubrirme, porque todo me resultaba preferible al terror de que su cuerpo entrara en el mismo proceso del montón de paja, en esa disolución que tanto la repugnaba.

—Su firma no sirve —repitió quedamente el burócrata—. Tiene que ser la de alguno de los deudos principales, de los que tengan derecho a disponer del cuerpo.

Y eso, en un caso como éste, después de la autopsia y dándole cuenta al Juez, naturalmente.

Se rascó la cabeza (sus dedos amarillosos oficiaban de peine) y dijo:

—A menos que ella misma haya hecho en vida la solicitud, con firma certificada notarialmente. En ese caso, su declaración estaría archivada aquí en la oficina y ella debería haber recibido una nota en la que nosotros le comunicáramos su inscripción en un registro. Si quiere me fijo... ¿Cómo se llama?

—No, ella no dispuso nada. Tengo la seguridad.

—¿Y el marido? ¿O el marido es el del lío?

Se veía que no leía los diarios; próximo a jubilarse, ya no le interesaba nada. La ambigua deferencia que me prodigaba era nada más que una forma de consumir su horario, de cremar el tiempo.

—Es viuda —dije, y sentí el fortuito sabor de la afirmación, esa afirmación que tanto me habría gustado compartir con Cora.

—¿No hay hijos mayores?

—Ni mayores ni menores. No hay hijos.

Etcétera.

Vuelvo a evocar su cuerpo a contraluz, sobre la mañana lechosa y un panel de campo —con humo o niebla al fondo— cortado por el marco de la ventana del hotel. Balidos. El brazo sube y baja, lentamente, peinándola.

Tenía la sensación cabal —venía cursándola desde hacía unas horas— de que los derechos del amante coexisten con la vida, esplenden a ratos dentro de ella y cesan radicalmente ante la muerte. Nadie me reconocería el poder de disponer de Cora, ahora que estaba muerta. ¿Quién era yo? La exclusión era total, hasta obligarme al miserable tráfico de negarla y negarme desfigurando las circunstancias; hasta forzarme a regatear, deteriorar y alejar —para que fuesen inverificables— los detalles del amor, degradándolos a los de una sim-



nestándome y amonestándose, con el tono, por la obligación de ser obvio, en que yo lo ponía).

Cora quería ser cremada. Pero jamás llevó adelante todo ese trámite por el que la burocracia convierte en algo congelado los deseos de la gente. Jamás lo dispuso y nadie había pensado ahora en disponerlo por ella, acaso porque a nadie más que a mí se lo dijo.

Alza un brazo, enmarcada por el fondo de ventana y el confín de humosas arboledas. Así, justamente así, con el brazo estirado, peinándose, sobre un cuadro de campo con jirones de niebla matutina levantándose, balidos lejanos y una parva. No hay viento, hay una suerte de sofocación húmeda y tranquila en el aire. Por la ventana abierta entra un vaho también mojado y macerado, un acre olor a paja en descomposición. El peine baja y vuelve a morder —con el brillo empañado que tienen todas las cosas esa mañana— sus esponjados cabellos negros.

—Dios mío, líbranos de la podredumbre.

Volví la cara al funcionario, descolgándola de la zona de humo del cigarrillo, donde tampoco había podido encontrar el peine, la mano, el olor a paja.

—Pero a mí me consta que quería ser cremada —insistí—. Puedo firmar un acta, declararlo ante quien sea.

La mirada de indulgencia que ahora me llegaba no se parecía en nada a aquella otra, simple y gozosamente cansada de las fatigas del amor, herida aún por la lumbre amortiguada del día de otoño precoz sobre el paisaje a medio desvestir.

Noté que yo no tenía temor a descubrirme, porque todo me resultaba preferible al terror de que su cuerpo entrara en el mismo proceso del montón de paja, en esa disolución que tanto la repugnaba.

—Su firma no sirve —repitió quedamente el burócrata—. Tiene que ser la de alguno de los deudos principales, de los que tengan derecho a disponer del cuerpo.

Y eso, en un caso como éste, después de la autopsia y dándole cuenta al Juez, naturalmente.

Se rascó la cabeza (sus dedos amarillosos oficiaban de peine) y dijo:

—A menos que ella misma haya hecho en vida la solicitud, con firma certificada notarialmente. En ese caso, su declaración estaría archivada aquí en la oficina y ella debería haber recibido una nota en la que nosotros le comunicáramos su inscripción en un registro. Si quiere me fijo... ¿Cómo se llama?

—No, ella no dispuso nada. Tengo la seguridad.

—¿Y el marido? ¿O el marido es el del lío?

Se veía que no leía los diarios; próximo a jubilarse, ya no le interesaba nada. La ambigua deferencia que me prodigaba era nada más que una forma de consumir su horario, de cremar el tiempo.

—Es viuda —dije, y sentí el fortuito sabor de la afirmación, esa afirmación que tanto me habría gustado compartir con Cora.

—¿No hay hijos mayores?

—Ni mayores ni menores. No hay hijos.

Etcétera.

Vuelvo a evocar su cuerpo a contraluz, sobre la mañana lechosa y un panel de campo —con humo o niebla al fondo— cortado por el marco de la ventana del hotel. Balidos. El brazo sube y baja, lentamente, peinándola.

Tenía la sensación cabal —venía cursándola desde hacía unas horas— de que los derechos del amante coexisten con la vida, esplenden a ratos dentro de ella y cesan radicalmente ante la muerte. Nadie me reconocería el poder de disponer de Cora, ahora que estaba muerta. ¿Quién era yo? La exclusión era total, hasta obligarme al miserable tráfico de negarla y negarme desfigurando las circunstancias; hasta forzarme a regatear, deteriorar y alejar —para que fuesen inverificables— los detalles del amor, degradándolos a los de una sim-

ple amistad. Sólo el hecho de que Carlos también estuviera muerto me ahorraba explicar esa penosa ficción de que yo hubiera estado tan cerca de Cora y desconociese a sus hermanos. Yo era un amigo de la pareja y la pareja no se veía con la familia.

¿Quién era yo, a los ojos de primos y sobrinos? ¿Quién, por último, a los ojos de aquel funcionario que empezaba a impacientarse tenuemente con mis preguntas, con mi obstinación en asirme a aquel cuerpo que no me pertenecía? Ya en vida de Cora habíamos sentido un gusto malvado y emoliente en considerarnos dos condenados a muerte por una sola y misma causa, dos seres a quienes se podía asesinar sin castigo. Pero ahora ella no estaba y eso me condenaba a algo sutilmente peor que el golpe de la muerte: al tiempo de la desolada exclusión.

Por detrás del ir y venir de los pensamientos, me sorprendía hablando al funcionario, entreteniéndolo más allá de la imposibilidad del favor que había venido a pedirle, cómplice en la empresa de acortarle la jornada de trabajo. "Los luteranos —estaba diciéndole— están por la cremación." Recuerdo una mañana lluviosa de domingo (y estoy agregándole la niebla y el humo de la ventana de hotel) en el otoño de Oslo. El pequeño cortejo, de gente vestida ceremoniosamente de negro, con levitones un tanto anacrónicos —los mismos que he visto usar a los choferes en Copenhague— llevaba en alto, muy lentamente, el ataúd; uno de esos ataúdes europeos, sin las molduras, los torneados o las presuntuosas reminiscencias de torpedo o de bala de los nuestros; un ataúd sencillo, noble, opaco, con las caras de la madera sin trabajar y la forma de una de esas barcas sin quilla, de proa y popa rectas. No se me ocurrió preguntar (veía toda la escena desde el interior de un automóvil, y el cortejo se remecía lentamente al vaivén de un limpiaparabrisas funcionando y hacia el borde de los redondeles que habíamos hecho con los dedos en

los cristales, para abrirnos mirillas dentro del vaho del coche), no encontré a nadie que pudiera saber si el ser a quien llevaban era hombre o mujer, joven o viejo. Era tan sólo un cuerpo que iban a cremar en la mañana fría y casi líquida de un domingo otoñal en Noruega. El severo frontis del crematorio lo esperaba. Visto así, ni siquiera era triste. Respetuoso y ritual —tal vez por la lentitud mullida en niebla, trajes negros y manos enguantadas—, respetuoso y ritual, eso sí.

—Aquí no se acostumbra —dijo el hombre— a pesar de que el Municipio pierde plata con el servicio de cremaciones. ¿Será por razones religiosas?

—Creer en la resurrección de la carne —dije.

Preguntó, con los ojos, qué relación había.

—Sí, porque si los queman no podrán reencarnarse en sus cuerpos, alzarse de sus tumbas con la trompeta del Juicio Final.

No sabía si ésta era la razón, pero descubrí que al burócrata le producía la alegre impresión de una fantasía. Él mismo, que estaba empleado allí, nunca había llenado los trámites, ni lo haría.

—Como el confitero, que no apetece las masitas —bromeó.

Mi exclusión era total. No era ya la distancia que empezaba cada día con la separación forzosa, con el intervalo abierto hasta el día siguiente. Habíamos cultivado el amor como una necesidad de confirmación incesante. Y ahora la trampa se armaba debajo de mis pies. El crimen, o el suicidio en común (jamás se sabía y a nadie le interesaba —al parecer— esclarecerlo hasta el fin, porque no había instancia de sanción ante la cual hacerlo valer, una vez averiguado) era un ligamen más entre ellos dos, un ligamen perfecto. Aunque Cora hubiéra estado dormida, aunque Carlos la hubiera sorprendido, el final de su historia los enlazaba, los unía inextricablemente. Y así como a ellos dos los enlazaba, yo me sentía excluido.

—Creo que uno no se pertenece, después de muerto. Conmigo, que hagan lo que quieran. Sólo pido que me atiendan bien mientras viva —y las mejillas flácidas del funcionario cavarón, a los costados de la boca, el hueco de una sonrisa, el chupón de las encías desnudas en el acto de sonreír con el cigarrillo en mitad de los labios.

—Usted, tal vez, se interese —dijo el funcionario, y me extendió la hoja con un texto impreso a mimeógrafo. “Formulario para solicitar la incineración en el Crematorio Municipal de Montevideo, ubicado en el Cementerio Norte”, decía el título—. Estúdielo y, si se decide, véngame a ver.

Parecía estar proponiendo las condiciones de un negocio, “el sueño de la casa propia” o algo por el estilo. Doblé la hoja y la metí en el bolsillo.

La exclusión era total, nadie podría paliarla. A veces pienso que es por eso —y no sólo para saber la raíz última de lo sucedido, en esa empresa que he bautizado como mi “policia metafísica”—, a veces pienso que es para encontrarme y absolverme que he iniciado toda esta encuesta, en que paso de unos a otros; y que por esa misma razón escribo esta memoria.

—Imaginate que un día muriese antes que tú —solía decirme Cora—. ¿Cómo te ingeniarías entonces para estar esas pocas horas finales junto a mí? —Y se ponía a imaginar mis pobres derechos íntimos contra los omnipotentes derechos de Carlos, dueño del funeral—. ¿Qué dirías para que pudieran creerte y al mismo tiempo mantener el secreto? Porque no me gustaría que tuvieras que romperlo. ¡Es nuestro! ¿Qué dirías, qué podrías hacer para considerarte junto a mí sin suprimirme, en ese caso?

Y cuando advertía mi desazón, mi falta de respuesta:

—*Voilà*, no hay salida. Pero no te entristezcas; no lo pensemos por ahora.

—Le diré que los masones son como los luteranos,

por lo que usted cuenta —retomó el funcionario, que quería estrujar hasta el fin la conversación y el cigarrillo—. Acá, son los que más usan el servicio. . .

Pensé que yo sentía por Cora una preocupación desplazada, la necesidad de saber que estaba ocupándome de ella; era en el fondo la soledad, la tensión de las pocas horas que me quedaban hasta meterme allí, poco a poco, como en el agua de una playa infinita.

—Los masones. . . ¿usted ha podido ver algún rito de los masones?

Las solapas del peinador son de raso rojo, color minio, y el resto de la prenda es de lana moteada, en un tono vinoso. Refulgen las solapas cuando mueve el brazo derecho; y cuando el peine baja, el escote estira una boca floja, que deja ver el excavado nacimiento de los senos. Querida mía, tierna mía. (Nunca le dije “tierna mía”; es la mera reversión al femenino de la frase que ella solía dedicarme.)

—Sí, he visto.

Un sentimiento que mezcla celos y masoquismo me ha hecho a veces dudar entre mi verdad y la de los otros. ¿Habríamos sido igualmente felices si nuestra felicidad no hubiera sido tan tironeada y fugitiva, tan acechada de sobresaltos? ¿Nos habríamos echado tan resueltamente, uno en brazos del otro, si el impulso no hubiera tenido, en sus orígenes, el aliciente de lo imposible?

“Primero: siendo partidario de la cremación, solicito que producido mi deceso. . .” Era absurdo, pensé ya en la calle, abriendo el papel y mirando sus huecos a colmar con las señas personales, era ridículo que yo saliera ahora disponiendo mi posteridad física, tan sólo porque hubiera ido a buscarla para Cora. Mi miedo no era el de la frase de ella: mi miedo era el de la soledad aquí mismo. “Dios mío, libranos de la soledad”; o líbrame. Porque así, en plural, bien que nos habíamos gozado de esa compañía suficiente, de esa misma protección que

pedíamos para condenarnos. "Líbrame de la soledad", "Líbrame de Tu soledad" o, aun mejor, "Líbrame de mi soledad", porque ahora ya me has abandonado y Tu desaprobación y Tu veredicto se ceban en mí.

"Asimismo, solicito que las cenizas sean enterradas (o esparcidas en los jardines de la necrópolis o depositadas en el cinerario del crematorio; o en otro lugar funerario o extendidas en el viento o en las aguas)."

"Extendidas en el viento o en las aguas": el oficinista que había redactado el formulario suponía que el viento y las aguas eran planicies quietas, inmutables como una tabla de planchar.

—Tache lo que no quiera, deje sólo el destino que prefiera —me había recomendado el burócrata.

"El destino que prefiera." Nunca lo consulté con Co-ra, pero supongo que preferíamos el mar, el mar que es al mismo tiempo el viento y el viaje.

"El señor Escribano expresará, además de la certificación de las firmas en la forma usual, que estima a los firmantes en normal uso del discernimiento."

Creo que en definitiva no lo haré. Todo lo que pueda recordar, de hoy en adelante, tendrá ese signo de la relación interrumpida: íbamos a decirle a Carlos, íbamos a apuntarnos para ser incinerados, íbamos a irnos del país. Cremación o podredumbre —el peñador rojo atraviesa la habitación, enciende en ella una larga y sinuosa llama de color granate, una lengua de amor y de fuego— todo eso carece ahora de sentido, todo se vuelve estúpidamente narcisista.

#### IV

—Sí, tuvo que irse de pronto a Buenos Aires.

—¿Lo acompañaste al aeropuerto?

—Sí.

—¿Y quién te trajo?

—Yo misma. Volví a manejar después de varios meses.

Debo haber emitido un gruñido de temor o recelo.

—Vine muy despacito, tomándole la mano otra vez. No te asustes.

—¿Por cuánto tiempo se fue?

Hubo una descarga en la línea y no la oí.

—¿Por cuánto?

—Por un solo día —ahora la voz clara y casi triste daba de lleno en mi oído—. Mañana vuelve.

—*Porca miseria*. Pero nos queda esta noche.

—Sí.

—¿Qué hacemos?

—No lo he pensado. Tengo que esperar una llamada suya, alrededor de medianoche.

—Entonces voy a tu casa.

—No me gusta.

—¿Por qué, qué puede pasar?

—No es por lo que pueda pasar. Ya sabés que tengo mis tabúes, como tú dices. Éste es uno.

No llamarme desde su teléfono, no decir su nombre, no escribir el mío en las cartas, no recibirme en su casa. No eran formas del temor sino del exclusivismo, decía. No mezclar los dos mundos, no darle a uno las señas del otro.

—Voy a buscarte solamente, y esperarás la llamada. Luego salimos donde quieras.

—Va a ser muy tarde. Puede haber demora entre Montevideo y Buenos Aires. A veces hay hasta dos horas.

—Me doy por vencido —dije—. Haremos lo que quieras.

Aquella transferencia de la decisión la apaciguó irrazonablemente, como suele ocurrir con las mujeres.

—Bueno, no hay más remedio. Vení a casa. Tres timbres cortitos si la puerta de abajo está cerrada. Tres golpecitos si conseguís subir, porque el timbre de la puerta del apartamento está roto.

—No guardes el coche. Dejalo a la puerta.

—¿Te parece?

—Si la llamada no se hace muy tarde, podemos salir a dar una vuelta.

—No me animo a manejar de noche.

—Pero yo sí.

—Bueno.

El teléfono sonó allá por las dos de la madrugada. Me había echado en su cama, en mangas de camisa, y me había puesto a dormitar, las manos entrelazadas tras la nuca, el talón de un pie sobre el empeine del otro, un cigarrillo en la boca. (Cualquier tabú —“la cama de ellos” podía ser, justamente, el más impresionantísimo— se viene a nada cuando nos hemos atrevido hacia las cosas, cuando las hemos forzado y hemos forzado nuestra resistencia hacia ellas, y hemos así logrado darles un uso íntimo. Una vez sucedido eso, el objeto que más nos rechazaba es el que más nos pertenece.)

En el entresueño, sentí que los dedos de Cora me retiraban el cigarrillo y me desfruncían los labios con un beso suave, evanescente, que era algo así como el diluido recuerdo de los besos más fuertes que hacían mi fatiga.

Pero cuando el teléfono sonó, me alcé bruscamente de la cama, curvado en dos, como si tuviera un gozne en la cintura. Cora estaba en un sillón, a los pies de la cama, desmadejada e insomne. Antes de levantar el

tubo se llevó un índice a los labios, recomendándome silencio. Participábamos de la ilusión de que pudiera vérsenos a través del teléfono, una ilusión fantasmagórica que era hija de la culpa y del cansancio, del uso que la noche nos había dado, hasta dejarnos exhaustos.

—Sí, sí, oigo. ¿Cómo estás? Yo bien. Dormía. Ah, sí, sí, ya entiendo. ¿Pero ningún contratiempo? Bueno, pasado mañana en el primer vuelo de la tarde. Comprendo, comprendo perfectamente. Sólo llamarías si volvieras a aplazarlo. Mañana a Rosario, entendido. Estate tranquilo, preguntaré a Pluna y te iré a buscar. No, si no tendré nada que hacer a esa hora. Cuidate. Hasta el jueves. Sí, sí. ¡Hasta el jueves!

Se volvió hacia mí y me dio la noticia que ya había escuchado: Carlos no volvería hasta el jueves de tarde. Fue entonces cuando propuse la escapada. Mejor dicho, planteé la opción:

—O nos quedamos aquí el día y medio, o nos vamos afuera, a donde más te guste. A Colonia Suiza, por ejemplo.

El tiempo parecía pertenecernos de una manera desafortada, sin riberas. Cora se echó sobre mí y se puso a besarme, abriéndome la camisa sobre el pecho, deslizándose una mano hasta las costillas, como si rebuscara algo. Aquellos dos días de plazo —inesperadamente traídos por el teléfono y la madurez de la noche— nos daban, por lo menos, una impresión de libertad para gozar de la madrugada, para morder sin apremio el fruto magullado. Teníamos tiempo para retocar el amor, a la manera en que Galia, solo en su pieza, se tomaba otra ginebra por la mañana, para “retocar” la borrachera de la noche anterior.

Me levanté de su abrazo, cuando Cora aflojó. El signo de los sexos parecía haberse trastocado y yo era como la gallina apabullada que se quita al gallo de encima y se esponja, en un estremecimiento de todo el cuerpo, la pluma hollada y esa sensación de aplastamiento.

to y paliza que no lleva, en su mundo, el nombre de amor.

Me desperecé y entré al baño. Ya estaba instalado con confianza posesiva en escenarios que antes me fueran hostiles. Pero, de todos modos, me parecía increíble estarme duchando en su casa, observando, más allá del agua caliente que resbalaba por mis axilas, que caía por el pubis, que chicoteaba en la maceración del sexo, la línea de potes enfilados que Cora mantenía en el ventanillo, colmados como estaban las repisas y hasta el techito de la cisterna. Las perchas cargadas de ropa, las esponjas, el cepillo para estregarse la espalda, la gorra de plástico para protegerse el pelo bajo la lluvia, todo me decía que la evasión era real, que no estaba en casa, que no había sido devuelto a mi soledad y al torvo arrumbamiento entre mis cosas, en la desabrida neutralidad de un apartamento de hombres solos.

A través de la puerta cerrada, que contenía el vapor de agua y lo licuaba sobre las tres hojas de espejo del botiquín, oía a Cora ir y venir por la casa, arrastrando objetos, preparando maletas, canturreando de un modo insólito; insólito para la hora del día y para la sensación de huraño enervamiento, de extraña y desapacible laxitud que en casa la acometía luego del amor, tal vez por su secuela inevitable: separarnos, echarse a la calle, cargar con el resto del día y con la rutina conyugal depuesta y olvidada al entrar.

—Mario, abrí el ventanillo, por favor. Vas a asfixiarte en ese baño.

Debía haber visto un escape de vapor de agua por la ranura inferior de la puerta.

—Ya voy.

Me sentía emerger —había dejado de restregarme y el agua se había llevado de mi cuerpo hasta la última veta de jabón—, surgir lustralmente a un mundo nuevo, que era el del viaje y la mañana, el de una posesión compartida del tiempo y de la dicha. Cuando nos ci-

tábamos en casa, yo la precedía cerrando puertas, para evitarle el encuentro con Galia. Espiaba el rellano, las puertas de los apartamentos vecinos y le hacía una seña silenciosa y rígida, con una brusca caída del brazo, como si le estuviera dando paso en el tránsito de la ciudad. Entonces Cora me rozaba con los labios la mejilla y a veces la boca, depositando en mí un último y apurado beso —el peor de todos, el que parecía borrar los mejores— al pasar junto a mi cuerpo perfilado y deslizarse escaleras abajo. Era una escena cuya sola perspectiva, unos minutos antes de que ocurriese, empezaba a averiarnos la felicidad.

Ahora todo era distinto: yo envuelto en una toalla de tela turca, sentado en una banqueta, a los pies de la cama, y ella frotándose la espalda, con un movimiento circular y rotundo, que a veces se concedía un garabato tráfuga de amor, para bajar hasta las caderas y curvar de pronto hacia las ingles, muriendo como una ola más larga.

Ya entonces Cora había hecho rematar el espejo de pared, y yo lo tenía en casa. Me acercó uno de mano, para sermonearme mimosamente por el color y la congestión de mi cara, por los ramales de sangre que en mi cuerpo parecía haber desatado la tunda del agua caliente. Le di la razón.

Volví a ponerme mi ropa de antes del baño, que parecía envejecida y marchita. No tenía otra y compartía el tabú de usar ninguna prenda de Carlos. La corbata estaba desflecada y húmeda, de tanto anudarse sobre los mismos sitios; me pareció uncirme a la piel de un animal muerto.

Fue entonces cuando (ya vestido) volví por segunda vez del baño al dormitorio, vi por un instante —tan sólo un instante— el rostro gastado de cariátide de *Clementina-Ninive-Clementina* y supe su historia.

Nos íbamos ya. Yo apretaba varias veces seguidas el botón de la luz, como si la provisión de tiempo del encendido pudiera acumularse; y Cora se reía de mi ambición por asegurarme de la mayor medida de las cosas, antes de tener que regresar a ellas.

—Típico de los hombres —decía—. Poco original.

Habíamos puesto ya la maleta y el bolso en el *palier*. Cora se volvía para cerrar la puerta del apartamento, pero tuvo una súbita inspiración.

—Esperame un momento. Es sólo un segundo.

Por la puerta entreabierta, vi la extraña maniobra. Se acercó al teléfono, tomó el cable de la conexión y, arrollándose en una mano, tiró con toda su fuerza y lo descuajó.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo descompongo a propósito. Cuando vuelva lo haré arreglar. Diré que me enredé con él.

—¿Por qué?

—A Carlos puede ocurrírsele llamar mañana desde Rosario. ¿O te parece mejor que se dé cuenta de que no estoy?

—No sé si desde la Central pueden distinguir entre un teléfono desconectado y un teléfono no atendido.

—No importa. Lo mandaré reparar cuando Carlos esté de vuelta. Me enredé y me caí, de puro dormida, al colgar después de su llamada.

Sonrió maliciosamente pero con limpidez, como en la evocación de una travesura infantil.

Tal vez los llamados se comprimen, como voces de ultratumba, a lo largo de una línea, y el que debió sonar desde Rosario fue el que estalló por la mañana, meses después, cuando los dos estaban en la cama, desentendidos, muertos.

—Típico de las mujeres —dije, para devolverle el cumplido—. Pero debo reconocer que bastante original.

Salimos antes de amanecer. No hacía frío pero el coche, dejado a la intemperie desde la tardecita, tardó en arrancar. El medidor de nafta estaba muy bajo y fuimos a un tanque de Plaza Independencia, donde había servicio permanente.

Era ya una aventura andar juntos sobre los escenarios de la multitud, a esa hora muerta y blanquecina del fin de la noche en que parecen irreales, suspensos y desiertos para siempre, como en espera del vórtice final de la Tierra. Cora tenía los ojos irritados y se arrebujó contra mi hombro, para protegerse de la almidonada claridad de los tubos de neón. Le di un beso.

Más allá del centro, la irrupción de la mañana del miércoles: gallos, el golpetear de los motores calentándose en los garajes recién abiertos, la nubecita de vapor en el bello de los caballos, aun en un alba que no se anunciaba como muy cruda. "Los tintinambulantes carros madrugadores", recordé. Una cortina metálica chirrió sobre el recuerdo de Herrera y Reissig. El día. Cora se echó a dormir contra mi hombro; debía soñar y su cara, más plácida que nunca, sonreía en el sueño.

En la calma del hotel, solos en una tibia mañana de campo, volvimos a amarnos como dos muchachos. Por primera vez, más aún que en la noche y en su casa, me pareció poseerla a la orilla de las urgencias del tiempo, como si el abrazo pudiera demorarse eternamente, redondearse con una lánguida voluntad de infinito. Hoy tengo la impresión de que los mismos besos fueron más lentos, más husmeados y buscados en cada pliegue del cuerpo, más perseguidos por una dulce sombra de la muerte en la misma plenitud. Por primera vez compartíamos una situación como nuestra desde el momento de empezarla. Por primera vez no supusimos estarnos

robándonos, desmantelándonos, con esa condición de caníbales con que nos desfogábamos el uno en el otro, sin soltar de los dientes un último bocado de soledad. Por primera vez teníamos a nuestra disposición el sueño, al flanco de la vigilia. Por primera vez podíamos entregarnos al cansancio del amor, abrir las manos crispadas y derramar lo que habíamos juntado. Ese abandono en el tiempo, ese aflojamiento de la tensión con que siempre lo escuchábamos pisar sobre nuestros cuerpos caídos, nos trajo —como una resaca de algas al crepúsculo de la playa— una ternura obsesiva, melancólica, que excluía las mismas protestas, las mismas ferocidades de la lascivia. Empezábamos a encontrarnos sobre una balsa que flotaba sin sacudones, mojados, chorreantes, llenos de tiempo, falsamente ricos. Nos doblábamos a una sola sensación que brotaba de nuestros cuerpos enlazados, de nuestras piernas fundidas entre las sábanas: la sensación de haber hallado una querencia.

Decidimos dilapidar lo que teníamos, consumirlo hasta el fin; nos dormimos por toda la mañana.

Volvimos de la playa a la tardecita, con un cansancio solar en los ojos, en la piel, en las mismas aletas de la nariz. Entregué el tilbury al peón del hotel, pedí que me lo pusieran en la cuenta. Le entregué también, arrugado y mojado, su pantalón de baño; debajo de él, puse dos pesos de propina.

Tomados de la mano, corrimos —con un último destello de energía en la jornada— hasta la habitación. Teníamos partículas de arena por todo el cuerpo, nos las sacábamos de la juntura de los dedos, en pies y manos. La ducha, esta vez, nos envolvió a los dos juntos. Había una euforia no consumida que yo drenaba dándole golpes con la palma lisa de la mano en los hombros, en los omoplatos, en las nalgas, mientras la lluvia resba-

laba sobre nuestras frentes, nos era servida al borde de los labios por el canal de una mecha caída. Refamos, nos devolvíamos las cosquillas, nos revolvíamos entre los restos de sensualidad que nos quedaban, curiosamente trasmutados a formas de la inocencia juguetera, de la puerilidad, de la pagana adoración de los cuerpos ya consagrados aquel día.

—Tengo un hambre feroz —dijo Cora, mientras se vestía unciosamente y alzaba, todavía goteante y para que se lo besara, un rostro enrejado de guedejas húmedas.

—Yo también.

Y luego, para acuciarla con la blasfemia:

—Hambre de dos, hambre de Dios.

—Por lo menos —dijo ella— ya hemos saciado por unas horas las hambres que no eran de Dios en este asunto.

Sonrió acartuchando los labios, ante el recuerdo de las últimas horas, pidiendo un beso más por ellas.

—Bajemos a comer, entonces —dijo—. Es el único hambre que, en nuestro caso, no tengo dudas de que Dios apruebe.

Propuse tomar un trago antes de la cena. Teníamos ahora la impresión de ser dueños de un largo tiempo a gastar en lo episódico, a pesar de que pronto se acabaría; habíamos convenido en salir a las nueve de la mañana hacia Montevideo.

—Son esos contrasentidos —dijo Cora—. No podemos dar a todos los minutos del día de hoy la intensidad que tendrán después, cuando los recordemos.

—Sobre todo, la intensidad física —dijo—. Los hombres somos animales muy limitados. Mucho más que las mujeres.

—Sí, y especialmente los hombres viejos —dijo con una sonrisa de ternura, adelantándose a esa broma de taimada autoinfamación por la que yo exageraba siem-



pre, ante ella, la forma precoz en que decae un sujeto a los cuarenta.

—Claro.

El comedor estaba vacío, en aquella noche otoñal de entresemana.

—Tomemos el trago en el bar —propuse—. Así usamos, por el mismo precio, todos los escenarios.

Cora pidió whisky y yo, que traía una sed de sol y arena, pedí un gin tónico. Nos sentamos en los taburetes, acodados al mostrador. Cora pidió también un paquete de Chesterfield.

Una música dulzarrona y arrastrada, impersonal, sonaba al fondo, discretamente, sin estorbarnos la conversación.

—No hemos leído los diarios, no hemos escuchado radio, no sabemos lo que puede haber pasado en el mundo —dije.

—Eso es lo bueno —repuso Cora—. No haber cohabitado más que entre nosotros, no traer hoy el mundo a la mesa ni a la cama.

Habían caído grandes lluvias a principios de mayo y el clima había cambiado tempranamente a frío. Por eso mismo, nos decíamos, era tan excepcional una tarde cálida como la que habíamos disfrutado en la playa. El comedor, con todo, acusaba el tiempo de ayer y de anteayer, no el de hoy. Estaba inhóspito y, de tanto en tanto, en lo bajo de las paredes, se advertía alguna mancha o escoriación de humedad. El fuego que ardía en la chimenea, en una esquina del salón, era insuficiente para lamer y dorar todo ese frío remanente de los días anteriores; y en los sitios más alejados de las puertas se recababa un olor a encierro y marchitez.

Ése, vacío y algo mustio, fue el escenario de una de las horas más lindas que hayamos tenido. No se precisa trucidarlo en la memoria, mentir que era hermoso, que reíamos en medio de un mar de cabezas, rodeados y acalorados de gente. No es necesario inventar que

tocara una orquesta sobre un entarimado, para saber que fuimos tremendamente felices hacia la muerte de aquel día. Lo fuimos de una manera provinciana y humilde, de una manera encogida, cautelosa, aterida, pero por eso mismo más avenida al natural de los dos y a lo que cada uno soterraba del otro tras haberse saciado, como hacen los perros con su alimento por la noche. Era una felicidad sin transfiguración, esa felicidad por íntima plenitud, que resultaba la menos sospechosa.

—Soy muy feliz —dijo Cora, con su alegre modestia de buena pobre—. Más feliz que en cualquier minuto vivido en Europa. Sí, y a pesar de que esto sucede aquí. Por eso mismo, no puedo dejar de pensar en todo lo que te debo.

—Y yo a ti.

—Es diferente —negó—. Tú tenías desde siempre tu libertad.

—Y eso era lo peor. Que no había sabido qué hacer con ella hasta que te encontré.

El mozo se acercó para preguntar qué vino preferíamos.

—En este lugar hay que pedir Cerros —dije—. Es el orgullo departamental.

El mozo sonrió.

—Un pinot, entonces —propuso.

—Sí.

Tornó a su sitio, en la esquina del comedor. Trasmitió la orden y volvió a atarearse entre platos y servilletas. La música, siempre complaciente y sosa, llegaba en rachas cuando se batía la puerta del bar. Del otro lado, a nuestras espaldas, el ventanal dibujaba el cabecero creciente de los árboles. La virazón había llegado tardíamente y enjugaba el fresco súbito de la noche.

—No puedo creerte —insistió Cora—. Tú me has hecho, tú has ordenado en mí una serie de valores que andaban como desparramados, en un caos. Me has hecho creer en una integridad de la vida —de pies a cabeza—

a la que ya había decidido renunciar. Yo no he podido causar nada semejante en ti, me doy cuenta. Y es natural, no te lo reprocho.

El mozo trajo la botella, la descorchó, dio vuelta a las copas y me sirvió el trago ritual de prueba. Asentí con la cabeza, al tiempo que decía a Cora:

—No has podido o no te das cuenta.

Me miró con cierta divertida perplejidad, como indagando si volvía a burlarme de ella.

—Es curioso —dijo— pero no puedo desprenderme de una sensación de extrañeza. ¡Estoy aquí contigo, y todo esto parece tan formidable! Pero, al mismo tiempo, tiene algo de incoherente. Que yo haya tenido la infancia que tuve, que haya hecho el casamiento que hice y que hoy esté aquí contigo. Realmente, no tiene sentido.

Ahora fui yo quien miró con asombro.

—Sí. Tengo, ¿cómo decirte?, la impresión de que esto es demasiado.

—¿Demasiado por qué? —inquirí, aunque la entendía y me halagaba—. No dirás que demasiado erotismo...

—Mirá: en cierta forma de la calidez, que consiste en no aceptar que estas cosas tengan posible rutina, hasta eso.

Esa franqueza suya para cotejar experiencias, pasando en una sola frase de Carlos a mí, era maravillosa. Había dado, por instinto, con el único modo de imposibilitarme los celos. Sólo era concebible envidiar a Carlos por la cantidad de tiempo que tenía para estar a su lado. No otra cosa. Y esta noche, ni siquiera eso.

A pesar del viento nocturno, a pesar de la noche oscurísima, después del café paseamos del brazo por las calles de las afueras y entramos hasta la ciudad pequeña y adormecida. Era estupendo transcurrir por aquel decorado en el que no contábamos como personas, tomarla a veces de los hombros y, en el lampo agitado

por las oscilaciones de un farol, besarla contra un fondo de cercos vivos, asirla y morderla y acariciarla sin ninguna referencia a los demás en el fondo de los pensamientos y de las sensaciones, ebrios de la certeza de que nadie nos conociera, felices e íntegros como si ese día hubiésemos cuajado el uno para el otro. Era el ensayo general de la quimera que nos prometíamos. Era un anticipo de lo que *íbamos* a hacer algún día.

De noche, vacuos y castos, verla volver del baño en camisón, haberla escuchado enjuagarse la boca, sentir el roce de su pie en las chinelas. ¡Qué bueno!

—Si es a esto a lo que llaman domesticidad —le dije desde la cama, con un codo clavado en la almohada y fumando, desde esa torpeza de espectador que da el ser soltero—, que venga a cucharadas.

Ponderé su camisón, el aire ligeramente matronal que le daba. Yo estaba extendido y no tenía más prenda de dormir que la camisilla: yo era la improvisación en mitad de la ceremonia; y se lo dije.

Se lo dije, volvió a sonreír y por primera vez en toda la jornada noté algo tenso, desplegado a partir de las comisuras, algo cansado y desencajado y perseverante en su sonrisa. No sé si venía de ella o estaba en mí, pero sentí —recién entonces— una insidiosa sensación de absurdo y de fugacidad, ese estado de ánimo por el que uno suele llamar “infeliz” precisamente a un ser que está empeñándose en sentirse dichoso, si cree adivinar desde ese mismo instante la precariedad y el contrasentido de su dicha.

Pero la mañana siguiente, la mañana bostezada por una naturaleza gris, opalina, casi legañosa, nos devolvió al centro de lo que éramos, tras casi nueve horas de sueño.

La veo a contraluz, vestida con su peinador rojo oscuro, las solapas de raso de un rojo más vivo, más lu-

minoso, más estridente. La veo pegarse en un color llagado al fondo de la mañana lechosa, esplendor como un cuajarón en el cuadro de un campo brumoso, con humo o niebla deshilachándose al fondo; un paisaje que enmarca —en límites y en perezosos ruidos— la ventana abierta. Balidos lejanos que se topan contra las paredes blancas y desconchadas del hotel, una parva, un acre olor a paja en descomposición. Su brazo derecho sube y baja lentamente, peinándola:

—Olor a paja húmeda —digo.

Y ella (o su languidez) sin dejar de peinarse, en un tono aplastado de anticlímax, hecho para franjear el paisaje:

—Dios mío, líbranos de la podredumbre.

Lo digo tal como fue, casi encogido al transcribir la frase. En verdad, me interesa evocar la situación y no la frase, que ahora tiene un inesperado sabor macabro, se corona de una espuma que allí no tenía, que no surgía entonces de su manso cotejo con las cosas naturales.

Por lo demás, ¿no la he escrito ya antes?

## V

Habíamos pasado ya Libertad y volvíamos a Montevideo. Cora apoyaba su sien izquierda en mi hombro y, al modo del desperezo de las gallinas, que extienden un ala sobre la pata estirada, abría los dedos de su mano derecha hasta rozarse el tobillo de la pierna replegada sobre el asiento.

—Ya estamos cerca —anuncié, y sentí en seguida que aquello sonaba como una amenaza.

Hacia las once de la mañana, el día comenzaba a dorarse. El sol, que había estado pasando a través de desgarrones de nubes, tenía ahora un trozo de cielo azul para brillar sin mácula. Las dos cintas de verdor, a los costados de la carretera, comenzaban a lucir más jugosas, con sus ojos de agua, con sus lampos bajos de campo anegado, donde pacían vacas y caballos.

—A pesar de haber andado el mundo, me sigue gustando esta tierra —dije, como forma de retirar la frase anterior.

—Mejor sería decir que ha vuelto a gustarte, luego de ver el resto.

—Sí, creo que es así. Tal vez sea un paisaje desabrido, pero no es más chico ni más grande que el hombre que lo ocupa.

Ese hombre, sin embargo, me parecía ahora demasiado remoto. La afirmación sólo racionalizaba recuerdos, estados de ánimo que no podían ser los de ahora. Porque en este momento, volviendo a la ciudad a las treinta horas de haberla dejado, tenía la impresión de que la distancia a que estaban los demás de nosotros, era la que media entre la rutina y la felicidad. Dicha, eso era lo que teníamos nosotros dos, encerrados en la caja del auto y deslizándonos como en un film, contra caras y

figuras inmóviles. Lo de ellos era costumbre, un valor que no bastaba a fundar la vida. Curvados sobre el rastrojo, de pie tras una fragua, sentados en un tractor, apenas podíamos considerarlos nuestros semejantes. Eran seres inconcebibles; tristemente naturales, como alguien dijo. La misma luz que los bañaba no parecía la nuestra, chispeando en el espejito retrovisor. Era una luz que había llegado hasta ellos de otro modo, tal como uno la absorbe luego de haberse pasado la noche velando a un agonizante; cuando emerge de algún pozo de la vida o de la muerte y tiene que estregarse los ojos para convencerse de que hay un sol que también cuelga para los demás, o abrirse los oídos con las yemas de los dedos, para estar seguro de que es en ese mundo de afuera donde canta el gallo.

Dejábamos atrás un largo rectángulo de girasoles y volvían los campos de pastoreo. "Los caballos asoman a narrar", había escrito Denis. Pero creo que aludía a los tordillos que descubría entre los relámpagos de la noche, en medio del chaparrón, como si asumieran de pronto las formas del mundo. Estos caballos que depenían los pescuezos en los bordes de las lagunas o los alzaban para abrir los belfos mojados a la claridad creciente, no narraban. Solamente mascullaban algo ya sabido, algo que quizá los hiciera más próximos a nosotros de lo que podían estar los labriegos.

—Se acaba y se acabó —dijo Cora.

—Haremos de cuenta que es otro lunes.

Era una reminiscencia escolar. Porque ahora eran los sábados y los domingos los días que nos separaban, los abismos de nuestro tiempo.

—Pero tú, por lo menos, estarás solo —me decía ahora, con las mismas palabras del viernes por la tarde; y aquélla era la reválida de nuestro vacuo feriado—. Yo, en cambio, tendré que mezclar todo lo que traigo con la vuelta de Carlos. ¿Qué te parece?

Volvíamos a dos purgatorios diferentes, parecía decirme. Y proclamaba el suyo como peor que el mío.

—Sí, y las clases? —repuse—. Fray Luis de León esta misma tarde y todo eso.

—Ojalá las tuviera, ojalá pudiese sumergirme en algo.

Tornábamos a circular entre los ojos de más girasoles, cuando dijo:

—No creas que se me ocurre ahora. Ya lo pensé ayer, en el momento en que tuve tu cabeza dormida entre mis muslos, en la playa, y te encontré parecido al muchacho de la camisa blanca.

No me había dormido, pero quería mantenerle la pequeña ilusión de mi derrota. También yo, si cerraba los ojos (la carretera estaba desierta hasta el horizonte) podía verla correr por la playa, con aquella absurda malla negra de baño, alforzada en los breteles, que había podido comprarse la tarde antes en el pueblo, y que ahora venía hecha un ovillo, en mi equipaje, porque me había resistido a dejarla en el hotel y Cora no podría guardarla en su casa.

Y la veía, asimismo, en el instante en que, sobre la contraescena del torpe asombro de la vendedora, había tomado por los tirantes aquella prenda opaca y, con un donaire que no estaba en su diseño sino en los dedos que la sostenían, la había extendido, a partir de su busto, sobre el traje de verano que llevaba, alisándola con una mano para que se ajustara a sus caderas, al modo de esos vestiditos recortados a tijera sobre sus líneas punteadas, con orejas flexibles en los hombros, que en la infancia tomábamos de las revistas y probábamos sobre imágenes de niñas, pajes o príncipes de papel.

—¿Qué te parece?

Era una pregunta ociosa porque —cualquiera fuese mi opinión— era la única malla de baño que podían vendernos, un saldo de temporada en pleno otoño, en aquel sitio que ni siquiera era balneario.

—Va —dije para aprobar el servicio que tendría que prestarle, pero sin abrir otro juicio—. Va.

—Disfracémonos de bañistas, entonces —propuso Cora, ante la estupefacción (ahora ligeramente resentida) de la vendedora, a cuyos oídos la broma no iba dirigida contra nosotros mismos sino acaso contra su comercio y contra aquella ciudad donde no podría encontrarse otra malla mejor.

—Entre este traje y el pantaloncito que me prestó el peón, no sé quién de los dos ganaría un concurso en Punta del Este —dije.

Después Cora había pedido que la dejaran pasar a un cuartucho de guardar cajas y papeles, que oficiaría de probador; había entreabierto la puerta, avanzando un brazo desnudo, para reclamar aguja e hilo negro; y se había puesto la malla bajo el vestido, regresando con el bolso de mano henchido por la ropa interior que le sobraba.

Todo eso parecía haber sucedido una semana atrás, no en la tarde de ayer. Cora se asía sin embargo a ese tiempo pasado, insistiendo en los detalles de familiaridad conyugal que —dados por eternos entre nosotros— podían prolongar el sortilegio. Yo me había rendido más fácilmente que ella (no sé si también más resignadamente) a la evidencia de que todo el hechizo de la situación había terminado. En compensación, tal vez yo supusiera con mayor optimismo que todo podría volver a darse en poco tiempo. Las mujeres entran últimas en la depresión y en la caída, pero cuando algo las arrastra ya no pueden ser crédulas, ignoran las salidas de la vida o se rehusan a tomarlas: junto a los muertos he visto hombres herméticos que luego olvidan, mujeres locuaces que después se derrumban.

—Tenés que cortarte el pelo —dijo, pasándome los dedos por la nuca—. O, al menos, sacarte la pelusa.

Deslizó los dedos bajo el borde de la camisa y los

internó cuanto pudo hacia las vértebras, aquerenciándose a la tibieza del cuerpo.

—Y hacerte arreglar este deshilachado —tiró de una hebra—. O, mejor, llevarla a que le cambien el cuello, tomando tela de la falda.

La mano saltó al cinturón, para indicarme la provisión de tricolina disponible. Le dije "Sí" y le oprimí los dedos contra la orilla del pantalón, impidiéndoles seguir.

—Dame un beso —propuse. Y me lo dio.

No habíamos desayunado en el hotel, como forma de enriquecer el regreso. Mientras la niebla se alzaba a jirones, llegamos a Rincón del Pino y entramos al pequeño parador. No se veía a nadie entre las mesas de mantelitos cuadriculados; nadie tampoco en el mostrador ochavado, al fondo del salón.

—¿No te gustaría tomar un vaso de leche de apoyo? —pregunté.

—No sé lo que es.

—Mujer de la ciudad —dije—. Es la leche del primer ordeño, en la mañana. Tibia, espumante, dulzona.

—No sé cómo será —dudó—. Pero la probaría, siempre que te tomaras el resto, si no me gusta.

El dueño, que había aparecido tras el par de aplausos con que habíamos marcado nuestra presencia, declinó el pedido con una sonrisa, como disculpándose.

—No, señor. Si los señores estuvieran aquí y la hubieran pedido antes. . . Pero así, de golpe, y a esta hora. . .

—Está visto que tendremos que tomar café con leche —dijo Cora, de buen humor.

El dueño había empezado por mirarnos como a una pareja clandestina, al acercárenos lentamente. Luego, por un momento, había podido tomarnos por recién casados. Pero lo de la leche de apoyo debió haberle parecido un capricho, un antojo de mujer embarazada.

—Al fondo tengo un par de habitaciones con baño, para alojamiento —refirió mientras colocaba ante nos-

otros las tazas, vueltas hacia abajo sobre sus platillos—. Si los señores quisieran pasar algún fin de semana, pueden reservar por teléfono —y deslizó una tarjeta, dejándola apretada bajo el azucarero—. La comida es familiar, sencilla y sana. Fuera de temporada, bajan los precios. Si a los señores les interesa, puedo apuntárselos.

—Apúntelos aquí —dijo Cora, volviéndole la tarjeta. Su capacidad para simpatizar, sin cálculo, con la gente que podría haberle sido más indiferente, era muy superior a la mía. La tarde antes había estado indagando al peón sobre el precio posible de un tilbury, sólo para tener un punto de contacto con el mundo del muchacho, para trabar con él una relación mínimamente individuada.

El dueño volvió con la tarjeta anotada y una fuente con tapa de campana, que encerraba una buena rebanada de queso.

—Sírvanse los señores.

Cora puso el bolso en una silla cercana y se levantó.

—Voy al *toilette* —me dijo.

En camino, se detuvo mirando la pared que había quedado a sus espaldas mientras estaba sentada. Había un cartón, ennegrecido por las moscas, recomendando un álbum de chocolatinas y un concurso de figuritas, cuyos premios eran bicicletas, muñecas y pelotas de fútbol. Más abajo —en una tricromía de colores corridos, que derramábanse fuera de las chaquetas, del dibujo de las piernas y de las medias—, el equipo de Peñarol, Campeón de América. Más nuevo era el anuncio de una feria ganadera, ya ocurrida en la otra punta del departamento; y reciente, con la tinta casi fresca, un papel sujeto con chinches, donde habían escrito con letra redonda los títulos de las películas de sábado y domingo próximos en el club del paraje.

Vino esponjándose el pelo húmedo y quitándose el abrigo.

Apenas la vio regresar, el dueño volvió trayendo le-

chera, cafetera, mantequera, tostadas que había dejado arrebatar por el fuego y una fuentecita con cuajada.

—A falta de leche de apoyo —dijo, dedicándole un ademán amable y ceremonioso.

Por debajo de la mesa, el pie de Cora me tocó una pierna, a modo de comentario suficiente sobre las convicciones del hombre. “Ya está seguro de que estoy embarazada, acaba de averiguarlo en mi sonrisa”, quería decir el golpecito. Recafamos en nuestro deporte de leer preguntas no hechas, preguntas ideales sobre la cara de la gente. Un deporte que no conocía fatiga ni aburrimiento, sobre todo teniendo en cuenta que las preguntas divertían más cuanto más imposibles o apócrifas: “Este viejito de la plaza quiere saber si todas las noches dormimos juntos”, etcétera.

Pero esta vez había, en el fondo de toda diversión, algo crispado e inestable, un acento de provisoriedad y de lucha: queríamos evitar que la jornada se acabase, ambicionábamos exprimirla hasta la última gota.

Las palabras para definir a Cora —pensé mientras mis manos corrían sobre el volante— son “hallazgo” y “fervor”: hallazgo para dar con las situaciones, fervor para sostenerlas en vilo.

—Imaginate que volviéramos de St. Cloud a París —dijo en ese momento—. ¿Sería más lindo, nos daría menos pena?

No sé, pero tenía un encanto propio volver a Montevideo, la ciudad donde habíamos nacido y donde alternativamente la suerte nos unía y separaba. “La jungla de Montevideo” —como decíamos, escondiéndonos en ella.

Habíamos cruzado ya el puente sobre el Santa Lucía, resbalábamos sobre sitios que conocíamos de siempre: los abandonados carriles del más largo tranvía, la cartonería con sus chimeneas empenachadas de humo, el nauseabundo vaho de las aguas corruptas de las curtiembres, la planta de reencauche con sus pilas de neu-

máticos ennegreciendo al sol, los rollos de alambre de púa junto a las cercas de la usina metalúrgica, el olor a lino de una aceitera (trayéndonos la instantánea memoria de las odiosas cataplasmas de la niñez), todo el cinturón de industrias que ajusta este flanco de Montevideo y enrarece el aire de campo, para anunciar que la ciudad está próxima.

Habíamos pasado por un borde del parque que guardaba para nosotros la imagen del desaforado erotismo primaveral al aire libre, de unos meses atrás. Noviembre 29. En el recuerdo íbamos primero bajo los árboles, seguidos por una escuadrilla de gansos que asomaban sus cuellos blancos y veteados de gris y castaño, sus picos rosáceos. A la orilla de la cañada, la tierra estaba húmeda y resbaladiza; metida hasta las ubres en el agua cenagosa y pútrida, sin un movimiento, una vaca dirigía su hocico, sus tristes ojos líquidos hacia nosotros. De pronto, abrazados, supimos que el semicírculo de cañas nos hacía de biombo, alejándonos del resto del parque, de la escolta de los gansos, de todo lo que existiese alrededor. La cabeza de Cora se volcó al pie mismo de una acacia, enmarcada en el respaldo de cañas; su cuello blanqueaba, desnudo, hacia la mirada de la vaca y el quieto olor envolvente del agua estancada. Más atrás, destellando por encima de las cañas, noté —remontándose a medida que yo bajaba— un toque de sol oblicuo y rayado sobre las hojas.

—¿Te imaginás cómo habrá sido el amor de la pareja humana en el Arca de Noé? —susurró, antes de que yo cayese sobre su cara, sobre sus hombros, sobre sus piernas. La vaca había empezado a chapotear entonces, a revolver entre las anchas hojas de la vegetación lacustre, a resoplar sobre ellas con un aliento de fuelle, ambiguamente partícipe.

—¿Y por qué no en el paraíso terrenal? —repliqué.

Ayudé a Cora tomándola de las axilas, la besé otra vez. Al reemprender la marcha hacia el camino, eludi-

mos una rueda de mujeres jóvenes, echadas en el pasto, tomando mate y sacando vituallas de una cesta abierta en el centro de su círculo. Estaban a menos de treinta metros del refugio de las cañas. ¿Nos habrían escuchado?

—Un día de sol podemos venir a “tomkinsear” —dijo a mi lado Cora, tomándome una mano del volante, feliz con el recuerdo y con su verbo que agasajaba al parque—. Que Galia vuelva a prestarte el coche.

El sol chorreaba ahora sobre el camino; refulgía en los guardabarros y el motor, en las varillas cromadas.

Veíamos ya el Cerro, sus contrafuertes de piedra y pasto ralo, los tanques de la refinera de petróleo sobre la lámina bruñida de la bahía, como cilindros metálicos a medio hundir en el agua; un buque cisterna se dibujaba en oscuro contra el fondo puntillista de reverberación; y el muelle, a su flanco, parecía un castillo muy frágil, hecho de mondadientes tiznados. Anulada bajo la irrupción del sol, latía la llama perpetua de la planta de refinación, esa lengua que esplendería por la noche como un insomne aletazo de fuego sobre el paisaje dormido.

Llegábamos; le dije que me dejara en La Teja y tomara el volante. Yo tenía tiempo y era mejor separarnos al entrar. A Cora le escocían los disimulos, pero la situación la forzaba a tenerlos. Ahuecó otra vez su mano izquierda sobre mi nuca; no la movió ni dijo palabra.

## VI

Había llegado hasta él con el recorte de diario en la mano. "Hombre de negocios mata a su esposa y se suicida", decía el título a tres columnas, en caracteres pringosamente negros. Debajo había una foto imposible de Cora, seguramente una vieja foto de carnet traficada por soplones, por amigos de la publicidad, por deudos propagandísticos. No era siquiera el serio rostro convencional de las cédulas de identidad o de los pasaportes; era un cansado gesto de sonrisa sobre los pliegues de una cortina ordinaria, ese foro de las fotografías baratas. *Los occisos estaban uno al lado del otro, sobre el lecho matrimonial* —decía el recorte, en un aborrecible estilo de crónica policial. Lo curioso era que nunca me hubiera mostrado tal foto, así fuese para reírnos de ella. *La esposa presentaba una herida en el temporal izquierdo, provocada por bala de pequeño calibre, sin orificio de salida.* Recuerdo el día en que le encontré en el bolso una mínima foto, previa al viaje, una foto seria y pálida, rigurosamente frontal, sin arrequives ni sonrisas ni ojos que se evadieran: aquí estoy y éste es un trámite; nada más. *Su rostro tenía una expresión tranquila.* Había logrado que me la regalase y la había pinchado en una esquina de la historiada cabecera de mi cama, comentándola en seis versos muy escuetos al pie. *El esposo, a su lado, tenía a su vez una herida de bala en la sien derecha, con orificio de salida sobre el pabellón de la oreja izquierda, en trayecto descendente.* Era en el tiempo en que nos burlábamos del arte menor que invadía a todos nuestros poetas, a partir de una sola poetisa auténtica. *Su cara se vela más contraída que la de la mujer y estaba cubierta de sangre.* Entonces yo había escrito, en una tira angosta de pa-

pel, que había pegado al pie de la foto, aquellos seis versos de tres sílabas cada uno. *La pistola, un Colt 22, se encontró entre los dos cuerpos, habiendo sido al parecer empuñada por el hombre.* La cara/de cera/de Cora/decora/mi casa/de cura. *El orden existente en la habitación permite inferir que no medió lucha; todo lleva a suponer que el esposo descerrajó un tiro contra la esposa mientras ella dormía, volviendo luego el arma contra sí, para darse muerte.* ¿Por qué de cura?, dijo. Parece un ripio. ¿Casa de cura en el sentido de casa de reposo o de casa sacerdotal?, preguntó. *Se ignoran los motivos de tan trágica determinación.* En cualquiera de los dos es incongruente, pero supongo que sea menos ofensivo en el primero. *El Sr. Espiga era un hombre de negocios conocido y estimado en la plaza y los informes recogidos entre personas allegadas a la pareja inducen a creer que no existía entre ambos ningún problema capaz de forzar un desenlace de esta especie.* O acaso no sea tan incongruente, añadió con un aire más pensativo; porque, en su misma violencia, el amor es también una forma de reposo. Y luego, con un mohín de súbita tristeza: *Dímelo a mí. Con algún fundamento se presume, pues, que el uxoricida y suicida obró en un raptó de enajenación mental.*

Guardé el papel en el bolsillo (la foto imposible de la sonrisa sobre la cortina empezaba a parecerse, en el recuerdo, al mohín de tristeza del "Dímelo a mí"). Estaba ya frente a la casa del forense y llamé.

Habíamos sido antiguos condiscípulos y se afanaba en desmigajar esa circunstancia hasta el detalle. Supuso casi en seguida que el objeto de mi visita había terminado. Fui un poco culpable, es cierto, porque en cuanto vi su imponente abdominal y la avasallante energía cómica que brotaba de toda su persona, me desalenté de plantearle las cosas a fondo. Yo era pariente de la mu-



jer —le dije—, sabía que los cuerpos estaban en la morgue a la espera de la autopsia y quería hacerlo meditar acerca de si esa carnicería era necesaria.

—Necesaria, lo que se llama necesaria, creo que no. Pero entiendo que está ordenada por el Juzgado.

Insistí y llamé por teléfono al comisario, con quien se entendía para recibir los mandatos del Juez.

—Sí, ordenó las autopsias —me confirmó al colgar.

Creo que aduje hasta motivos religiosos, móviles de piedad, todo lo que no podía bastar a conmovirlo.

Me miraba entrecerrando los ojos, no sólo para evitar irritárselos con el humo de aquel habano que por nada se sacaba de la boca (mientras enroscaba y desenroscaba alrededor del índice, torneándola en un sentido y en otro, la cadena de oro que remataba en un cortaplumas con lima de uñas) sino acaso, lejanamente, para recordar algo que mi figura de hoy le impedía apresar. Yo machacaba en los fundamentos de compunción familiar, en la inutilidad de hacer todo un legajo cuando ninguno de ellos dos sobrevivía; pero él no me escuchaba. Una cauta sonrisa, cargada con los buchec del humo retenido en los carrillos, empezó a formársele cuando dio con el distante recuerdo.

—Vos fuiste el que puso conmigo la goma de auto —dijo, al fin.

—Sí —convine—. ¿Era eso lo que andabas buscando?

Y a pesar de que mi tono lo había encontrado fácil, accesible a la memoria, empezó a infligirme su deshilvanado recuerdo.

—Fue en una de aquellas casitas de zaguán y cancel de la calle Blanes —dijo.

—Sí. Canceles con vidrios biselados que remedaban cortinas.

—Eso mismo —y admirativamente—: ¿Cómo te acordás?

—Hace sólo veinticinco años —repuse.

Me refirió entonces que, saliendo del Liceo, había-

mos encontrado un neumático viejo en la calle. Lo habíamos hecho rodar una cuadra, él decía que en busca de una de aquellas puertas; yo sabía que, al principio, lo habíamos hecho rodar tan sólo por no haber discurrido otro uso que darle.

—Me parece verlo —rememoraba entre el humo—. ¿Cómo era que decía?

—*Firestone*, con efe gótica.

—Eso mismo. ¡Qué buena memoria!

Gordo, rechoncho, enorme, sentado en el taburete giratorio y abriendo desmesuradamente las piernas, para equilibrar de algún modo el volumen que remecía en el asiento, nada tenía que ver con el muchachito flaco, cuya enorme nuez jugaba a hacer subir y bajar el nudo de la corbata por el cogote; nada con la risa aguda y la salacidad del adolescente precozmente vicioso, que decía conocer mujeres a los quince años. Ahora, con la misma precocidad, la piel de sus manos estaba overa, manchada de despigmentación a los cuarenta y tantos.

Tanteaba puertas en el cuento, equivocaba la acera en que estaba la casa. Mentalmente, yo estaba diciéndole: "No es así, no fuiste tú quien tocó el timbre sino yo; a ti no se te había ocurrido, tu tonta broma consistía tan sólo en arrimar el neumático a la cancel, como quien deja un tacho de basura, algo sucio o viejo o corrompido en el umbral de un vecino. Habías montado por casualidad la escena pero no sabías qué hacer con ella. Fui yo quien tuve la idea y apreté el botón del timbre. Y aun entonces querías irte, escapar. Ni siquiera entonces se te ocurrió que lo más cómico iba a ser el momento en que —trin, trin, trin, trin, toqué cuatro timbrazos urgentes y cortitos— abrieran hacia adentro la puerta y el neumático, recostado a la cancel, entrara disparado a la casa."

—Salió un viejo, ¿te acordás?

—No —decidí corregirle—. Fue una vieja.

—¿Una vieja? Ah sí, tenés razón. Una vieja.

“Y gracias a que te convencí de que nos quedáramos, pudimos ver la cara de pavor de la vieja, cuando la llanta pasó atropellando junto a ella, golpeó en la mesa del recibidor y derribó un espantoso jarrón chinés.”

—Entonces sí que disparamos —dijo el forense. Pero no me consta que en su recuerdo figurara el jarrón hecho añicos.

Como si el cuento hubiera sido una punción en su memoria, y lo ayudara a reconocerse y a reconocermelo en el arrumbado sentimiento de una relación humana, cortó el relato con una elipsis que lo traía a mi asunto.

—Si te importa tanto, puedo hablar con el Actuario del Juzgado. Y pedirle que limiten la orden a un reconocimiento.

Le pedí que lo hiciera. Buscó una libretita, discó y habló. Era prodigioso el empuje que le había dado aquel recuerdo, como si el neumático se hubiera puesto a rodar dentro de él. El Actuario se dejó persuadir, apalabró al Juez y la orden quedó rebajada a reconocimiento.

—¿Estás contento? —preguntó, y era puntualmente la pregunta más inadecuada.

—Sí.

Hubo un silencio, y descolgó el cigarro de la boca, pasándose el revés de la mano pecosa por los labios.

Quise aprovechar y, al mismo tiempo, decidí mentirle:

—Decime una cosa, que siempre pensé en preguntarte el día en que te encontrara, ya que sos médico. ¿Se muere con los ojos cerrados?

La pregunta dibujó en su cara una mueca de sorpresa, la desapacible presencia de lo inesperado.

—Hombre —dijo—. Se muere de cualquier modo.

Se pasó el mismo revés de la mano por los ojos, como para enjugar la extrañeza del tema.

—Y por cualquier causa.

Me interesaba traerlo a sus presunciones sobre el asunto.

—¿Y podrías establecer cuál de ellos dos murió primero?

Esbozó un gesto vago, con la mano que sostenía el cigarro. El gesto decía “quién sabe”, “depende del tiempo entre una y otra muerte”, “habría que verlo”.

—El cuerpo de él no estaba cruzado sobre el de ella —dije—. Cada uno estaba a su lado de la cama. Ella tenía un tiro en la sien izquierda. (“Pero podía haberse dado: era zurda”, pensé y no se lo dije.) Él, otro tiro en la sien derecha. La pistola estaba sobre la sábana, entre los dos. En medio de todo ese cuadro, ¿la prueba de la parafina, el tatuaje de pólvora en las manos podría llevar a decidir quién mató a quién?

—Bueno —repuso, sin dejar de observarme—. Supongo que fue él quien la mató.

Y ante la fijeza ostensible de mi atención:

—La mayoría de las veces, estas cosas las hacemos los hombres.

Tornó a mirarme, con una estudiosa pesadez, sin pizca de malicia (no era capaz).

—Pero... ¿por qué te interesa tanto?

Y tras un minuto indeciso, en que temí verlo encaminarse hacia el plexo de la verdadera historia:

—¿Hay alguna expectativa sucesoria que dependa de quién murió último?... Porque si la hay, siento desilusionarte, ya que me has dicho que eras pariente de ella. Debe haber sido él quien murió último.

Era posible conversar con él horas y horas sin que se diese cuenta de lo que tenía por delante. Supongo que por eso tendría que abrirnos en canal, cuando quisiera saber algo de nosotros. Me inquirió sobre ocupación, sobre estado civil, sobre viajes. Nada —desde el celibato a las Letras— pareció llamarle la atención.

—Bueno —dijo—. Nunca es tarde. Yo estoy por casarme.

Me imagino que tenía ganas de decirlo, de afirmarse en que no era un propósito inverosímil.

—¿Recién?

—Bueno, por casarme de vuelta. ¿No sabías que he estado veinte años casado con Rosa?

—No sabía nada. Ni me acuerdo de quién es Rosa.

—Ah, claro. Es cierto que entonces la llamábamos por el nombre entero: Rosamunda.

Subrayó mi asombro con una carcajada.

—Si no lo supiste en su momento, hoy debe parecerse incongruente.

—La verdad que sí.

Lo miré, vi su prominente carnalidad, su rostro macizo y abotagado, el increíble tamaño de sus muslos ceñidos en la sarga gris; y pensé en Rosamunda, en el extraño e indefinible contraste que siempre advertí entre su rostro ojival y su frente ósea, entre su enjuta fragilidad y el nombre medioeval tan rotundo, tan pastoso, tan redondo. Era igualita a un medallón del perfil de Clodoveo niño —*Clouis enfant*, como decía el libro de Historia— con su cerquillo lacio y las bandas de pelo cayendo bajo su gorro de punto. La cara de la Rosamunda de catorce años debe haberse asomado a mis ojos, porque él la vio.

—Claro que esos veinticinco años de que hablabas han corrido también para ella. No la conocerías ahora. Está gordísima, inmensa.

“Mimetismo conyugal”, pensé.

—¿Por qué se divorciaron?

—Nos llevábamos tremendamente mal.

—¿Sin hijos?

—Con una hija, que ha quedado con ella pero a la que veo todos los días. Dentro de un rato vendrá a buscarme y tal vez la conozcas. Tiene diecisiete años y, ella sí, es igual ahora a la Rosamunda que recordás del Liceo, a la flaquita de quien te enamoraste.

Negué con la cabeza, a pesar de que era cierto.

—Si todos estuvimos enamorados de ella —dijo, como si su compromiso con Rosamunda hubiera sido apenas mayor que el mío.

—Y la hija (la hija de ella, pensé, no la tuya), ¿cómo se llama?

—Ella sí se llama Rosa.

Ése era su sentido práctico de la vida, el que lo mantenía instalado en este consultorio y en la realidad: rebajar las autopsias a reconocimientos, el nombre de Rosamunda al de Rosa, cortar por lo sano.

Sí, la imagen que yo tenía de Rosamunda no podía haberse casado con nadie, con ninguno de nosotros ni con cualquier otro hombre que yo conociera. Pero acaso entre los imposibles de veras, uno de los más injuriosamente desavenidos con esa imagen era él, fumando su puro, desenroscando su cadena, limpiándose las uñas con el chisme metálico. Tal vez por eso mismo, porque era el más inconcebible, estaba explicándomelo:

—Claro, como los dos empezamos a estudiar Medicina...

Y el colofón previsible: —Pero ella dejó.

Había “dejado” también como esposa. Porque de seguro —mi juventud, mi adolescencia, mi recuerdo lo querían imperiosamente así— era ella quien lo había dejado, hastiada de su vientre (blanco en la cama), de sus risotadas, de su cigarro derramando rodajas de ceniza sobre las cosas.

Me acompañó hasta la puerta, patrocinante:

—Volvé a verme cuando quieras y sin ningún pretexto.

Luego, pasándome un brazo por los hombros, colgándose su peso y su mayor estatura:

—Y dejate de historias. Con los ojos abiertos o con los ojos cerrados, acostado o de pie, un día morirás de todos modos. Fíjate que hay un Fiscal que en sus dictámenes escribe: “Las gravísimas lesiones recibidas eran incompatibles con la vida (recitaba en falsete) y por

tanto el agredido falleció"... Supongo que para él todos mueren de incompatibilidad. ¡Es la gran causa!

Lanzó una gran carcajada y sentenció:

—Todos moriremos un día de incompatibilidad, como mi matrimonio con Rosamunda.

Mientras hablaba con él, sentí lo poco que me quedaba por hacer, lo irrestañable de esta angustia de conocimiento. He creído conocer a Cora y no he podido saltar por encima del hiato que ha creado su muerte, sobre el mero hecho de que yo no haya podido presentir ni conocer esa muerte. En ese tramo oscuro hay una desprolijidad indesandable, que los forenses, las autopsias y aun las cremaciones no pueden desvanecer. ¿Para qué restituir un detalle, la posición de una mano, la significación de dos párpados caídos sin crispación? Las preguntas que ahora me acosan no hallan respuesta en los manuales de Medicina Legal. ¿Por qué la mataron, qué ocurrió? O, más profundamente todavía, ¿cómo se alimentaba, cómo se cebaba esa muerte en las zonas de ella que nunca conocí, en aquéllas que postergué al azar, en los silencios tras los que no empujé, en las tapas que no quise alzar?

Es la busca de un sediento, la busca del cuerpo de un náufrago, una busca del conocimiento sin Dios. ¿Una policial, una novela psicológica? Una policial metafísica, como creo haber ya dicho; una policial metafísica cuyo centro somos nosotros, cuyo objeto de piedad somos nosotros, cuyo tema de pesquisa somos nosotros, cuyo asesino —develado no a la última sino en todas las páginas— somos nosotros.

## VII

—Me has prometido no ir al aeropuerto.

—Sí.

Estiré el brazo en una parodia de juramento, y le tomé la cintura.

—No, en serio. Ya te he dicho que, en unos meses, he perdido todo interés por este viaje. Pero no agraves las cosas yendo a verme de lejos en Carrasco.

—Bueno, está bien. Nos despedimos aquí. Pero nos despedimos.

Mi mano liberó un par de ojales de su corpiño.

—El verbo es original —dijo Cora, riendo—. En un juego social, de éstos en que se mima una acción para descubrir verbos y adverbios, nadie te ganaría. "Despedirse" le llamas.

Súbitamente, el deseo perdió toda ferocidad, cuando sentimos que había sido —en varios meses— la última vez. Apoyé la cara sobre su pómulo derecho, recogí el calor de su mejilla y la zona ligeramente húmeda de su boca y de sus ojos. En otros tiempos y frente a otras mujeres, un viaje real me habría servido para alejarme; y alguna vez había tenido que fraguar, cuando decaía la pasión, un viaje imaginario. Ahora, en cambio, sólo la pieza cerrada, su estrechez, su confinamiento permitían la benigna ficción de que el llanto nos pareciese inmencionablemente sudor, aunque en verdad estuviéramos llorando, con las caras apretadas y magulladas, con los cuerpos desposeídos de furia y llenos de anticipada nostalgia.

—Si no querés —me separó un poco, poniéndome delante un rostro distinto, oreado y solemne— decime que no voy a y no iré.

Era un juego. Ella estaba salteándose las dificultades de retroceder y yo no podía creárselas.

—Tuve la impresión fantástica de que tu viaje ya hubiera terminado y estuviésemos otra vez aquí.

—Como estaremos —dijo—. Y aquello terminó de golpe con la ilusión de estar flotando juntos sobre el tiempo.

Fui a la refrigeradora y traje la botella; las dos copas estaban sobre el velador.

—¿Sabías que me voy en un avión con nombre de champagne?

—Château de Nosecuánto —dije.

—De Rambouillet —corrigió ella—. Éste sí que será "le tour des châteaux".

No cumplí la promesa. Cora, vestida con un abrigo color habano, tenía seis claveles rojos en el puño izquierdo.

La rodeaban amigos que me eran desconocidos, gente que la tomaba de la cara, que le colgaba en la solapa una etiqueta con el nombre de la compañía aérea, que le oprímía a veces la mano libre.

Me senté al fondo del bar, en una última mesa, buscando el ángulo que me diera, a un tiempo, los ojos de Cora y la nuca de Carlos. El bar estaba en relativa penumbra, con una raya clara en las gargantas del techo y un resplandor aceitoso en los respaldos de cuero de los asientos, que sorbían la luz sin devolverla.

Me había puesto una gorra de viaje, con las orejeras que abrochaban en lo alto, anteojos ahumados y una bufanda. Para la lluviosa tarde de fin de primavera, estaba excesivamente abrigado. Fumaba todo el tiempo, mirándola entre el humo, y tenía la extraña sensación de existir en cifrado, para un único ser. Era una criatura viviente y decisiva nada más que para ella, pero ella estaba obligada a reír ante los requerimientos de los otros, a aproximar su oído —entre el escándalo de los altavoces— a la boca de su vecino de mesa, a sa-

cudir la cabeza ante una frase que le estaba dedicada, a extender sus dos manos sensibles —y me pareció, entre el humo, que ligeramente temblonas— cuando quería que a su vez la escuchasen. Arrumbado, referido tan sólo a quien se había impuesto la atolondrada consigna de atender a los demás como una forma de disimularme, hice ese primer aprendizaje de desasimiento y ausencia que estos días han vuelto a reclamarme.

Cuando los parlantes llamaron a la puerta de embarque, dejé que se levantaran, que tomaran sus bolsos de mano, que se pusieran abrigos y sombreros, que pagaran al mozo. Sólo después los seguí. Tenía que moverme con cautela, porque no aparecía nadie a quien despedir con verosimilitud; y los pasajeros que partían de Montevideo eran muy pocos.

Junto a la puerta de vidrios traslúcidos que una azafata —lista en mano— mantenía entreabierta, fueron las despedidas. Yo estaba apoyado contra el *stand* cerrado de otra compañía y, vistos desde donde miraba Cora, mi gorra, mis hombros y mi bufanda deberían aparecer enmarcados en otro vidrio rugoso y acanalado, el de la puerta del gabinete de hombres. Cora, con su fieltro castaño ligeramente echado hacia atrás, pasó de unos brazos a otros, mientras los altavoces repetían la orden de embarcar. En un instante su cara quedó colgando hacia mí, sobre el hombro de uno de sus amigos, y por un segundo sus grandes, tristes, abiertos ojos oscuros se fijaron en mí. La sombra que le atravesaba el resto de la cara me ha impedido saber si esbozó alguna mueca, una boca redonda diciendo un beso, un mohín acaso. Sólo estoy seguro de sus ojos, intensos en una cara que transmitía tonos más opacos, crispación, cansancio y espera. Sentí sus ojos, le entregué furiosamente los míos —acababa de quitarme los anteojos ahumados en aquel paisaje mortecino y anegado de gente—, intenté un gesto vago de despedida, quitándome también la gorra y pasándome dos veces la mano izquierda

por la nuca, nuestra zona erógena "particular". Nunca me acordé de preguntarle —en cartas, al regreso— si lo había notado.

Pude luego pasar al interior del *hall* de embarque y verla subir a la camioneta de la compañía, que habría de llevarla hasta el avión, distante en el crepúsculo lloviznoso. Por un segundo más vi la forma de su castor tras el vidrio llovido y empañado, pero no puedo creer que me haya visto, presentido siquiera.

Desde el barandal del primer piso presencié luego aquel ballet de pesados muñecos de franela bajo la lluvia, entre las reverberaciones rojizas de la hora en el suelo mojado y el franjeado metálico de la enorme panza del Château de Rambouillet. Hubo una ondulación relampagueante de casquetes, hecha por los paraguas lustrosos que se pasaban los empleados de la compañía, para trasbordar el pasaje desde el automóvil hasta la escalerilla del avión y me pareció ver —cortados por un *flash*— otra vez su sombrero y una mano en alto hacia el presumible observatorio de las despedidas. Otro saludo, otra ilusión de saludo que me olvidé de confirmar.

"Me desobedeciste —decía la carta franqueada en Madrid— pero hoy no podría reprochartelo. Por lo menos, tengo una imagen segura de ti para recordar en estos tres meses: la de la gorra de cazador —¿de dónde la sacaste?— con las orejeras atadas sobre tu crisma, la de los lentes de sol y los muchos cigarrillos, que a veces me parecías haber puesto de a tres, enfilados, para hacer más humo a lo ancho de tus labios. ¿Qué libro era el que a ratos fingías leer? No sé por qué, envuelta en humo, tu cara parecía más bien una cara de estación de ferrocarril, una cara de andén soplada por locomotoras. En un momento del viaje, al salir de Río, Carlos me dijo, sin sombra de malicia: ¿Viste en Carrasco a aquel tipo de lentes negros, con una bufanda y una

enorme gorra, fumando todo el tiempo? Le dije que sí, que te había visto. Un tipo raro, comenté, pensando en lo realmente más raro que sé de ti. Rarísimo, dijo él. Demasiado truculento para saber disimularse. Debe haber sido un pesquisa, agregó. ¿Qué harías entonces, como pesquisa, querido? ¿A quién estarías espiando? Yo misma me entregué al juego de imaginarlo. Perdoname, pero era el único modo en que las circunstancias consentían que me ocupara de ti en pleno océano, a diez mil metros de altura. Y eso le daba un sabor agradable a cualquier extravagancia, a cualquier pequeña felonía, a cualquier superchería a expensas de ti; yo lo tomaba, además, por su costado humorístico. Me puse a buscarte, entonces, una ocupación policial admisible. Era también mi desquite por tu golpe prohibido de emoción, al aparecerte en Carrasco, al comparecer a esa forma alevosa de despedida que estoy segura de que urdiste la tarde antes en tu casa, mientras nos tomábamos nuestro Château de Nosecuánto de la botella envuelta en una toalla. Pero te habrás fijado que subieron sólo cinco pasajeros en Carrasco, fuera de nosotros dos. Empezamos un descarte: la robusta señora alemana que se había sentado a tomar Guaraná con nosotros, en Galeaõ; dos viejitos franceses, etc. Sólo nos quedó un sujeto indefinible, español o italiano, de grandes patillas, que fumaba en pipa y no soltaba su maletín de mano ni habló con nadie al bajar en Río. Convinimos en considerarlo el sospechoso, por quien seguramente tú estabas en Carrasco. Tú eras —¿cómo no nos habíamos dado cuenta en seguida?— un funcionario de la Interpol. Amor mío, de veras, ¿no podías haberte disfrazado un poco más verosímelmente de amante, un poco menos de sabueso de película? Es que eres demasiado truculento, como bien dijo C."

Unos párrafos más adelante: "Amor, la botella de champagne perdió su presión casi en seguida de salir, entre la lluvia. Dimos con un pozo de aire y caímos

seiscientos metros. Dicen que en esos trances se adivina de pronto quién es el ser que más nos importa, porque instantáneamente se piensa en él, sólo en él. Querido, sé que lo eres para mí, y tendría que decirte que pensé en ti. Pero no es cierto. No pensé en nada, ni siquiera en que todo se acababa. ¡Amor mío, cómo es posible bajar sin un solo pensamiento hasta el fondo de la muerte! Ahora lo sé."

De Madrid, de ese Madrid que después me contó que le había gustado a rabiarse, ni una palabra. Sólo la indicación de que pasarían una semana allí y la promesa de que al día siguiente —jueves— iría a la Agencia Globus, aunque no esperaba que hubiese tan pronto cartas mías.

"Querido —decía desde Londres— hoy te compré en Selfridge's una hermosa bufanda gris de mohair. Si me preguntan diré que es para uno de mis hermanos, para Ricardo, a quien —de todos modos— C. se niega a ver. Una tarde cualquiera le diré que voy a llevársela y nos veremos."

Jamás veía a su familia: lo supe entonces y estoy confirmándolo en estos días. Vi al falso destinatario de la bufanda de mohair en el entierro, vi a su familia. Cora solía decirme, cuando le nombraba a alguien que se llamara Luis (es el nombre de Galia): "Yo tenía un hermano que se llamaba así." Tenía. Pero ese Luis, con una cara huesosa y equina, estaba también en el entierro y apareció en los diarios, de improviso, participando. "La tragedia", como le llamaron los cronistas, hizo que toda la familia empezara a existir públicamente en torno a ella, a vestirse con la desgracia. Lo cierto es que en el mundo de nosotros dos, en el mundo que se había cerrado frente a los otros y que se desfondó con el crimen, el hermano Luis —que quiere quedarse con la pistola— y toda esa gente estaban muertos desde ha-

cía años. Muertos y olvidados, como no fuera para colgarles al pasar una bufanda ajena.

"Como ves, he previsto el engaño y la entrevista. Es lo que se llama sentido de culpabilidad *avant la lettre*. O mejor, ya que lo consumo por carta, *dans la lettre*."

De cada vez para la siguiente, el sigilo de su correspondencia la forzaba a escribir en circunstancias más insólitas.

"Esta carta —decía— va saliendo de mis rodillas tanto como de mi mano, en una plateita de lo más original: la que hay en el subsuelo de Galeries Lafayette para esperar a que nos sumen los carnets, a las turistas que compramos con *travelers*. Estoy sentada entre un mar de mujeres. Pasan con bandejas de caramelos, ofrecen revistas, mientras las máquinas de sumar y de escribir atruenan y un altavoz llama por números a las que deben pagar a fin de hacer las conversiones de moneda. Como si todo eso fuera poco, aquí mismo, frente a mis ojos, funciona un receptor de televisión y un jovencito flacucho le hace un reportaje a Simone de Beauvoir, a propósito de *La Force de l'âge*, que te he comprado en el piso de librería, un 20% más barato que en los demás sitios de París. No se oye lo que responde la Beauvoir, pero se ve su sonrisa de dientes altos y amontonados, irregulares; una sonrisa de madurez e inteligencia."

"Anoche vi *Cher menteur*, en el Athénée, el teatro donde trabajaba y murió Jovet. Pierre Brasseur hace el papel de Shaw, María Casares el de la Campbell. Se hablan desde una alfombra a otra, sobre el mismo escenario, como si cada alfombra fuera un mundo distinto. Y se recitan, como si se hablaran, las famosas cartas. No me gustó; pero me hizo pensar en esta forma inválida de dialogar a que tú y yo estamos ahora condenados. Lo que me preguntas queda sin respuesta, si recojo tu carta luego de haberte enviado la mía. Y con mis preguntas pasa lo mismo. Amor, ¡qué hermoso será vol-

ver a dialogar cara a cara! La compensación, la única pero hermosa compensación el día en que deje Europa."

En realidad, era a ella —más que a mí— a quien le gustaba preguntar en las cartas. Cora hablaba de nosotros, simulando que hablaba de las cosas: teatros, exposiciones, conciertos. "El domingo por la tarde oí, en Chatélet, la Sinfonía Júpiter. La gente, sobre todo la más joven, aplaudía muchísimo. ¿A quién?, me pregunté. ¿Al director, a la orquesta, al autor? Pero Mozart, en su cielo, debe tener amontonados millones de aplausos —pensé. ¿A quién, entonces? Estuve a punto de preguntárselo a C., pero me contuve. Es el tipo de *nonsense talking* que sólo puedo mantener contigo."

Yo, en cambio, le hablaba de las cosas, simulando hablarle de nosotros. ¿No podrás leer, no querrías traerme?... Europa y ella me despertaban, a la distancia, una igual ferocidad posesiva. Y sólo se me ocurría desahogarla en fetiches: "Vete a un restaurante griego de la Avenue de Malesherbes, frente a la Place du Brésil, y pide un pâté con trufas..."

"En Roma, cariño, en Roma sí que me he encontrado del todo con algo que andaba rondando desde que salí. Aquí el cielo vuelve a ser el nuestro, a pesar de lo avanzado del otoño: un cielo azul pastel, que parece alzado por la graciosa altura de los pinos parasol. Un sol latino. Estamos en Ambassadeurs, en Vía Veneto. Todas las mañana, mientras C. acude a entrevistas con personajes de la industria y de la banca romanas —o con representantes de la industria y de la banca de Milán o Turín— yo salgo por Vía Veneto hacia la Porta Pinciana. Todo me parece más familiar y más cerca que en París y que en Londres: la librería con las novedades de Mondadori, los quioscos donde hojeo *Oggi* o *L'Europeo*, los cafés con mesitas en la acera y turistas americanos dormitando tras las mesitas, la fragante y flagrante panadería donde me compro una *pizza* individual y la como de pie, junto al mostrador. Y luego

el Pincio, que me gusta más que el Retiro, Hyde Park y el Bois de Boulogne juntos. El Pincio con sus *pelouses* y con sus balaustradas, con sus pistas de equitación para los esnobs sin casa de campo, con sus avenidas de pinos, con su lago y sus merenderos. A veces llego hasta Villa Borghese y aun más allá, por la Via Salaria. Mis caminatas romanas son *promenades* imaginarias hechas contigo, bajo esta luz radiante y sutil, cariño, querido amor, más echado de menos bajo este cielo que bajo ningún otro. Mario Possenti, ¿estoy idealizando de algún modo el hecho de que ésta sea la tierra de tus mayores? Dímelo."

Pero no era así: idealizaba una luz mediterránea, una madura plenitud frutal del tiempo, que Madrid, París y Londres le habían negado; y que volvió a encontrar en Atenas.

"Hoy he comido al borde del Egeo, en un restaurante que es una gran casilla. Aderezado en su sabor marino por un ventanal donde se revolvía el ventoso y encrespado mar azul a vetas verdes, probé el pulpo, por primera vez en mi vida. Es delicioso pero casi obsceno, con sus morados colores de carne tierna. ¡Qué tonta es la imagen feroz de los tentáculos, que nos inculcan en la infancia! Si son hasta eróticos, querido."

"Estuve en el Pireo, he andado por el Partenón, por el templo de Zeus, he hecho todos los vagabundajes ilustres. Pero la gente, Dios mío, la gente es increíblemente pueril para su pasado. En los tenduchos venden grotescos rosarios de cuentas amarillas, que no tienen otro fin que el de entretener los dedos de los viejos. Los dedos de los descendientes de Platón, ¿te das cuenta?"

Aquella luz tan tersa, aquel mundo que había reencontrado en Roma la habían puesto comunicativa, llena de gracia y también de audacia. Antes de que se fuera, mis precauciones idearon un medio de comunicación que hoy me parece condenable (oblicuo y transfuga). Yo le escribía a su nombre, a la Agencia Globus



de cada ciudad, y ella iba a buscar la correspondencia. Yo, en cambio, había abierto una casilla de correo y ella dirigía sus cartas al número de la casilla, sin mi nombre en el sobre ni en el texto, un texto descabezado y sin epígrafe que ella fue transgrediendo luego, que olvidó definitivamente de observar en Roma, donde mi nombre le sonaba tan bien. Yo sólo le había autorizado el indescifrable "Querido" y hoy pienso que esa mención la arriesgaba y a mí me dejaba indemne. En el momento de planearlo, creí que eran precauciones que disponíamos por ella, no por mí (no por su Planeta Neptuno, como decíamos bromeando). Hoy todo esto me parece una coartada contra nadie, una forma estúpida, una forma culpable de insolidaridad en el riesgo.

"Querido, entrego estas cartas al *comptoir* del hotel. Me expongo mínimamente, sobre el dato de que C. (al cabo, el único nombre tabú había venido a ser el de Carlos) es descuidado y rumboso al pagar las cuentas de hospedaje. Es uno de los rasgos que crea en él el viaje: jamás mira el detalle. Si algún día se pone a leerlas y descubre tantos franqueos seguidos, correspondientes a todas estas cartas que te he escrito desde tiendas, museos y hasta lavatorios de señoras, ¿qué le diré? No tengo la menor idea. Supongo que tendré que inventar una amiga lejana, creíble como todo lo que no existe."

Pero a despecho de su temeridad, nada de eso ocurrió nunca. En Corinto debe haberse escapado por unos minutos para echar una tarjeta postal con una sola frase, en un rinconcito y en la plena soledad de su letra menuda: "Te extraño."

El fantasma de la posesión física, sugerido por estas dos palabras ("Te extraño") me persiguió durante todo el viaje y, hacia el final, ella empezaba a rebotármelo, como si yo se lo hubiese lanzado. El recuerdo de esa posesión, viniendo de ella hacia mí, se amparaba siem-

pre en una excusa de desmantelamiento: "Mario, yo también te canibalizo", etc.

A veces, aquí en Montevideo, cuando había dejado de verla hacía una hora y tenía la certeza de verla mañana y me llevaba todavía alguna huella talismánica de su amor sobre mi cuerpo, llegué a sentir su envolvente, su redundante ternura física. Otras veces, en la misma saturación me daba a añorarla con una urgencia que acababa por hacerme cruel. Hoy, en cambio, en estas noches en que escribo largamente, la siento como una suerte de escozor, igual que en los tres meses de su vuelta por Europa: necesitaría emplear mi cuerpo contra su cuerpo, mi cara contra su cara, para estar seguro de que todavía vivo.

## VIII

La vi, con el agujerito negro y fruncido en la sien, los ojos cerrados (¿alguien se los cerró, ella dormía?), los párpados a punto de ceder al empuje de dos almendras de ceniza que parecían presionarlos desde abajo.

¿Con qué títulos —pensé— he llegado hasta aquí? Con títulos tan impuros como los que tuve para acercarme a ella, hace un año; y con igual egoísmo.

*Aun así, han consentido en dejarme solo contigo, amor mío.*

Galia había conversado durante todo el viaje, mientras la destartalada capota de hule de su coche crujía en cada uno de los muchos barquinazos que tomaba por distracción. Los mismos brazos se desentendían del volante y gesticulaban. De aquellos crujidos, de aquella gesticulación, de aquellos miles de palabras iba saliendo la historia del encargado, una historia que me interesaba menos que el silencio, y que sólo podía aceptarse como el precio de un soborno; ese soborno a cargo de Galia que —no sé si con dinero o con adulaciones hacia el pasado— me había permitido llegar hasta el depósito. El encargado era pequeño y patizambo y vestía un guardapolvo larguísimo, de un lienzo que había sido azul. Me franqueó la entrada, tomó un cigarrillo de los que Galia le ofrecía; y los dos prefirieron quedarse afuera.

*No sólo han consentido, sino que se diría que han querido dejarme solo contigo.* Están ahora paseándose al sol por la avenida de cipreses y el encargado está contando viejas historias que Galia celebra exageradamente, dando al hombre una mejor ilusión, al margen de su real pintoresquismo. O halagándolo, al pedirle que cuente otra vez (y finge —lo conozco— haberse olvidado de los detalles) la historia de los pintores con-

fianzudos que, habiendo venido para encalar las paredes del cementerio, acabaron por adueñarse de la morgue como de un cuarto de vestir, y a la tardecita entraban allí silbando, riendo y vociferando, para tirarse los zapatos por encima de las mesas, para encapuchar con sus ropas los rincones del depósito. Los veo, ahora mismo, detenidos en el sendero, y Galia se dobla de risa (silenciosa, a lo lejos) apoyándose en el hombro del encargado, que queda a la altura de sus codos. Él acaba de referirle, sin duda, cómo se puso simplemente una sábana, en la húmeda penumbra que tiene este sitio a la hora del ocaso, y emergió así —con su cara tan fea como es, pero asimismo tan natural como podemos verla a la claridad del día—, ensabanado y silencioso, entre las mesas cubiertas. Los pintores lo vieron sin reconocerlo, temieron la sábana como si se alzara de alguna de las mesas —Galia ahora le golpea la espalda y el encargado se achaparra aún más, disfrutando del fugitivo calor del palmoteo y de un pedazo de sol— y huyeron tropezando unos con otros, trabándose contra la puerta, gritando. El efecto de lo sobrenatural los castigaba de tal modo que el mismo encargado —Galia lo pone, distanciándolo con los brazos estirados, a un metro de él para verlo mejor— salido a la luz del crepúsculo con la sábana arrastrando por el suelo y su cómico rostro no conseguía (no consiguió jamás) calmarlos del todo.

Volví a mirarla, volví a descansar en el reposo de sus facciones, esa fijeza sobre la que temblaba la luz del ventanillo, hamacada por ramajes de árbol. *Ahora si estás aquí, ahora recién te encuentro.* Al llegar y verla allí —la osatura de la frente como una banda más clara, la quilla de la nariz, más afilada que nunca, como único rasgo que se negara al cansancio, las mejillas blandas y grisáceas— traté de pasarme, en mi estupor, toda esta historia que habíamos hecho los dos juntos, la pobre y acosada y dulce historia. Quise pensar en lo que sabía

y en lo que ignoraba de ese rostro, en lo que sabía e ignoraba de ese cuerpo (y no me animé a proponerme entonces "lo que sabía y lo que ignoraba de esa alma" porque allí, frente a ella, ese primer conato de revelación de lo desconocido a partir de nosotros mismos, me pareció fatuo, cursi y deshonesto).

Antes de que llegáramos, el hombre había bajado la sábana (las demás mesas, incluida la de Carlos, estaban enteramente cubiertas) pero sólo la había bajado hasta el comienzo del escote.

Se habían ido de allí para que yo pudiera a solas abrazarla y hablarle, o para que pudiera verla por última vez como tantas otras la había tenido. Pero tampoco me atreví. No me atreví por ella misma, por su pudor de muerta (si es que la frase tiene algún sentido). Porque Galia y el encargado no volverían hasta que yo apareciese en la puerta del depósito, y en definitiva tanto me daban. Era Cora la que imponía esta vez una distancia inviolable.

La veía allí, con la sábana rozándole la garganta, su garganta que empezaba a cobrar la extraña inhumanidad de una tubería. Podría creerse que se me presentaba como en la cama, dejándome imaginar el resto de un cuerpo que tan bien conocía. Pero bajo aquel lienzo, toda ella había adquirido una rigidez sin amigos. Recordé las estrías de su vientre, como ramales de celulosa; pensé en sus pechos de yertez lunar, en la pequeña várice de la corva derecha, que ya nunca vería, el dibujito arbóreo en tinta violeta, al fondo de aquel pozo de besos perdidos, donde latía la lasitud del ser entero.

En una casa que jamás había visto —pero que tampoco estoy seguro de que no exista— estábamos los dos, acostados en una cama que sólo tenía puestas las sábanas: quizás era verano. Estábamos acostados y hablabamos tranquilamente, en una actitud distendida, inocente y doméstica. No puedo decir que viera su cuerpo

pero tenía —con esa certidumbre sin resquicios que alienta en algunos sueños— la seguridad de que yacía a mi flanco, desde un tiempo anterior que no contaba. Carlos sí estaba ante mis ojos, de pie al borde de la cama, vestido de oscuro; y nos hablaba desde allí. Hablaba cautamente, no queriendo usurpar otro papel que el de invitado o interlocutor, en mitad de un diálogo que no había empezado ni terminaría con él. Hablaba con un aplomo comedido y urbano, como si estuviese prorrogándose tácitamente —por un minuto más— un permiso de comparecencia que sabía precario. Pero en mí, semiincorporado en la cama, con un codo clavado en la almohada y ahora repentinamente penetrado de mi soledad, empezó a cundir otra certeza: la de que él tenía un arma en el brazo que, doblado hacia atrás, escondía en la espalda.

Había sido anoche, pero la casa del sueño no era una anticipación, y sólo se parecía muy vagamente al depósito: no las ventanas ni las paredes ni el alto de los techos, pero sí esa impresión de resplandor sin hora sobre los cuerpos, ese excavado como de yeso que la luz arañaba —remecida por los árboles— en el blanco de las sábanas.

—¿No has pensado en operártela? —recuerdo que pregunté. El dibujo a tinta violeta era casi una ramita bailándome en los labios, y esta imagen había existido y no era un sueño.

—No. Soy bastante cobarde. Pero, además, me han dicho que no es necesario.

—¿Y si algún día empieza a mortificarte?

—No creo. La tengo desde chica y está siempre igual. La besé allí, presionando ligeramente con los labios.

—No —dijo—. Despacito, que es un lugar muy sensible.

—¿Sensible en qué forma? ¿Como una sensación dolorosa?

—No, dolor no. Es una cosquilla irresistible. Pero...

—dudó antes de definirla— una cosquilla que no es alegre, como la que puedas hacerme bajo los brazos.

Hoy mismo —pensé— tengo que averiguar quién es el forense, ir a verlo y pedirle. . .

“Dios me perdone, ¡qué linda era!”, volvía a decir —en mi memoria— aquel taximetrista armenio a quien hicieron pasar por error, creyéndolo un deudo, a la salita del hospital donde estaba, desnuda y muerta, la joven desconocida, levantada por él un rato antes en la calle. El “Dios me perdone” era al mismo tiempo, en su tosco lenguaje, un elogio y un exorcismo, una fórmula destinada a amonestar toda idea de concupiscencia, de irreverencia o de perversión ante la imagen de la muchacha, ante la eternidad de su hermosura en la muerte.

Yo, en cambio, frente a este cuerpo sin respuesta, recordaba los goces y volúmenes del amor. Era la sombra de mi derecho a la posesión, la conciencia de un pasado en ese cuerpo, lo único que me separaba del taximetrista y me comprometía de otro modo ante esa primera visión sobrecogedora de un extraño, que da siempre un cadáver.

Porque había algo que no era mío en todo el asunto. Podía atribuirlo a los ojos, ya lo sé. A pesar de la noche en el campo y de algún simulacro destinado a incubar nuevamente el deseo, yo me sentía abolido si su rostro dormía. Los ojos abiertos, los ojos fluyendo hacia mí eran toda “la cara de Cora”. Los ojos en la librería de Dina, los ojos en el aeropuerto, los ojos en la irritación de la madrugada, los ojos febriles y enjutos entre los goterones de agua en la playa, los ojos lacustres y luego oscurecidos por el halo de mi cabeza, en la tarde del parque. ¿Alguien los había sometido ahora por fuerza, volverían a amanecer mañana? Pero era esta clausura sin pulso la que me excluía; su cara ya estaba en esa zona de la muerte que no pertenece a nadie; y desde allí no transmitía ninguna señal.

Una cruel impresión de lejanía y de extranjero se apoderó de mi pena; y sentí que un llanto absurdamente provocado y racional me punzaba. Casi sin mover los labios, como un antídoto misterioso y burlesco, dije su frase: “Mario querido, empieza a llover.”

No me sentía justificado allí, si era el tótem de su cuerpo muerto el que me hacía llorar. Eché mano a mis anteojos de sol y me los puse. Cora adquirió un tinte ligeramente verdoso, un color transitorio: se inclinaba a la tierra.

Volví a mirarla, me quité los lentes, recuperé y reconocí aquel hermoso “color camafeo”, sin quemado de sol, por el que le hacía a veces tan tontos reproches. La miré, me vi a su lado; me vi de pie, espeso, opaco, de espaldas a la puerta, y me juzgué reprobatoriamente: este físico sólido y estólido, aunque las palabras esdrújulas —no sé por qué— den cierta capciosa idea de flacura.

Una sensación malvada y anormal, la sensación de estar trajeado de viviente, parecía henchirme bajo las costuras. Del mismo modo que su nuca transmitía a veces la pulsación de la dejadez a mi brazo, cuando nuestros dos cánbales habían caído al fondo de la cama, su rostro me comunicaba ahora la dilución progresiva de todas las cosas —las paredes del depósito, mis manos cerradas en los bolsillos, la realidad de este año de encuentros obstinados y fugaces—, el tránsito por el que todo lo que habíamos tenido y nosotros mismos pasábamos de la piel a la ampolla y de la ampolla a la burbuja. Toda esa degradación, lenta o brusca, era posible sin una sola protesta, sin una sola frase, sin una sola idea. *¡Amor mío, cómo es posible bajar sin un solo pensamiento hasta el fondo de la muerte! Ahora lo sé.*

Ahora lo sabíamos los dos, pero era tarde. Y subía a mi boca, y nuevamente alguien empujaba contra el cerco de los dientes, contra el revés magullado de los

labios una pregunta culpable y sin contornos, una pregunta que, por las palabras que la componían, parecía devorarse, negarse a sí misma:

—*Amor mío, ¿quién eras?*

¿*Quién eras en la tarde de la playa, quién eras contra las cañas del parque, quién eras al subir al avión, quién eras sobre mi almohada?* Me di vuelta. No había nadie a la vista; el encargado debería estar contando algo peor que el cuento de los pintores; y los dos discurrirían entre un paisaje de tumbas y de mar, dándose golpecitos de confianza en las paletas.

No había nadie a la vista. Pude entonces darle un beso, pero no me animé. Puse el hueco de mi mano izquierda sobre la comba de su frente, como tantas veces hacía. El frío me duró horas en la palma, en las puntas de los dedos, como si la mano hubiera sido una hoja de papel secante y aquel frío una tinta invisible, pero más penetrante que ninguna. Por minutos de pura y aterida contemplación como éste, sé que después podrán acusarme de necrofilia. ¿Les parece más lógico, seguramente, que se tale de golpe, que se arranque de un tirón el cariño a la imagen que lo llevaba?

Si lo creen más lógico, más saludable, más piadoso, no podrán entender toda la carga de esta despedida. Y acaso tampoco puedan ayudarme a entender la muerte de Cora. Porque la muerte de Cora no es una charada. Es un misterio, del mismo modo no gratuito en que es un misterio la existencia del hombre, de la mujer que tenemos a nuestro lado, esa criatura sobre cuyas inertes cifras de familiaridad resbalamos, para no saber, para no pensar, para renunciar de antemano a esta reválida jubilosa y continua que debería ser toda relación entre seres humanos.

*Erunt due in carne una*, como dicen. Habíamos llegado a ser dos en la misma carne. Yo sufría ahora esta ablación, me reconocía en ella, me exhalaba allí. Llorar era entregar algo más de lo mismo que me quitaban.

Y sólo hubiera dado algo, indescifrablemente algo, incommensurablemente algo por retenerla junto a mí, por desandar el tiempo con ella en los brazos, por volver a besarla en un día que fuera ayer y se quedara así, dormido en el aire, perpetuamente quieto y cristalino.

## IX

Vuelvo al apartamento por las noches y suelo hacer el recuento de las cosas y presencias que lo habitaban y han desaparecido: la tetera mediada de té frío, las horas pasadas juntos, "nuestro amor de soldado con permiso", los libros a medio abrir, el espejo extrañamente vacante si sólo yo lo atravieso desnudo.

Sé también los gestos que ya no tendré inocencia ni pretexto para repetir. En medio del amor (era mi superstición) escribía con el dedo, en la espalda de cada mujer —como un tatuaje irresponsable y fugitivo— el nombre de la anterior. Me parecía una contraseña de lealtad, una forma de no hacer trampas haciéndolas. En adelante, no podré ni querré garabatear en la piel de nadie el nombre de Cora. Son esas cuatro letras las que ya no podrán tatuarse, las que no podré trasladar a la espalda de ninguna otra. Tampoco podré sacudir a ninguna muchacha por la nuca, tomándole y enrollando en mi mano las hebras más largas del pelo que nace allí. Una mata de pelo en la nuca de una mujer, asida por una mano que sacude aquella cabeza: ésa es la imagen de mi relación con Cora, no puede transferirse a nadie. ¿Habrà que inventar nuevos gestos, otros talismanes, habrá que crearse de hoy en más, para cada vez, una nueva forma de la intimidad?..

Aquí mismo estábamos una tarde, Cora recién vuelta de Europa, yo escuchándola. Desnudos, ella sentada en medio de las sábanas, sobre sus piernas dobladas. Puedo evocar los tenues pliegues de la carne hacia su vientre, la divergente culminación de sus senos, la mancha oscura y apaciguada del sexo.

Estaba contándome que en un confesionario de la catedral católica de San Dionisio, en la avenida Veni-

zelos, de Atenas, había podido leer, colgada de la puerta del locutorio, la tarjeta con sus dos menciones, *English/Français*. Aquella era la primera oportunidad explícita de confesarse que se le ofrecía en el viaje, y se acercaba a ella en la persona trasvisible del sacerdote poligloto que estaba proponiéndosele. Sí, era justamente eso lo que me contaba cuando se oyeron unos golpes repetidos, apremiantes, dados con los nudillos en la puerta del apartamento.

Un temor irracional y paralizante nos dominó. Un rato después podíamos decirnos que había sido inverosímil suponer que alguien hubiese estado siguiéndola y pudiera, a la hora de estar Cora allí, haberla localizado entre cuarenta puertas igualmente probables; que era pueril temer que perdidos los dos en el tamaño de la ciudad —y escondidos, más que en ningún lugar, en la circunstancia de que nadie nos imaginara juntos, conocidos, complicados en una misma historia— unos nudillos dando con urgencia en la puerta quisieran significar el abordaje de la realidad que a cada instante desechábamos y recelábamos, en una mezcla impura.

Pero ahora, en el momento en que los nudillos golpeaban, sentimos un terror martilleante; y yo diría que un terror absoluto, porque era un sentimiento que no tenía zonas disputadas y ganadas al coraje; existía solo, esplendía por sí, no nacía de ningún renuncio consentido y concreto. Los nudillos volvían a llamar y Cora saltó de la cama, tras el primer espasmo de fijación y encogimiento. Saltó de la cama y corrió a encerrarse en el baño. ("Estuviste como aquella señora que tenía su problema resuelto: cuando viniera la revolución social, ella se iría a vivir a la estancia", le dije después, cuando la causa de todo nuestro miedo se había desvanecido en el ridículo.) Me envolví en una bata y salí a abrir, en el momento en que la mano dejaba de golpear y se resignaba a rascar por última vez la madera de la puerta.

Era una mujer de aspecto marchito y sucio, que avanzó hacia mi cabeza —lo único que emergía a medias en el estrecho ángulo de la apertura de la puerta— una cabellera cenicienta y una boca anhelante. Tenía el labio superior leporino y hablaba en forma casi ininteligible, como si las palabras salieran de su boca envueltas en una capa de grasa o vaselina que impidiera reconocerlas, iguales, gangosas, sin perfiles. Entendí, sin embargo, por lo que mostraban sus manos extendidas, que ofrecía una carpeta de mesa llena de horribles bordados de colores y un talonario de números de rifa. Le dije que no, con la aspereza de un hombre sorprendido en mitad del sueño; y cerré la puerta, en tanto colgaba de sus labios una segunda frase laboriosa, en que tal vez hablaba de su miseria, de su familia, de sus hijos.

Tamborilé los dedos en la puerta del baño y Cora salió.

—¿Quién era?

—Una mellada —contesté, con la irritación en que se había trocado mi angustia.

La revelación no pareció aliviarla, en la medida en que era el descubrimiento de lo trivial. Me miró fijamente y dijo:

—¿Una mellada que ofrecía números de rifa, con una carpeta bordada?

—Sí.

—Esta mañana estuvo en casa, ¡santo Dios!

Una pobre mujer desharrapada, cruzando la ciudad a pie en un mismo día, para ir desde la puerta de Cora hasta la mía, le pareció sin duda el anuncio de algo, la personificación casi anónima de un alerta.

—Suspenso a lo Hitchcock —dije.

—O mejor —dijo Cora—, ese personaje de Graham Greene, generalmente un baldado, a través de quien Dios hace una advertencia a los pecadores. El predicador de la cara manchada y todo eso.

Pero a pesar de la broma, el incidente nos intrigó

contra nosotros mismos. La mellada pareció, en esta segunda parte, haber salido de nosotros, expresarse alegóricamente como una parte de nuestros seres, de nuestro amor, de nuestra culpa.

—Todo cabe en esa perspectiva de depreciación individual a que nos reduce el adulterio —razoné como si bromeara, adelantando tentativamente una explicación.

—O en la perspectiva de nuestro acoso —dijo Cora, a quien la sensación de encerramiento, de espacio confinado y asediado parecía habersele hecho irrespirable desde el golpe de los nudillos en la puerta.

—Sí, es lo mismo —dije—. Porque nuestra encerrona es en el mundo entero, no sólo en esta pieza. Lo prueba el hecho de que podamos ser muertos y nuestro matador perdonado.

—¿Cómo? —preguntó con un tono de sobresalto, como si la gratuidad de nuestras vidas nos hiciera repentinamente más vulnerables.

Le repetí, con mi antigua memoria de estudiante de Abogacía, el artículo treinta y seis del Código Penal.

—Somos potenciales condenados a muerte —le expliqué, mientras ella (ahora envuelta en mi bata) venía de la cocina, trayendo la tetera y dos tazas, en una bandeja de laca.

—No merecemos la piedad del orden legal —declamaba yo con un retintín deliberado, que se burlaba de esta forma de descalificación a texto expreso—. La palabra perdón se usará para quienes nos asesinen, no para nosotros. Somos parias y nada. El Código no incluye lágrimas para los adúlteros.

Nuestro amor, habíamos dicho tantas veces, era un amor fuera de la ley, sin posibilidad de justificación objetiva. ¿Por qué —pienso ahora— no le pedí que se divorciara, por qué no nos insurgimos y nos publicamos, dueños de los únicos títulos que deberían valer en estas situaciones? No sé; tal vez por no romper, por no ir contra el orden establecido y contra las tácitas

conmiseraciones que él defiende. En nuestros ratos de amor, en nuestro tiempo tan avaramente concedido, ¿nos sentíamos tan absolutamente al margen!

—La sociedad burguesa, para ser respetable y completa, debe tener también sus adúlteros —dije una vez, bromeando—. Ellos son su tercera dimensión.

—¡Presente! —dijo Cora, pero su sonrisa era menos triunfal de lo que la respuesta sugería.

Yo escribí una vez la frase “en la desguarnecida hora del adulterio”; y con el tiempo la encontré y sufrí, dada por la realidad. Si no fuera tan desguarnecida, la mujer del labio leporino habría podido ser borrada al momento. Y nunca lo fue.

Ahora estaba pensando en el largo discurso del profesor de Derecho Penal. Cora había olvidado el azucarero y se levantó. Desde la cocina, me preguntó por el tarro de azúcar: el azucarero estaba vacío.

“En nuestro país, desde el año 1907, sólo subsiste una condena a muerte: la de los adúlteros. Vivimos —decía el profesor, en una indiscernible aleación de broma y serio— en una sociedad que sólo mantiene la pena capital para aquellos a quienes debe juzgar, los réprobos peores, los únicos culpables sin redención: para los adúlteros, para quienes mancillan la pureza del juramento conyugal.”

Cora se quejó del enmohecimiento de la tapa, pero la hizo saltar, con ayuda de la espiga de un cuchillo, en el momento en que yo iba a levantarme para auxiliarla.

“El adúltero, en cambio, no puede ampararse —i mata a su atacante— en la causal de justificación de la legítima defensa. Porque vive en trance de provocación permanente.”

Cora volvió con el azucarero.

—Mi profesor de la Facultad decía que los adúlteros viven en trance de provocación permanente —le informé.

—*Il exagère* —dijo Cora—. No hay quien pueda.

Reímos.

—Y a propósito... no terminaste el cuento. ¿Te confesaste o no?

—No me animé. Me pareció disparatado meterme en la casillita, allí en Atenas, y confesar mis amores contigo en inglés o en francés.

—Podías elegir.

—Sí, pero ésa era la única elección. Ésa y la de no hablar.

Y luego el profesor se ponía a estudiar el alcance del artículo treinta y seis.

“Primero, decía, la tesis de la flagranza estricta: requiere la sorpresa en el acto mismo, *in rebus veneris*, y exige paladinamente la yacencia física: *Nudus cum nuda, solus cum sola, in eadem lecto*. Tesis materialista, restrictiva, hoy superada.”

Cora sirvió las dos tazas y probó la suya.

—Está un poco frío. Ese termo no conserva el calor. A mí me gusta así. Pero si lo quieres más caliente, te lo hago de nuevo.

—No.

“Segundo, la tesis —también materialista, pero ya más amplia— que abarca asimismo los actos preparatorios y los actos consecutivos: el amante sorprendido vistiéndose o desvistándose, etcétera. Y finalmente —tercero— la tesis de la flagranza psicológica: la noticia súbita, brutal y no preparada equivale, en el ánimo del engañado, a la misma visión sorpresiva del acto...”

—Este té es muy bueno, aun tibio.

—Souchong y Pekoe, mezcla propia.

“No olviden que el Código habla de un valor afectivo o psicológico: *la pasión provocada por el adulterio*. Es claro (sonreía) que si ustedes combinan este principio con el de la confesión calificada, un abogado hábil puede matar en frío a su mujer, atribuyéndole la inesperada revelación de una infidelidad, así hayan es-



tado hablando de nenúfares. Con todo, les aconsejo que no lo hagan. . .”

Todo aquello me parecía insensato.

—Es increíble que el Código hable de la pasión provocada por el adulterio —dije a Cora—. Esa pasión no puede ser otra que la que liga a los amantes, ¿no?

—Se ve que fue un tema que estudiaste con ganas. ¿Te preparabas?

Y luego de una pausa:

—¿Para el examen o para mí?

Lo que más me impresionaba era la frase en latín, la idea de soledad en el abrazo que en ella se daba: *Nudus cum nuda, solus cum sola, in eadem lecto*. La compañía de los culpables no impedía una índole de soledad fundamental. La precisión romana se refería a la soledad de los dos con respecto al mundo. Pero era posible entenderla en otro sentido más profundo, con un alcance metafísico y moral más inquietante: la soledad y la desnudez irremediables de cada uno de los amantes ante sí mismo y frente al otro. Era por eso que yo había escrito “en la desguarnecida hora del adulterio”.

Le resumí a Cora las teorías del profesor: las encontró igualmente estúpidas. El fundamento mismo del asunto le resultaba incomprensible.

—Toda la diferencia, desde el *solus cum sola* hasta la pasión provocada por el adulterio, está en la melindrosa consideración de los sentimientos del injuriado —dije.

Fui al recibidor y extraje de los estantes, entre muchos libros destinados a las clases de Literatura, mi sobreviviente jurídico, un Código Penal Anotado.

Lo traje, lo abrí y leí a Cora aquella frase, subrayada en rojo, que pretendía ser científica: “La venganza anacrónica y objetiva del honor ha sido sustituida por la contemplación subjetiva del estado emocional del cónyuge ultrajado.”

—Sustitución valiosa —dijo Cora— teniendo en cuenta que, por otros motivos, te matan igual.

—La sociedad actual moderniza las excusas —agregué—. ¿Qué otra cosa ha hecho? Los sentimientos de fondo siguen siendo ancestrales.

La segunda taza que se sirvió estaba decididamente fría. Me previno contra la posibilidad de que yo la tomara.

Al día siguiente, comenzó por un reproche.

—Ayer, tras el estado de nervios en que me puso el episodio de la mellada, me martirizaste con todo eso del adulterio.

—Al contrario: yo quería tranquilizarte, darle distancia al tema, considerarlo como algo que pasa. Objetividad.

—Sí, sí, pero tocaste el laúd sobre mis nervios, todo el tiempo.

—Disculpame —dije— pero, ¿algo de todo lo que dije te resultó sorprendente?

—No es eso. Lo que me preocupa es saber si somos de veras tan culpables.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué, vamos a ver, somos culpables?... Si les seguimos dando a los demás lo mismo que ya tenían de nosotros, todo lo que antes les dábamos. . .

—¿Te parece que seguimos dándoles *lo mismo*?

Me sentía arrastrado a la discusión a pesar de mí, porque era odioso que yo la ayudara a sentirse culpable.

—Sí —replicó—, ya sé lo que vas a contestarme: que lo seguimos dando “en un contexto espiritual diferente”, como te gusta decir.

No era eso lo que yo iba a argumentarle. Pero ella lo dio por dicho.

—No me parece cierto —refutó—. Más bien es al revés.

—¿Al revés? —y sentí que me llevaba, como siempre, a su campo.

—Claro. Durante muchos años hemos creído que al ser que teníamos al lado le faltaba algo, era un mal proveedor de amor. Recién a partir del día en que lo engañamos, empezamos a hacerle justicia.

Era la razón menos esperable. Ella siguió:

—Yo, por ejemplo, sentía algo así como una frustración, como una mutilación. Y había en mí cada vez más rencor por Carlos, en la medida en que me creía estafada. Otros hombres me habrían dado un goce diferente, y todo lo demás. Y ahora, en ese sentido, me he reconciliado con él y sé que no hay tal diferencia (ríe ante la frase que se venía)... tales abismos del placer, diría.

—¿Que no hay tal diferencia? —pregunté, asumiendo un perplejo tono de estupefacción ofendida.

—Claro. Ahora sé que Carlos y tú no son de hechura física distinta, que *funcionan* del mismo modo. Y si me gusta hacerlo contigo y no con él, es porque a ti te quiero. Pero él no tiene la culpa de eso.

—¿Fue por eso que me escribiste "Te extraño", en aquella tarjeta desde Corinto?

—La tarjeta no quería decirte tan sólo eso, ni siquiera principalmente eso. No quería recordarte el amor físico. Pero además es cierto, sí. Cara a cara se puede decir, y desde lejos no. No se goza de veras con un hombre si no se le quiere. Pero sin gozar y sin quererlo, se puede hacer justicia a su normalidad. Es eso lo que te estoy diciendo ahora.

—Si yo fuera él, no me serviría de nada esa justicia. Te la regalaría.

—La justicia que hago me consuela a mí —dijo ella—. Porque en cierto modo me siento y me sé mejor. Ahora puedo estar junto a él, aunque sea, al fin de cuentas, dentro de ese otro "contexto espiritual". Antes no te-

nía comportamiento frente a Carlos, a menos que sea un comportamiento poner el cuerpo.

—Muchos hombres no piden más.

—Pero él pediría. Y recién ahora puedo dárselo, gracias a haber transgredido "la sacra obligación de fidelidad".

Había un fondo amargo y sarcástico en lo que decía: tenía necesidad de encontrarse con una razón, de absolverse en ella. Pero no dejaba de parecerle muy ácida la que encontraba.

—Antes me revolvía de desconfianza y de hostilidad. Ahora estoy en paz. Y si tú, por cualquier razón, dejaras de estar junto a mí, yo podría sentir por Carlos un compañerismo tranquilo, que hace un año no era capaz de imaginarme.

Luego se sintió llevada a recoger sus palabras más inconfortables: es claro que la sacra obligación de fidelidad —razonó— tenía un fundamento histórico ("y supongo que también religioso"); pero, sobre todo, un fundamento psicológico: para la mente de algunos maridos, de algunas mujeres en quienes todo se vuelve planteamientos dilemáticos, lealtades excluyentes, y en quienes es inevitable que aflore la perfidia en cuanto se trate de desdoblarse ("son naturalezas enterizas y toda dualidad se les vuelve duplicidad"), la fidelidad era el único medio. "La única vacuna", dije —y Cora se sonrió. La infidelidad —sostuvo— era en ellos lascivia, malicia y estafa. "Deben ser, por lo demás, los únicos estímulos que les renuevan el gusto."

—Entonces no son culpables por lo que hacen, sino por ser quienes son.

—Parece absurdo —respondió—, pero es así. Detesto la expresión "examen de conciencia", que tanto les gusta a los hipócritas, a los santurrones y a los políticos. Pero te aseguro que anoche me obligaste a hacer, no un examen de conciencia sino un repaso de imagina-

ción. Y la verdad, querido, es que no me siento culpable.

—Entonces yo tampoco, querida.

—El caso del hombre es diferente, en un sociedad que le deja saber más que a la mujer. Él nunca precisa llegar al adulterio para sacar la conclusión de que el goce físico es, en sí mismo, muy limitado. Lo sabe desde la adolescencia. Y si es soltero. . .

—Nadie es culpable —dije, asumiendo una parte de su teoría— si contribuye de algún modo a aumentar la regateada cuota de placer que hay en el mundo; y si lo hace así, creándose la parte suya y sin robársela a nadie. . .

Le pareció ver sus ideas en un espejo deformante y las recibió con una mueca paródica de asentimiento.

—Por otra parte, te aseguro que me he sentido yo misma mejor, más plena, más madura, más amable hacia todos; hasta para mi servicio. Siento que estoy amoblándome mejor por dentro, como decís a veces.

Pero a pesar de todo lo que decía, era ella quien sentía todo lo que estaba sucediendo como una condena presente, como una culpa que se está pagando al tiempo que se contrae, como un cautiverio. Yo prefería proyectar esa culpa hacia el futuro, definirla sin término. Para mí, esa culpa acechaba tras el riesgo, y se la esquivaba soslayando el peligro. La mellada, en cuanto a mí, había sido un falsa alarma; para Cora había sido una alusión. Ella consideraba instalada la culpa en nuestras vidas y se veía —desde ahora— enfrentada a una justificación, a un descargo. Mi sentido de la culpa, puerilmente, podía eludirse con discreciones, con cautelas, con abstenciones, con renunciaciones. El de Cora, por el contrario, podía llevarla a la temeridad como forma de explosión, de expiación y de liberación: pagar por ese medio podía ser la consecuencia buscada y querida, del mismo modo que el delito opera el rescate del individuo a quien acosa un sentimiento de culpabili-

dad. Uno de los grandes descubrimientos del psicoanálisis —decía Cora— es éste de la culpa previa a los hechos, de la culpa enjugada con el acto punible.

En todo diálogo sobre el adulterio, era posible que yo arrojara desaprensivamente bengalas contra las tinieblas, a fin de probarlas, a fin de indagarles la profundidad, como cuando se hunde un puño en un almohadón. Ella nunca lo haría. Para mí, el adulterio era la amenaza de una condena pendiente e incierta, de una sanción que aún no había sido dictada (y que hoy lo está). Para Cora era ya la condena o, mejor dicho, la forma (a veces perturbadora por lo hermosa) de una condena anterior ya pronunciada: el cumplimiento de la pena, el cepo que a los dos nos tenía asidos por los cuellos y las muñecas, quién sabe a cuenta de qué culpa pasada que nos emparejaba. Ése era su sentimiento puritano, por debajo de sus tentativas racionales de justificación. En Cora había una suerte de *ethos* que le impedía ejercitar el ingenio, hacer humor sobre el carácter profundo de las situaciones, si éstas comenzaban por resultarle fundamentalmente sombrías, como pienso que —cada vez más— empezaba a parecerle la nuestra.

Y luego esta encerrona, este confinamiento, este acoso. La mujer del labio leporino llamaba todos los días a una puerta que sólo existía para ella. En los primeros tiempos todo esto había sido, también para nosotros, un acicate. “Nuestro amor de soldado con permiso”, como le llamábamos, tenía la ferocidad de la urgencia; y cuando nos lanzábamos uno contra el otro con una brutalidad que en circunstancias conyugales habría acabado por ser artificial, era la sensación del tiempo fugitivo la que nos escocía y también la que nos enardecía, haciéndonos cambiar condiciones de intensidad por condiciones de apremio. Pero también, en los primeros tiempos, la clandestinidad había empezado por significar uno de los mitos de nuestro amor. *Tu cuerpo/Mi cuerpo/Y para/Escondite/La jungla/De Mon-*

*tevideo*, decíamos en nuestro descoyuntado arte menor. Pero la jungla empezó a asfixiarnos y el tener que escondernos iba a parecernos, cada día con más punzante evidencia, una invalidez. La mujer del labio leporino daba ahora en llamar a una puerta que existía para nosotros dos.

—Somos criaturas incompletas —solía decir Cora. Y luego, para conformarse—: Aunque acaso nuestra felicidad radique en eso, en ser criaturas incompletas.

Por todo eso, por tener que escondernos, por esperar a que nos mataran sin tener que matarnos, habíamos inventado entre los dos una categoría humorística pero verdadera de la envidia, y no podíamos dejar de representárnosla. Hoy pienso que nos traicionaba subconscientemente, que apuntaba tal vez a lo que habríamos querido ser, con otra alma, con otra inocencia, con otro "amoblamiento interior". Envidiábamos el amor de las parejitas pobres y populares, ese amor triste y lúbrico, silencioso, de manos apretadas y una indefinible mirada de codicia y crimen en los ojos, un amor penetrado de la idea de la muerte (como la semilla del fruto), un amor minado por la muerte pero no amenazado desde afuera, ese amor hechizado, sin posibles palabras, quieto y erótico, un amor de parque público, de banco de plaza en lo oscuro, de orilla de laguito urbano, de rincón de árboles o de faroles rotos, de encajadura de portón y bisel de sombra, un amor dispuesto a saltar sobre los cuerpos en cuanto falte la luz o surja del todo, desatado y triunfante, el impulso de destrucción pasional que dormita en ellos, ese impulso salvaje por el que un día él habrá de coserla a puñaladas diciéndose que la adora (y mientras no lo hace, y mientras no la mata, le lame el busto con ojos de vaca).

El nuestro, en cambio, por debajo de sus furias eróticas, era un amor intelectual, razonado, recatado a los ojos de los demás, evasivo de sus peligros, comprimido

en su clausura. Las temeridades ocasionales de Cora no habían podido cambiarlo.

Y era también un amor lleno de planes incumplibles, siempre retocados. Cora me llamaba "Propos". Eran las primeras sílabas de mi identidad universitaria: Profesor Possenti. Pero ella aludía a mi manía de tener un programa sobre cada cosa, un programa sobre nosotros, un plan *antes* de las cosas y, a menudo, contra el espíritu de las cosas. "Propos."

Estábamos acostados y ella sentía ahora que había podido deprimirme al identificarme con Carlos, como "proveedor" de goce.

—Lo fundamental, en el amor, no es el resultado sino el ánimo de entrega con el que se procura, con el que se persigue el goce del otro ser —me decía—. El que sólo quiere recoger algo para sí es un frustrado, a la larga. Lo que importa en el amor, mucho más que el goce propio, es esa forma egoísta del desprendimiento: darse para significar algo en la otra persona. Si no fuera así, si todo lo que interesara fuera la simple cosquilla, un aparatito cualquiera podría sustituir a la mujer o al hombre, según los casos.

Sí, es verdad. Pero, ¿qué aparatito podría destruir esta acidez, esta corrosión de la soledad en que ella me ha dejado? Fue lo único que no tuvimos tiempo de precaver y es hoy lo único que cuenta. En un libro leí una vez que los condenados a muerte bajaban a la arena del Coliseo tomados de la mano, aunque supieran que luego les tocaría morir solos. Esa previsión de asirse uno al otro hasta el final es la que ahora me inquieta. ¿La tuvimos?

Hablábamos todos los días de "lo nuestro"; demasiadas veces hemos dicho "lo nuestro". ¿Qué era?, pienso ahora que ha desaparecido. Mucho de lo que entonces parecía verdad, hoy podría no serlo. "Amor mío —le dije una de las primeras veces, por puro agradecimiento sexual, y sin que aún fuera cierto—. Estoy *feroz*

mente enamorado de ti." Hoy que estoy reducido a callarlo, sé que es verdad, que fue una de esas verdades que el tiempo lanza a la orilla antes de que pueda ser reconocida por quienes hacen su hallazgo.

Cora hablaba del "amorímetro", lo profetizaba como un instrumento revolucionario. ¿Qué pasaría con mucha gente, el día en que ese relojito de la presión sentimental se inventara?

Nuestro error de medición fue el contrario, no el de simular más sino el de acusar menos. Ése y el de enturbiarnos la felicidad, proponiéndonos —como yo lo hacía, como la imagen de la mellada venía a decirlo— que nuestra culpa central era el adulterio. Hoy sé que, la mía por lo menos, es otra.

¿Por qué he sentido, en estos días, toda esta desazón, todo este desasosiego, toda esta comezón por averiguar? Cuando empecé a escribir, quizá no lo sabía muy bien. Pero, al paso de los días y de las páginas, la ignorancia ha ido transformándose en responsabilidad. Simplemente, se trata de ir permutando valores de conocimiento por valores de culpabilidad. He preferido, durante todo el mezquino tiempo que pasamos juntos, olvidar que ella vivía también a otro nivel, que soportaba otras presiones de convivencia, que atendía otro frente —como se dice desde los días de la guerra. Me desentendí de todas esas condiciones, las suprimí mentalmente. Trampeé así el conocimiento último del ser humano que más me importaba.

No hay derecho —ésa es mi moraleja de hoy— a desconocer al ser que amamos. Ojalá nadie vea en esto la postulación de una alegoría y entienda que estoy proclamando que no hay derecho a desconocer el mundo en que se vive, que no hay derecho a sustraerse a él, a tenerlo a distancia, etc. Estoy diciendo algo más humilde, menos grandioso, menos retórico.

Mi culpa es una culpa por omisión, como son las culpas de los egoístas: no haber indagado bastante en

la criatura de mi goce, no haber agotado la aventura (probable, profunda) que es siempre el ser a quien tenemos enfrente, ya sea nuestro padre, nuestro hermano, nuestro vecino en la mesa de trabajo, nuestra misma mujer.

Siento que estas páginas son las que necesitarían un estilo más vivo, un ritmo más ligero, algo así como el *scherzo* de una sinfonía; un estilo liviano, suelto, desplegado, para no dar la engañosa sensación de que aquello fue triste o culminante, cuando sólo fue procesional y anónimo.

Iba yo allí, detrás de ellos dos, y no se me ocurría nada. El estupor que sobreviene a algunas horas de la noticia, estaba ya instalándose en mí. Pero seguramente no era eso sólo. Participaban también la mañana y los últimos vahos del rocío levantándose, el confin hecho de aquellos husos de ciprés en que se desintegraba la arboleda, un mar casi azul sobre su banda de cielo tirante.

Debíamos estar caminando hacia el este, porque las sombras venían hacia la cola del cortejo. Conocía ese rumor de pies arrastrados y de carraspeos, de conversaciones totalmente extrañas al asunto y hasta el surco de alguna risa fugitiva y desencontrada, que sobrevivía a ese gran gasto del humor que es siempre, en estos casos, la noche pasada.

Me quedé hacia el fondo, deliberadamente sin nadie a quien hablar. Mientras esperaba a que llegaran, en la escalinata, me había topado con un par de conocidos —amigos de Carlos— y había tenido que explicarles mi vinculación con Cora, remitiéndola a librerías, exposiciones de arte y conferencias. No la conocían, por supuesto, pero no les sorprendió ese tipo de relación, porque sabían (por el mismo Carlos) de la inteligencia y espiritualidad de la mujer. Los abandoné en cuanto pude, al llegar al álbum, que ellos se adelantaron a firmar y yo no.

Me dejé estar al fondo, pues —con las manos en los bolsillos del perramus— y las sombras y las voces sueltas llegaban hasta mí en otro desfile, que nosotros —los de la última fila— íbamos pisando y segando. Y ese desfile tenía tal vez una compasión curvada, abrumada y apretujada de que carecía el real, porque el sol arracimaba los cuerpos sobre la grava más de lo que estaban si se miraba hacia arriba, y porque aquella procesión horizontal, de color entre negro, azulado y morado, que se quebraba y deslizaba para pasar sobre la arista de una tumba o sobre los carritos cilíndricos de limpieza, llenos de hojas, cintas y flores secas, parecía más íntima, menos heterogénea y más callada que la otra. Un camarógrafo habría fotografiado el cortejo desde esta yacencia movediza y a lunares de su sombra; y de allí, dando un salto, la cámara se habría elevado seguramente a la cima de los árboles, al triángulo fijo de mar en la apertura de los pinos, para ofrecer —con tal montaje— la tradicional pareja alusiva a la muerte: la tierra y el cielo, sin la prosaica intermediación de los hombres. El cine se permite decir lo más obvio, con tal de apresararlo en una imagen espléndida. Y hace bien.

Me distraía pensando en todo eso, como un modo de pensar en algo, porque no dejaba de sentirme extraño a aquella comitiva de gente mal ligada, que tenía que aventurar presentaciones —y aun tantear puertas falsas, picaportes rotos del conocimiento— para transmitir una condolencia deshilvanada, un saludo, un comentario, una cansada estupefacción acerca de lo inexplicable. Los depositarios de las condolencias verdaderas tendrían que haber sido ellos dos, y a nadie se le ocurriría dárselas. Aun la oratoria y los llantos están hechos para la piedad, para la gratificación o para el lucimiento de los que viven, no para la evasiva inteligencia de los difuntos.

Galia me habría parecido, en una situación semejante —y si el ceremonial no me incluyera de un modo

secreto, pero accesible para él— un compañero ideal en el comentario de lo episódico. Había toda una antología del humor funerario, a la que ambos habíamos estado allegando, por años y años, nuestras experiencias comunes o separadas. Un día lo convoqué por teléfono, para el entierro de un conocido. “Cuando sólo se tenía relación con el muerto —argumentó Galia— ¿para qué ir?” Era sábado de tarde y un día diáfano. Apelé a esa razón para insistir: “No tengo nada que hacer”, le dije. “No hay clases, hay un sol maravilloso y es en el Cementerio del Norte, donde las tumbas están emplazadas como en un parque, entre espacios verdes.” “Voy también”, dijo Galia. “Me convenciste, voy contigo” —y su voz sonaba más animada, al otro extremo del cable telefónico. Y luego, casi sin transición en el tono, y sin el menor ánimo de broma, aunque ganado por el estilo de mis razones y quizá por la visión de las planicies de césped: “¿Vas de sport?” A partir de la casa mortuoria, él no sabía el camino, para que pudiéramos desentendernos de la lenta marcha de la fila de automóviles. “¿Qué hacemos?”, le pregunté. Y él: “No hay más remedio: seguiremos al *carriculum vitæ*.” La fama del retruécano sobrevivió en nosotros a la memoria del amigo, llegó a adquirir una categoría autónoma. A menudo, podíamos establecer en qué tiempo había sido la muerte de Fulano de Tal, gracias a aquella referencia: “Fue el sábado del *carriculum vitæ*, ¿no?” El carro de la vida y de la muerte; con humor unamunesco, podría sacársele un partido más profundo.

Pero Galia no se había acercado esta vez. Ni siquiera había amanecido esa mañana en el apartamento. Cuando llegué, el día anterior por la tardecita (tras la conversación con el empleado municipal de los crematorios) encontré sobre mi mesa un papel garabateado a lápiz: “A mediodía, oí por radio lo de Cora. ¡Qué espantoso! Un gran abrazo, G.” Un gran abrazo, sí, pero no vino a dormir por la noche, esquivando sin duda

el trance de una conversación ulcerada, tan al filo de lo ocurrido. Tendría que buscarlo esa misma tarde, luego de salir del cementerio, para que me ayudara en más de un detalle. “Oí por radio lo de Cora.” Había sido necesaria la muerte para que le llamara Cora. Porque hasta entonces sólo se había referido a ella nombrándola como “la chica” o “tu chica”, a sabiendas de lo inadecuadas que eran tales menciones para la madurez de Cora, una madurez en la que yo había puesto el énfasis las pocas veces en que pude arrinconarlo y hablarle de algún aspecto menor de nuestra historia. Carlos podía haber alabado su talento; yo me limitaba a ponderar su armonía, su conclusión vital, su redondez humana.

Estaba, en cambio, la familia de Cora; y presidía la ceremonia. Carlos —recordé entonces— no tenía parientes. Y aquella soledad, suplida a la distancia por amigos, reforzó un sentimiento insólito de bienquerencia, por encima y a pesar de los hechos, que en aquel instante me sorprendí profesándole.

La familia de Cora, trajeada de oscuro, recibía saludos dubitativos. Porque los asistentes enfilaban hacia ella luego de alguna vacilación, tras un rápido estudio de los rostros, y por el agrupamiento que las dos mujeres y los dos hombres mantenían (¿cuál de ellos sería Ricardo, el de la bufanda de mohair?), a la cabecera del desfile.

Cuando llegó el cortejo frente a la puerta del cementerio, bajaron de un Buick negro con cortinitas enlutadas, se adelantaron y, con rostros crispados de afuera hacia adentro, compuestos para la oportunidad, simulaban un corto titubeo acerca de si debían desentenderse o no del cuñado, vistas las circunstancias. Pero el partido de noble perdón que patinaba sus figuras de antemano —y que debía haber sido acordado en el interior de la *limousine*— prevaleció entonces. Y los circunstancias hicieron tan sólo una respetuosa escolta, para

asumir los relevos y tomar los claros forzosos que se producirían en la marcha.

Hubo una nueva incertidumbre, cuando pasamos frente a la capilla. El viejo sacerdote, con la casulla puesta, miró desde la puerta de su saloncito de oficios; pero el empleado de las pompas fúnebres, que abría el cortejo llevando su sombrero fileteado en la palma de una mano vuelta hacia arriba, como si fuera el casco de un guerrero, se adelantó unos pasos, habló algo al oído, para la sordera del sacerdote, y torció, haciendo caracolear tras sí a toda la fila. Al parecer, el oficiante esperaba otro entierro.

Por primera vez pensé en todo aquello como en un ballet, pausado y ritual, lleno de una carga dramática verdadera que se expresara convencionalmente en gestos parsimoniosos, mayestáticos y solemnes, al modo de la conferencia de los estadistas y los empresarios de la guerra en *La table verte*.

Unos metros más allá estaba el par de carritos niquelados, con apariencia de camillas y gruesas ruedas neumáticas, en que habría que depositar los féretros. Una vez que los pusieron, el hombre del quepís fileteado descifró los cordones dorados, rematados de borlas, y los ofreció a la concurrencia. Yo había perdido en ese momento la ubicación de Cora (nunca pude hacerme a la idea de que estuviera realmente dentro de alguna de esas dos armazones) pero la familia, avanzando hacia los ramales dorados de una sola de las cajas, me dio la precisión que faltaba.

Ese simulacro, por el cual se lleva a un muerto como a una pandorga, sin tenerlo a pulso ni sentir su peso, es de una cursilería burguesa tremendamente cómica. Por eso, cuando el hombre del quepís, tras una mirada a la remisa concurrencia, volvió a recoger el cordaje del ataúd de Carlos, sentí otra vez que su soledad transmitía algo más digno, no enturbiado por la cohorte de parientes despistados y falsamente compungidos que es-

taba cebándose en la memoria de Cora. "Ah, si ella pudiera verlos. . .", pensé, dejando la frase y el pensamiento inconclusos, porque tampoco podía imaginarme, allí y en aquel momento, su comentario sardónico, su ajenidad o su risa. ¿Qué habría dicho? . . . No los trataba desde hacía años, por lo demás, y no habrían dejado de parecerle desairadamente ridículos, torpes, tiesos y palurdos como aquel cortejo fúnebre de negros endominados que pintó Figari. Sí, seguramente habría recurrido a un símil de este tipo.

La ficción era comunicable y piadosa, y en los cordones de aquel solo ataúd ellos llevaban a los dos; a los dos y, con ellos, el peso de todo su duelo. ¡Vaya! Una imagen surrealista flotaba ante mí: una de las cajas iba con la melena suelta, ondeando al sol de la mañana; la otra, más compuesta, llevaba los cabellos recogidos y peinados hacia el centro.

Cora no estaba, Cora no podía estar allí, en esa nave que derivaba entre el dibujo de amarras doradas que la ataba a la gente, a su increíble y remota familia, al mismo bastonero en gris y oro del quepís, que era nada más que la parodia comercial y transitoria del deudo para la ocasión, eso mismo que todos los demás sustancialmente eran.

Cuando llegamos a la puerta del depósito, hubo un curioso revuelo. Vi gente que ganaba camino, aun a costa de pisar el reborde de una lápida, como si temiera perderse algún desusado espectáculo, o quisiera por lo menos echar —ya que no podría inquirir en las ocuredades domésticas de una tumba— un vistazo furtivo hacia las presuntas lobregueces de una morgue.

—No va a hablar nadie? —preguntó alguien, a mi lado.

—No, nos pareció mejor que no, por la forma en que ha muerto. Si no fuera por eso, claro. . .



—Tal vez en el primer aniversario... o a los seis meses.

—Sí, sí, es preferible.

Los peones se dieron a trabajar de un modo expeditivo. Sin quitarse las gorras, se apostaron a la cabecera de los ataúdes y, asiéndolos y alzándolos de aquellas parrillas rodantes, los condujeron a pulso hacia la puerta del depósito. El oficiante del quepís los siguió y se cuadró en la puerta, vuelto hacia nosotros, indicando —de ese modo silencioso pero irrefutable— que no podría pasarse más allá.

Cora no puede ser nada de esto, Cora no puede haber estado aquí ni haberse prestado a nada de esto —pensé mientras volvía hacia los portales de la entrada. No puede estar aquí, me dije. Es el sitio más incongruente para poder imaginársela, para recordarla, para dialogar algún día con ella. No puede estar aquí. Tiene que ser un error, un truco monstruoso, un equívoco funambulesco, un golpe de gran guiñol. Tiene que haberse escapado; por algo no puedo sentirla aquí, y hasta tengo ganas de contárselo, como si supiera que voy a encontrarla al regresar, tan sólo porque si éste es el sitio irremplazable de la muerte, ella tiene que haberse reconvertido de algún modo al costado de la vida, a un lugar menos insostenible, menos provisional, menos distinto a toda ella, menos irreconciliable con ella de lo que es éste.

¿Recuerdan aquella definición de Bichat? “La vida es la suma de las potencias que resisten a la muerte”, o algo así. Creo que era Claude Bernard quien la consideraba una tautología, pero... ¿A qué seguir? Yo estaba sintiendo ahora confusamente la verdad de las palabras de Bichat; un cementerio es el mejor escenario para su verificación. Allí las potencias de la vida se insurgen, se tornan insolentes, desconsideradas, sarcásticas...: resisten a la muerte.

A la salida, sobre el atrio, encontré a Galia. Tuve

la antojadiza impresión de que se había retrasado adrede. Avanzó como para abrazarme, pero el sosegado ademán con que lo recibí (Cora no podía haberse quedado allí, era imposible) lo contuvo a medias, y sólo me pasó un brazo por los hombros.

—Se me hizo tarde... —balbució, y algún fondo hostil que debe haber visto en mi calma (que, sin embargo, no era inamistosa para él ni para nadie) volvió a disuadirlo; y dejó colgar la frase inconclusa. Dejó colgar la frase y el tema.

Caminamos unos pasos por la acera, supongo que en dirección a su coche. Fuera de aquellos muros, como dentro de ellos, la mañana seguía siendo hermosa, azul, crudamente alegre. El reloj eléctrico marcaba las once y cuarto. Un macizo de flores rojas y amarillas parecía llamear más allá del reloj; eran los puestos de venta, atendidos por viejos y mujeres.

—¿Te llevo? —propuso Galia.

—No —respondí—. No te enojés, pero prefiero volverme solo.

—Está bien —dijo sin insistir.

—Esta noche, en cambio, te preciso. ¿Puedo contar contigo?

—Claro que sí.

Pero no me pareció que su tono íntimo fuera tan enérgico como las palabras con que aceptaba darme su ayuda.

Durante todo el tiempo de nuestra relación, estuve elaborando y escribiendo a pedazos "Tres historias de amor".

Había zonas que ahora me parecen viciosamente intelectuales, en nuestra unión; son acaso las que la hacen enteramente insustituible. Hay hombres que se suceditan y esclavizan a una secretaria, porque es la única en entenderles la letra y pasar a máquina sus cartas comerciales; o a la criada, porque sabe prepararles como nadie una taza de té. Cuando, ya viejos, acaban por casarse con ellas, consagran esa condición irremplazable.

Cora estaba al tanto de todo lo que yo escribía, en el momento mismo de su escritura. Y hacía para mí las veces del modelo para el pintor. Era el espejo de las reacciones humanas del lector más sensible a que se pudiera aspirar; y aun antes que eso, suscitaba las respuestas en el diálogo: era el interlocutor ideal para el acto de invención. Sus réplicas sugerían a menudo las del personaje, o las rechazaban por imposibles.

Más que el modelo para el pintor —que no es más que un objeto, una provocación hermosa pero inevitablemente pasiva— pienso que ella era para mí lo que el maniquí para el sastre o la probadora para el modisto de creaciones. Frivolizo el ejemplo, ya lo sé, pero lo hago para dar con el alcance de una respuesta viva y corporal, de una contestación activa, físicamente dominadora. Lo que los hombros de una mujer no quieren, encamina (endereza o tuerce) la fantasía del diseñador.

No basta con decir que le leía cuanto hubiera escrito. A veces tanteaba con ella cada línea antes de su escritura, decía las frases y las ajustábamos. Si a Cora no

le gustaba la cadencia de un periodo o la clarinada de un adjetivo dentro de una oración, me hacía desconfiar de ellas, a pesar y por detrás de las defensas que ensayara para mantenerlas.

Es curioso, pero bajábamos la cortina de enrollar (ya había sido reparada) antes de que yo empezara a leerle algo. Era preciso no sentir el tiempo que transcurría afuera, que pasaba por la calle, que trotaba con el caballo del panadero. Y tal vez era también preciso no ver la cúpula: ni lo fugaz ni la eternidad. Porque ese tiempo real no ayudaba al tiempo literario —decíamos—, no nos levantaba a valorar un hallazgo de estilo, tomado y ponderado en el vacío. No sé si tal bloqueo demuestra que siempre me ha parecido fútil la ocupación de escribir, aunque acaso algún día —cuando pueda abandonar las clases— pase a ser mi único trabajo y, más allá de eso, mi última justificación en la vida. A veces se me ocurre que es casi vergonzoso que mientras otros se inclinan sobre un abdomen para suturarlo, sobre un surco para sembrarlo o sobre un telar para manejarlo, yo me sienta cumplido con inclinarme sobre un papel, tan sólo porque sepa, sin mayor pena, alinear unas cuantas frases.

Cerrábamos las ventanas, poníamos una luz baja. Los días en que habíamos convenido que nos reuniríamos a leer, Cora llegaba trayendo algo. Tengo ahora, para guardar los recortes que ella me agenciaba, una lata cilíndrica de galletitas inglesas —Huntley & Palmers— que una tarde dejó sobre la mesa de trabajo, y abrió luego, para que fuéramos comiendo. Es una lata azul y blanca, trabajada con un rosetón en relieve y guardas laterales y cimera que representan mitos y objetos griegos (sátiros, cítaras, ánforas, fuentes, caduceos, túnicas, báculos, olivos). También veo en el estante, con dos dedos de bebida y sin haber perdido su red amarilla de hilo de seda, la botella de brandy español que trajo la

tarde siguiente, para mojar la atosigadora merienda de galletitas.

Graduaba el alto del brazo de la lámpara, acercaba un cenicero, acomodaba las sillas. Y luego, mientras yo leía los fragmentos de las historias o refería mis planes acerca de cómo escribirlas, ella fumaba sin tregua. Jamás, en ninguna otra situación, la vi fumar tanto. La mano extendida que pedía una interrupción solía cuajar en el humo azulado, como las figuras de los pastores y de los dioses en la tapa de Huntley & Palmers.

La primera de las tres historias aludía al maestro Salcedo, el más bueno de cuantos conociera en mi niñez. Era eczematoso y, con el tiempo, sufría más y más por tal motivo. Su mujer (vivían solos, no tenían hijos) lo descubrió una tarde examinando un revólver y le pidió que, por lo que más quisiera, no la dejase sola en el mundo. Salcedo la disuadió: a nadie quería tanto como a ella y por ella misma le juraba no dejarla sola. No pasaría nada, ya se curaría (sabía que lo suyo era incurable, los médicos no se habían atrevido, contra su ánimo cada vez más sombrío, a seguir entreteniéndolo con una esperanza insensata). Una madrugada, sorpresivamente, tiró sobre ella, como parte de la promesa que le hiciera. La vio abrir los ojos para morir: lo miraban con agradecimiento. Aquella mirada lo enloqueció, destruyéndole su poco coraje. Se aterrorizó, salió casi desnudo a una calle donde principiaba a amanecer, gritando "¡Socorro, socorro, mi mujer está herida!", como si él no fuera el causante. Ella murió en seguida. Él se pasó siete u ocho años en la cárcel tratándose con paciencia su eczema incurable. Y no pensó ya más en el suicidio. En ese sentido sí estaba curado: cuando salió en libertad se pasaba largas horas meditativas junto a la tumba de su mujer o sentado en los mullones, las piernas colgando, de cara al mar. Estaba ju-

bilado, no hablaba con nadie. Seguía siendo bondadoso, suave y débil como en los días de la escuela. Pero tenía una extraña serenidad, parecía reconciliado con la vida.

La segunda historia era la de un diplomático en Madrid, que se deshizo de la amante que lo había fatigado, escribiéndole una carta confesoria al marido español y tomándose —la misma noche— el tren hacia París.

La tercera historia era la de un psiquiatra, cuya mujer había muerto de leucemia, en plena juventud. Aquella muerte lo sumió en una total decadencia: se hizo alcoholista, abúllico, misántropo. Tenía un yate y lo hacía llevar hasta una escondida caleta fluvial y fondear allí, licenciando al par de marineros. Ahí, en lo oscuro, a la sola lumbre de su pipa, se emborrachaba noche tras noche. A la madrugada, ya completamente bebido, subía a la cubierta del yate (solía ser en invierno) y, vacilante, con los revueltos cabellos blancos y el pantalón de brin con que tal vez dormía (o al menos se recostaba, porque su otro drama era el de no poder dormir jamás) paseaba sobre la estrecha tablazón, de proa a popa, gritando desgarradoramente a la noche —¡Celia, Celia!— en busca de su mujer perdida. Se volvió a casar con los años, pero su segunda mujer no fue más que una delegada de la ausencia de la primera. Y aun así, o tal vez por eso, ella no pudo evitar que una noche —no en el yate, sino en la casa— el doctor se suicidara. Recuerdo haberla visto —calmosa, recatada y ecuanime como era— lamentándose tenuemente (y como si lo hiciera contra sí misma) al flanco de aquella cabeza vendada, donde apuntaba la barba blanquecina de un par de días. No puedo restaurar las palabras pero sí su sentido. Cora y yo habíamos convenido en que la frase de la viuda debía decir, más o menos: "Pobre Celia y pobre de mí. No hemos sido más que los calzadores de su soledad."

Cora decía que estas historias, con su apariencia de

existir por separado, eran en rigor tres ilustraciones de un mismo sentimiento, o de una junción indiscernible de los mismos sentimientos: la lucha entre el amor y la soledad, entre la posesión y la incomunicación. El maestro amaba a su mujer y encontró la única conformidad posible al no dejarla sola. El diplomático ya no la amaba y decretó su muerte, para franquearse el paso hacia una soledad que ella le impedía. El médico adoraba a su muerta y la rescató en la extrema soledad, tras haber querido vanamente suplirla y relegarla. El amor creó la soledad, en el primer cuento; la soledad mató al amor, en el segundo; la soledad se rindió al amor, transfigurado en muerte, en el tercero.

Así veía Cora la unidad de las tres historias, por encima o por detrás de su variedad anecdótica, de su semejanza superficial.

—Hay un enlace bastante firme entre los tres relatos —decía—. En el primero la mata, en el segundo la hace matar, en el tercero se mata.

—Sí, son variaciones sobre un mismo tema, a cargo de un personaje eterna y fundamentalmente único.

—En definitiva, en los tres la mata —corregía entonces ella—. En el primero directamente, en el segundo por una suerte de emisario del destino, a quien provoca; y en el tercero —que en esto es el más sutil— por el procedimiento de matarse, suprimiendo así su imagen, en el único sitio del mundo donde aún quedaba viva.

—Podría ser. Se pega un tiro y quiebra el último espejo.

—Exactamente. Sería una buena frase para rematar. ¿No te parece?

—Puede matarse de modo que la bala lo atravesase y estalle en el espejo, sugiriendo eso mismo, que lo que se acaba por destruir es el reflejo de un ser viviente. *La vita che ti diedi.*

—Sí, su intención anterior fue sepultar el recuerdo

de la primera en la segunda mujer, pero le fracasó. Tuvo que sepultarlo en él.

—Conforme, pero eso del espejo haría pensar en Larra... o en ti. En fin, ya se verá. Lo importante es saber, antes de empezar a escribir las tres historias, que hay algo profundo que las liga. Gracias.

Ella quería que introdujera, en el primer relato, una figura simbólica: la de un afinador de pianos que ella había conocido en su infancia. Era ciego, tenía una hermosa cabeza con un cráter de carne fruncida en la sien izquierda. Había querido suicidarse, sólo había logrado engeguercerse. Llevaba siempre un maletín de mano, con los instrumentos de su oficio, e inclinaba la hermosa cabeza griega, los ojos blancos hacia la caja de los pianos. Cora lo había visto trabajar en una sala de la vecindad; vivía en un hogar de ciegos, a pocas cuerdas de su casa.

—Tendrías que ponerlo. Es una figuración viva de la resignación del maestro junto al mar. Están frente a dos tapas, las levantan y oyen de las dos el sonido del mundo, ese mundo en el que se han quedado mutilados y solos, pero al que están totalmente adheridos.

Me negué siempre a incluirlo. No podía inventar la coyuntura que lo hiciera verosímil, en un plano de coherencia naturalística. Puedo imaginar los detalles, alzarme del dibujo de los hechos, actuar las sensaciones, dramatizar con absoluta discrecionalidad. Pero hay datos y personajes que disuenan; el afinador, a despecho de su profesión, era uno de ellos.

—¡Qué lástima! —decía Cora—. Sería una hermosa cabeza, con su perfil tan espléndido.

Tras ofrecirme este personaje y, otra vez, el asunto entero de un cuento (el de una solterona que se había inventado un novio y, el día de presentarlo a la familia, había atiborrado de flores los rincones de su casa y luego había corrido a suicidarse en un parque), Cora había aprendido que los escritores no viven de los te-

mas que ya se les ofrezcan como temas, no medran del corretaje de la imaginación de sus lectores. Aunque se quiera alcanzarles un trozo de la realidad que se les parezca, aunque se haga la suposición de haberles elegido un suceso para su estilo, ellos prefieren escarbar por su cuenta en la realidad. Y se les predispone contra un asunto que escogerían si lo descubrieran, cuando se les narra para que lo escriban. El cazador se irrita si le regalan la perdiz pelada. Echarla a la olla es el que-hacer del cocinero, no el suyo.

Por eso, luego de sus tentativas, Cora se limitó a allegarme los recortes de periódicos que hoy guardo en la caja de galletitas: la historia de un recluso de Punta Carreta que había fraguado el vínculo, las relaciones y los sentimientos —así como supuesto los nombres— de todos los miembros de una familia, cuya existencia atisbaba desde enfrente, detrás de los barrotes de su celda, y de quienes acudió a despedirse al ser liberado; el absurdo caso de un heladero que, tras el convenio firmado en un bar, el día mismo de la ejecución de Chessmann, aceptó ser fusilado y, del simulacro a la verdad, lo fue de veras, al dispararse la clásica escopeta que se supone vacía, etc.

Éstos eran temas para más adelante, convenía Cora. “Siempre que te gusten.” Ahora lo importante era escribir las tres historias. Ella les llamaba “Los apólogos” o “Solos de amor”; yo no les había puesto nombre, o sencillamente prefería el de “Tres historias”; provisionalmente las llamaba la historia del maestro, la historia del diplomático y a la tercera no la historia del médico sino, visualmente, la historia del yate.

Le encantaba llamarles también “El tríptico”. Creía —como todo el mundo— en la condición cabalística del número tres. Sería estúpido sugerir que acaso fuera porque el azar lo hubiese impreso en su vida.

—A punto para el cine —vaticinaba bromeando—. Tres episodios, tres directores, tres estilos, tres actores,

tres actrices. Y en la última historia hasta una Rebecca, mujer inolvidable, que el público no ve pero siente a cada paso; y que oficia de *Deus ex machina*.

La historia que más discutíamos, la que los dos preferíamos o —por lo menos— la que estaba más próxima a cuajar en su molde, era la del maestro.

Debatíamos primero si los años de cárcel deberían dejarse en blanco, como una elipsis de sentido y una cifra de ambigüedad, o si debían colmarse con detalles de sufrimiento y de purga. Decidimos no averiguar si había existido tal expiación compurgatoria, si el personaje estrictamente la precisaba para afirmarse de nuevo en la vida.

—No olvides que es un débil —decía Cora— y que, en el fondo, la soledad lo liberaba, hacía que nadie dependiese de él y eso era la paz, lo único que tal vez buscaba desde la infancia. La lepra (y al ver mi gesto) . . . o la sarna o lo que fuera, sólo lo enloquecía porque su mujer, fresca y joven, estaba obligada a compartirla por años de años. Cuando ella le impidió matarse solo, en realidad se condenó a morir sola. La solidaridad no alienta en quienes son débiles a tal extremo. . .

—Tenés razón —dije—. Eso me parece justo. Hay que darlo a entender de algún modo.

—Pero no en ninguna frase que lo postule expresamente. El maestro es un ser tan inerte que ni siquiera puede extraer de su interior una certeza tranquilizadora de esta especie. De algún modo, se siente atravesado por ella. Pero nunca llega a definirla.

—Exacto.

—Por eso mismo, mejor no saber si ha sufrido en la cárcel. Tal vez sí, pero no en la medida convencional del sufrimiento de responsabilidad sino de otro modo infantil, más tiernamente depravado. . . más abusivo.

Se detuvo un momento, para consultar su tesis sobre mi cara.

—Siga, siga —la urgí—. Mentalmente, le estoy tomando apuntes. ¡Adelante!

Pero aquella incitación a la perseverancia, paradójicamente la hizo amainar, refugiándose detrás de un gesto gracioso y remisivo, de manos abiertas y cejas alzadas.

—¿Pero soy yo la autora? —preguntó.

—En cierto modo, sí —repuse—. Y yo el personaje. Verifico en mí la legitimidad de todo lo que estás proponiendo. No te asustes y seguí. Yo soy el débil y, en definitiva, el débil dicta las condiciones: el débil manda.

—Manda o mata —sonrió—, que es la única manera de mandar que suele estar al alcance de los flojos.

—Eso también me gusta. Pero por ahí el personaje puede convertirse en un carácter, y no quiero que lo sea.

—Puede serlo a pesar de lo que digas o no digas. No te preocupes por eso. Con mantener una escritura seca... mínima, diría yo, te salvás del reproche, si llega a pasar.

—El maestro —me preguntó otra tarde—, ¿estaba desinteresado de la extensión de la condena o quería salir en libertad cuanto antes?

Ninguno de nosotros sabía cómo había sido en la realidad. Pero poco importaba. De todos modos, si hubiéramos tenido una convicción segura, habríamos adecuado el relato a esa convicción.

—Me parece mejor —dije— dejar todo eso en la penumbra. Que el lector se lo imagine como quiera. El dibujo de un personaje suele descansar, más que en lo que dice el autor, en esas zonas muertas en que el autor mismo no se atreve o no se define.

—La zona de lo que no quiere decir, como en Chejov —aventuró Cora.

—Y algo más: la zona de lo que no sabe. La gente puede creer que el autor prefiere, en algunos casos, no cercar demasiado, no dar un cuadro de significaciones

demasiado exiguo, demasiado limitativo. ¿Y si fuera que a veces no puede hacerlo?...

—Claro. A mí misma me ha estado pasando eso. Te he propuesto al afinador de pianos y nunca supe ni pude imaginar qué le había pasado en la realidad. ¿Lo abandonó su mujer, se jugó el dinero de una cobranza —como a veces tuve la tentación de creer, tal vez por su maletín de mano—, temió tener un cáncer o estaba simplemente harto de la vida? ¿Qué pasó? La verdad es que me intrigaba pero no me importaba. Fuera lo que fuera, seguiría siendo lo mismo después, con la diferencia en contra de sus ojos ciegos. Y sin embargo, igual que el maestro, ya no pensaba en matarse. Ni soñaba con volver a intentarlo.

—¿Cómo te lo imaginás? —tornaba a preguntarme, refiriéndose al maestro. Y el interés que ponía en conocerlo lo hacía existir.

—No me está permitido imaginármelo, lo conocí. Era delgado y chiquito, con grandes ojos tristes y pestañas muy largas.

—No. Me refería a sus actitudes.

—Ya te he dicho una: sentado en un murallón, ensimismado frente al mar.

—¿Y otras veces? Sentado en un banco de plaza, echado en una cama y fumando, caminando por una playa y despeinándose al viento?

—Todo eso no puede estar todavía decidido al detalle. Al empezar a escribirlo, la necesidad de una situación puede aclararlo todo, tironear de tales o cuales actitudes.

—Es curioso —dijo ella—. No soy escritora, y además supongo que es un toque de imaginación femenina, de sensorialidad hembra. Pero si yo tuviera que escribirlo, me sería imprescindible empezar por imaginármelo en ese tipo de posturas, y preferir de antemano una a otra. Tendría que saber, además, cómo se viste, cómo se anuda la corbata, si fuma o no fuma, si cruza la pierna al

sentarse o apoya las manos sobre las rodillas separadas... Todo eso.

—Claro; yo también precisaré saberlo, en un momento dado. Pero no desde ahora. Lo que preciso ahora es saber cómo funciona por dentro.

—Pero si todo lo que yo te digo es justamente para eso: para saber cómo funciona por dentro.

Los meses fueron dándole la razón. Y yo solía imaginarme los pensamientos del maestro a partir de sus actitudes.

“Él tiene que pensar —escribí en mi cuaderno de notas— que el mar es como el tiempo que le queda por vivir, previsible en su conjunto pero capaz de sorpresas feroces día por día. (Lo piensa golpeteando con los talones en el murallón: tiene pelados los contrafuertes de los zapatos, de tanto lijarlos contra la piedra.) Pienso también que el mar es como la vida, lo que ya se le ha ocurrido a muchos otros, porque el maestro no es un alma original. Es como la vida, con su mezcla de energía y de escoria, de agitación y de inutilidad, de repetición y de inventiva, de porrazo y caricia, batiendo siempre hacia las mismas playas, lamiendo o azotando los mismos muros, rompiendo en las mismas escolleras, meciendo una boya o vomitándola sobre la arena. (El personaje está sentado en un espigón y mira hacia su base, hacia los enormes cubos fabricados de cemento, que descienden desde el andarivel del muelle hasta hundirse en las aguas, y cuyo color indefinible y embreado le hace pensar en la fantasmagoría de una naturaleza que hubiera creado, como en los fondos del Angélico, roquedales geométricos.)”

“Sí, tiene que pensar todo esto pero oscuramente y en bloque, sin llegar a descifrarlo palabra por palabra. Tiene que ser (misterio que jamás he comprendido) el sentimiento de una idea musical en alguien que precise un instrumento para frasearla, porque así, sobre el papel, no sabría volcar y referir su embrión de partitura

nota por nota. Al maestro se lo ayudarán a saber los gestos y el escenario —que punzan de afuera adentro— así como al músico se lo ayudarán a descifrar sus manos.”

—Sí, muy bien —dijo Cora, tras haberlo escuchado—. Volvemos a aquello de las zonas muertas del personaje. Pero, ¿cómo lo darás a entender? Porque de todos modos, completo o incompleto, al lector hay que darle el traje hecho, no los moldes de papel apretados por la tijera y revueltos sobre la mesa.

Tenía razón y se la concedí: ese desvestido testimonial sirve si va a cuenta de presentar al personaje y éste resulta más visible a través del pequeño caos deliberado en que el escritor lo organiza. No vale si sólo es una forma de tartamudear la impotencia del creador frente a aquellas vacilaciones en que el personaje mismo le escapa.

—Hay una diferencia —dijo Cora, recogiendo triunfalmente la explicación de su acierto—. ¿No te parece?

La segunda historia, en cambio, no crecía demasiado al paso de los días.

—¿Cómo va el asunto del diplomático? —preguntaba Cora—. ¿Ya te da pataditas?

Pero el asunto del diplomático no crecía ni daba pataditas, acaso porque —a diferencia de la del maestro, que la fascinaba— la historia de esta perfidia no llegó nunca a ser aceptada por Cora. Y su antipatía acabará sin duda por comunicármelo. Hoy mismo, el asunto no tiene una sola línea de escritura en mis apuntes.

—En esta historieta hay algo demasiado tenebroso. Y que, no sé por qué, siento como hostil hacia mí —decía—. El amante la manda matar, el marido es sólo la honda en sus manos. Uno es el juez, el otro el verdugo. No la escribas con demasiado encarnizamiento.

—¿Qué quiere decir “con demasiado encarnizamiento”?

—Que hagas trabajar las zonas muertas más que nunca. Que dejes en claro, sí, que el diplomático escribe la carta y se va, para poner distancia y esperar el final. Pero no asegures que ese final haya de producirse. De todos modos, él ha hecho de sí todo lo necesario para matarla. No será menos culpable si la muerte no ocurre. . .

—Sí, pero esto ya me parece irresponsable, desde el ángulo del creador. En todo caso, ¿te importa en esa muerte algo más que la culpa? ¿Puede haber un detalle más cruel que ése? ¿Qué más da, entonces? . . .

—Sí —meditó un instante—. Tal vez tengas razón. No me hagas caso.

El diplomático daba las señas inequívocas, a fin de que lo liberasen. Pero nosotros dos, por omisión, ¿no estábamos dando señas casi iguales? A pesar de lo que Cora creía, para absolverse de lo único que le importaba en el adulterio (no hacer sufrir a nadie), ¿no habría dado ella misma alguna muestra categórica de no ser la de antes?

Un día me lo había dicho.

—Recordarás que en el liceo aprendimos cómo había sido descubierto Neptuno. Por un método de descarte, estudiando las perturbaciones de los movimientos de Urano, Leverrier llegó a la conclusión de que tenía que causarlas un planeta desconocido. Y así dio con Neptuno y lo ubicó. A veces tengo miedo de que con nosotros pueda suceder lo mismo.

Alguna vez, desde entonces, volvió a llamarme su Planeta Neptuno; siempre con un tierno fondo de recelo.

Eso quizás explique su desafecto combativo por la historia del diplomático y su carta. Allí Neptuno se le metía a Leverrier por la ventana, venía a buscarlo a casa.

O tal vez fuera por otro de los sentidos subyacentes de la anécdota, un sentido que le inquietaba más —creo— que el de la pura amenaza de muerte contenido en la carta: el de la decadencia del amor, que la había dictado.

La decadencia del amor. Yo le conté mi teoría del Amorequis. Las líneas que marcan la pasión del hombre y de la mujer por poseerse son líneas cruzadas. Trazan una equis. Cuando se acuestan por primera vez, ya la línea del hombre viene cayendo, con relación a un deseo más intenso que tuvo la semana anterior, en un momento cualquiera de un día en que aún era imposible. La línea de la mujer, en cambio, recién va subiendo; y se entrega para seguir subiendo. Hay un momento de intersección. Luego, con el tiempo, las líneas divergen cada vez más. El hombre baja y baja, la mujer sube y sube. Pero la letra tiene una proporción, su trazo en equis terminará algún día.

No le dije que lo había escrito años antes, a raíz de una experiencia ya olvidada, la misma que me llevó a hablar de “la desguarnecida hora del adulterio”. Su puso que acababa de improvisarlo.

Días después, para vengarse de lo depresivo de la parábola, Cora trajo el Diario de Pavese y me señaló (anotación del 2 de junio de 1938) un fragmento donde, con menos palabras y más vigor, se decía lo mismo. Podría haberle jurado que no lo conocía cuando escribí mi Amorequis. Pero callé.

El médico de la tercera historia —tal vez a imagen y semejanza de nuestro Dr. Eric Portman— era un ingenio, a pesar de su profesión de psiquiatra. Nadie lo consultaba ya, en sus últimos tiempos, y él tenía la candidez de anunciar que se iba “de incógnito” a una playa lejana, en un fin de semana invernal. También decía que se sentaba en los muelles a pescar horas y



horas, porque de ese modo sus preocupaciones profesionales (diagnósticos, consultas, pericias) se ordenaban solas en su cabeza: el hilo de pesca trabajaba por él —argumentaba— y las soluciones venían en el anzuelo. Ya no tenía soluciones, ni en la medicina ni en la vida; nadie se las pedía ni él las precisaba.

—El verdadero tema de esta historia —decía Cora— es la soledad.

Hacía una pausa.

—¿Y no es la soledad el gran tema de todas nuestras vidas? —agregaba.

—La soledad, la incomunicación, el vacío, la distancia, la noche —le contestaba enumerativamente, como si estuviera proponiéndole los elementos para escribir el guión de una película.

—Solo con sola, como decía la frase de tu profesor. Pero aquí era solo sin sola.

—Solo y sin nadie, desnudo en el yate.

—Así podrías ponerlo. Suena bien.

A veces me propongo esta variante: si la mujer muerta no hubiera sido específicamente Celia para el doctor y luego Cora para mí, si Celia hubiera sobrevenido como segunda mujer y Cora también llegara a sustituir en mí el recuerdo de una amante difunta, acaso habrían sido las que tuvimos antes, cualesquiera fuesen sus nombres, las que en definitiva nos importaran, las que nos hubiéramos dado a sublimar. ¿Hasta dónde Celia y Cora han sido por ellas mismas y desde qué punto este fervor carnal de la desposesión, que es el eje de la edad madura, su prelude de despedida, las ha magnificado?

No sé. Nunca conocí a Celia y no tanto, al fin de cuentas, al doctor. Pero estoy seguro de que Cora habría sido, a cualquier altura de mi vida, mi troquel insustituible. Y para seguir creciendo en mí no precisa de ese gusto por los espacios desiertos, por los salones vacíos, por los corredores interminables y por los bar-

cos desarbolados, que suele estar en la retórica de la madurez masculina.

Por eso mismo, ahora pienso que ella profetizaba al llamar a estas tres historias “Los apólogos”. Tengo cobardía y resistencias a pensar en qué forma estas historias nos aludían, nos cercaban, se nutrían de nosotros, prefiguraban la nuestra. Dejémoslo.

¿Terminaré de escribirlas, de hoy en adelante? Si algún día lo hago y las edito, tendré que dedicárselas. Se las dedicaré y podré deslizar la verdad debajo de esa frase que los lectores se han habituado a tomar por además bien educado de cortesía creadora: pondré su nombre en la primera página e invocaré en seguida la dimensión entrañable en que la materia misma de ese libro le pertenece.

## XII

La miré mientras hablaba. Era alta, reseca, ajada, minuciosa. Pero tenía algo semejante al muerto vaciado de los rasgos de Cora, un parecido extraño y lunar: era Cora vista a través de un resplandor pálido, que envejeciera y marchitara.

¿Nunca han estado ante una criatura que les produjera la impresión de ser la réplica paródica de otra, su lado mezquino, su doble feo? Ésa es la imagen que yo estaba teniendo de aquella hermana, de quince a veinte años mayor que Cora, sentado frente a ella y haciendo que me narrara lo que yo ya sabía, a través de la versión de un espíritu diferente. Porque todo lo que decía aquella mujer flaca, tiesa y cincuentona, era lo mismo que Cora me había referido, pero pasado a través de otro filtro, recorriendo la red de tubos capilares de un ser más exiguo, más estrecho.

Estábamos allí, en aquel comedor húmedo y en penumbra. Yo me había anunciado, esta vez, como amigo de Espiga ("a la señora, en cambio, la conocí muy poco") y como corredor de seguros con quien él había contratado una póliza importante.

Una perrita lanuda y legañosa había venido a olisquearme el borde de los pantalones y, tras desinteresarse de mí (no tengo perros en casa) se había echado a dormir en un cojín de raso color vino, que la solterona le había alcanzado, empujándose con la aguda punta de su zapato izquierdo, luego de pescarlo, con ese mismo pie, abajo del sillón en que estaba.

—Hay un seguro *interesante* —dije, empleando un adjetivo del oficio—. Y depende de quién de los dos haya tirado sobre el otro.

Era la versión que había dado a la limpiadora, pero la hermana de Cora despegaba ante mí una cara de

juez, un gesto entre reticente y suspicaz que la otra mujer no había insinuado.

—¿Y en qué medida puede tener todo eso algo que ver con nosotros? —preguntó.

—En la medida en que ella no se haya matado.

Había previsto que no podía inventar un seguro constituido sobre la vida de Carlos, porque me replicarían que nadie paga primas a los suicidas.

—¿Cómo "en la medida en que ella no se haya matado"?

—Claro. Supongo que ella no se suicidó. Él constituyó un seguro sobre la vida de ella, en beneficio de sus causahabientes. Fue en ocasión del viaje a Europa y en ese momento él debía pensar que si ella moría el beneficiario sería él. Luego todo cambió.

—No tiene pies ni cabeza —dijo la hermana—. ¿Para qué asegurar a una mujer que no ganaba nada?

—Creo que hizo seguros cruzados. Se aseguró él también a favor de ella, en otra compañía. Pero esa prima no la pagarán.

—De todos modos —dijo—, ¿por qué temió que ella muriera antes, si viajaban juntos?

—El viaje debe haber sido sólo el pretexto —argumenté—. En buenas cuentas, debían estar asegurándose contra la soledad.

La frase era presuntuosamente metafísica y no pasó.

—Lo que puede haber sucedido —dijo ella— es que en algún momento hayan pensado en viajar separados. Creo que fue así. Todos los matrimonios lo piensan alguna vez, aunque casi ninguno en definitiva lo hace.

—Sí, debe haber sido eso —concedí con urgencia, para tapiar una puerta, porque aquella conjetura aliviaba mi tensión.

Las precisiones y los titubeos de la mujer no llegaban a sospechas, carecían de acuidad y de rumbo para serlo. Eran simples objeciones o salvedades destinadas a hacer durar la situación, a acreditarse prolijidad y es-

crúpulos ante alguien tan estricto como se supone que sea un corredor de seguros.

Yo deseé que no apareciera ninguno de sus dos hermanos. A un hombre es más difícil, por lo general, mentirle sub specie administrativa.

—Nunca he podido imaginarme que saquemos ninguna ventaja de esa muerte —estaba diciendo—. Ustedes los hombres son diferentes: menos sentimentales, diría yo.

Hice una inclinación de cabeza, como dándolo por consentido, a fin de que prosiguiera.

—Fíjese que mi hermano Luis visitó al juez y le pidió la pistola. Carlos no tenía herederos, como usted sabe. Y Luis fue y la pidió. Si justifica el parentesco, con no sé qué requisitos, el juez ha prometido dársela. A él le viene bien, porque no tiene ninguna y vive en un barrio apartado. A mí me repugnaba la idea: una pistola que ha matado... le dije. ¿Y sabe lo que me contestó Luis? Que una pistola que haya matado es como una lapicera que haya escrito. Ni más ni menos.

—Y a su modo...

—Sí, a su modo sí. Sólo que *ése* no es mi modo.

Se hizo una corta pausa, en que los dos consideramos el asunto de la pistola, la procedencia ética o la insensibilidad del pedido hecho al juez.

—Le dije que tendría que conseguirse un permiso. Y él me contestó que no, que para ese calibre no se exigía licencia, porque era de las que llaman "armas de salón".

Hubo otra pausa.

—¿No le parece horrible que el arma que mató a dos personas pueda ser llamada "arma de salón"?

—Es que en los salones también muere gente —dije.

Hizo una mueca helada, que no podía pasar por sonrisa.

—Mire, ésa es una contestación en el estilo de Luis. Ustedes los hombres se parecen todos.

Como esa semejanza fundamental entre los hombres alivianaba su recelo, me regocijé íntimamente de haber suscitado tal imagen. Porque la mujer se puso a contarme que en los últimos años había visto muy poco, poquísimo a Cora.

—¿Dejó de vivir con ustedes al casarse? —pregunté.

—No. Hacía años que se había ido. En cuanto murió mamá, no quiso quedarse un día más. Parece que le disgustaba vivir conmigo y con Esther...

—¿Así que usted es...? —pregunté.

—Yo soy Otilia.

—Ah, sí —dije—. La mayor.

La precisión no pareció gustarle.

—¿Cómo lo sabe?

—Un agente de seguros es alguien que se informa —respondí.

El tono con que lo dije corrigió el error de la otra frase. Y ahora sí sonrió; aproveché para hacerla volver al tema.

—Cuando murió mamá, su conducta fue de lo más rara. ¿Usted creerá que lloró? ¡Para nada!

Se detuvo, aclarada por una vislumbre de sensatez.

—Pero... ¿para qué le digo todo esto, si usted ni la conoció?...

—No importa —dije—. Créame que me interesa estudiar las reacciones de la gente.

Era una verdad tramposa, porque creyó que me refería a la reacción de Cora frente a la madre, y no a la de ella frente a Cora.

Cora me había relatado la muerte de su madre, la sensación de que allí se cerraba una época entera de su vida y se abría una gran incertidumbre. Estaba sobrecogida de responsabilidad y por eso mismo no podía llorar —explicaba—. Hacía años que estaba distanciándose de su madre, pero con aquella muerte había soldado la última amarra que la ligaba a todos ellos, radical e irremisiblemente. Estaba ante las puertas de lo

desconocido —pensé— y nadie va a golpear a esas puertas llorando.

—¿Y no trajo a Espiga a presentárselos, cuando se casó con él? —pregunté.

—De ningún modo. Se ve que usted no la conocía. Ni siquiera nos anunció que se casaba. En aquel tiempo ella tenía un empleo y vivía en una pensión. Creo que fue en ese empleo donde conoció a Carlos...

Se lo confirmé: había sido así, *yo me acordaba*. Pero no había sido así: se habían conocido en un tranvía. Saber más que Otilia y ayudarla a confundirse me pareció el mejor modo de defender a Cora.

—Bueno, ni siquiera nos participó, como se hace con cualquier hijo de vecino. Nada.

—Creo que no participaron a nadie —dije, en son de disculpa póstuma.

—Bueno, está bien, pero a los hermanos...

Estaba contándome lo que yo ya sabía. Pero, extrañamente, todo aquello me parecía novedoso. Por primera vez en todos esos días, tenía la impresión de que Cora fuera algo así como el personaje de una pieza teatral, cuyos comportamientos estuviese estudiando y hubiera aceptado a un título sólo provisional. El personaje en su prehistoria, claro está, el personaje en manos del creador. ¿Creía en la posibilidad de corregir retrospectivamente alguno de los datos de la realidad? No sé, pero estaba conduciéndome como si lo creyera. Porque no esperaba de aquella mujer que tenía ante mí ningún aporte esclarecedor, como pude aguardarlo de la limpiadora; ninguna revelación, ninguna clave. Cora no podía haber dejado allí lo que había llevado, años después, al consultorio del analista, lo que finalmente había traído hasta mí.

Yo estaba allí por mera y viciosa curiosidad intelectual, ésa era la verdad. Aquella visita resultaba un acto frívolo. No podía entenderse como una peregrinación a los orígenes, ni siquiera como una reflexión en un

museo donde hubieran sido estratificados y clasificados esos orígenes. Era una simple excursión de turismo sentimental, "para ver": las cataratas del Yguazú o las hermanas de Cora, tanto daba. (¿Dónde estaría la otra?) No era el reflejo de Cora en ellas lo que yo indagaba sino, en todo caso, la fidelidad del reflejo de ellas en Cora. Saber si les había hecho justicia, si eran tan mediocres como ella me había dicho.

—¿Y nunca lo presentó después?

—Sí, después de casados estuvieron una tarde. Veinte minutos, casi sin querer sentarse. Y de sopetón, sin haberlos avisado que venían. El pobre Carlos estaba incómodo, se veía. Ella no. Al contrario, parecía disfrutar de toda la situación. Le mostraba lo que había sobre las repisas y le decía cosas como: "¿Ves?, éstos son los perritos de porcelana de que te hablé." No se cuidaba de dar la impresión de que hubiera hablado de todo eso y de nosotras con lástima.

Cora me lo había contado de otro modo. Las dos hermanas miraban obsesivamente a Carlos, como si hubieran creído hasta un minuto antes que no existiera, que hubiera sido un invento de la fantasía de Cora, para conmover ese escenario despoblado de hombres en que ellas vivían. Y Cora había fraguado esa familiaridad con las cosas para que Carlos ingresara al estrecho concepto de las dos mujeres dentro del vientre de ese caballo de Troya.

"¿Qué te pasó?", le preguntó él cuando estuvieron otra vez en la calle. "Nunca me habías hablado de ningún perrito de porcelana."

"¿Ah, no?", se limitó a decir ella. "Me parecía..."

La historia de la mujer madura que se imaginó un novio, que durante meses se envió regalos supuestamente mandados por él —haciendo imprimir tarjetas falsas para agregar a los regalos, desfigurando la letra para añadir un párrafo cariñoso a un ramo de flores— Cora debió haberla situado idealmente allí (me estaba dan-

do cuenta), en ese lóbrego comedor que ahora era comedor y sala y apretujaba en su híbrida ambivalencia los grandes y recargados muebles de un pasado mejor, forzados a convivir desairadamente entre ellos mismos y con las manchas de humedad, el cielorraso de listones de madera y la instalación eléctrica con los cordones a la vista.

A partir de su visita con Carlos, Cora debía haber radicado allí la escena cubierta de flores, con la bandeja de plata y la botella y las copitas de colores para el oporto, el escenario al que trajeron y donde tal vez velaron a aquella mujer madura y desesperadamente soltera, que optó por envenenarse en un rincón de parque público, con sus señas personales prendidas al vestido por un imperdible, a fin de que no mediara mucho tiempo hasta que la restituyeran a la casa y evitara así que las flores se marchitasen, inhabilitándose para un macabro cambio de destino.

En el fondo de esa historia de frustración y de suicidio, había algo truculento, que no era la muerte. "En Estados Unidos todo el mundo lleva una tirita cosida al traje, con nombre, dirección y grupo sanguíneo", decía Galia. Yo se lo había contado a Cora y seguramente eso le había dado la idea de que la muerta se rotulara e identificara, franqueando doblemente su cuerpo a destino. Y no era tan extraño —pensaba yo ahora— que ella no hubiese advertido tal truculencia, cuando insistía en que yo escribiera el asunto. Había algo truculento y era esa suerte de libido desplazada agresivamente hacia la familia, esa intención atroz de regalarles un cadáver tras haberles prometido un idilio, un cadáver inesperado en sustitución del idilio tantas veces ambicionado y otras tantas postergado por las dos hermanas que lo recibían.

En ese rencor tapizado de camineros rojos, de mantelitos bordados que habían saltado a lucir su almidón sobre el aparador y la mesa, de platería lustrada para

la ocasión, estaba —endosado a la historia de una Ofelia madura y burguesa— todo el sentimiento de Cora hacia estas dos mujeres angostas y marchitas, hacia el ambiente de prejuicio y de exigüidad en que durante años la habían obligado a alentar.

En la versión de Cora, Carlos no estaba incómodo sino simplemente estupefacto, al comprobar de qué modo fantochesco aquellas dos mujeres correspondían a las descripciones que Cora le había adelantado.

Ellas, en cambio, mirarían al hombre con el mismo horror desposeído, saqueado, inamistoso y perplejo con que en la historia habían tenido que mirar a la hermana amarilla y contraída, con la tarjeta prendida al vestido, que les llegara del parque y la comisaría.

Cora me ofreció la idea de que la tarjeta pudiera ser una de aquéllas que habían sido impresas para inventar más verosímelmente al novio, con el nombre y las señas de éste tachados a tinta y los datos reales de identidad de la mujer escritos al dorso, en gruesas letras mayúsculas que parecieran palotes deliberadamente mal hechos. Era otro detalle topográfico y cruel, para enfatizar la suplantación que la suicida había querido endilgarles.

—¿Por qué supone usted que no le hubiera hablado de todas esas cosas con afecto, aunque sólo fuera para recordar su infancia?

—Precisamente por eso —dijo Otilia—. Porque era evidente que le había hablado de su infancia. Y odiaba a su infancia.

"Odiaba a su infancia en nuestra casa, en nuestras personas", era lo que quería dar a entender, con un patético, trasparente pudor. Debía haber vuelto a pensar en la historia de "la cabeza del Baustista", pero se retuvo.

Se oyó entonces, desde el fondo de la calle —a nuestras espaldas— un grito lamentoso, casi estrangulado. La

perrita se alzó del cojín en que dormitaba y corrió hacia la puerta, poniéndose a ladrar furiosamente.

—La florista —dijo Otilia, explicándome.

Pude entender entonces lo que decía el grito, ya más cercano:

*¡Flores, flores, hay flores!...*

(E instantáneamente pensé —como ustedes están pensando ahora— en *Un tranvía llamado Deseo*.)

—Los perros son así —dije—. Eligen a un proveedor para odiarlo, y lo oyen venir desde lejos y le ladran.

—No, no es eso. Diana odia a las flores. Si llegamos a tenerlas en casa, salta a las mesas y vuelca los floreros.

Comencé a sospechar que la historia de la novia imaginaria no hubiera sido dada jamás por la realidad sino inventada por Cora. Acaso era una paráfrasis de su matrimonio, donde pensó —hasta que diera conmigo— que había naufragado, de una vez y para siempre, toda su capacidad de amar. La heroína que se cuelga los datos personales en el pecho y se toma el veneno, debía ser ella apuntándose para casarse y casándose. Empezaba a entrever este costado posible del asunto, pero —al mismo tiempo— me intrigaba saber por qué Cora no me había dado nunca las claves de la situación, no se había descubierto en esa siniestra metáfora actuada que era su cuento. Ahora era fácil hacer las trasposiciones: el parque público era el mundo, el suicidio era la boda, etc.

Había cierta dolorosa índole de sordidez contra sí misma, que había quedado inédita en nuestra relación, y que no era la que Otilia estaba ahora repitiéndome:

—Mamá fue la primera en darse cuenta de que Cora estaba poniéndose, día por día, más hostil y distante hacia todos nosotros.

Cora era la menor, y apenas había conocido al padre, muerto cuando ella aún no tenía cuatro años. Su madre, a pesar de eso, la desdeñó siempre —me había

dicho Cora— porque consideraba que había en ella algo blando y equívoco que provenía del padre, en tanto la madre, viuda y todo, seguía siendo intensa, imperiosa, rotunda, segura. “Tenía una tensión que se le notaba al menor gesto —decía Cora—. Y ella sólo se veía demasiado tiesa y dominante en las fotos, donde se quejaba de salir con una injusta dureza: la que tenía siempre.”

Lo recordé ante el reproche de Otilia y mirando el retrato de la madre que, desde una de las paredes del comedor, presidía la reunión: uno de esos retratos ligeramente arrebolados (“iluminados”, se decía en un tiempo) con que los fotógrafos creen embellecer los rasgos, dando un toque rosa a las mejillas, una difuminada niebla azul al fondo y un trazo de lápiz a los párpados, y sólo consiguen tornar más desdichada y cursi la imagen doméstica de la medianía. No se veía, en cambio, ningún retrato del padre (Cora tampoco lo había visto nunca); sólo la madre en la pared y, con una semejanza degradada, averiada en energía y en rapacidad, el rostro de Otilia en la penumbra, diciendo:

—Es increíble cómo lo que Mamá temía para Cora vino a darse. Esta muchacha va a terminar mal, decía Mamá; con esa suavidad tan irritante, va a acabar por atraer sobre ella la violencia.

Porque la madre, incontrastable para las demás hijas, solía retroceder ante la insondable tranquilidad infantil de Cora. Retroceder o avanzar con desesperación —que es lo mismo— al punto de que una vez, teniendo Cora siete u ocho años, la había volteado y se había arrojado sobre ella, como para despedazarla. “El motivo era totalmente fútil —decía Cora— y no lo recuerdo. Pero la sensación de que *quería* matarme, acabar conmigo y con la hostilidad que yo representaba para ella, eso sí lo recuerdo.” Una amenaza, agregaba, que sólo fue desmontándose poco a poco, cuando la enfermedad empezó a disolverla, a cambiarle el carácter, a

corroerla pieza por pieza, tal vez como único modo de vencerla. "Ése fue un final tremendo —decía— que duró meses. Sólo hablaba entonces de su cuerpo, de su cuerpo que estaba desintegrándose. Hablaba de él y deificaba todo lo que tuviera que ver con él. Sí, todo lo que aludiera a su cuerpo pasó a ser sagrado. Había que oírle referir al detalle el color de sus deyecciones, como ella les llamaba." Con los años, Cora llegó a pensar si no habría sido una forma de seguir agrediéndola, del único modo que la madre tenía entonces a mano. "Y cuando ya no podía hacer nada contra mí me nombró, borrosamente, un segundo antes de morir." Cora había sido, toda su vida, sensible a la memoria de esta incidencia, la horrible incidencia de que alguien nos mencione, al azar, en el devaneo de una agonía.

Otilia estaba contándomelo de otro modo, como un ejemplo de impiedad filial. Su deformación de la realidad —si me atengo a que la realidad fuera lo que Cora me había referido (y no tengo por qué ni he querido ponerlo en duda)— era igual a esa distorsión del rostro de Cora, que era el suyo.

Otilia —pensé entonces— es una prueba de camino, un tanteo para obtener el modelo que después cuajó en Cora. Si la progenie fuera un producto industrial, a Otilia —luego de hecha— la habrían estudiado en sus errores y habrían vuelto a fundirla, la habrían reintegrado a la Nada. Y tras eso habrían vuelto a probar y a probar, hasta dar con los rasgos de Cora.

—Sí —estaba diciendo—, no sé qué pasó entre ellos dos. Pero todos estos días he estado acordándome de la profecía de mamá: ella atrajo sobre sí la violencia. Nadie sabrá nunca lo que ocurrió entre ellos. Pero si alguno de los dos era verdaderamente una persona *rara*, ésa era Cora. Él podía parecer hosco, pero ella sí que era —no sé cómo decirle— ...misteriosa.

Se veía que para ella los calificativos de rareza y de misterio no apuntaban a ningún mérito de originalidad

sino que —por el contrario— sonaban a condiciones sospechosas. Lo raro era enemigo de lo conocido y de lo sólito. Y la solterona estaba por el orden establecido y acostumbrado. También en este sentido —pensé— ella era la prueba de camino para concluir en la inteligencia de Cora. Porque Otilia era restringida y mezquina, pero no estúpida.

—Era *rara* —insistió—. Fijese que se pasó años y años acordándose de un borracho que, a la vuelta de un tablado, las corrió a Tía Delia y a ella, y se cayó muerto mientras las corría. De noche soñaba con él, se despertaba ahogada, porque decía que el hombre, ya muerto, continuaba persiguiéndola en sueños. Y ella, dígame, ¿qué culpa podía haber tenido?

—Tal vez no fuera una cuestión de culpa, sino de pura angustia.

—No —respondió Otilia, ya dentro de ese caparazón en que se refugian los viejos para no escuchar, para no conceder a fondo una interrupción, ni siquiera cuando se detienen a tomar aliento—. Es que era *rara* y nada más. Era una criatura absurda. Yo estoy segura de que, cuando tenía seis o siete años, estuvo enamorada de un ciego, afinador de pianos, que vivía cerca de casa. Lo miraba siempre como deslumbrada, y se iba a espiarlo trabajar, horas enteras, a través de los barrotes de un balcón. ¿Qué angustia hay en eso?...

Era notable comprobar a qué desecho quedaba reducida la escena del afinador de pianos, en el relato de Otilia. Vista a través de unos barrotes, no tenía ese carácter de escena atisbada por el espacio que hacen dos balaústres, esos balaústres al modo de bolos o de botellitas panzonas, con sus curvas casi voluptuosas.

En ese cambio de balaústres a barrotes se traicionaba en Otilia un ansia subconsciente de afejar la realidad, al tiempo que acusaba a Cora de haberlo hecho. Ella, en cambio, quería hermosearla adecentándola (sí,

éste sería el verbo que habría empleado), adecentándola por atenuaciones y por elipsis.

"Ya desde chica —me había dicho Otilia— siempre estaba escribiendo. Y me imagino lo que diría, porque fantaseaba mucho: suponía haber vivido poco menos que entre delincuentes. Y así adornaba todos los hechos que habían pasado en el barrio."

"¿Adornaba?", pregunté.

"Sí, los adornaba al revés, para empeorarlos."

Por el hueco de dos balaústres toda la escena debería parecer sorprendida y los movimientos confinados en un ámbito por sí mismo secreto, como el que limita el vaciado ojival de una cerradura.

La anécdota, además, era tenuemente enigmática: los pasos errabundos del ciego discurrían por un cuadro alfombrado; sus manos tanteaban las formas del piano vertical, y silenciosamente tiraban de la tapa; tras llevarla en alto la apoyaban, como si fuera la de un ataúd, en el rincón más oscuro del aposento.

Quedaba entonces la red de cuerdas descubierta a los ojos de Cora: las cuerdas y sus martillos rematados en paño. "No sé por qué —me había dicho— pero era algo que me excitaba, como haber visto un cuerpo humano por dentro." Tal vez era por la semejanza con los cartelones de anatomía donde hay un hombre de frente con las manos graciosamente abiertas y los nervios que bajan hasta las yemas de los dedos o el trigémino que cabalga por la nariz o los manojos que se aprietan como una enredadera sensible en el cerebro. Así le parecía a Cora el piano abierto, que el ciego rodeaba con una indefinible, temerosa paciencia. Se inclinaba entonces, hundía una tecla y la sien del rosetón fruncido se volcaba a escuchar, sobre el fondo listado en blanco y negro. Una vez y otra y otra repetía la operación, con una dulce, resignada tenacidad. Luego abría el maletín, extraía de él un juego de pequeñas llaves metálicas, que brillaban entre sus manos grandes y mates; y ajus-

taba aquí y allá, tensando o aflojando los nervios del piano. Esa operación la fascinaba —decía Cora—, toda esa operación felina y afelpada, en la que sólo golpeaba de tanto en tanto una nota pobre, huérfana, quebradiza, que era más desolada que la ceguera y que el silencio.

A Cora le habría gustado escribir por sí misma esta modesta familiaridad del misterio, que trasmitían las actitudes del afinador, todo eso que en el relato de Otilia quedaba reducido a un extravío precoz y confuso del amor, enjuiciado veinticinco años después en tono desapacible.

Le habría gustado escribirla, incluso para limitar su alcance. "Una de las primeras cosas que diría es que se trataba de un simple ciego de barrio y no de una versión moderna de Edipo. Y que cuando yo me asomaba a mirarlo por el balcón, no sentía hacia él ningún tipo de curiosidad incestuosa, ni pensaba por un solo momento en mi padre."



### XIII

Nunca he podido averiguar qué escribe Galia. De pronto, a horas perdidas —las dos, las tres de la madrugada— se oye el tecleo de su máquina. Son corriditas, grupos de golpes y silencio, como en el tableteo de una ametralladora que se disparara a la noche y luego esperase, sin saber si ha acertado, si hay un objetivo a vulnerar o sólo sombras. Supongo que deben ser poemas y que esas carreritas son los versos. Seguramente los escribe, luego los mira, los desaprueba, vuelve a escribirlos o calla. A veces —como ahora— yo también escribo, encerrado en mi pieza, y mi máquina y la suya hacen un canto alterno, un contrapunto: se responden, se invitan, parten, se detienen, se enlazan desde lejos como dos gallos porfiando un amanecer. Su máquina es italiana, la mía inglesa.

Pero él niega que sean versos; me ha dicho que está escribiendo una novela y que la verá cuando esté adelantada. No creo que vaya a llegar nunca ese momento, no creo que haya en él la suma de perseverancia necesaria para pasar más allá de un poema o de un cuento.

Anoche estuvo en mi habitación. Llegó de la calle y vaciló antes de empujar mi puerta; yo escribía y temió molestarme. Lo disuadí. Lo hice sentar. Se puso ante la mesa, mientras yo volvía la portátil a su caja, y comenzó a llenar su pipa.

Es para él toda una ceremonia: una ceremonia parsimoniosa o desconsiderada, según las circunstancias. Comienza por escarbar la olla de la pipa con una suerte de punzoncito especial que lleva en el bolsillo. Luego, tomándola por el vástago, la golpea —vuelta hacia abajo— contra el borde de la mesa. Es un golpe seco, insolente, perentorio. Poco le importa que haya más gente,

nada tampoco que esa gente esté hablando. Hace unos meses arruinó un coloquio sobre teatro, por la fastuosidad asoladora con que ejecutó estas operaciones. Alguien hablaba del mejor repertorio para los independientes, y Galia martilló y destrozó las frases a golpes de pipa.

Cuando la juzga vacía, saca de su bolsillo una tabaquera de goma, de piel atigrada, en vetas de amarillo y negro. Abre la tabaquera con dos dedos, estira la jareta para tomar una buena pulgarada de tabaco y luego, con el resto de la mano, hace girar aquella parodia de estómago para que la torsión cierre de nuevo la salida. Deja a un lado la tabaquera, levanta la porción de tabaco, pulveriza un poco más las hebras sobre la palma de la mano y, utilizando el pulgar como espátula, atiborra la pipa, presionando en redondo. Alza el cachimbo en la mano e inclinándose sobre la mesa (el pobre diablo ya ha pasado del tópico del repertorio al del reparto, pero la audiencia sigue pendiente de la pipa y nadie atiende las largas razones por las que debe preferirse siempre, tratándose de aficionados, una escueta nómina de papeles a distribuir) pone una mejilla sobre la superficie de la madera, acuesta la cabeza, llena los carrillos y sopla ruidosamente el polvo de tabaco disperso, en un gran golpe de viento que hace estornudar al orador. Se endereza, guarda la tabaquera, enciende en varios sitios el tabaco, chupa tras cada nuevo punto de fuego que obtiene de la acompasada junción del yesquero y la pipa y entonces, mordiendo el vástago, entrecerrando los ojos, empieza a dejar que su cabeza se envuelva suavemente en bandas de humo. Recién ahora, cuando ya ha despanzurrado el discurso, se da a escucharlo con la mayor unción.

Anoche, sin embargo, parecía preocupado y poco imaginativo. Llenó la pipa rápidamente y en silencio; y al sentirse confortado por los jirones de niebla que empe-

zaban a ponerlo más distante, aventuró las preguntas que había venido a hacerme.

—¿Qué has pensado de lo que le pasó a Cora? ¿Cuál ha sido la causa? ¿Qué se supo?

Vi que quería compadecerme, proponerme samaritanamente su compañerismo.

—No se supo más de lo que pudo conocerse desde el primer momento —respondí, para despersonalizar la réplica—. Por lo demás, lo que yo he estado haciendo no es una encuesta criminal sino una investigación para mí, para situarme frente a los hechos. No puedo saber qué pasó.

Lanzó una nueva vaharada y pensativamente comentó:

—Habría que indagar por qué ocurren absurdos tan enormes, ¿no te parece? Si no llegás a saberlo, acabarás por sentirte extraño a lo que más te importó.

Me pareció sorpresivamente justo; pero también muy curioso que él, luego de su conducta frente a nosotros como pareja, se acercara a decirme así, como una advertencia, casi como un reproche.

—Claro —asentí—. Toda esta operación de rescate en que estoy, la intento para evitar que se me aleje de ella, que la soledad sea una forma de irme impregnando de desconocimiento hacia el pasado... No sé si me explico.

—Te explicás perfectamente.

Cáimos en un silencio reflexivo y yo me puse a evocar la única vez en que Galia, Cora y yo hablamos frente a frente. Era la media tarde de un día de lluvia, precozmente oscurecido, y me había obstinado en acompañar a Cora hasta el ómnibus. En el trayecto sobrevino Galia, un Galia mojado, brillante, resbaladizo y jovial. No podíamos hablar contra las rachas casi horizontales de agua con que el viento azotaba nuestras caras. Galia propuso entrar a un café que quedaba a media cuadra, y así lo hicimos. No tuve necesidad de con-

sultar a Cora, porque sabía que Galia la intrigaba como persona, y la ocasión de estar un cuarto de hora con él aparecía ahora demasiado repentinamente para rehu-sarla.

Entramos y nos sentamos. Galia dejó en una silla su impermeable donde el agua corría en hilos, y el mozo lo tomó y lo llevó hasta la percha. Sacó entonces su pipa y, sin pedir permiso, se dio a la tarea de prepararla.

Hubo un largo titubeo, que él sembró de hebras rubias. El mozo había vuelto y estaba a un costado, de pie, aguardando que le ordenásemos algo. Estoy seguro de que Galia tuvo por un segundo en su mente la imagen del vaso de caña con una gota de Campari, que toma a menudo, o de una copa de ginebra, que es su bebida predilecta. Pero, en total discordancia con la pipa y con la mojadura, acabó pidiendo un vaso de leche fría. Cora y yo, por supuesto, café.

Era una media tarde con fondo de plomo y el perfil de Galia avanzaba sobre un cuadro a destellos de cristal llovido, como si quisiese grabarse en un medallón vacante. El café estaba desierto y volvió a quedar en silencio en cuanto el mozo transmitió los pedidos.

—Bueno —dijo Galia, como si reanudara un asunto a medio tratar—. Claro que tenía ganas de conocerla, ¿qué embromar! Porque desde que usted existe, este caballero ya no precisa de nadie... —se detuvo un segundo, para medir su intención equívoca de halago y protesta— ... como no sea de usted.

—Es una aplicación sentimental del principio de Arquímedes —dijo Cora, sonriendo.

A Galia le gustó la frase.

—¡Eureka! —dijo con la alegría que le provocaba siempre el hallazgo del ingenio, dentro o fuera de él—. Es lo que hay que decir en estas ocasiones. ¡Eureka! Por usted y por mí.

Recordé que era así como había empezado el diálogo.

go. Y al rato estábamos escuchándolo pontificar sobre el amor. Sobre el amor "como un falso tema", porque Galia tiene la obsesión de los falsos temas, de los idiotismos conceptuales que todo el mundo admite, de las ideas recibidas, "como dice el maestro Flaubert". Le he oído denunciar como falsos temas el de la libertad, el de la revolución, el de la delincuencia juvenil y, por supuesto, el de cualquier política del Estado para auspiciar las letras y las artes. A su lado se sabe en mayor medida cuáles son los temas falsos que los auténticos. De éstos casi no habla.

Ahora, para vengarse de nosotros, de lo que tácitamente debíamos haber estado tratando de exhibir como nuestra hiriente felicidad durante estos meses, estaba encarnizado en la denostación del amor.

Todo lo que decía podía también ser asumido como un ambiguo homenaje. Si nos lo espetaba tan libremente —debía suponerse— era porque no entraba a investigar si en nuestro caso la excepción cabía. Más aún: en cierto modo oblicuo, lo daba falazmente por concedido. No habría hablado con esa crudeza, con ese desenfado, con ese huraño disgusto de estafa sentimental, si empezara por escocerle nuestra misma situación, el engaño que tramáramos a sus ojos. El gambito era recusar los espejismos de la mayoría, dando elípticamente por aceptado que ninguno de nosotros tres pertenecía a ella. Pero paso a paso el tema y sus afirmaciones sobre el tema empezaban a colmar todos los intersticios y ya no había forma honorable de excluirse de una generalización adversa ni de pedir explicaciones —que habrían sonado a ñoñas— por lo agravante de una suposición indiscriminada de la índole de las que Galia estaba haciendo.

Cora lo advirtió y no le hizo el juego.

—Sí, ya sé, no hablamos en mayor medida de mí que de usted —le dijo—. Somos simples formas de ilustración, por si llega el caso de tener que citarlas. Nada más.

Galia sonrió, abandonó esta falleba que no cedía y convino en que era así. Luego volvió a su asunto, imperturbablemente: la superstición de la vida y la superstición del amor.

—Cuando una cantante no tiene bastante temperamento o un joven sin talento escribe versos desabridos, no falta un perdonavidas que diga: "Sí, está muy bien para sus posibilidades, pero le hace falta *vivir*." Dicen vivir y piensan otra cosa. Esa graduación por la vida la conciben echados sobre una cama y revolcándose allí, no en ningún otro sitio. ¡*Vivir!* —y elevó la boca fruncida por encima de la palabra, como el hocico de un perro que nada contra la corriente—. Estamos en una era que adjudica a la experiencia del sexo un valor de revelación y un sentido de lustración o purificación que otras edades confiaban tan sólo a la experiencia religiosa. Es la peor herencia del romanticismo. Usted discúlpeme, pero no tengo otro modo de decirlo: es el romanticismo que, en su viaje por el ser humano, ha bajado desde la frente y el corazón hasta las ingles. Ha echado una última oleada hasta las ingles y está ahora empozado allí, pero sigue reclamando —aunque sea para otra región de las respuestas— las mismas inmunidades que tuvo en el siglo XIX.

Cora respondió que era cierto, pero agregó que no había más interés en ocuparse del esnobismo sexual que del esnobismo político o religioso. "No demuestran nada contra el mismo valor tomado por lo verdadero", me dijo después. "Llevan el mismo nombre y nada más."

—Bajemos no a las ingles, como usted dice, sino tan sólo a la gente normal —propuso ella.

—La gente normal, la gente normal... Es en la gente normal donde tienen mayor éxito estas supersticiones. La gente normal reconoce que los matrimonios suelen descansar sobre otras bases que el amor, sabe que subsisten aun a falta de amor. Pero cree, en cambio, que los amantes realizan —por definición— el concepto

del amor. En ellos se opera el encaje maravilloso: entre los millones de habitantes del planeta cada uno de los amantes ha encontrado al otro, al ser para quien estaba hecho y a quien estaba destinado, a su otra mitad. Las posibilidades de permutación que dan los habitantes de la Tierra, sólo un matemático las sabe. Pero la gente normal cree que los dos amantes insustituibles acaban fatalmente por caer uno en brazos del otro.

—Usted, que lo niega con tanto furor, está más cerca de creerlo que nosotros, que no lo suponemos pero tampoco nos obsesionamos —dijo Cora—. Usted imagina que por lo menos en un caso ideal, que jamás se realiza, debería existir un encaje distinto. Nosotros sabemos que los amantes se hacen ese encaje a su medida, y han podido empezar a trabajárselo desde un punto neutro. No es un milagro ni mucho menos. Es el famoso noventa por ciento de traspiración.

—Pero eso no es lo que dice la gente. Pregúntele a su vecina qué opina de usted. Empezará por envidiarla, por condenarla a partir de la impotencia que siente, de la distancia que ve entre ella y usted, de ese espacio que tratará de convencerse de que ella no suprime porque no quiere. Pero si usted rasca más abajo verá que ella sabe que la libertad de una situación con salida perpetua garantiza su verdad interior. Yo sigo junto a mi marido porque me han atado a él, pensará. A su amante no lo seguiría más que en un permanente apogeo. Usted, en cambio, sabe que eso es mentira.

—Es mentira la retórica de proponérselo —dije—, es mentira que uno se enjuague todas las mañanas la boca con las palabras "Gran Amor".

Galia no me concedió su atención. Esa tarde —su perfil tenía ahora la orla de un sobresaltado fondo amarillo, el de un cielo que comenzaba a aclarar pávidamente, con luz de tormenta, tras los caireles del vidrio llovido, donde el medallón estaba volviéndose camafeo— todas sus potencias estaban tendidas hacia Cora.

—Pavese ha dicho que amar realmente a alguien es consentirle todos los actos que nos consentimos a nosotros mismos. Bien poca cosa, ¿no le parece?

—Sí, pero también dice que cuando se quiere que alguien haga una cosa, hay que pedírsela por el amor de Dios, porque el amor al prójimo es demasiado débil. ¿Tampoco podremos creer en el amor al prójimo?

—Todo amor es demasiado débil, porque en el fondo no hay una forma más tramposa de solipsismo que ésa. ¿Quiénes están interesados en convencernos de que no es así, y por qué insisten tanto?

—Es la propaganda de la especie —dijo Cora—. La razón social Hombre & Mujer, que no quiere cerrar.

Reímos.

—Mire —dijo Galia—, no entiendo la fisiología del homosexualismo, la forma de goce que cierta gente se procura con ella. Pero fuera de eso, la transferencia total de una persona a otra, de un ser a las decisiones de otro ser, la entiendo tan poco entre hombres solos o entre mujeres solas como entre un hombre y una mujer. Nos hacen reír los intelectuales que buscan la virtud o la gloria sin ninguna vocación para ella, tan sólo porque han inteligido que existen. ¿Y no son mucho más ridículos los hombres y las mujeres que buscan caer en el amor —tan insensatamente como si, en su caso aun no probado ni escarmentado, trataran de librarse de la muerte— aun a sabiendas de que toda la música celestial que oye la pobre gente es sólo alucinación?...

Cora decidió arremeter, preguntarle —sin miedo a que su franqueza pasara por candor— si en definitiva no había sentido nunca eso que la gente crédula bautiza con el nombre de amor.

Él respondió con una suerte de apólogo:

—Cuando yo visitaba en Europa museos y catedrales, me entretenía haciendo mentalmente la operación de cuántos días de mi vida ofrecería por tener este cuadro o esta talla. Pero cuando vi "El entierro del Conde

de Orgaz" eliminé de golpe la conjetura, porque me habría horrorizado saber que ya estaba muerto. Bueno, si alguien me dejara tocar por una noche —al nivel de la sensibilidad más exigente, de la mía— eso que usted y sus socios a millones llaman amor, creo que no me importaría despertar difunto.

—Mentira —dije—. Saldrías disparando, no tanto para seguir vivo como para escabullirte del compromiso de averiguarte tan a fondo.

Cora no quiso tomar el ómnibus en la parada inmediata. Tenía necesidad de caminar unas cuadras junto a mí, para que ubicáramos a Galia. Volvía a llover, sobre un cielo amarillo a lamparones plomizos y cárdenos, y ella se me acercó y sentí la forma de su brazo contra el mío, aunque no nos lo diéramos.

—Está en la edad fetal —dijo—. Tiene una inteligencia estupenda pero sin suelo vital, sin raíz profunda en su mismo cuerpo.

—Él sí que es un relojero mental, como dicen de todos nosotros —concedí.

Muchas veces he sentido, junto a Galia, la sensación turbadora de que lo es todo; y apenas me he alejado, he podido cambiarla por la sensación de que apenas existe, de que sólo cuenta como una emanación, nada más que como un delgado perfume. Es imposible explicarlo a otros, referirlo a desconocidos; ni sus retruécanos, ni su ingenio ni su ternura bastan. Hay algo inaprehensible y fantasmal en su persona; y es lo más valioso y lo más frustrado al mismo tiempo. Si lo pienso me siento llevado a exaltarlo con una frase desoladora: ¡Pobre Galia! Es la forma en que todos acaban admirándolo y absolviéndolo, tan divertida o lastimosamente en la primera actitud como en la segunda.

La imagen de un terrón de azúcar disolviéndose en leche, tal la forma en que me imagino sus entusiasmos, en que asisto a ellos.

Cuando hace unos diez años estuvo en París, cinco

antes que yo, comenzó por enviarme su deslumbramiento. "Tengo que ratificarte un pavoroso lugar común y decirte que París es bárbaro, bárbaro, bárbaro. De cuantas he visto es, sin duda, la ciudad hecha para vivir y ser feliz. Si no fuera porque los franceses de París son odiosos, malhumorados, crapulosamente indiferentes y mezquinos, su ciudad sería demasiado. Demasiado hasta cuando regatea, como hace el sol en este otoño. Todas las mañanas es la misma historia: se hace el mojigato como una francesa interesada, calculando si le convendrá salir o no. Pero cuando finalmente, a las dos de la tarde, se decide a irrumpir y lo inunda todo, te dan ganas de gritar ¡Bravo! Es tremendo, desde cualquier punto que mires. Para mí generalmente es Montmartre, donde vivo, deambulo, recorro *bistrots* y mercados; pero el centro —¿y qué no es centro aquí?— las afueras, los suburbios, los museos, los palacios, los bulevares y las callejuelas, todo es armonía y un solo acorde glorioso, como en Mozart."

Dos semanas después ya había pasado de la cáscara a la pulpa: "No irás a imaginarte que yo pueda agotar en una o en mil cartas la vida de París, o que pueda esbozarte los comentarios que cada uno de sus aspectos suscita. Cien mil formas de la ironía aplicadas a un vivir azarosamente multiforme, absurdamente previsible, sutil en el grotesco, pero al fin y al cabo ligeramente maravilloso: he aquí mi vida en París. Su sola enumeración me marea.

"Lo turístico y lo auténtico, cuya pugna precaria es común a toda Europa, se entreveran aun más en París. Igual salgo a caminar en los atardeceres por Montmartre. Me siento en la terraza de un café en la infame Place Pigalle: a pesar de que estoy acompañado por una jovencita con cara de ángel, diversos sujetos de procedencia asiática insisten en venderme fotografías obscenas, encareciendo su mercadería con ademanes rápidamente indecentes, con la bravura del degeneramiento

oriental, que ya es degenerarse. El Café Alexandre (que da sobre los Campos Elíseos) está atestado, a la hora del copetín, del gran mundo y del medio mundo: modistos y modistas, marquesas y dinamarquesas, brasileños boquiabiertos y luminarias no menos opacas del cine francés, que entorpecen la circulación.

"El Instituto de Francia recibe a Albert Schweitzer. Espero una hora en la lluvia a que la grosería francesa permita el acceso a la sala, donde hay ambiente de teosofía, condesas húngaras y otros misticismos no menos apócrifos, para acoger al apóstol de Lambarené. También está la reina Elizabeth de Bélgica. También están los cuarenta académicos dormitando en la espesura de sus barbas. El trabajo que lee el maestro, sobre la Ética a través de las edades, decepciona, pero el debate que sigue a la lectura tiene cinco minutos de gran interés humano. Luego decae hasta lo anodino. El todo parece prefigurado por René Clair.

"El Museo de Arte Moderno es un timo, un monumento al insularismo francés: más le valdría llamarse museo de la pintura francesa moderna; en cuya condición sería, como es, una piltrafa y un asco. Fijate que en una sala hay dos —digo dos— Modiglianis y veinte verdulerías de un franchute llamado De la Fresnaye. Lo único reconfortante son algunos Braques y los maravillosos Bonnards. Y se acabó.

"El teatro francés no existe. La señora Feuillère, archimaricona de París, trampea todas las noches en la Dama de las Camelias. Es una hembra cerebral, sin duda talentosa, que demuestra prácticamente su menosprecio por esa yegua de batalla que es el mamotreto romántico de Dumas *filis*..."

Y en otras dos semanas más, París había pasado a ser su carie, la infecta gotera de su alma:

"...La vida aquí no es una sucesión de euforias, de avideces, de bailar la gula-gula en *bistrots* y restaurantes que no restauran nada. Contiene también la viven-

cia diaria de ese lujo y tormento que se llama soledad. Del cuarto de hotel donde después de tres meses te acostás y te levantás solo, y te pasás hora tras hora solo, horas que desarticuladas en minutos y segundos terminan por hacerte un nudo en la garganta. ¿Quién dijo que el paradigma de la desdicha era un hombre que se encontraba en una ciudad sin un amigo? Sea quien sea, ese incógnito habló por mí.

"Avanzando otro paso me encuentro pensando en mí mismo, siempre en mí mismo. El cuadro no es halagador, ni siquiera con el capital de auto-engaño que abrumadoramente poseo. Mario, tengo treinta y dos años, quizás algunos trozos de porvenir delante y grandes cachos de pasado detrás. ¿Qué hice, con excepción de la nada —que ya es algo— en esos treinta y dos años? Obtuve una limitada notoriedad de ingenioso verbal y dejé gangrenar una situación general de desacomodo, sin otro fruto, por ahora, que la haraganería vergonzante y ambiciosa, una ineptitud crónica para ganarme la vida y unas ganas tremendas de querer y no poder. ¿Cómo evitar que en la soledad de mi cuarto, soledad entre la multitud, soledad en medio de esas frivolidades y seriedades, de esos respetos y heterodoxias que *es* París, cruja ese complejo de ansias y frustraciones que me siento, que soy?..."

En nombre de esas ansias y frustraciones quería saber, anoche, qué ha pasado entre Cora y Carlos, hasta qué punto la mayor claridad acerca de ese hecho puede destruir la fábula de nuestro encaje insustituible. ¿Si hubiera existido otra historia de amor paralela a la tuya, otra mitad no menos compleja, turbulenta y tironeada que la tuya?... , ésa es la pregunta que sus labios no formularon pero que su ser entero, yéndose en el humo intermitente de la pipa, quería plantearme.

Él me ha contado muchas veces cómo, en el curso de una reunión social en que ha estado insoportablemente sagaz, brillante hasta deslumbrar, sus interlocu-

tores acaban por sentirse arrastrados a la borrachera como una forma de capitular, como un modo de descolgarse a medio camino, desentendiéndose de un duelo o de una tensión que saben insostenibles.

Pero él suele hacer lo mismo cuando su inteligencia, cuando su donjuanismo intelectual empiezan a surtir un efecto catequístico, cuando la perspectiva obvia, más allá de un diálogo con una mujer, tal como él lo lleva, tal como su sentido desencarnado de la sexualidad lo tienta a llevarlo, es terminar invitándola a que se vayan de la fiesta o de la reunión, a que tomen su auto; cuando la boca de la noche se abre ante los dos como un cuarto vacío, como el compromiso a no mencionar pero sí a cumplir. Suele llegar hasta la habitación misma de la mujer, pero entonces pide —como un dipsómano— más y más trago (ginebra, preferentemente) y acaba rindiéndose a la parte externa y formal del pacto, ligándose en una forma estropajosa de lo clandestino y de la intimidad, pero no del amor. Toma una copa tras otra, con una avidez dolorosa e irritante, que arde en la fantasía de sus frases; divaga, propone temas, párrafos y metáforas de cegadora iridiscencia intelectual —es el momento más alto— y sin transición se echa encima de su compañía, consume vertiginosamente su espasmo, se separa, se echa de espaldas en la cama y se duerme.

La mujer suele excavarse un pequeño sitio a su costado, en una sinuosa resignación por la piel, como en el sueño de dos gatos sobre un almohadón; la mujer duerme a su lado abrazándole la cintura pero casi sin haberlo conocido. No puedo imaginarme cómo son los gomosos despertares de esta suerte de cópula mental; Galia tiene que haber descubierto el modo en que se sale de ellos, reteniendo una ligazón inmadura, hosca y mimosa —no tan diferente, a lo mejor, del furtivo amor homosexual entre dos chicas en la adolescencia— un vínculo de compañerismo, una solidaridad semiinfantil y semiculpable, cuyo sello de inconclusión se quiere atri-

buir al azar, aunque los dos seres que entran en la convención saben que no deben insistir, que les está prohibido —por las leyes del juego— avanzar una mano sobre el torpor de la noche pasada; que no hay nada que retocar, ninguna zona del cuerpo a desagruar, nada que mentirse ni que decir.

Acaso alguna vez se despierte al alba, termine su sueño antes que el de su amiga. En uno de esos amaneceres solitarios e incompasivos, con gusto amargo en la boca, debe haberse propuesto el misterio de la muerte de Cora, como el insondable misterio del sueño de la joven estafada que duerme sobre su hombro. Él también debe sentir —como yo— la nada de velar sobre sí mismo, la nada de velar sobre su insomnio, mientras los ojos irritados condescienden, como en una pesadilla, a recorrer con un escándalo nauseoso su cuerpo ácido, arrugado y vestido.

Por eso, tal vez, anoche quiso hablarme.

#### XIV

He estado pensando todos estos días en lo que propone Galia: conocer bien los hechos, esclarecer las causas.

Fue tal vez esa preocupación recurrente —estar siempre evocando, en busca de la clave, gestos, palabras, frases y silencios de Cora que se inclinan y me inclinan sobre el abismo de su último día— la que me decidió cuando tuve por fuerza que elegir el nuevo tema, el próximo autor de programa para la clase de Preparatorios.

Gracias a esa elección inesperada, desde hace un par de noches he vuelto a la lectura y al estudio; el curioso parentesco de destino que he comenzado a descubrir entre Cora y Delmira Agustini hace que pueda, a largos ratos, evadirme del centro de la angustia sin dejar de ser fiel a un sentimiento y a una pena.

“Es un autor nacional”, dirán los Inspectores de Letras, para aprobarlo. Es una salida de la rutina, digo yo; y a esta altura, esa índole de escape me resulta fundamental, así la rutina se llame Cervantes, Shakespeare o Goethe.

No quiero engañarme, sin embargo: la gran fascinación que en mí ejerce el asunto es la que acabo de anotar: con esta elección entro al tema de Delmira sin abandonar el tema de Cora.

Acabo de escribir Delmira así, a secas. Detesto esta familiaridad confianzuda de profesores, críticos, esnobs y lectores, que consiste en llamar a los escritores tan sólo por su nombre de pila, como una forma oblicua de tuteo con la creación o con la fama. Es un hábito que se ha cebado especialmente con los poetas —Juan Ramón, Federico— y más aún con las poetisas: Delmira, María Eugenia, Gabriela, Alfonsina, Juana. Pero he dicho Delmira porque de algún modo ha sido su aventura hu-

mana, ilustrada no tan indirectamente por su poesía y mucho más a las claras por sus cartas íntimas, lo que ha estado proponiéndome estas noches: el caso de la joven montevideana de la primera década del siglo, a un tiempo misteriosa y doméstica, genial y truculenta, hermosa y gorda, virgen y rabiosa, que tiene sueños fálicos y escribe versos abotagada o luminosamente eróticos, que sólo se sustrae por unas horas a la guardia materna para ir en verano a sus clases de pintura —porque recibe en casa las de Francés y Piano, esas otras dos disciplinas del *trivium* burgués de una joven acomodada en el Montevideo de 1900— y sólo puede conocer poetas melancólicos, inocuos o andróginos, que viven persuadiéndola con el gesto y la palabra de que lo espiritual es angélico y asexuado y lo viril grosero y ordinario; y ella intercambia con esos seres fríos y exquisitos, poemas y versos sueltos, en las veladas hogareñas o en el palco familiar, durante los entreactos de la ópera o el drama. Desde el escenario puede haber estado vociferando un hombre como Verdi o como Ibsen, como Hugo o Rostand; en el antepalco, los jóvenes *dandies* de traje de trencilla le habrán de recitar versos pálidos o falsamente arrebolados, le habrán de sugerir camafeos para su belleza de cráter, la habrán de convencer de que el más alto afecto entre una mujer y un hombre se llama fraternidad. Y ella, rodeada de sus padres pequeños y solícitos, pomposos y solemnes, cuidadosos de aquella criatura a quien no entienden, acabará por rendirse y escribirá que aquel muchacho homosexual es un “magnífico hermano en nuestra dulce madre Poesía”, dirá que “produce, todo él, la inefable impresión de una lágrima engarzada en una sonrisa” o le fechará y dedicará un retrato “en la isla azul de la ternura fraternal”.

Con ese mismo André Giot hablan de arte, de poesía y del alma en el ferrocarril suburbano que los trae a Montevideo, al joven desde Colón, sus parques y sus arboledas, a ella desde el más cercano Sayago en que vera-



nea, con sus quintas y sus granjas y sus gallineros que asoman a las vías, con sus reveses de guardapatios en las casas que dan la espalda al tren, con las palmeras y las glicinas, con los bebederos en que se inmovilizan las aves que ya saben de locomotoras y de viajes lo bastante para no mirarlos, con el sol sobre los verdes declives jugosos, con las camisas blancas infladas de viento en los tendedores, con los cómicos camisones que lloran lejía y hacen gestos patéticos al pasajero de cada mañana, con los palomares abullonados de amor, con las escaleras de palo que duermen arrimadas al musgo de las techumbres. Ella ha trepado al vagón una estación después que él, dando el angosto paso que la falda apenas le permite, para subir aquel estribo empinado y lustroso. Veo ahora uno de sus retratos, tomados en Colón, seguramente en los mismos dominios de André Giot, en 1913: una sombrilla restallante, cuyos contornos deslumbrados se incendian sobre un tramo oscuro de corredor y contagian de estrias solares a un cerco vivo. Y luego, sobre el fondo de una veranda de madera, contra el labrado circular e historiado de una balconada, la capelina floral de la poetisa, su blusa blanca de galones en calado y un cuello, presumiblemente azul, que llega hasta los hombros; la pollera oscura baja hacia los tobillos, orlada de pasadores, de moñas y de intermitentes trenzados de cinta clara, vanamente destinados a apaciguar ese otro fulgor sin orillas, el de los resplandecientes y angostos zapatos pintados de albayalde. Su cara carnosa, su cabellera leonada y sus ojos azules casi no existen, porque lo que predomina es la actitud de la figura: el brazo derecho flexionado teniendo la sombrilla y el brazo izquierdo caído del que cuelgan unos guantes de mano y antebrazo. O en otra foto, la pierna cruzada y las moñas de la pollera enfiladas como mariposas sobre la tibia de la pierna derecha que monta a la izquierda, mientras ella lee un libro (acaso uno de sus libros de poemas), sentada en el banco de varillas blancas, bajo una pérgola,

también en Colón y en 1913. Es ya en mayo, es un otoño opulento y tranquilo, tres meses antes de que Giot se vaya a Francia y ella se case con Enrique Job Reyes; catorce meses antes de que el marido la mate y se mate.

No debe haber vestido tan suntuosamente para sus viajes ferroviarios a Montevideo, hacia las clases de pintura del maestro Laporte, donde ella y Giot harán acuarelas, donde ella compondrá aquel fondo de borra de vino esmaltado con lilas, amapolas, cartuchos y margaritas, con un lazo recapitulatorio más abajo, ese cuadro al que Reyes agregará la quemadura circular del balazo que la atraviere; o el perro terranova con paisaje marino o la garza sobre una sola pata, sumergida en un estanque cubierto de lotos; o la orquídea en cuyo centro Reyes pegará el pequeño retrato que atesora. No debe haber vestido tan suntuosa ni impeditivamente al venir de Sayago a Montevideo, para las clases de pintura.

Debe haber subido, eso sí, al viejo vagón forzando lo angosto de la pollera y debe haberse dirigido hacia él, que ya habrá ocupado el sitio de la ventanilla, calculando que de ese modo ella podrá adorar mejor el perfil que discurre sobre el fondo de cristal por donde corren los setos, las chimeneas, las empalizadas, las campánulas, los belfos del ganado, los corrales, las jardineras de los pasos a nivel y los veloces cuadros de hortalizas. Él ya habrá ocupado el sitio de la ventanilla donde su cuño de efebo pueda incrustarse más adorablemente sobre el paisaje, para el enamoramiento culpable e inservible que quiere soliviantar en ella, para la pasión confusa en que se regodea cuando aquella joven genial y provinciana escribe *tu mirada me viste/ de terciopelo y fuego*, y para la mentira crepuscular que dirá después, a cuarenta y tantos años de aquella muerte.

Se habrá sentado allí aun cuando tenga que reservar a Delmira el otro asiento de cuero con los muelles vendidos y el pasadizo a un extremo, los resortes rotos porque los trenes locales son los que piden menos comodi-

dad y el pasillo más activo, ya que allí la gente discurre, sube y baja por detrás del aura restringida de conversación, sentencias, donaires, poemas, frases en francés con que él la envuelve y embriaga. Así, cuando ella haya muerto y él coquetee emolientemente con un crimen que su impotencia sueña (de algún modo horrible y femenino) con haber provocado, le bastará evocar aquella cara de embeleso cándido y podrá exaltar de ella *le teint chaud d'abricot mûr, l'âme frémissante, le sang impétueux qu'ont les filles au flanc du Vésuve; le front pur, la droiture du coeur, la clarté de pensée qui caractérisent celles de chez nous; les yeux bleus où se reflète la nostalgie sentimentale des allemandes; le charme des argentines, la noblesse des uruguayennes.*

Sobre el traqueteo de la vieja caja, él seguirá hablándole de Chopin, de Edmond Rostand, de Maeterlinck, sentirá resbalar sus propias palabras sobre aquellos *cheveux d'un or roux très foncé*. O le hará recitar los poemas que ella escribe en Sayago por las noches, borroneando y tachando interminablemente sus cuartillas apasionadas. Entonces dirá que ella escribe versos como quien respira, que no ha tenido verdaderamente infancia y que todo, en su persona, parece consagrado a un destino inflexiblemente trágico.

La animará a que hable en francés, la ayudará alguna vez a que componga en ese idioma.

Y ahora, mientras el tren rueda hacia Montevideo, sólo se ocupará de desplegar su don vacante y ocioso para embaucar a un talento solo y sin amigos, para catequizar a una hambrienta. *De mon wagon, vous ayant cherché des yeux sur le quai de la gare, je vous faisais signe et vous veniez me rejoindre dans le compartiment que j'occupais. Devenus fraternellement camarades nous réalisions de la sorte le voyage d'allée et de retour, parlant théâtre et poésie, nous faisant mutuellement connaître nos auteurs préférés, échangeant leurs livres.*

Sí, ya la niña va transformándose en mujer. Es toda-

vía la cara de labios finos, la frente con su diadema de perlas en 1907, en los días de "El libro blanco". Pero a los veinticinco, fotografiada por su padre sobre el semicírculo listado de un abanico japonés, sus hombros tendrán morbideces de hembra bajo la flor de raso de uno de los breteles, la garganta se alzarán desnuda, el labio inferior caerá desdeñoso y cansado hacia una barbilla más voluptuosa y redonda, los ojos azules se entornarán con una suerte de malhumor dormido, espeso, sensual, o se abrirán saltones, como si quisieran rasgar el estrecho vestido en que ya está convirtiéndose la piel, a un tiempo con algo de la elevación blanquecina y desahogada de una mirada de virgen en un vitral y con ese otro algo acechante y dispuesto, con el deseo de lanzarse posesivamente sobre el mundo, el mundo que late sin salida en su cóncavo sexo. Y a pesar de que ya es una mujer, se supondrá que pasan los días sin que conozca el lance amoroso, sin que nadie recoja cabalmente ese reto entero que es su persona, la provocación inocente y lujuriosa que brota de su cuerpo.

¿Es que están confabulándose, es que quieren condenarla a que siga siendo siempre la niñita de su mamá, a que sólo salga de paseo a cuenta de dar limosna a los pobres? *Elle vit ses hivers à Montévideo et —dans cette ville qui a conservé toutes les vieilles coutumes ibériennes— ne sort que rarement et toujours accompagnée de la mère qui l'idolâtre. Ces promenades n'ont qu'un but, toujours le même: faire l'aumône aux malheureux, donner des bonbons aux enfants qu'elle rencontrera, jeter du pain aux petits moineaux éffrontés criant famine dans le mois où le pampero disperse les grains.*

Pero, ¿hubo jamás un ser menos naturalmente dotado para la caridad, si ella consiste en dar bombones a los niños y migajas a los gorriones?

Ésa (la de las fotos, la de los paseos con mamá) es la niña que habría desembocado en la matrona, la de la sala familiar, aquélla de quien alguien se extraña "que

invente desengaños para llorarlos, porque ellos sólo vienen después que se ha empezado a vivir", sin entender que los desengaños apócrifos, que las falsas decepciones no son más que la trasposición poética y púdica de las calenturas, de los agostamientos y de las frustraciones físicas en que bulle su cuerpo, del yermo que para ella significaba esa soledad custodiada de padres en que la hacen vivir. "Es la vieja y eterna historia de la mujer: empieza soñando y acaba... tejiendo medias para sus hijos", escribirá Daniel Muñoz en el álbum que la niña prodigio agencia a los mayores, en busca de un comediamento, de un deslumbramiento, de una profecía que ya entonces empieza a parecer muy fácil. Es la joven que podría haber seguido viviendo hacia la obesidad y la descendencia —o hacia la obesidad y la soltería— escribiéndose con Rubén Darío y con Manuel Ugarte, "ingresando al Parnaso".

Pero estaba al lado, acezaba al lado la otra, la que murió asesinada a los veintisiete años, *yo la estatua de mármol con cabeza de fuego*, la que estaba más allá del mal gusto, del rococó y de la cachivachería, la que no se dedicaba a firmar Joujou al pie de los medallones de señoras distinguidas, en las páginas de *La Alborada*, pero escribía y sobreescribía y tachaba en su pieza y por la noche, la cabellera suelta y los ojos brillantes, versos y poemas enteros que Vaz Ferreira declaró prodigioso no ya que compusiera sino tan sólo que pudiese entender. Y es que seguramente no los entendía, pero los segregaba y los expelía como una planta, con una oscura dehiscencia de su ser abierto en canal. Porque toda ella se rendía a ese sentido himeneal como a un mandato del mundo, como a la sensación de algo que se rasga, referido a la tierra, a la noche, a la flora, a su propio sexo.

Ésa —*ascendió mi deseo como fulmínea hiedra, Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones*— era la emplazada a morir del propio exceso que suscitaba en sí y quería provocar en otros. Las noches afiebradas y en blanco en

que escribía y tachaba eran sus poluciones, eran sus orgasmos; y cuando su padre le servía luego de copista menudo, prolijo, caligráfico, o cuando su madre le guardaba la puerta para preservarle los sueños matinales tras esas orgías, no entendían lo que copiaban ni lo que guardaban, la eyaculación poética anterior al sueño, al cubil que volvía a ser ahora dormitorio de virgen.

Y al lado de esa muchacha que prefería tachar "gloria" para poner "embriaguez", porque le parecía más verdadero, estaba la señorita montevideana que subía a la azotea de su casa, a prima tarde, la hermosa cabellera rubia recién lavada extendida hacia atrás y derramada por los hombros contra una toalla puesta a modo de golilla, y cayendo en guedejas luminosas sobre el busto, a la manera de la Magdalena del Tiziano. Caminaba al sol para secarse y su madre, servilmente, la seguía a pocos pasos. La otra, esa suerte de walkyria perdida en el Montevideo de 1910, podría haber subido de noche a la azotea y bailado desnuda a la luz de la luna, la cabellera suelta y voltejeante; pero de todos modos la madre, pequeña y semidormida, habría estado unos metros más atrás, los brazos abiertos en el ademán de interceptar el paso a través de una puerta, velándole el sueño, la creación y la muerte.

Hubo quienes *vieron* en ella lo que iba a morir, lo insostenible, el precario y aleante aplazamiento de la muerte sobre su persona. "Y espero que siga usted viviendo", le dice Unamuno desde España, al despedirse tras una larga carta. Y el desafortado Roberto de las Carreras lo sentirá, lo olfateará con su mal gusto y sus nervios de enfermo: "Llamáis al cuerpo tenebroso ya Buitre, ya Serpiente caída de vuestra estrella sombría... Dicha composición es toda ella de tal modo un ripio, que hace pensar en un ripio de esquina, en un novio. Recuerdo precisamente que al ir yo a vuestra casa a rendiros mi homenaje verbal, tropecé con un ripio de esta última naturaleza, el cual ha sido a todas luces el inspirador de

vuestro Buitre; debéis casaros con él en recompensa... Con todo, el Buitre que me fue presentado por vos en esa misma noche era un superior y dramático Señor Buitre: trágicamente manchado de sangre y de lodo, comparecía ante una alba virgen."

El tajo estaba tan bien dado, dado por eso que no habría más remedio que llamar la astucia del deseo, que el homosexual Giot de Badet no supo —hasta que todo hubo pasado— que tal ripio existía, que a los ojos de un loco (como a los de Lady Macbeth) eran ciertas las manchas de sangre.

*Pourquoi se marie-t-elle, si elle n'est pas sûre d'aimer?*

Pero ella escribe a Reyes billetitos comatosamente pueriles en medialengua, espasmos en forma de esquelas, que le remite en tubos de vidrio ("Tengo hambre de verte"), mimoserías y zalemas eróticas así hablen del encuentro furtivo de esa noche o del resfrío que la obliga a diferirlo, parrafitos que firma Nena, N, Tu nena, Yo y en las que él aparece siendo Quique, Potonguito, Totito, Papito, todo lo que el candor devorado y furioso de esa ardentía sexual se anima a balbucir. Ésa es la que va a hacerse matar sobre el fondo de sus propias acuarelas, en el instante mismo en que —tras la cópula— ha ganado el borde de la cama y ha empezado a calzarse los zapatos. Ésa es la que dice al fraternal marica "Siento que mi vida acabará en una tragedia", la que le asegura su silencio en el asesinato, como si el asesinato fuera otra forma de la cópula, como si el ripio vuelto Buitre y Marido, que entrevió el obsesido Roberto de las Carreras, hubiera estado desde el principio para eso: "Sería incapaz de dar un grito; me dejaría matar sin decir nada."

*Car vous étouffiez, Delmira, dans la contrainte de "ce qui ne devait pas se faire", dans le Montévide de cette époque lointaine. Ainsi me disiez-vous: "Si j'étais en Europe, j'aurais le droit, sans que la moitié de la ville crie l'scandale, d'aller m'installer seule à la terrasse d'un café." Vos ambitions n'étaient donc pas bien grandes.*

Dar limosnas a los pobres, bombones a los niños, migas a los gorriones; instalarse en la terraza de un café. ¿Qué otra cosa decirle al joven pederasta de quien se había enamorado inútilmente, al hermoso perfil cuajado sobre la ventanilla desde Sayago a Central, al propulsor de aquel angélico concierto de almas?

Pero ella, apenas el delicado poeta haya tomado el barco, se casará, con ese mismo aire de leona campal, la melena insurgiéndose bajo la corona de novia, el pobre corredor de comercio como inventado para la ceremonia, la madre crasa, melancólica y vacuna, el padre pequeño y tieso oprimiendo su par de guantes inservibles, la niñita que llevará la cola, los solemnes y cómicos circunstantes —damas con cintas y tiaras en el pelo, caballeros de plastrones—, se casará porque su cuerpo en Montevideo y en 1910 no encuentra otra manera y lo precisa; se casará y acaso sea cierto (como cuenta Giot) que esté a punto de retroceder en mitad de la boda.

Hizo señas, sí. Tengo la sensación abismal de que nadie ha querido empeñarse en descubrir los misterios de ese sexo, ni antes de que estallase ni luego de que expirara. No el sexo de la poetisa genial que quizá haya sido, sino el sexo de una muchacha montevideana de los años diez, como ahora se dice; sus urgencias reprimidas y, en todo caso, experimentadas al nivel de lo prohibido y de la vergüenza o, a partir de esas mismas condiciones, sublimadas hacia un panteísmo tosco, hacia una suerte de cosmogonía sexual que la disolviera y absolviera en el mundo, que la relevara de ser responsable de ese sexo como de algo suyo, desde que lo transfiriese al orden universal, a una nueva condición de La Mujer, a cualquier fondo de deseo sin nombre. Su caso era el de una joven que no sabía bastante, que no tenía dónde leerlo, que no podía preguntarlo, que no encontraba con quién hablarlo, que se sentía llena de confusión y estremecimiento al inclinarse sobre sí y que, por egotismo o por redención, quería convencerse de que era algo así como la porta-

dora del útero del mundo, en la medida en que para sí ese útero de nada servía. Nadie ha querido indagar esa vivencia insatisfecha del sexo —un sexo fraccionario, si pudiera decirse— semidevanado en poesía y semidesfogado en el único hombre a quien por último fatalizó su sola verosimilitud viril, contra todo espesor, contra toda mediocridad.

*Va-t-elle aimer?... Aime-t-elle? Mes souvenirs répondent: non! Ainsi, elle n'aime personne et pourtant, au lendemain du départ d'un de mes voyages annuels vers la France, elle se fiance brusquement et épouse en quelques jours un homme dont elle n'a jamais parlé à ses parents, pas plus qu'à moi même, qu'elle traite pourtant comme un frère.*

*Pourquoi se marie-t-elle si elle n'est pas sûre d'aimer? Elle hésite certainement et le jour de son mariage, quand elle est déjà parée de sa toilette d'épouse, que tous les invités et témoins sont là, elle refuse de signer l'acte qui va la lier pour la vie.*

Esa esquizofrenia explica que a Reyes le haya escrito —totalmente desinteresada de su juicio literario, totalmente vulgar e impúdica, como una forma de ir entregándose a cuenta del todo en que ya había decidido pertenecerle— esos billetitos atroces en medialengua, que sólo querían contagiar una gana corporal, propagar una calentura. Esa esquizofrenia explica también que no haya podido sufrir la domesticidad mediocre del hombre —porque la vida eran asimismo los poemas, los palcos, las voces laudatorias, los ritos literarios— y que, decretado sin embargo el divorcio, roto un vínculo que en el país ya no era indisoluble, haya tenido que seguir buscándolo, desafiándolo, injuriándolo como forma de excitarlo, citándose a escondidas con él, dándole la espalda para la muerte.

*Cet homme, qu'elle vient d'écarter légalement de sa vie, elle ne l'cartera pas de sa route. Il sonne à la porte, frappe à ses fenêtres, sanglote qu'il l'aime et passe chaque*

*jour des supplications aux menaces envers la mère de Delmira que —dans son égarement— il rend en partie responsable de l'éloignement de celle qui est tout pour lui.*

*L'existence n'est plus supportable dans ces conditions! Le 5 juillet il revient encore, mais pour faire ses adieux: puisqu'il ne saurait vivre si près de celle qu'il continue à adorer, il s'expatriera. Il partira le lendemain pour l'Argentine, il le promet: ses affaires sont réglées, ses billets de voyage sont pris, mais qu'une dernière fois il puisse revoir pendant quelques heures —seul à seule— celle qu'il considère toujours comme sa femme, sinon il ne peut répondre d'avoir le courage de disparaître.*

Los psicólogos de hoy sabrían llamarle “fijación sexual” o algo por el estilo. Ella estaba fijada en su ex marido, fijada en el ínfimo caballero y pequeño comerciante Enrique Job Reyes (*Para mi vida hambrienta / Eres la presa única*). No podía sustituirlo, no podía apartarlo de sí, no quería dejarlo en paz, no se resignaba a soporarlo. La única forma inocente y suicida que discurrió para que esa necesidad erótica no la redujera a la servidumbre, fue la de mezclar a todo aquello un poco de diabolismo, un diabolismo que era a un tiempo literario e intuitivo, porque ésas eran las dos escalas de valores en las que sabía algo, en las que no se engañaba.

*Seul à seule.* Pero el pobre Enrique Job Reyes era tan vulgar como para proyectar las culpas clásicas sobre la suegra y el triste Giot de Badet tan castrado como para suponer —con muchos otros, a partir de él— que Reyes la amó sin comprenderla y la mató de despecho, cuando la historia auténtica seguramente es muy otra y el verdadero motor fue en esa historia el demonismo semiangélico y semicarnal de la niña montevideana. Ella fue el centro de su drama, no el amor ni los celos ni el despecho ni el honor de un pobre aprendiz de corretajes, que le escribía prometiéndole lavar en sangre las manchas de su honra, manchas que ante la historia no cuentan, porque no cuentan allí lo bueno y lo sólito, porque no puede

contar el pundonor pequeñoburgués delante del genio y de la gloria, porque no cuentan las desventuras del zángano aunque la abeja real, en esta extraña historia, también muera. Ella provocó el encuentro, ella provocó su muerte, ella fue la empresaria.

*Le lendemain —à peine Delmira l'eut-elle rejoint— qu'il l'abbattait d'une balle dans la tempe et se faisait immédiatement justice.*

Me gusta Sayago, me gusta Colón: el silbato de las locomotoras irrumpiendo como una barrera entre los cantos de los gallos, el humo del ferrocarril dejando su cenital entre los ciruelos en flor, la fuerza con que allí se declara la primavera sobre los campos aún quemados por la escarcha. Pero no será ése, jamás, el paisaje sobre el que pueda verla. Me es forzoso pensar en una jungla adormecida y espesa, cándida y abotagada, hecha de una ferocidad decorativa de abalorios tranquilos y de ingenuos, equívocos símbolos fálicos, como si hubiera sido pintada por el primitivismo de otro Aduanero Rousseau. Y a ella misma la veo así, con cierta grosería fresca y a medio concluir en los rasgos, con una ampulosidad de deseo sin otro posible recibo que el del crimen.

“Una tarde de julio de 1914 —dice Zum Felde— cundió por la ciudad la noticia de que Delmira Agustini había sido hallada en una ajena alcoba, muerta de un balazo en el corazón, junto al cadáver de su marido, que aún apretaba en su mano rígida el arma con que la había ultimado. Los diarios llenaron sus páginas con las crónicas de aquel suceso, sin respeto ni piedad para la poetisa, en una puja de sensacionalismo realista, en el que cupo a la fotografía la parte más odiosa. La torpe vulgaridad de un desborde informativo fue el último regalo que hizo la vida a esta criatura extraordinaria, creadora de uno de los mitos poéticos más originales que existen.”

Pero desde entonces el pudor volvió a rodearla, cerrando sus aguas sobre aquel cuerpo hermoso, hasta hoy

mismo. Palabras que los deudos fuerzan a que Ofelia Machado suprima en la publicación de las cartitas bobaliconas y eróticas, quejas de Zum Felde, académicas circunspecciones de Montero Bustamante. “Delmira Agustini murió en Montevideo —es todo lo que se atreve a decir cuando cierra el prólogo de la edición oficial de los poemas— el 6 de julio de 1914.”

*Murió... À peine Delmira l'eut-elle rejoint...*

Pero ella no habría querido seguramente que se mintiera sobre su muerte ni sobre sus impulsos ni sobre la misma escena sórdida del atillo en que fue ultimada a medio vestir.

*Encontrándose sentada sobre el lecho —se anima al menos a escribir Ofelia Machado— calzándose y de espaldas a Enrique Reyes, que yacía acostado, éste descerrajóle dos balazos, uno en el pabellón de la oreja izquierda y otro en la región témporo-parietal izquierda. Ella cayó boca abajo en el suelo, falleciendo inmediatamente. En seguida Reyes dirigió el arma contra sí mismo, dejando de existir dos horas más tarde en el Hospital Maciel.*

Y este aborrecible estilo de crónica policial quizá no descubre que allí, en aquel cuartucho de Andes y Canelones, moría también con ella el único probable acento montevideano de la *belle époque*.

*...calzándose y de espaldas a Enrique Reyes.*

Pero Giot de Badet querrá todavía, años después, contarnos una suerte de historieta del Barón de Charlus, un episodio en el estilo de Proust: “*Longtemps après la tragédie, le Comte de Manvel, que ma mère avait épousé en secondes noces, me confia avoir eu une entrevue avec lui et à sa demande, entrevue au cours de laquelle il se serait exprimé en termes menaçants à mon sujet, m'accusant d'être la cause, même involontaire, de votre attitude à son égard. Mais le Comte de Manvel ne m'en fit part que postérieurement, m'ayant simplement conseillé, lorsque cela avait eu lieu, de vous voir moins*

*fréquemment tant que votre divorce ne serait pas prononcé."*

*...que yacía acostado, éste descerrajóle dos balazos...*

Y al mismo tiempo que el pudor consiente en que un vejete homosexual pueda decir a Clara Silva, cuando lo visite, cuarenta y tantos años más tarde, en el crepúsculo de su departamentito atiborrado de potiches, de recuerdos, de libros en la Rue de Rivoli: "A pesar de que mis sentimientos para con ella eran puramente fraternales y nunca habíamos hablado de amor, si yo hubiera sabido *eso* me hubiese casado con ella"; al mismo tiempo que la hermana de Reyes guarda los objetos que compusieron la decoración de aquella muerte, el mundo sigue salteándosela, sigue ignorando quién era, qué quería, a qué puertas golpeaba y quiénes desoyeron a Delmira. ¿Es ése el último regalo de la vida, que pedía para ella Zum Felde?

Esa cuñada "conserva aún los muebles de esta habitación —Ofelia Machado los ha visto— y los cuadros, uno de los cuales presenta la quemadura producida por el balazo que mató a Delmira, cuadro hecho por ella misma, con un fondo de color borra de vino y con flores, lilas, amapolas, cartuchos, margaritas, con un lazo debajo".

*Ella cayó boca abajo en el suelo, falleciendo inmediatamente...*

"Conserva otro que presenta un perro terranova con un fondo marino; otro que trae una orquídea, también pintado por ella y en el centro de la orquídea aparece pegado un minúsculo retrato de Delmira; hay otro cuadro con garzas..."

Y están también, revueltos sobre mi mesa, con las esquinas de sus hojas dobladas, sus libros de poemas, con tapas y medallones cursis, con versos que suelen ser cursis. Porque, ¿quién habría sido Delmira Agustini a los setenta y tantos años que hoy tendría, cuál habría sido

su camino, cuál de las dos mitades de su naturaleza habría prevalecido?

A veces también me lo pregunto con relación a Cora, quiero vislumbrarlo expuesto, como en uno de esos paisajes arrasados y enceguecedores de Dalí, a la luz corrosiva del tiempo. Cora cincuentona, Cora sexagenaria no me son concebibles, a pesar de que en toda su persona hubiera un riesgo de desintegración menos violento, menos actuante, menos comprimido que en la de Delmira. Nunca me la podré imaginar en el umbral de esas edades, volcada a los derivados de la caridad —a esos monstruosos derivados (bombones a los niños, migas a los gorriones) que en 1910 se le imponían a una muchacha y que 1962 reserva para las viejas— porque Cora tampoco tenía un alma hecha para la caridad sino pura y feroz y desnudamente para el amor. ¿Querrá todo esto decir que de algún modo oscuro ella esperaba su muerte, que se preparaba —como la otra— a recibirla calzándose de espaldas o yaciendo dormida, tanto da, en cualquiera de esas actitudes que aseguran que la muerte caerá sobre nosotros y que nos poseerá sin arrancarnos un solo grito?

Precisaré por lo menos un par de lecciones para decirlo o sugerirlo en el caso de Delmira; y el tiempo que circule entre ellas —y tal vez mucho más— para conjeturarlo en mi propia historia.

Cuando su padre murió, Cora no tenía aún cuatro años. Guardaba de él algún recuerdo desvaído: la mano bondadosa alcanzándole una minúscula palada de helado de crema, en una de aquellas cucharitas de forma cuadrada que hasta entonces (lo sabía bien) la niña nunca había visto, y que debían suponer la existencia de "un servicio de confitería" en la fiesta de casa de los parientes, según había puntualizado Otilia, para depreciar la originalidad y lozanía del recuerdo, para empeorarlo de anonimato, cuando Cora —años después— tuvo el candor de despanzurrarlo, secularizando su cuota de pequeño misterio íntimo. La mano bondadosa, la cucharita cuadrada y un fondo de traje oscuro que se abría ante ella, dejando ver los intersticios de un respaldo de esterilla. Ése y otro: una tacita de pintada porcelana china, que ella había hecho añicos, yaciendo en colores sobre el piso de ladrillos oscuros, y otra vez la mano bondadosa interponiéndose, siendo el brazo de la madre para impedir el castigo. No había más. Todo el resto era sospechable de conversación familiar, de recuerdo antiguo de antiguas evocaciones, y tenía un tinte de animosidad, de reprobación, un alcance de filiación depredatoria, de parentesco por los defectos: "Ida como tu padre", "Sentimental como tu padre", "Siempre en Babia como tu padre", "Haciendo una montaña de cualquier tontería, como tu padre".

No había retratos de él en la casa, ninguna pared repetía el posible gesto grave y suasorio, el rictus desalentado de vivir que —según le contara Tía Delia (la única que simpatizara con él y cultivara en la niña el sentimiento de esa posteridad, bien que a espaldas de la madre)— había tenido durante los últimos meses, cuan-

do se había ido muriendo distraída y silenciosamente, cada vez más flaco, cada vez más tenue y sin ninguna asistencia.

El certificado médico, referido en una sola línea de la partida de defunción, debió decir escuetamente "síncope cardíaco", porque ése es el final de casi todos los enfermos, y el médico había llegado para verificar tan sólo que su muerte era una muerte.

Pero la tía hablaba de una decadencia graduada y púdica, de un sufrimiento amarilloso y hacia adentro que no se avenía con aquella abrupta constancia.

Como en la historia más larga que mentían y guillotinaban aquellas dos palabras ajenas y desentendidas, en todo lo que vino después —la sucesión, los procuradores, la venta de la casa, la mudanza, la ruina— los otros habían ido desmontando hasta la Nada absoluta la memoria y la estampa del padre, lo habían devorado como en una elipsis del odio o, mejor aún, por esa forma disolvente de avaricia que genera la omisión del cariño, allí donde han existido la domesticidad, la coexistencia y el tiempo.

*—A veces me gustaría escribir sobre mi infancia, apuntar largos trozos de diálogo que escuché y he conservado intactos en el recuerdo. Pero de Papá no podría escribir más que esto: no sé cómo era su voz, porque si Mamá repetía algo que él hubiera dicho lo hacía remedándolo siempre de igual manera, con el falsete gemebundo que atribuía a todos los desgraciados, un falsete odioso y cascado que era la voz de ella misma pasada a sucio. Pobre Mamá, al fin de cuentas así mismito fue la voz de ella cuando estaba muriéndose, la que tenía cuando me nombró o me llamó, en su último día.*

Por eso tal vez, pienso ahora, la desinteresaban de tal modo todos los retratos, por eso —y no sólo por tener que esconderlo— renunció siempre a pedirme el mío. Si le habían cortado toda posibilidad de mirarse en aquellos ojos que Tía Delia le refiriera como iguales a



los suyos, si le faltaba el rostro del ser que aparecía acercándole a la boca la cucharita cuadrada con el helado de crema, como si allegara una pequeña espátula con un resto de yeso, para retocar el mismo parecido filial sobre los labios infantiles que él había prohijado, ¿a qué guardar otros ojos, otra nariz y otra boca, si podía recordarlos e imaginarlos a un tiempo, sin la estereotipia y la languidez que veía en todos los retratos, que tenía por inevitables traiciones de la placa y que la habían resignado, al cabo de los años, a no poseer ninguna foto del padre?

Ahora, mientras escribo, veo a mi vez ese gesto suyo que no está encerrado en "la cara de cera" ni en la desdichada foto del recorte de diario, el gesto con que consentía y confiaba en que el tiempo habría de repetir, de aposentar, de decantar en ella lo que había sido su padre, y en que eso valdría por una suerte de retrato profundo, de memoria ancestral, no librada al uso de los otros, sustraída de la mirada y de la corrupción de los desafectos, de los avaros, de los falsificadores domésticos. Veo su mohín en el momento mismo en que se arrepiente de haber pensado que siquiera las palabras de esos diálogos que cree custodiar intactos sean hoy las verdaderamente dichas, las verdaderamente fieles.

*—No sé si serán ésas, pensándolo mejor —dice—. Porque hay modismos que mueren sin dejar una huella, o modismos de 1940 que suponemos haber escuchado en 1935, cuando aún no existían. Esas mudas de piel del lenguaje, ¿no te parece?, deben ser la mayor dificultad para el escritor naturalista, cuando quiere escribir un asunto de época.*

Vuelve a sonreír, entre asombrada, divertida y arrepentida ante la audacia de haber estimado un obstáculo profesional que no le concierne.

*—A menos que lleve una libreta de apuntes, día por día —agrega.*

Se habían mudado entonces a orillas del Campo Es-

pañol, a la húmeda casa destartada con sus remiendos de revoque, que holgadamente podía presumir de exceso, rodeada como estaba de casillas de lata, engastada en baldíos llenos de tachos herrumbrados y detritus que se pudrían eternamente al sol, montada sobre el ir y venir de callejuelas de tierra donde la infancia de Cora se había hecho a correr entre ollas y clavos, dueñas de barril que nadie sacaba del camino, montones de estiércol.

Pero siempre son más llevaderas la miseria de las cosas y la mezquindad de la misma naturaleza que la miseria de la gente, y si Cora no podía recordar sin escozor algunos pobres atributos de la humildad, no era por lo que dijese ellos mismos sino en la medida en que decoraran y narraran las historias del hombre.

*—Todavía de noche, cuando paso por los barrios alejados y veo una de esas lamparillas suspendidas de un hilo, que dan una luz amarillenta y acaban por cubrirse de suciedades de moscas, me vuelve la sensación de angustia que ese color y esa debilidad de la luz me causaban en la niñez.*

Porque era la iluminación mortecina que veía por las puertas abiertas de los ranchos y casillas del Campo Español, en aquellas reuniones de Nochebuena que siempre terminaban en borracheras y a puñaladas.

Pero a pesar de los años, pude saberlo después, disimulaba por hedonismo o cobardía, sumergía en ese horror genérico un horror más concreto, una única imagen aislada, nítida y suficiente del terror.

Un farol con su capucha esmaltada, con su pobre pantalla cariada y desportillada por las piedras de los chicos del barrio, el farol solitario de una esquina cualquiera, visto a través de la ventanilla del tranvía o del ómnibus, aun columbrado como si cuajara en el frío y en la soledad de una noche remota, distanciado e irreal como en un decorado de teatro, más allá del cristal y del inviolable ámbito de tibieza de un automóvil, aun

tomado y soltado por los ojos en la certidumbre tranquilizadora de una marcha que lo dejara definitivamente atrás, que lo diera por no existido, traía a la memoria de Cora la escena de aquella noche de mil novecientos treinta y tantos, creaba otra vez el pavor desde el comienzo y lo hacía correr hacia el desenlace, devolviendo el tema a la orilla de la conciencia y al miedo del crecimiento —aun de este crecimiento que la madurez cree ya terminado y descubre repentinamente que nunca terminará—, alumbraba otra vez la historia y la hacía regresar sobre Cora, como una inagotable, como una irreprimible resaca del sueño.

Porque bajo un farol como tantos de aquéllos, porque bajo el ruedo de luz turbia del farol y contra la tosca columna de cemento que lo sostenía en mitad de la vereda desdibujada de pastos, su impotencia y su crédula previsión de los cinco años —a muy poco de la mudanza, a muy poco de los primeros tanteos de familiaridad con el sitio— habían visto al borracho feroz e inverosímil (¿habría sido en verdad tan mulato, barboso y forzado como los años seguían trayéndolo?) que afilaba, chairaba y probaba la relampagueante sevillana. Era a unos pasos del almacén de los armenios y el borracho gritaba y juraba que mataría a alguien, lo prometía vuelto de súbito hacia la zona de la noche en que ella estaba, sin saber que ella era, a unos metros, su único testigo; lo ofrecía y proclamaba babeándose, enjugando su mentón con el revés de la mano libre y probando, en tajos contra el aire de aquella calma nocturna, el filo del arma; gritando y jurando que ahora sí verían que no era ningún flojo, que ahora sí mataría “a uno”, a uno sin determinar, a uno sin elegir, a ese alguien —fuera quien fuese— que lo graduara de hombre.

Y Cora había sabido instantáneamente que iba a ser cierto, y había conocido —para poder aplicarla después al recuerdo desamparado de la mano bondadosa acer-

cando una cucharita o deteniendo un castigo— la imagen de la pura muerte preexistiendo a su cuerpo, anticipándose a su encarnación y a su destino, monstruosamente suelta y echada a volar sobre el barrio, separada de ella tan sólo por aquel cerco de alambre cubierto con la eclosión insípida de las campanillas azules y por la oscuridad de la hora, la imagen de la muerte funambulescamente echada a volar sobre el barrio y sobre el mundo, esperando tan sólo un cuerpo donde hendir, donde poner sus patas, donde planear y posarse para siempre. Y media hora después habían sido los gritos; y el hombre, un muchacho de alpargatas, un desconocido joven de camisa blanca, sacado del almacén de los armenios hasta el sucio rectángulo de luz que echaba la puerta sobre el pastizal y sobre las losas de la vereda, tumbado de espaldas y con un brazo doblado sobre el pecho, en el sitio donde había herido la sevillana, alumbrado oblicuamente por la misma luz donde antes brillaran mucho más los tajos preparatorios de su muerte, había esperado en vano los socorros de la ambulancia y de la Policía, mientras ella —la Cora de cinco años, pegada al tejido y tiritando entre las piernas, las voces y las caderas de más gente— había sentido la punzada culpable de haberlo oído denunciar un rato antes, sin haber corrido a contarle y prevenirlo, de haber sabido aquella muerte cuando el hombre sobre quien habría de bajar pudiera todavía haber sido avisado, cuando el objeto de aquella promesa era todavía una criatura sin determinar, una simple presa ciega del azar, del alcohol y de la violencia.

*—Esa violencia vista así, día por día, fue lo que acabó por convencerme de que nadie es de nadie. Una idea que nada me ha podido cambiar, ni tú mismo. Y que recién supe que debía agradecerle al Campo Español el día en que tuve que resolver, el día en que tomé la decisión de no decirte que no.*

Me miraba con un sentido de desconfianza que ten-

dría que haberse gestado años atrás, en aquel instante de paralización y de miedo; y murmuraba:

*—Esto sí que jamás se lo conté a nadie, ni siquiera al analista. Me ha parecido siempre demasiado comprometedor, demasiado gratuitamente culpable, demasiado horrible.*

Y en la tarde de la playa, vuelta hacia mí, alzándome la cabeza que descansaba en sus muslos, para que la mirara y la considerara en su semidesnudez todavía húmeda, al par que ella parecía extraerme, parirme de su sueño y de su tiempo, agregó:

*—¿Te acordás del hombre de la sevillana? A veces me imagino, absurdamente, que la víctima de aquella historia fui yo y sólo yo. Que el borracho, del que nunca quise saber nada más, ni siquiera si lo habían prendido, mató algo en mí, dirigió su navaja contra mí, me la clavó aquí (y se marcaba el centro del pecho). Pero ahora, mientras has estado haciendo como si durmieras, con un brazo doblado sobre el pecho y la luz tocándote de costado, me ha parecido de golpe que el muchacho de la camisa blanca, que el muerto eras tú. O, por lo menos, que ese muchacho se reconcilió conmigo cuando te encontré, cuando te tuve por primera vez así como ahora, cuando toda esta violencia que en mi casa negaron por los años de los años se me hizo algo más fuerte, también aquí dentro (me alzaba el brazo doblado hacia la juntura aun mojada de sus senos) y se me convirtió en amor.*

*—...¿Que en tu casa negaron?*

*—Sí, es curioso. Pero mi madre mientras vivió y mis hermanas hasta hoy, han negado que toda esa violencia haya existido. Yo dramatizo, yo hago una montaña de todo... como mi padre.*

*—¿Y por qué?... Digo, ¿por qué lo negaban?*

*—No sé. Tal vez para embellecer una infancia que se han sentido culpables de haberme hecho vivir. O para instalarse desde varios años antes en la conforta-*

*ble certidumbre burguesa de que ya por entonces vivíamos en un barrio mejor.*

"...Jamás a nadie, ni siquiera al analista." Más de una vez, en estos días que han seguido a la muerte de Cora, tuve el propósito de ir en su busca, de *analizarme* si ése era el precio de entrar en el tema, de hablar con él, de intercambiar claves, del mismo modo que de niños, en el patio de la escuela, canjeábamos figuritas. Pero el analista es un centro-europeo, vagamente húngaro, con un aspecto de frustración, de timidez y de reticencia que disuaden.

Una vez, en vida de Cora y sabiendo ya que había sido su médico, tuve oportunidad de estar con él durante más de una hora, en el mismo banco de testigos, esperando que se nos llamara a declarar en un juicio de divorcio. No se le ocurrió hacer valer su condición profesional ni el valor de su tiempo —como un criollo lo habría hecho— a fin de que lo prefiriesen en el orden de llamado. Me habría gustado interceder para que lo atendiesen, merecer su conturbado agradecimiento. Pero opté ya entonces (Cora me lo reprochó, pero creí adivinar que no dejaba de celebrarlo inconfesadamente) por quedarme para el fin junto a él y, fingiendo desconocerlo en absoluto, entrar en esa suerte de diálogo incidental que se traba en las salas de espera. Le dije quién era yo y qué hacía, para ofrecérmelo como un extrovertido, como seguramente tuvo la rápida certeza de que lo era. Él no largó quién era ni qué hacía.

Es un hombre alto, maduro, lustroso. Habla con evidente acento extranjero, que se entorpece aun más —tanto como por su preocupación de encontrar la palabra justa— si en una réplica cualquiera se siente aguardado, nota al interlocutor pendiente de su respuesta. Algo cierto y raro, que Cora confirmó, me lo hacía parecer a aquel médico estrábico y fracasado (también extranjero en Londres y confinado —¿recuerdan?— a cometidos dudosos, en la confluencia de la medicina y el de-

lito) que tan notablemente encarna Eric Portman en la versión cinematográfica de *The deep blue sea*. Se inclinaba hacia mí, con su envaramiento al que contribuía el duro listado del banco judicial y —tras mucho elegir los vocablos— no me decía más que trivialidades convencionales, ya sabidas y poco comprometedoras en cuanto a intimidad y perspicacia, acerca del amigo común en cuyo divorcio testimoniábamos.

“Yo lo he asistido”, soltó inesperadamente a cierta altura del diálogo, “y me temo que van a preguntarme sobre eso”. Se arrepintió casi en seguida (se lo noté en la cara) pero ya estaba dicho.

“De todos modos —agregó— voy a ampararme en el secreto profesional. ¿No le parece lo más *cogucto*?”

No podía saber si era lo más correcto —contesté— si no entendía a qué tipo de asistencia se estaba refiriendo.

“Soy psicoanalista”, concedió entonces, con el tono monitorio y hostil que daba a comprender que sería la última precisión que le arrancarían en ese sentido.

Convine en que podía tener razones para invocar el secreto. Y su oficio —según él visiblemente quería— quedó flotando como un tabú, como un misterio litúrgico no compartido, como una razón de distancia y mutua ajenidad entre nosotros dos. Fue, por lo demás, ése mismo el momento en que lo llamaron.

Cuando salió de la audiencia, a los pocos minutos (era evidente que había apelado al secreto profesional y aquello había acertado su testimonio) su rostro estaba enteramente congestionado. Pasó frente a mí —en el instante en que, a la vez, me llamaban—, se inclinó rigidamente, con cierto ceremonioso empaque a la europea, sin intentar ninguna otra forma de saludo, sin ensayar forma alguna de despedida que autorizara, en cualquier aproximación de futuro, toda ocasión mencionable de conocimiento anterior, el día en que yo pudiese querer verlo; para matar el punto de arranque de toda probable confianza.

—Son como niños que toman nuestras cabezas por bomboneras y las revuelven en busca del bombón de licor —me había dicho Cora.

Pero yo no me imaginaba que aquella parodia desterrada de Eric Portman pudiera haber revuelto en una cabeza como la de ella.

—...No trabajan sobre los datos primarios, aunque los precisen para hacer su papilla —seguía ella—. Porque todo se convierte en una amalgama increíble, y no se sabe dónde termina lo que el paciente les ha dicho, dónde lo que ellos mismos habrían sido si aquello que les dicen les hubiera pasado, dónde lo que sale simplemente de los libros que leen.

En definitiva, decidí no verlo. No podía tener ya en sus manos los bombones de licor que yo ambicionaba; de nada serviría agenciarle a destiempo toda esta otra parte de la historia. El caso no le concernía; aquella ficha clínica tenía sin duda un punto de clausura, la fecha de un alta o de una muerte.

Era preferible que el Dr. Portman quedara como un objeto perdido o a trasmano en toda esta encuesta, como habrá de quedar —quién sabe con qué destino— Clementina o Nínive.

*Clementina-Nínive-Clementina*, tal era el proceso de los nombres de la muñeca, ya estropajosa y semidespanzurrada, con costurones de hilo blanco en el vientre de estopa, con la nariz erosionada y las mejillas color rosa descascaradas, que Cora había conservado desde los días de la niñez y había llevado consigo en sus mudanzas, toda la vida. Su cariátide.

Sacada y devuelta en seguida al fondo del ropero, la vi fugazmente la noche en que estuve por única vez en su apartamento. Volvía de ducharme y de vestirme en el baño; Cora revolvía en el ropero, para elegir sus efectos de viaje. De pronto, de aquel fondo de sábanas, fundas y toallas, su mano extrajo por un instante la muñeca y la inclinó, doblada en dos por el diafragma

del uso, saludando tan ceremoniosamente como el Dr. Eric Portman.

—¿La conocés? —preguntó—. Te presento a Clementina.

Estiré el brazo para tomarla, pero me la negó. Era otra de sus supersticiones —colegí— la de que mi mundo con ella y el de ella con Clementina no se tocasen, se saludaran desde lejos y simpatizaran sin unirse.

—Es curioso —dijo—. ¿Sabemos cuándo cambian de nombre las cosas, o siquiera cuándo cambia nuestra relación con las cosas?

—No sé —dije—. ¿Es un acertijo?

—Ningún acertijo: la historia de los nombres de esta muñeca, por ejemplo.

—¿Cómo es?

—Porque la tengo conmigo desde chica, creo que desde mi primer cumpleaños luego de la muerte de Papá, en que me la regaló tía Delia. Mi último cumpleaños, como quien dice... Y al principio se llamó Clementina.

—¿Quién le puso?

—No sé. Supongo que yo. Pero era mi único depósito de confianza y de ternura. Y por eso mismo, seguramente, su nombre de Clementina se fue gastando y agotando. Era un nombre mortal e infeliz, tan mortal e infeliz como yo me sentía. Y la piedad también llega a cansarnos.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. Un día cualquiera lei la palabra *Nínive* en una revista. No sabía si era el nombre de una mujer, de una ciudad o de una diosa. Pero Clementina empezó a llamarse *Nínive*, empecé a hablar con ella dándole ese otro nombre.

—*Nínive*...

—Era más exótico y resultaba más agresivo, más nuevo, como si la pobre muñeca se rejuveneciera o creciese conmigo. Por un tiempo, como las casas comerciales que cambian de dueño, le hice usar juntos los dos nombres.

*Unos días era Clementina y otros Nínive. Pero Nínive empezó a resultar más duro y por eso mismo me servía mejor para los días de depresión. Sin embargo, o tal vez por eso mismo, desde que te conozco, no sé por qué, Nínive se acabó. Ahora vuelve a ser Clementina. Sólo Clementina, desde que te conozco.*

—*Clementina Segunda Época, como si fuera una publicación.*

—*Eso es.*

El padre, Clementina y el borracho caído en el campo figuraban como las tres memorias que ella vinculaba a tía Delia, muerta un par de años antes de que Cora y yo nos encontráramos.

Muchas veces, aquella historia del borracho —aquel cuento con el que Otilia antipatizaba tanto— volvía a la memoria y a los labios de Cora. Seguramente —ése sí— había sido uno de los bombones de licor para el Dr. Portman.

Tía Delia y Cora regresaban de tardecita hacia la casa, desde un tablado distante, de la Unión. Era el final de uno de aquellos calurosos sábados del mes de marzo, a través de cuyos treinta y un días se mantenía, languideciente pero sin morir del todo, el carnaval.

Volvían a campo traviesa mientras anoecía y el borracho comenzó a seguirlos, acercándoseles en arremetidas oblicuas y vacilantes, ora pidiéndoles respetuosamente permiso para hablar con ellas, ora injuriándolas del modo más atroz. Tía Delia la tomó de la mano, apurando el paso, casi hasta llevarla en vilo. El borracho insistía en que le concedieran un momentito, y se dirigía a las dos indistintamente, como si se tratara de dos mujeres y no de una mujer y una niña de seis años.

En uno de sus avances, en que venía tropezando a zancadas inseguras, con los brazos bajos y en actitud de asir algo —una gallina, si la hubiera, más que una persona— manoteó hacia donde estaba Cora, momentáneamente detenida por el terror de la tía y paralizada ella

también, cuajada como una prolongación del brazo adulto que la semisuspendía en el aire.

Fue entonces cuando la tía la soltó de pronto, haciéndola caer sentada en el pasto, y aplicó resueltamente sus dos brazos libres a empujar en el pecho del borracho, a alejarlo de un empujón silencioso y violento, sobre aquel suelo de hierba crecida, en el que ningún ruido podrían arrancar un tropezón, una caída o un golpe.

Desde la posición en que se hallaba, retrocediendo en cuatro pies, Cora vio venir al borracho, intentar una cabriola de grotesco e imposible equilibrio con los brazos abiertos y temblorosos, con las rodillas flexionadas, derivar hacia un costado y hacia adelante para acabar revolviéndose absurdamente en mitad de la errabunda maniobra, yéndose de espaldas hacia atrás. Ningún rebote tuvo el cuerpo sobre el pastizal hirsuto, como si un colchón lo recibiera y absorbiese. Anochecía.

Paradójicamente, ahora que el hombre había caído y la borrachera no lo dejaría levantarse, ellas sintieron la inmensidad del campo que les quedaba por delante y se dieron a huir. Tía Delia la cargó sin consultarla y se echó a correr con una energía despavorida, sacudiéndola al franquear a la disparada los zanjones oscuros y anegados del baldío. Por última vez, en la tarde muriente, Cora (lo recordaba siempre) miró por encima del hombro de Delia, vio y escuchó al borracho. Lo vio como una masa indistinta dibujándose sobre un fondo de crepúsculo, lo oyó como si todo él fuera un ronquido de cuya oquedad inmensa fuera saliendo, también con extraña velocidad, la porción creciente de miedo y de noche que parecía envolverlas e impregnarlas, esa tinta que estaba derramándose de una sola y gigantesca bocanada sobre todo el paisaje.

Era un ronquido enorme, inmisericorde, fantástico, como el de un burro asmático que solía pacer, otras noches, por los alrededores de su casa. Un quejido sobre-

humano, como de bestia mitológica, como de caverna hechizada; y en medio de esa lamentación indeciblemente triste, ronca y percutida (era el ronquido del asno, pero en su memoria se superponía al estertor del hombre caído) alentaba como el jadeo de un tremendo fuelle, de palpitaciones dispares.

Más que a campo, más que a las profundidades animales de miedo que sondaba en ella, el rumor sonaba a disparate de la imaginación, a límite de la cordura, a Bosco o a Brueghel. Era un monstruo del alma desatendido en la vida real.

Así oyó al borracho, como un odre lleno y desinflándose de noche, caído sobre un fondo muelle de pasto y de alcohol; así tuvo y guardó para sí ese otro terror aislado, irracional y solitario. Así soñó con él, por noches y noches de interminables años.

*—Porque es curioso —decía— que no lo haya ligado al hombre de la sevillana sino al burrito de tantas otras noches, no a otro hombre también borracho de los que abundaban en el barrio sino a una cosa peor, que me acosaba de un modo más capcioso. No sé cómo explicártelo.*

Al día siguiente, tía Delia se acercó a la madre y Cora la oyó decir, con un hilito espantado de voz:

—El hombre que nos seguía ayer, ¿te conté?

—Sí.

—Bueno. Apareció muerto.

—¿Dónde? —preguntó la madre.

—En el mismo sitio en que cayó —dijo la tía.

Dijo "en que cayó", no "en que lo volteé". Cora se acordaba muy bien. ¿Era una mentira, para restablecer en el ánimo de la niña un sentido inmanente de la justicia y del pudor? ¿Era una moraleja y la había dicho deliberadamente en voz baja, pero no de modo tan imperceptible que la niña no pudiera escucharla? ¿O era verdad y se le pedía, también a ella, un silencio, la discreción, el olvido?

—Hace poco tiempo, en una tertulia, me animé a contárselo a un abogado. Como la historia sucedida a otra persona... —agregó.

—Pero ellos saben hacer la operación de transferencia, como los psiquiatras. Ese desplazamiento figura en el tipo de confianza que se les miente —dije.

—Sí. Supongo que sí. Él me tranquilizó. Homicidio ultraintencional, creo que dijo primero. Debe haberme visto otra vez el miedo en la cara, porque añadió en seguida: "Pero si el hombre avanzó a su amiga y a la madre de su amiga, sin duda que fue legítima defensa".

El borracho de la sevillana, el hombre caído en el pasto y roncando su estertor a la noche en que ella huía, llevada en brazos, en que ella siguió huyendo a través de los años, ésa era la infancia que querían negarle, la que ella sólo podía haber confiado —antes que a mí— al Dr. Portman y antes aún a Clementina. Ésa era la imagen que pretendían seguramente que corrigiera, porque todo el pundonor de la madre y las hermanas consistía en no llevar las fechas de aquella miseria, en abreviar y —si era posible— suprimir el cuento.

—Y a los siete años, muy poco después, tuve conciencia de la zona sexual, de la existencia del sexo. No del nombre sino de que había algo relativo al sexo de los demás, y de que lo habría en mí misma, aunque todavía no lo hubiera sentido ni descubierto.

Había sido en la época en que, antes de asfaltar la calle comenzaron a abrir zanjas y tender la red de saneamiento. Se alzaban entonces montones de tierra entre las casillas, promontorios que solía espesar aún más la noche, apenas arañada de luz por la sola hilera incierta de faroles de la calle en que Cora vivía. Y al lado de los montones de tierra iban depositando y dejando los caños: horizontales y más grandes los colectores, verticales y más angostos, como tubos, los que harían los ramales. Allí fueron quedando, allí les llovió, allí los tataron de malas palabras. Como recuerdo de aquellos

días (y seguramente odiada por ellas, como que era otra de las instantáneas de aquella pasada vergüenza) Otilia y Esther debían conservar aún la foto que un vecino había tomado a Ricardo. Flaco, trasparente, peludo, con doce años desgarbados que salían a duras penas de una pulmonía, Ricardo se había metido dentro de uno de aquellos caños verticales. Y el vecino lo había fotografiado, de modo que sólo emergiera del tubo la cara sonriente, una sonrisa de la que el tiempo podía haber hecho una borrosa contracción, un ambiguo gesto de dolor, una mueca; la cara y un trozo de pescuezo, como si la cabeza hubiera sido seccionada y puesta sobre un picadero. "La cabeza del Bautista", le llamó años después Cora, para pedir la foto a Otilia, la tarde en que les llevó de visita a Carlos. Pero tanto Otilia como Esther pretendieron haberse olvidado, no recordar que hubiera existido, no tener —en todo caso— idea de dónde pudiera encontrarse.

Fue por aquellos días de la foto, pero no en uno de esos caños pequeños y de pie sino en un tramo de colector acostado, hacia los fondos abiertos de campo que rodeaban su casa. Los vio (tenía siete años, ni uno más), vio a los dos niños —¿era posible seguir llamándoles así?— haciéndose el amor dentro de uno de aquellos grandes cilindros de cemento. La escena de aquellas dos criaturas, un varón y una chica de pocos años (seis o siete, le había llegado a parecer con el tiempo; acaso fueran nueve o diez, no más, pero nueve o diez del raquitismo y de la miseria, que cuentan por la estatura, aunque no por el rostro, de seis o siete en niños mejor criados) haciéndose el amor, había permanecido opalescente y lechosa en la memoria de Cora. Opalescente y lechosa, tal vez, por la huraña concavidad, rugosa a lamparones, del interior del caño, materia desdeñada por el industrial, cauce fabricado para los excrementos del mundo; opalescente y lechosa por el ojo de luz gris,

desganada, que parpadeaba en los saltos de aquella cúpula infantil.

Peregrinamente, no eran allí los niños mismos lo andrajoso. Era el sentido precoz del sexo a esa edad —la de Cora y la de las dos criaturas, acaso la misma en los tres— lo que hoy le parecía astroso y horrible, como si cursaran la descomposición antes que la vida, el hedor antes que el perfume, el odio sin el conocimiento.

La avería de los pobres. Había bastado que cavaran las zanjas y levantaran aquellas callejuelas de mala muerte —decía Cora— para que se derrumbase todo el decoro aparente del barrio. Además de los chicos haciendo el amor dentro del caño, vio por aquellos días personas que hacían sus necesidades tras pequeños montículos de tierra removida, que no bastaban a ocultarlas (acaso como una protesta frente a la inminencia de tener que pagar al municipio por hacerlo de otro modo innecesariamente mejor); niñas que se desnudaban en público; hombres que orinaban mal escudados tras los árboles. Todo porque la calle había sido levantada, como si el comportamiento del barrio hubiera podido ser sostenido tan sólo por aquel trillo de tierra y ahora se desbaratase con él.

—Aquellas dos criaturas copulando en el caño —decía— me dieron una versión de la miseria en profundidad, que el hedor, el hambre y la misma muerte no habrían podido darme. Cuando una vez, trabajando para las cárceles, tuve que instruir a unas muchachas que estudiaban Asistencia Social, recuerdo que les dije: “Ustedes están predispuestas a favor de la pústula, o al menos a no dejarse impresionar por la pústula. Están preparadas para ver la miseria. Pero hay algo que debo decirles, porque es peor que los piojos y el hambre: es la mirada de deseo sexual de un chicuelo descalzo de cinco años.”

—Así que tu vida sexual empezó en la plaza de deportes.

—Más o menos. O como podría decir Galia: que a los siete años me levantaron la tapa de los sexos.

¿Se lo habría contado también al analista? Y si se lo contó, ¿qué conclusiones habría sacado el Dr. Portman? ¿Se habría limitado a inclinarse rígidamente hacia adelante, como Clementina, a esbozar una reverencia profunda y distante, tan a la europea como cuando pasó frente a mí, por la salita del Juzgado? No voy a preguntárselo.



## XVI

No, no quise acercarme a él; lo presenté como la sábana de al lado, a cinco o seis pasos. Tal vez Galia y el sereno hayan pensado que quería echarle un vistazo. Pero he preferido —con una deliberación subconsciente, de la que ahora empiezo a explicarme el motivo— olvidar su rostro, dejar que se me borren sus rasgos; un rostro y unos rasgos de los que tengo, por lo demás, tan sólo una memoria dubitativa y neblinosa: la consabida foto del industrial en viaje, con su brazo en alto, en la bruma opalescente de un crepúsculo de lluvia; ese brazo avanza hacia la cámara un sombrero oscuro, en tanto Cora se arrebujaba para protegerse de las últimas gotas (y “este viaje ha sido organizado por Globus”). El fondo metálico del avión desborda sobre ellos, corroe sus perfiles.

Se publicó una nota necrológica en la que leí un fragmento fuera de lo vulgar, algo que no había sido escrito por uno de esos profesionales de la piedad a tanto el centímetro, que abundan en las redacciones. “Al tiempo que afrontaba, en la vida cotidiana, responsabilidades más y más delicadas, más y más urgentes, había en él —quizás insatisfecho— un fondo sensitivo de contemplación, para el que no había encontrado acaso la expresión adecuada. Y es posible pensar que fuera ese desajuste íntimo entre su ocupación y su espíritu —sólo entrevisto alguna que otra vez por quienes fueron sus amigos— el elemento que gestó su fin trágico, incomprendible de otro modo. Porque Espiga tenía mucho de lo que la vida puede dar a los triunfadores, y aparentemente no añoraba nada de lo que pudiera haberle sido negado, gloria, notoriedad o progeñe.”

Unas letras, seguramente apócrifas, puestas al pie de

la columna revelaban que la nota había sido paga (“solicitada”, como se dice por eufemismo periodístico). Quien la escribió lo conocía, pero no pudo superar las vacilaciones —*quizás, acaso, es posible, aparentemente*—, esas perplejidades deladoras de lo tenue que era Carlos, de la forma en que la vida debió ir adelgazándolo hacia su fin.

¿Quién podría haber sido? Cora jamás me había hablado de amigos que a él le importaran, de gente que especialmente los comprendiera como ligamen, o tan solo a él como hombre. ¿Sería una mujer?, pensé por un instante, dando vueltas al recorte entre las manos. Pero no sé por qué, con una certidumbre ciega, deseché tal hipótesis.

No había fotos de él en su apartamento, la noche en que estuve allí, ni tal vez nunca. No quedó su imagen en el espejo que aún no he colocado, ese espejo que descansa en ochava en uno de los ángulos de mi pieza, ese azogue al que más de una vez el súbito golpe de la luz nos hizo caer abrazados, exhaustos y desnudos, esa placa de vacío que en este mismo instante me repite escribiendo.

Galia me propone, en estos días, acercarme a Carlos, apaciguarme en la conjetura de su existencia, “comprenderlo”. Comprenderlo y supongo que absolverlo, como lo absolvió Otilia, partiendo de que Cora era “la rara”. Pero me obstino en volver a ellos como pareja; quiero entender su *situación* y hacerme a la resignada imagen de que el desenlace se corresponde a esa situación como ningún otro. Quiero poder imaginarme ese eventual “compañerismo tranquilo” que Cora concebía entre ellos dos, desde que yo alentaba junto a ella, para el caso de que el azar me hiciese desaparecer antes. Pero no puedo.

Ella nunca dijo “Carlos es capaz de matarnos” —a pesar de nuestro aceptado estigma de condenados a muerte— sino “Carlos es capaz de matarse, si lo descubre”. Y aquello daba a nuestra clandestinidad un rasgo

aun más insoportable, porque lo que entraba entonces en juego no era el coraje sino la conmiseración.

Muchos años atrás yo había escrito, para una revista semanal, un cuento lacónico y nervioso. *Nadie pudo pensar en eso*, se llamaba. Una criada se había arrojado a la acera, desde el octavo piso de un edificio de renta. Y el comentario de todo el mundo —el verbo de los proveedores, el testimonio del ama de casa a la Policía, el avergonzado sentimiento del novio— se arrollaba alrededor de ese huso: *Nadie pudo pensar en eso*.

Nadie podía haber pensado en eso, porque la pobre mujer se había pasado amenazando con hacerlo, prediciéndolo con truculencia, adelantándolo con cierto alegre masoquismo de la anticipación. *Nadie pudo pensar en eso*. La explicitud de la criada para anunciarlo —una escoba, un balde derramándose, un lampazo pasaban sobre la perecedera memoria de su cuerpo— tornaba absurdamente inocentes, tranquilizadamente inocentes a todos los que pudieran haber acudido a evitarlo (no preñándola, ayudándola, deteniéndola), a todos los que se habrían sentido responsables si hubieran tenido que descifrar un ceño, un silencio, una conducta menos especiosa y hubieran fracasado.

Lo había escrito hacía años. Y ahora Carlos volvía a proponerme la misma moraleja que yo había semiinventado, extrayéndola del corrillo que rodeaba al balde, a los testigos y al hilito de sangre quieta en la ranura de dos baldosas en la acera —lo que la realidad me había dado—. Justamente porque Carlos había dicho alguna vez que era capaz de matarse, no se lo creíamos. “Los que lo previenen tanto, jamás se suicidan.” Esta suposición, cuando es errónea, cierra con otro colofón: “Si lo hubiéramos sabido...”, que es como decir: “Si no lo hubiera anunciado tantas veces...”

¡Cómo solíamos olvidarlo! Hoy sobrenada, en mi memoria, este trozo de diálogo entre Cora y yo, este fragmento que empieza a parecerme desconsiderado, cruel

en el sentido más duro, el que engendra la avaricia de la posesión:

—Es lo más que podemos conseguir, en un orden sin víctimas aparentes.

—Eso es. Pero con víctimas reales.

—¿Cuáles?

—Nosotros dos.

—Por supuesto: nos toca serlo.

Otras veces la referencia nos enlazaba de un modo más emparejado, menos rapaz, concedía todo su aire a la sensación de una distancia. Carlos y yo nos dábamos la mano por encima de Cora.

—Sí, ya veo. A vos te gusta bañarte en un mar tranquilo —dijo Cora en la tarde de la playa—. A Carlos le gusta un mar lleno de olas. Vos precisás que el mar sea hembra: la mar, como dicen los españoles. A él le encanta un mar macho, luchar, ser golpeado y arrastrado por él, hasta quedar magullado y sin aliento.

Y si se remontaba el curso del recuerdo, hacia los años jóvenes de la pareja, la visión de Carlos podía ser aún más jugosa, tierna y como bañada de luz. Era la escena de los potiches, en casa de las hermanas de Cora, y la historia del asombro con que él le había dicho “Nunca me habías hablado de ningún perrito de porcelana”. Creo que en esos momentos Cora se hacía trampas con su emoción y que el Carlos de esos primeros días conyugales era un ser que ella fraguaba para que se correspondiera a mi presente, un escorzo flamante que luego ella cortaba en él y reanudaba en mí.

Nunca acertó a explicármelo, seguramente por pudor. Pero he aprendido de ellos que cuando la pasión declina, la situación conyugal desarrolla en los seres que la componen un sentimiento de protección que empieza por ser mutuo y acaba por ser antagónico. Es el peor malentendido. Cora y Carlos suponían tal vez —cada uno por su parte— que el otro era el ser débil y necesitado, el extremo parasitario de la relación. Y extendían

hacia esa mitad desvalida de ellos mismos un sentido de confortación tácita, un fondo de desconcepto transido y amable, esa materia cenicienta que es el resto apagado del amor. Por suerte o por desdicha, entre ella y yo nunca existió la sombra de ese amparo.

De todos modos, hay algo milagroso —milagroso al nivel común— en la unión de dos seres vírgenes, en el indisoluble matrimonio que se prometen un hombre y una mujer jóvenes. ¿Piensan que crecerán del mismo modo, saben algo de la disparidad que les acecha, dormida en el tiempo? ¿Presienten el foso que la madurez cavará entre ellos, ese foso que puede partir en dos, imponderablemente, un mismo colchón y una misma almohada?

No, es seguro que no lo saben ni lo presienten; y es una sabiduría inmencionable, que no se trasmite de padres a hijos. Sólo esperan que el tiempo los hará crecer de un modo solidario, los emparentará en la vejez, los hará intransferibles en lo que ya se hayan dicho, en lo que se hayan entregado y —acaso más aún que en todas esas cargas afirmativas— los hará intransferibles en los silencios, en lo que ya no tengan que decirse, en lo que haya de renuncia consentida entre ellos, en el derecho de amanecer sin palabras. Deben haberse confiado por unos años “Te quiero” y luego, con la saciedad y el embotamiento, deben haber dejado de decirselo. Pero ambos descansarán en la suposición (a cuyo fondo ninguno de ellos mira) de que no se han retirado del amor sino tan sólo de su tediosa elocuencia.

A veces pienso que si el diálogo de una novela tuviera que atenerse a las limitaciones auténticas del vivir diario, nadie podría penetrar el tejido de incoherencias, de elipsis, de asociaciones de ideas absolutamente singulares e indescifrables, con historia propia, sobre el que se comprenden y a partir del cual conversan un hombre y una mujer que han convivido durante varios años. (Una cinta magnética sería, en ese sentido, una

experiencia ilustrativa: reveladora del caos doméstico, que crece barbotando lo ininteligible de apariencia más trivial, el misterio en estado puro, sin invención ni fantasía.)

Puedo imaginarme a Carlos —de quien sé, por ejemplo, que tenía la costumbre de encender un último cigarrillo, una vez acostado— despierto en la noche, al lado de Cora, fumando en las tinieblas, sin hablarle ni tocarla, remontando el curso de la corriente del día, con sus penas, con sus fatigas, con sus nudos de asuntos no resueltos. Puedo imaginármelo coronando esa operación y luego, sin miedo a ser incomprendido, saliendo del largo silencio (y entrando a la certeza de una compañía insomne) con una frase como ésta:

—Y en definitiva le dije que no.

Entonces, en lo oscuro de la habitación, desde el hueco próximo, una voz sin sorpresas (la de alguien que no se aclara si ha estado siguiendo el curso de la misma corriente o sabe caer de golpe sobre la presa levantándola de las aguas) puede responderle con un enlace perfecto, reanudando una conversación de cuatro o cinco horas antes:

—¿No habría sido mejor que te hubieras tomado un día más para contestarle?

Y creo figurarme que este tipo de engaste, en el que ya nada tiene que ver el amor, es el que a veces, solidificándose hasta lo calcáreo, hace indestructibles a los matrimonios adultos. ¿El de ellos lo era?

Es posible también imaginarle a Carlos una infancia: con relación a otras personas, ése era uno de nuestros deportes favoritos. Pero lo cierto es que Cora me había contado algo de esa infancia y, aunque parezca paradójal, nuestro juego exigía las zonas de lo absolutamente desconocido. Su padre se había suicidado, y él conservó toda la vida un agresivo rencor hacia la madre, a quien —de algún modo hermético— atribuía las culpas de lo ocurrido. La madre había seguido vi-

viendo en su pueblo, él se había venido a Montevideo, a casa de una hermana del padre. A los años, la tía había muerto y, en ella, él había enterrado todo el concepto y el compromiso de la familia. Un año después encontró a Cora. Tal vez ambos tenían ingredientes comunes en la niñez, pero jamás compusieron ese parecido, jamás vivieron en función de su semejanza. Cora nunca tuvo curiosidad de conocer a aquella mujer, juzgada sin expresión de causa, y un día supo que había muerto en su pueblo. *Finis*.

Pienso ahora si Carlos no habrá ajusticiado en Cora a la madre a quien dejó de ver, a aquella mujer de quien tal vez tenía, en la memoria, la imagen de un rostro joven. Habría que preguntárselo al Dr. Portman, indagar qué dice Freud en estos casos.

Cuando la madre murió, Carlos no ensayó además alguno de perdón o de acercamiento: se limitó a absorber la noticia con indiferencia, como si los hechos pusieran al día un sentimiento irretocable. Cora no se había animado a sugerirle que fuera.

El que tenía entonces frente a ella era un ser adulto y adusto, de comunicación difícil, demasiado ostensiblemente protector del tipo de debilidades por exceso de inteligencia, por demasía de especulación y falta de arraigo que hallaba en su mujer.

—Parecería que últimamente quiere cuidarme la sensibilidad, no exponerme a ningún choque —se quejaba Cora—. El pobre no se da cuenta de que mi sensibilidad está puesta todos los días sobre la tabla de picar carne.

Era posible que lo siguiera en sus silencios y que se ausentara de sus frases, porque si el sentido de una comunión entre los dos no estaba definitivamente quebrado, no eran seguramente las palabras las que podrían conservarlo.

—A menudo él me habla —de cosas de su trabajo, casi siempre— y yo me distraigo (pensando en ti, casi siempre). De pronto, él está en medio de su historia y yo

no sé quiénes son los que se han puesto a dialogar dentro de ella. Entonces el asunto se pone interesante: descubrirlos sin descubrirme, dar con ellos sin preguntar. Divertido.

La cifra de esa incomunicación se daba, mejor que en ningún otro, en el episodio que llamábamos *La lluvia*.

Había sido al cabo de un día bochornoso y a punto de ir a acostarse a medianoche. Cora se había acercado al tragaluz, había abierto la ventana y había dicho (inesperadamente para ella misma) en voz alta:

—Mario querido, empieza a llover.

El calor tormentoso, la acidia del largo día —más aún que el amor— estaban en la frase.

—¿Qué dijiste? —preguntó Carlos, mientras se desvestía.

—Nada.

—Cerraré esa ventana, entonces. ¿No ves que está lloviendo?

Precisamente, lo veía. Sentía su rostro casi mojado, húmedo por la impregnación de la noche en las primeras gotas, por el salto del agua en el alféizar. "Sólo la gente sin imaginación —me escribió después— cree que la lluvia aísla. Es porque aceptan las metáforas vulgares, que son idiotismos, como las frases de la propaganda: los barrotes de la lluvia, los líquidos bastones, toda esa ferretería lastimosa. La verdad es que la lluvia llena el espacio, lo pone comunicativo, lo hace único y lo vuelca aquí sobre mi cara y allá sobre la tuya."

—Mario querido, empieza a llover.

Lo había dicho —me contó— y me había sentido sobre sus labios entreabiertos, al tiempo que la lluvia, golpeando en una hoja de la ventana y convertida en un ligero vapor fresco, había empezado a hurgarle despacio en la nuca, como yo lo hacía.

—¿No vendrás a acostarte de una vez? —preguntó Carlos.

Nuestras formas de comunicación habían crecido a medida que las existentes entre ella y Carlos disminuían. Al encontrarnos de día, podíamos referir la coincidencia de que a alguna hora de la noche anterior (la una menos veinte era la más factible) hubiéramos mirado el reloj para fechar con justeza un pensamiento de amor, que se mostraba recíproco. Muy a menudo, Cora se levantaba en la madrugada y me escribía. No eran estrictamente cartas sino reflexiones que presuponían un corresponsal íntimo —o dejaban sutilmente, entre sus líneas, el dibujo, el vaciado de ese destinatario amoroso—, escritas sin encabezamiento ni datos personales. Carlos debía suponer que eran notas para algún libro (que ella nunca escribió), apuntes que su respeto intelectual le impidió inquirir y que no le habría permitido violar, así las hubiera encontrado sobre su misma mesa. Ella me las traía a la tarde siguiente, como forma de restablecer un diálogo de la víspera o de entamar una nueva experiencia.

Yo también, desde mi adolescencia, he sentido que puedo comunicarme con la gente, sobre todo a merced de la fatiga. En mis días de estudiante, me ocurría que, sin abandonar el párrafo que estaba leyendo, se me cerraban los ojos y por un instante infinitesimal tenía algo así como el sueño de una idea, la ilusión de una percepción física que me llegara, volatilizada y esencial, desde la noche circundante, el sueño de un pensamiento sin imagen. Se me entornaban los ojos por una fracción de segundo y algo dentro de mí, contra el revés de mis párpados cansados, expelía sin verlo: "Un hombre descalzo, caminando en la playa a la luz de la luna", por ejemplo. Podía abrir los ojos y reanudar la lectura en la mitad justa de la palabra en que la había dejado. Estaba ahí. Ni siquiera perdía el sentido del párrafo, que había seguido existiendo por detrás del hombre que erraba a lo largo de la playa, que había corrido contra el sentido de su marcha, como un panorama en el tea-

tro. Siempre me resistí a creer que fueran sueños, conatos de sueños a medio empollar; profesé, más bien, que el mundo enlazaba a mi cansancio una referencia disparatada, la de algo que en ese momento preciso estaba aconteciendo. El hombre que caminaba por la playa encontraba una grieta en mi fatiga para decirme "aquí estoy", sin dejarme saber quién era ni en qué playa, igual a tantas otras, derramaba su sangre lunar, imprimía su huella. Cuando tuve a Cora, no precisé ya estar abrumado para sentir que ella —en mitad de un libro, sobre la frase musical de un concierto— me tomaba tironeándome hacia la incongruencia: Cora comiendo, Cora acostándose sola a cuenta de esperarme, Cora acariciando su zapato, Cora besándome. Era una puerta desconocida, se abría a un mundo donde era posible fundir los tramos de mi tiempo con el tiempo de otra criatura. Ella me había propuesto que Salcedo, balanceando las piernas sobre el murallón, sintiera discurrir en torno de él la presencia de su mujer agradecida y difunta. Me pareció una idea absurda y no quise escribirla. Ahora, para escarmiento tardío, siento flotar a Cora alrededor de esta página. Pero flota sin llamarme, sin darme ya el tirón hacia su mundo y su tiempo. Aquella puerta se tapió con su muerte.

## XVII

Veo la línea de rostros desplegados ante mí, como figuras que se asomaran a un vitral. Sobre la luz que golpea desde la ventana del salón e invade de izquierda a derecha, puedo advertir las diferencias de textura entre esos rostros —los atezados, los pálidos, los encarnados— y también sus pequeños accidentes, sus pecas y sus acnés, en casi todos los casos, porque son jóvenes y la piel está haciéndose, en ellos, al tránsito de la edad.

Tengo, mientras les hablo, la misma lucidez exaltada que —en mis tiempos de estudiante— me permitía sostener cuatro y cinco hilos mentales al mismo tiempo: contestar al examinador su pregunta, hacer el precoz balance autocrítico de mi respuesta y sus efectos sobre el profesor, corregirla al filo de su misma elocución, atender a los que me escucharan desde la puerta de la sala de exámenes y quisieran ayudarme u orientarme a gestos, y aun presentir la próxima pregunta y, si me convenía recibirla, provocar con mis palabras las condiciones que la hiciesen inevitable.

Pero ya no soy estudiante sino profesor y mi sitio es el pupitre sobre la tarima, ante esa fila de rostros ansiosos y embebecidos, en los que tironea el picor de una lección fuera de la costumbre. *Su erotismo empezó por invocar temperaturas físicas, incendios, combustiones en el mundo exterior, como si el encendimiento fuera sólo una propagación, una irradiación del propio ser, como si la conflagración se hubiera contagiado de las cosas hacia ella y fuera luego devuelta desde ella a las cosas. Ella como una tea. Su erotismo arde y se consume en sí mismo, "zarza ardiente en el desierto de un más allá de la carne y de la vida", dice Zum Felde.*

No preciso leer; cito de memoria, con una vividez

herida, arrebatada y barbotante, que no es —sin embargo— dolorosa, que no tiene ninguno de los estigmas de la fatiga ni de la mnemotecnia.

*Zarza ardiente: el primer símbolo del amor, de la consunción pasional del amor —en esta suerte de pan-teísmo de Eros— es el fuego. El fuego contrastado a menudo al frío, para que esplenda mejor: Yo la diosa de mármol con cabeza de fuego...*

Me conocen de todo el año, han caído a menudo conmigo en el tedio y en la rutina, en los yermos baldíos de la docencia, en el blando relleno de las horas muertas y de los días sin inspiración. Deben estar notando ahora una condición desusada, vecina a la elocuencia, tal vez contaminada de oratoria, pero irresistiblemente torrentosa y fluyente sobre ellos. La cara entorpecida de gudejas lacias alumbra unos ojos oscuros y salvajes entre el sarpullido de adolescencia, y me mira. ¿Cuándo la vi estirar así la expresión, por encima del embotamiento natural de la clase? Los lápices cuelgan de las bocas o de las manos, los anteojos bajan a descansar sobre las mesas, hay ojos miopes que rinden a la atención ese tributo de niebla.

*No creo en la ordenación prosaica, metódica, de los elementos que corren sueltos, caóticos y tumultuosamente imperantes en la creación poética. La estilística es un "a posteriori" de la creación. Todo lo que yo pueda decirles parte de una convención de orden pero no fue según esa convención que Delmira escribió. Entiéndanlo bien. Yo sólo les doy el relevamiento de una lectura, no una receta a que se haya sujetado el creador.*

No sé si lo entienden, pero es evidente que intentan absorberlo al nivel de sus músculos, de sus bocas entreabiertas, estimulados por el prestigio que tiene la sola mención del erotismo en el arte, un tema que obra en ellos más que cualquier otra fuente posible de poesía.

*El fuego, pues. "Pleno sol, llueve fuego", dice de un escenario erótico en "Día nuestro". O "por eso, toda*

*en llamas, yo desato / cabellos y alma para tu retrato". Toda en llamas y el alma desatada. Esta misma fusión de datos físicos y espirituales, que es estupendamente fiel a su naturaleza de mujer, se opera por el fuego, aunque el fuego es sobre todo alusivo al costado físico de su ser: "Que me lograste rosas en la nieve del alma / que me lograste llamas en el mármol del cuerpo".*

Afortunadamente me escucho hablando de "su naturaleza de mujer", porque he estado a punto de no filtrar mi pensamiento y decirles, sobre el desnudo esquema en que me lo formulo, su naturaleza de hembra, su condición de hembra.

*Ni nieve del alma ni mármol del cuerpo, por lo demás. Porque ella no era un espécimen de la fauna de las regiones polares.*

Ríen ante la broma que quiere arrebatarles por el grotesco —en el pudor de distancia que crea la caricatura— esta imagen demasiado comprometida de las urgencias físicas del amor. Ríen con una risa insegura, conturbada, de puntos flojos, pero afirman los codos y arman sobre las manos en cuenco la cabeza, para seguir atendiendo, en seguida de haberse consultado un instante con los ojos, en la pueril malicia crítica y suficiente de los quince años.

*No, claro está. Es posible que el alma se eleve a menudo hacia regiones templadas, tenga una plenitud dorada y serena. Pero el cuerpo se retuerce hacia regiones ígneas, hacia zonas cárdenas. Tiene una disolución —no ya una plenitud— atormentada y resplandeciente.*

¿Y si yo hubiera podido persuadirlo y hubiesen consentido en incinerarla? El pensamiento atraviesa corriendo descalzo por medio del discurso y se zambulle en la próxima hoguera. *Es que a veces el frío y el fuego están indiscerniblemente mezclados en la operación del amor. "¿En qué tela de fuego me envolvieron / las arañas de nieve de tus manos?"*

Ha estado junto a mí por un instante, ha sacudido

y esponjado la cabeza de medusa, chorreante y triunfal, y se ha ido. Ha acercado un momento sus labios, por detrás de los míos que hablan, como para sobreaplicarlos a una imagen en el vidrio: para moverlos, previo ajuste, dentro de la faz fotografiada que durmiera bajo el cristal del retrato; para hacer musitar algo, suave y aquerenciadamente, al cadáver de esta pasión que no me deja. Son sus labios, sí, son sus cabellos sueltos al crepúsculo, sobre el regreso de la playa, ondeando al viento del anochecer en lo alto del tilbury, son sus cabellos y no la *caudalosa cabellera de oro veneciano*, la *mata d'un or roux, très foncé*, las hebras de la Magdalena del Tiziano flotando a la luz de la tarde en la chata azotea montevideana. Es ella, la mía; ha aparecido, ha entreabierto el teclado, ha sonreído, ha afinado una nota, un gesto, una sola, una imperceptible vacilación sobre el tono interrogativo de las palabras "nieve de tus manos", nieve de sus manos, lumbre de estu-  
por lunar, de confusión y de encuentro.

*Ya sé que, citándolo así, a un poeta se puede hacerle decir —y a ustedes y a mí sentir— abusivamente cualquier cosa. Los prevengo contra este modo de exégesis mentirosa. Pero en este caso —creo que ustedes me comprenden y me siguen— lo que interesa no es tanto dar intelectualmente las significaciones, que son muy simples, sino trazar las líneas de un temperamento. Abocetar un ser humano milagroso, si es que se puede decirlo así.*

Sí, se puede decirlo, pero para que fuera enteramente válido sería imprescindible que lo dijera y pensase de Delmira, sólo de Delmira, no de ella y de Cora, no de Colmira, águila de dos cabezas, mujer de dos cuerpos, ninfa feroz, desgarrada e invicta, muerta y eterna. Sí, se puede decirlo y tal vez en alguna medida ellos lo comprendan. De todos modos, más que al sentido íntimo de las cosas están atentos a la emanación humoral de todo lo que avanzo hacia ellos, a lo que saldrá de

esta misma pausa en que me repliego sobre las hojas del libro con la marca de las citas a leer, a lo que creen descubrir en mí de necrofilia poética, de amor a des-tiempo, de entrega luctual, de abrazo vicioso.

*El otro símbolo de esta poesía —un pasito más adelante en el corredor del erotismo —(vuelven a sonreír, tornan a mirarse y se sumergen de nuevo) — es el floral: la flor, los pétalos, la dehiscencia. O sea —ustedes no retienen tal vez hoy la palabra en su acepción botánica, y yo puedo fantasear un poco sobre ella, tomarme una licencia poética a los fines expresivos— la apertura complaciente de la flor, su eclosión y su entrega a la madurez y al amor.*

Y otra vez —su eclosión y su entrega a la madurez y al amor— atraviesa ante mí, alza lánguidamente un brazo para peinarse, en aquel fondo ajeno y brumoso de hotel, parvas, árboles palpitando como peces en la red de la mañana. Su eclosión y su entrega a la madurez y al amor, el tiempo que vivimos, la dehiscencia y la polinización, la noche, el viento y la muerte.

*A primera vista, éste de la flor parece un símbolo más relicente y púdico que el del fuego. Pero no es así. El fuego es el atributo imaginario que corresponde al momento inicial de la soledad: a la desesperación ante la evidencia de la soledad.*

*La flor, en cambio, corresponde al trance de la posesión: la flor, la tierra, signos inmemoriales de la fecundidad. Ella misma, a despecho de su condición de presumible virgen —esa virginidad que algún día habría que averiguar mejor —(se mueven en sus bancos, cuchichean) — yendo hacia hechos sofocados y ocultos, oscurecidos por toda una tradición de mojigatería que ha tapiado a Delmira, cegando las fuentes de comunicación que su poesía empecinadamente propone— evoca a menudo una disposición terrestre de sed y de apertura, y esa sed se contagia del fuego a la tierra: “Así tendida soy un surco ardiente...”*

—Por favor.

La voz viene desflocada entre los mechones, se apoya medrosamente en la caída de tono de mis últimas palabras.

—¿Sí?

—Por favor, ese último verso... ¿Podría repetirlo?

—Claro, claro. He estado hablando muy bajo, tal vez. *Así tendida soy un surco ardiente.*

Hay un cloqueo sordo, un murmullo zafio de salud y de cordura, algo que drena la tensión que invocaron las palabras “presumible virgen”. Diciéndolo más fuerte paso a ser yo —con mi barba de anteayer, con mi pelo cayendo sobre las orejas, con los puños de la camisa raídos— quien les proclamo ser el surco ardiente.

—Gracias —y se refugia en la timidez de haberlo provocado.

Apunta. Está apuntando ahora, cuando no enrosca el lápiz a alguna de aquellas mechas aceitosas que protegen el pómulo perfilado y caen sobre el hombro que avanza para defender el espacio de la escritura. *Así tendida soy un surco ardiente.* Imposible que haya tenido alguna vez el candor y la franqueza, el olor a lavanda que se precisan para pensarlo de sí, para decirlo sin miedo, para aplicarlo a una potencia genitriz que haya sentido moverse en sus entrañas.

*Porque toda su poesía está atravesada por un gran himno floral, palingenésico, de copulación y fecundidad, de ayuntamiento gozoso. Asimilado a una flor su ser erótico, su cuerpo amatorio va adquiriendo un detalle y una consistencia más claros, porque la correspondencia convencionalmente delicada de la imagen de una rosa referida a un ser humano le permite eludir el asfixiante pudor del medio y de la época, para dar la sensación misma del desgarramiento físico de la cópula, bajo una suave apariencia ornamental. El sexo no es generalmente un espectáculo de buen gusto. Y menos lo era entonces, porque entre las inhibiciones de la época estaba la*



que consiste en no mencionarlo jamás, dejando si acaso el hueco que aluda a su existencia. ¿Recuerdan la forma en que Leverrier descubrió al planeta Neptuno? Por eliminación de las demás causas que podían provocar determinados fenómenos celestes. Pues así mismo hay que descubrir el sexo en las novelas victorianas —por debajo de la ceremonia del té de las cinco en la glorietta— o en el Montevideo de Delmira Agustini, por debajo de las guirnaldas sentimentales, por detrás de los medallones y las siluetas.

Los miro considerativamente, estoy a punto de decirselo: ellos conocen tal vez sucias historietas de excusado, lóbregas fantasías fálicas del amor, fabulosas de puro irreales. Pero parecen inermes, deslumbrados —o tal vez hoscamente resentidos— ante esta posibilidad de que se les trafique el arte como materia de erotismo o, mejor aún, el erotismo como materia de arte. Hay en toda la operación algo más sofisticado que lo meramente obsceno, o que esa poesía de alas sucias que ellos tal vez balbucean cuando caen a una cama o cuando, más aliviados porque aquello termine que alegres u orgullosos ante el hecho de que haya sucedido, saltan desde allí. Estoy a punto de insurgirme de viva voz, ante ellos, por la gazmoñería que cava un foso en la frase “Tu nena tiene apenas tiempo para decirte que te adora y que está esperando ansiosamente tu... que es de ella”, o se abstiene de descifrar el sentido de un plural: “Enrique: mañana, si Dios quiere, te espero como siempre. Todos te esperamos como siempre.” ¿Quiénes son todos? ¿Yo y mi sexo?

*El amor se extraía entre ellos por el método de los residuos, quedaba como la decantación al fondo del matraz, como el precipitado amarilloso en el vientre de la retorta.*

Vuelven a reír, refieren color y precipitación a lo que saben: tienen la estúpida sabiduría del pie de la letra,

del enlace sin fuerza de imaginación, el fiel del recuerdo físico y del detritus orgánico, sólo eso.

*Hay equivalencias muy simples, para empezar. El jugo de una boca amante suscita una carnalidad de pulpa vegetal. El beso es “una rosa de labios”. Y luego, “ellos me dieron sed de todas esas bocas / de todas esas bocas que florecen mi lecho”, una imagen donde la flor y su avidez de riego están referidas a ese santuario equivoco: la alcoba de una doncella.*

Cora corriendo por la playa, al sol de la tarde. No puede rivalizar en erotismo, es menuda y firme, aureolada de gotas. ¿O es que siempre resulta menor, más mitigada, más infantil, más abusivamente melancólica la sensualidad que exprimimos y magullamos, la copa que nos bebimos, que aquella sensualidad caudalosa que el sexo ajeno nos propone desde su letra? No sé. No me imagino a Cora como un fauno de amor, ni puedo imaginarme a Delmira —truculenta, carnal, con un aire de matrona de campo para una tela de Renoir— corriendo semidesnuda por una playa atardecida y desierta. Sería cómica, lúbricamente cómica si pudiera verla, aun con esa comicidad reprimida e inmencionable, de dientes hundidos sobre el labio inferior, que es el silencioso comentario y el lascivo ridículo del amante para el amante, la cursilería sin espectadores que nos lleven a disculparnos, la cursilería como afrodisiaco y como pequeña perversidad retenida y vengativa, para la hora del amor.

Aun así, aun así no llego a imaginarme que yo hubiera podido ser Enrique Job Reyes aquella tarde y hubiera podido verla viniendo hacia mí con los “bucles naturales sobre el pecho opulento”, con aquella feliz respiración erótica que significara a un tiempo ausencia de testigos y de corseletes, falta de pudor y también esquizofrenia, entrega carnal al ser para quien nunca escribimos, sumersión de los sentidos pero no del alma. No puedo verla y puedo sentir en cambio la presencia

de Cora sobre un fondo de río y de deseo, el prólogo de la entrega total, la palabra machacada en que comulgamos durante el amplexo, la escondida ternura de una corva o de un pie, y no siempre del pubis.

*“¡Mi vida toda es una boca en flor!”; y la metáfora, prendida inicialmente a la boca, va anegando el ser entero: “En los pétalos todos de mi vida” o —aun con más calidez— en “la ardiente flor de mi cuerpo”, con la arrogancia amatoria ya cumplida que, en la imaginación de una mujer corriente (¿en la de Cora, tal vez?) habría sido necesaria para poner aquí “cuerpo” tras haber escrito ya, tan ambiciosa pero más pálidamente, “vida”.*

Pero no. Cora no lo habría dicho aunque pudiera: porque ella y yo —y me comparo con esos chicos que tienen del sexo y del cigarrillo un sabor a prohibido que empezó en los retretes colectivos del liceo— cultivábamos demasiado honestamente el escrúpulo de la anti-retórica. Cora no pudo, como Delmira, franjear su ser y su pensamiento —su razón, su instinto— para decidir que había en el mundo dos clases de seres, aquellos idealmente superiores con quienes toda alta comunión fuera fastuosamente sensitiva e intelectual, y en el fondo insatisfactoria (“Eros, ¿acaso no sentiste nunca / piedad de las estatuas?”), aquellos que podían ser nuestros pares en las regiones de la exaltación emocional, sin cursar con nosotros el amor físico, y aquellos otros que sólo pertenecían a la zona del cuerpo, aquellos junto a quienes la efusión podía ser el espasmo pero no la lágrima, aquellos que podían hacernos segregar poesía pero no anudarla como trama entre ellos y nosotros, demostrativamente. No, ella supo y quiso realizar la evidencia de que una zona no existe sin la otra y pensó seguramente conmigo que vida y cuerpo eran lo mismo, que no se trascendía de la primera al segundo, que no vivíamos al margen para caer en el abrazo y poetizarlo luego, sino que éramos —vestidos, frente a frente, tomando el café— la misma intransferible materia de nuestro

abrazo, y nos amábamos por igual en una frase y en un beso, porque de una y de otro extraíamos el sentido de una ocurrencia propia a cuatro labios.

*Estamos ya en la plena dehiscencia. “La eléctrica corola que hoy despliego” va a abrirse. Es la obertura floral que traspone a candor de la naturaleza el acto de la apertura carnal:*

*Como una flor nocturna allá en la sombra  
yo abriré dulcemente para ti.*

*El pronombre usurpa el sitio de una forma pronominal, reflexiva, que daría más cruda y desnudamente la evidencia del acto voluntario, autoinfligido, que se solaza precisamente en ese apogeo asumido de la libertad en la entrega: “Me abriré dulcemente para ti”, así debió decir.*

Se remueven y comienzan a mirarme con inquietud: a pretexto de un autor de programa, comienzo acaso a parecerles impúdico. Me sienten demasiado lejos de Las congojas del joven Werther y del lunes pasado.

*Lo dirá, sin embargo, incluso poniendo una dócil sensación de plegamiento bajo la mano ajena, poseedora:*

*¡Ah, yo me siento abrir como una rosa!  
Ven a beber mis mieles soberanas.*

*O, más lacónicamente: “y me abro en flor”.*

*Por ese acto de fecundación, el ser llega a un esplendor total:*

*“y tanto te inclinaste  
que mis flores eróticas son dobles  
y mi estrella es más grande desde entonces”*

*Había escrito (y tachó, rehuyendo tal vez el prosaísmo verista) “y mi carne se hizo más profunda”. Pero era*

*trasparentemente lo mismo que, con apelación a la dualidad de las flores y a la singularidad de la estrella, ya había dicho de su sexo, comprometiendo al mismo Cosmos en su pretensión de nubilidad.*

Acaban de descubrir ese triángulo que se apoya en los pechos y las ingles, han visto erigirse en palabras una confusa cosmogonía de amor que no está en el repertorio de sus opacas imágenes de cuarto de baño para aludir al sexo. Podría hablarles ahora del animismo y el fetichismo poéticos que alentaban en sus versos, del sentido que el psicoanálisis podría extraer de toda esa heráldica de cisnes, serpientes y cuervos que puebla sus poemas. Pero está a punto de sonar el timbre y prefiero volver unas últimas reflexiones hacia aquella forma de muerte que ya les he referido al comenzar, en las veinte líneas sumarias de biografía con que he abierto la clase.

*Y todo lo que es ella eclosiona también en su muerte. Zum Felde pretende que el ex marido "la atrajo a una última cita secreta, que era una siniestra emboscada de la locura". Porque "él amaba a la mujer, a la hermosa mujer que en ella había, pero no podía comprender lo que había en ella y que no era la simple mujer". Es la reversión de la Plegaria, en cierto modo, pero no la creo. Es posible que haya habido una "siniestra emboscada de la locura", pero no creo que ella haya sido la acechada y cazada, como sugiere la frase. Delmira no tenía miedo a la muerte, es algo que uno ve alzarse de sus poemas, de sus actos y de sus cartas. Acaso sucedía lo contrario: que su erotismo estaba penetrado de la idea de la muerte y la muerte era para ella la lógica conclusión del placer, la fijación definitiva en el amor y en el hombre. Recibir la muerte de manos de un ser que por muchos motivos le provocaba rechazo pero de quien había recibido también los únicos momentos concebibles de pasión carnal, significaba tal vez en su imaginación una forma trágica y conclusiva de apoteosis, una reconciliación de opuestos a la que sólo por ceguera*

*podríamos llamar ahora asesinato o frustración. Hay frustración y asesinato en esos tipos de muerte cuando las fuentes de la muerte están lejos e incomunicadas de las fuentes del amor. En Delmira el proveedor de amor, parcialmente baldado, fue en definitiva el proveedor de muerte. Aunque nadie pudiera pensar en eso, ella debería haberlo pensado. Por eso pudo darse a quererlo, a provocarlo con absurdos desafíos, con bravatas, con triviales retos injuriosos al trivial honor pequeñoburgués del caballero; a suscitarlo casi con sus manos. "Si no vamos a ser felices es preferible morir juntos", llegó a escribirle cuando se separaban. Ese diminutivo enternecedor y cariñoso —juntitos— no habría podido ser escrito si una muerte en esas condiciones no hubiera podido ser imaginada y transfigurada en cierto modo como el supremo espasmo. Les prevengo contra las frases que encierran simetrías demasiado cautivantes, pero a pesar de todo les digo ésta: ella, que había vivido cantando a un hombre fantasmal por quien no podía morir, moría por un hombre real a quien no podía cantar. Esa es seguramente la verdad, por masoquista que parezca. Y por ella, la tragedia de Delmira es hoy, a la luz de los años, más la de la incomprensión que la de la muerte, más la de haber sido tapiada para todos que la de haber sido sacrificada en el umbral de su madurez. Porque a su sacrificio ella contribuyó activamente y a su clausura se entregó con cierta resignada y martirizada, con cierta obediente y filial pasividad. Piensen la situación contraria, piénsenla en un ser maduro sin ataduras filiales: piensen en una mujer que haya descubierto las potencias del amor y quiera vivirlas, una mujer que advierta de algún modo secreto —inconfiable aun a su mismo hombre— que las potencias de la muerte la acosan, la asedian, montan guardia a la espera de que caigan sus arrebatos de amor y plenitud, tejen con manos de nieve la tela de fuego que habrá de envolverla, como en los versos de Delmira. Piensen en una mujer que haya*

*descubierto el amor pero no pueda nombrarlo, que no quiera escribirlo, que no sepa o no quiera metamorfosearlo verbalmente, que no aspire sino al hueco clandestino y transitorio en que pueda dársele la opción de vivirlo. E imagínense que esa mujer, que teme tanto a la muerte, que vive con la sombra permanente y callada —encogida— del terror de conjurarla sobre sí, la ve avanzar un día hacia ella y no puede detenerla. Es cualquier forma de muerte —un síncope, el cáncer, un balazo en la cama donde duerme y despierta a punto de morir—, eso no importa. Lo que importa es el segundo en que ella cae hacia adelante o hacia un costado, de espaldas como tal vez sea más noble o de bruces como cayó Delmira. Pero cae segada y no ópima; asaltada por la muerte y no llena, cargada, rebosante de ella como cayó Delmira. Imagínense esa forma de afrenta y derrota donde Delmira tuvo un triunfo condenado e incommunicable, pero buscado. Piensen por un momento en el último instante de esa mujer de dicha interrumpida, en la palabra que quiere dejar como contraseña y no sube a sus labios, en la horrible soledad en que muere un ser si se le abate lejos de los centros de su amor y de su gracia. Delmira murió donde quería y tal vez como quería, promotora de su muerte, suicida contagiosa. Piensen por un minuto en el ser contagiado y traten de sentir en ustedes el poema que, de haberlo podido, ese ser habría escrito. ¿No creen que habría sido mucho más inconcebiblemente hermoso?...*

No se han movido, no han oído —como tampoco yo— el timbre para finalizar la clase y luego el otro, que manda empezar la siguiente. Es la plácida cara del profesor de Filosofía, emergiendo al filo de la puerta que se entreabre, la que nos trae (tenía que ser él) su noción del tiempo, que es también la del mundo que nos rodea.

## XVIII

Vuelvo todas las noches a este espejo. Caigo en él, ya lo he dicho: cuajo en su azogue. Y el hecho de que haya pertenecido a Cora y estado en su casa antes que en la mía, da a este acto aparentemente trivial en su impudor —mi caída y mi desnudez en su faz, como el seco pasaje de una sombra por la piel de un agua quieta— un sentido casi litúrgico de continuidad, de fusión y comunión en el tiempo, que me intriga. ¿Por qué azar, pienso ahora, por qué causa cuya profundidad no entendía quiso ella que yo lo comprara? ¿Qué alcance tiene el acto de que yo estampe mi cuerpo donde antes se estampó el suyo, qué significa esta posesión sucesiva y fugaz de un mismo vacío? (Y posesión es acaso la palabra clave: así nos poseíamos ella y yo, del mismo modo precario e irresponsable en que la imagen posee al espejo.)

No, no sé. Es posible pensar, fatuamente, que este espejo es el tiempo, pero no tiene una precisión más fatalizada que decir "Este espejo es la culpa" y, sobre todo, que imaginarse a este espejo como la soledad. La soledad cursada primero por ella y luego por mí, la que desgajó y desmanteló antes a ella y luego a mí, la que nos devoró con el semblante de rodearnos, con el aspecto de hacernos un marco, de darnos importancia.

Todos los símiles son igualmente factibles: dicho de otro modo, todos se revelan igualmente innecesarios. Stendhal definió a la novela como un espejo paseado a lo largo de un camino. Nosotros paseamos un espejo entre nosotros dos o, para decirlo con más exactitud, Cora lo hizo correr de ella hacia mí. ¿Presentía entonces que mi imagen sobre él sería más duradera, que yo podría

realizar el propósito de ser el heredero de la soledad de los dos?

“Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres”, escribió una vez alguien que jamás practicó la cópula y que en un tiempo apenas si se vio brumosamente (y luego ni siquiera así) en los espejos. Yo he recogido de los espejos otra visión pesadillesca: la multiplicación irritante de la soledad. En el cuarto donde murió la abuela, por ejemplo. Dos roperos flanqueaban su cama y enfrentaban las lunas de sus espejos; y como en una galería infinita, como si yaciera acostada decenas de veces, puesta de través y repetida para medir la profundidad de un corredor, la abuela se difundía muerta y algodonosa, flotante. Y a las horas, la hinchazón de su vientre se fue comunicando a más y más imágenes, como si cundiera hacia una enormidad caricatural y ficticia, como si aquella jiba blanquecina y monstruosa que hacían su vientre y las sábanas fuera un comentario sarcástico de la inmortalidad, de la forma en que se entra en ella, del inminente desgarrón de envoltura que le debemos. Pasada a través de aquel acosamiento de espejos, la ternura, la pena, los recuerdos en vida, las frases del día de ayer, la coquetería del último peinado de unas horas atrás se volvían pavorosamente inactuales, parecían las formas de un desafío insensato, de una ilusión o de una mentira.

—No —protestó Cora—, jamás le he consentido que encienda la luz, como a ti te he dejado hacerlo.

Acababa de decírmelo —“Esta mañana mandé el espejo a remate”— y de interesarme en el asunto, aun sin proponerme que lo comprara. Mi respuesta había sido innoble aunque, en la situación en que nos encontrábamos cuando la formulé, hubiera querido ser simplemente acuciosa, estimulante de la exclusividad que ponía en duda:

—Querrás que yo lo borre y en los mismos trances.

Era injusto, porque sabía de su antifetichismo, de su

capacidad para entregarse sin memoria, sin ánimo de lustración y sin cotejo, sin una baraja en el dorso de la mano cuando extendía las palmas, sin todo ese aparato de trucos sentimentales que yo, en cambio, en mi relación con ella fui desechando y escarneciendo, pero del que no puedo decir que haya prescindido desde el principio.

No me dijo —tal vez no lo pensaba todavía— que allí fuera a encontrarla. Cuando la vi aparecer a lo lejos, en esa dimensión de escenario referida por centenares de objetos, las manos en los bolsillos aplicados de su abrigo y la boina de color hoja seca, cuando la vi alzar las manos, quitarse la boina y dejarla sobre la superficie de una cómoda (donde marcó su redondel sobre el polvo), cuando la vi volverse a un espejo y peinarse ligeramente ante él, como manera de indicármelo, pensé que todo ese frívolo ceremonial había sido preparado en silencio, la tarde antes, junto a mí sin decírmelo. Pero no era así.

Cora volvía a ver un remate después de muchos años, me explicó después. No había tenido la intención de encontrarse allí conmigo, pero las últimas horas (como solía decir) le habían dado el tirón.

—En los remates el tiempo no corre —comentó luego, semidesnuda en un ángulo fugitivo del espejo, puesta en ochava (y jamás colgado) en una esquina de mi cuarto—. ¿Te has fijado?

Al nivel a que estaba, el espejo recogía su cuerpo en escorzo y más allá, envuelto en el humo del cigarrillo, emergiendo en la redondez de un hombro o en el anguloso ademán de una mano, el mío. En su casa, me había dicho, estuvo siempre colgado a mayor altura, y sus imágenes jamás bajaban del nacimiento del pecho. Carlos lo había calculado para peinarse y anudarse la corbata (martillo en mano se observaba y se lo hacía mover, me contó) y él era considerablemente más alto que ella, más alto que yo.

Puesto en el suelo y no a lo ancho sino a lo largo, en una estrecha faja vertical, aparecíamos de un modo más íntimo, más indiscreto y desvergonzado del que nadie había confiado a su lámina.

—Es todavía peor que en esas casas viejas, que en casa de mis hermanas —agregó—. Por eso hay ese aire de marchitez, de cosa ajada.

—Por eso y por el olor agrio, a fruta pasada, que tienen todas las maderas y todas las telas respirando al mismo tiempo.

—Sí, claro. Todo lo que allí se junta está en los bordes de la vida. Es lo que amuebló un tiempo y pasó con él; o mejor todavía, lo que después otro tiempo expulsó.

Recuerdo su sensación tensa y un poco angustiada del fluir del tiempo referido a objetos, a caras, a arrugas, al triangulito amarillo que imprime un doblez en la página de un libro, a cualquier forma de pátina. Retengo su opinión acerca de un rostro (“Hay caras que recogen los rasgos menudos de una época y adiós.”) y pienso cómo debe haber sentido toda la presencia de ese hontanar entre las viejas consolas, las voluptuosas formas trabajadas en ébano o caoba, el noble adorno o el rococó presuntuoso, la picadura negra en el azogue o la insidiosa viruela blanca de la polilla (real o fingida, para dar años) en la faz oscura de un mascarón o de un santo.

Por eso mismo, razonamos mientras ella se embutía el viso por la cabeza y echaba miradas oblicuas a su reloj, por eso mismo hay allí siempre una pululación de gente evasiva, gente que también ha sido expulsada de su época y quiere reencontrar en los remates su tiempo y su gusto. Estaba vistiéndose mientras me lo decía, pero la tarde anterior —haciendo correr sus dedos sobre una mesita de juego, como si la taracea de maderas finas pudiera devolver la sensación táctil, la incrustación laboriosa que el artífice había sepultado en ella— Cora había indagado también (yo podría asegurárselo,

lo negó riendo pero ligeramente conturbada por mi posibilidad de espionaje y descubrimiento) el tiempo y su decantación o sumersión en las cosas, su presencia alestargada e irrepitable, esa superstición de vida acumulada y pronta a abrirse debajo de nosotros —de nuestra mano, de nuestra mirada, de nuestra imaginación, como el Lázaro eterno que es la historia, que son las palabras escondidas en un libro, en alguno de esos libros con olor a encierro, a papel ardido y húmedo (sus manos habían pasado de la taracea a la pasta española) que uno encuentra y hojea en los remates—.

Ella también había tenido esa inocencia anacrónica y postiza que se contrae en las casas donde flota la huella de viejos imperiosos, en las subastas de mobiliarios y ajuares, en las habitaciones donde nos olvidamos del muerto para ponderar las perillas de su cama. Había sucumbido a ese refinamiento (falso y amanerado, le dije) que trabaja sobre el candor, el primitivismo y la torpeza con que en su día fueron hechas las cosas, y quiere convertirlos en efectos deliberados, atribuyendo al pobre artesano una intención compuesta y aviesa. Tales angelitos encogidos como fetos en las guirnaldas de un cielorrasso, tal Vesubio humeante en el descascarado fresco de un patio familiar, tal escultura en madera con los rasgos espantosamente acuchillados por la dureza de la mano, la irrescatable cursilería de unas ninfas corriendo en hilera y desplegando una gasa que parte de los dedos a cubrir los sexos, tal búcaro pintado en su porcelana pasan a ser invariablemente *deliciosos*, no porque auténticamente lo hayan sido en su concepción, no porque hayan estado asistidos por el alma distinguida de un creador, sino porque ha pasado el tiempo sobre su tiesura o su empalago, sobre su ingenuidad que hoy hace fresco lo inhábil y da al espectador complaciente la sensación ambigua de su rejuvenecimiento y su ventaja, la situación confortable de sentirse más complejo y estar mirándolos desde otro escalón de las edades.

Y luego eso se imita, y pasa a ser —como dice Galia— “el academicismo de la *gaucherie*”, el pseudo ingenuo, el pseudo primitivo, el pseudo arte y el pseudo tiempo. “Lo auténticamente pseudo.”

—¡Ah, no, no, no, yo no podría! —se defendía Cora, el viso a medio desenroscar sobre su vientre—. Soy demasiado sentimental para burlarme así del sentimiento, para entrar en la parodia que —él sin saberlo pero yo sabiéndolo— ese sentimiento, a través de los años, puede hacer de sí mismo. Haré mi propia parodia, a mis expensas (y vio la mancha de su sexo en el espejo y bajó el resto de la prenda hasta cubrirlo). Pero eso es otra cosa.

La vi acercarse, digo, por ese museo de la materia en espera o disolución, y era tal vez el mismo paso que después repetiría (sin fondo de roperos, repisas o retratos, suelta sobre una franja de arena y una cabecera de árboles) viniendo hacia mí en la tarde de la playa. Y ahora, las manos en los bolsillos del abrigo color habano que volvería a escondérmela (a hacérmela sentir bajo sus líneas holgadas y flojas) desde más lejos en el aeropuerto, y la boina color hoja seca, no el fielto castaño de la despedida.

Más allá de sus espaldas, en ese mundo que su paso hacia mí iba aboliendo y aneblinando progresivamente, como en las tomas de una aproximación humana en el cine, la enteca vulgaridad del rematador se resolvía en gritos, en la respuesta silenciosa de una mano o unas cejas que escarbaba, hipando y derrochando simpatía, entre las caras del público. Cora venía hacia mí y hacia el espejo y el rematador sobre su tribuna quedaba semicolgado de su hombro, inclinándose hacia adelante con una tetera de barro etiquetada en blanco, que proponía circularmente a su alrededor.

El rato en que ella estuvo a unos metros y hasta me habló de soslayo (mientras tironeábamos cajones de dos muebles contiguos, y luego más francamente, cuando

coincidimos en el interés por un lote de cuadernos de arte) a sus espaldas remataban paños, prendas de ropa usada o uniformes de niños que parecían recogidos de algún naufragio, trajes de hombres que eran inmenablemente más sórdidos, como se había convertido instantánea y envilecidamente a mis ojos el que yo mismo llevaba cuando un comprador, en la calle Ahumada (en pleno Santiago) se acercó a mí y con una voz hueca, pequeña, cantarina, modosa, me dijo —desvistiéndome en la intención— que él me lo compraba.

Era una zona mullida, opaca y ominosa del remate. El martillero extraña las ropas, las mostraba apenas, se abstenía de elogiarlas como era capaz de elogiar una horrible acuarela o de exaltar lo recuperable del marco que la circuía. Hacía un gesto fofo y recogía ofertas bisbiseadas, siempre entre dos o tres, las mismas personas. El martillo caía también blandamente, con menos énfasis que cuando acababa de vender un jarrón o un juego de dormitorio; caía con un ruidito mezquino y el rematador, volviéndose hacia el lápiz y la túnica de su ayudante, decía alternativamente uno por vez, entre dos o tres nombres consabidos: Sara, Mauricio, León.

Lo romántico —comentó Cora al otro día— estaba al margen y hacía el escarnio mudo de esa miseria prosaica de los compradores de chalecos, bufandas y zapatos. Lo romántico eran los usos del hombre y el tiempo.

—Hay gente que compra tiempo en los remates —dijo Cora—. Tiempo y nostalgia.

Y a la orilla de esa subasta de casimires con avería (“una simple mancha de las bodegas, porque es paño extranjero; desaparece fácilmente con el teñido”) era posible ver a esa gente más espiritual, más remota, a esos desahuciados que aguardan, que a veces se sientan y hasta echan un sueñito en los muebles que quisieran adquirir, que prueban equívocamente la ilusión de meditar o dormir media hora en el siglo en que les habría gustado vivir, en que tal vez vivieron hasta que

otro —más poderoso— los expulsó o segregó. Es gente que quiere enriquecerse de alma —presumiendo de inteligencia, de linaje o de gusto— con los estigmas de lo usado.

—A veces no saben bastante y confunden lo antiguo con la antigüalla —dijo Cora, recordándolos desde su cuerpo a medio vestir, lo que ya era ofenderlos—. Otras veces, en cambio, han tenido lo bueno y lo han perdido, pero les queda la memoria y dicen "Esto sí está bien hecho, esto ya no se hace hoy así", —y generalmente tienen razón. Sólo les falta dinero para ir hasta el fin.

Mientras tironeaba los cajones de una cómoda de madera de naranjo, se inclinó ligeramente y me dijo en voz baja —precaución inútil aunque divertida y picante para nosotros mismos, nada más que para nosotros, porque nadie nos miraba ni seguía en aquel rincón sombrío del local: "Lo rematan a última hora, tiene un número alto."

—Lo mandaste muy tarde —dije como un reproche, aunque no hubiera averiguado para qué lo había enviado, por qué lo ambicionaba para nosotros en la pieza, el revés desnudo de su capricho.

Ella y Carlos habían convenido en que no rimaba con la habitación que tenían, con los demás muebles. Y como era un espejo veneciano, de muy buena luna —argumentó Cora— tal vez dieran por él lo bastante para comprar una lámpara de pie, que hacía falta en el comedor, en la esquina de sillones en que leían.

Detesto los remates y habría consentido espontáneamente en tomar el espejo y darles la lámpara. Pero era necesario seguir todas las reglas del juego. Carlos podía presentarse en el remate a averiguar el precio que se había alcanzado, etc.

A la hora en que salió a la venta el espejo, Cora no estaba. Siempre me han cohibido los remates, donde un tic, el alzamiento de una ceja, el acto de espantarse una mosca o de arreglarse el pelo pueden pasar por

ofertas. Pero esta vez ofrecí rotundamente y desde el principio, sin mayor técnica del sondeo del interés ajeno y como quien afirma —en la dadivosidad del dinero— la fuerza de un sentimiento y el deseo de posesión talismánica que él engendra. Tenía que ser para mí.

Y esa vez, por lo menos, la táctica del ímpetu dio resultado. Una viejecita con su gargantilla de tela negra al cuello, que seguramente —ella sí— quería el espejo para una habitación en que se acordaría a cortinas, a consolas, a puntillas, a óleos de época, desistió casi en seguida ante la fuerza de mi voz, ante la energía con que subía mi oferta de tres en tres pesos, y abandonó la puja.

El espejo fue a dar, pues, a este rincón en que lo veo y me mira. Hice cuestión de urgencia, obtuve que lo enviaran a la mañana siguiente, pagué fletes por anticipado, me quedé en casa para esperarlo. Era como si dispusiese un escenario para la llegada de Cora y aquél fuese el detalle esencial.

Ella, con hermosa incongruencia, pretendió al día siguiente sorprenderse de que lo hubiera comprado. Es cierto que nunca me había pedido expresamente que lo hiciera. Pero, ¿podía esperar que yo perdiera la tarde haciéndole simplemente de testigo, para saber dónde iba a dar el espejo y a cuánto se remataba, o acaso para "defender el precio"?

Está donde lo hice dejar por los changadores, pues nunca lo colgamos. Está ahí, en la esquina de la habitación, absorbiéndola enteramente desde un enfoque oblicuo, afantasmando mi cama y haciéndola navegar con una ligera inclinación que la torna misteriosa, como la cama de Van Gogh en la pieza de Arles.

Y Cora y yo caíamos siempre en él, exhaustos y empañados, cuando hacíamos el amor. Desde allí —desde el fondo de la maravillosa luna veneciana— era otra pareja, más feroz o más sumaria que nosotros, la que nos acompañaba y absolvía.



Recuerdo una de las últimas veces que estuvo Cora: posamos un segundo para el espejo, desnudos y de pie, yo con mi *enbonpoint* y ella con su delgadez, yo con mi ceño y ella con su sonrisa, esa sonrisa insoportablemente dichosa desde que está muerta. Me dejé derivar un poco hacia ella, colgar remisamente pasándole un brazo por la espalda y enganchando los dedos en el hombro que me quedaba más distante, en tanto ella hundía su seno derecho en mi axila y ponderaba que cupiera con tan venturosa justeza.

—¿Cómo era el latinajo? —preguntó avanzando la cara hacia su copia.

—*Solus cum sola, nudus cum nuda in eadem speculum*, —dije.

Rió, y sus dientes mordieron algo en la luna veneciana.

Me pregunto a menudo si he sabido realmente lo que es el amor. En una edad de mi vida transferí a mi madre un sentimiento de difusa y entrañable gratitud, pero hoy pienso que estaba referido a una circunstancia personal: la de haber nacido.

Ya en la adolescencia, deposité mi credulidad del amor en alguna muchacha pura: creo que era el sentimiento de una frustración personal, sublimada para que no me escociera: la de no haberme acostado.

Ya adulto, creí encontrarlo a la cabecera de mi padre moribundo. Pero era la punzada de un silencio propio: el de no haber dicho.

En mayor o menor medida, eso ha sido egotismo. En contraste, creo que con Cora (miro el espejo, hundo a veces en él los ojos con dolorosa fijeza, como si de ese estanque pudiera pescarse y levantarse, aureolada de gotitas, su única imagen) ha sido enteramente distinto. Ha removido en mí fondos que suponía secos: la he amado, la he tenido en mis brazos, nos hemos acostado, le he dicho todo. Y todavía me queda una irrestañable

ansiedad por ella, por la certeza de reencontrarla, por la urgencia de la palabra siguiente. ¿Y no es eso el amor?

Fue en medio de aquel verano de tu adolescencia. Tenías dieciséis años y aquella tarde cayó ante ti el único sentimiento que hayas tenido por hombre alguno, antes de Carlos. Luego pensaste que lo habías inventado, claro está; que había en toda tu persona —en tu infancia, en el hueco de la muerte de tu padre, en la aridez de tus hermanas— una vacancia afectiva que era capaz de crearse sus objetos, de hacerlos verosímiles.

Lo cierto es que aceptaste ir cuando supiste que el muchacho estaba enfermo. Clamaba por ti, dijeron. El largo viaje en ómnibus, la fruición con que entreabrías los labios para que el viento que golpeaba en las ventanillas y se revolvía en tus cabellos poseyera también el interior de tu cuerpo, fueron después lo mejor del recuerdo. Gracias a ese ánimo de entrega pudiste no sufrir (hasta que te tocó bajar a la calle polvorienta de aquel pueblo, distante cuarenta kilómetros de la ciudad) el bochornoso calor hacia el que había madurado el día, la asordinada y vibrante tensión que dominaba en ti ante la idea de su madre, de su casa, de su encuentro. No era lo mismo que hallarlo en los patios de la Universidad con su melena caída y sus trajes demasiado ajustados, con su aire desabrido de dejarse querer, de motivarlo desde su debilidad.

Era otra cosa y lo supiste —con un desánimo oscuro, que te volvía al cubil de tu propia, odiada niñez— en cuanto lo viste en la cama, asistido de su madre, de su veladora llena de pócimas, de frascos, de compoteras, de jarras amordazadas con cedazos. No había ninguna proporción sensible entre el hecho de que hubiera clamado por ti (así te dijeron, tú no lo inventaste) y el desentendimiento inerte con que ahora, sin levantar siquiera

aquellas manos lechosas del borde de las sábanas, te recibía. La madre solamente te miró, como diciendo reprobatoriamente "Ya sabía" y descartándote en tu insignificancia, en tu timidez, en el aire revuelto que todavía quedaba entre tus cabellos. Te sentaste y al punto te olvidaron, puesta a la orilla de la relación de necesidad que a ellos, en cambio, parasitariamente los ligaba. Viste y te repugnó el caldo tibio que ella iba haciendo subir penosamente hasta la boca de su hijo, en los viajes de una cuchara de estaño. Viste las olas flojas, de niño enfurruñado, que la boca del muchacho hacía para resistirse a lo inapetecible del alimento, o para decirte sin palabras su inapetencia por la vida, por los estímulos que lo cercaban, lo insulsos que le resultaban a un tiempo aquel caldo, tu presencia, el mundo y la pasión. Y advertiste también la relación tierna, rapaz, cruel, abusiva que existía entre ellos dos, entre él y su madre. Mientras ella estuviera en la habitación tú seguirías arrumbada, depositada como un traje en la silla, postergada. Corrió sobre ti —la boca llena de un indeciso buche de caldo, que no se resignaba a tragar— unos muertos ojos de pescado, sin ganas de liberarse de la obsesión posesiva de la madre, que había pasado momentáneamente de vigilarle los ojos a atenderle el movimiento de los labios, para el próximo viaje de la cuchara, ya llena y ligeramente temblorosa en la densa atmósfera del cuarto. Corrió por ti los muertos ojos de pescado, sin asirse a tu rostro, sin quererlo, sin reconocerlo siquiera, resbalando sobre él sin palparlo, como si toda tú estuvieses contenida en un plano y en él no hubiera vida sino simplemente una achatada, una borrosa figura de otro sitio y del pasado, que ya no le importaba, que ya no podía sostener en la ficción de que jamás le hubiera importado. Cuando la madre renunció a que tomara el resto del tazón y salió por un instante, dejándolos a solas, lo miraste, incorporándote ligeramente en la silla, irguiéndote en demanda de una

respuesta, despegándote del fondo de respaldo en que él hubiera querido, tal vez, que siguieras indefinidamente incrustada. Lo miraste, debiste escarbar en él una explicación —la justificación de tu viaje, el día y el calor en el camino, tu extrañeza del sitio, la hostilidad de la madre— pero sólo obtuviste un gesto ambiguo, un gesto que al pasar los años no supiste si habías también inventado, si tus ojos no habían dibujado desde la nada y la ansiedad, un gesto tan claudicante e imperceptible que no sabrías si radicarlo en las cejas, en un fruncimiento de los párpados, en la remoción pronto aquietada de una rodilla bajo el cobertor.

Descubriste sin embargo con claridad lo que había en ese conato de gesto, en ese ademán trunco y desistido. Había rabia e impotencia, rabia por él y por ti, impotencia por necesitarla y no necesitarte. En el resto del ademán habría hecho quizá la salvedad, te habría dado a entender que eso sólo sucedería mientras estuviera enfermo, que ya volvería a la salud y hacia ti. Supiste, de todos modos, que en algún sentido estaría siempre enfermo.

Luego del almuerzo —un almuerzo estirado, reticente, aburrido, todo lo ceremonioso que el oprimente calor de las dos de la tarde en aquel pueblo mediterráneo podía permitir— te convencieron en tu misma derrota. No estabas tan lejos de tu casa, hervía la tierra, volverías en el ómnibus de las seis de la tarde.

Y entonces te hablaron del reposo, otra vez del calor y también de la siesta; y te confinaron a aquella habitación que daba al patio y entornaba hacia él dos hojas de persiana hasta el suelo. Corrieron el toldo, porque de otro modo la reverberación solar se colaría a través de la claraboya y por las tablillas de la celosía; y tú echaste primero la falleba y luego cerraste las dos hojas de la puerta y aseguraste los postigos. Una noche a destiempo, una empozada noche de aire quieto, una habitación por medio de aquella en que ahora dormi-

taría el muchacho, te rodeaba. Viste la cama preparada, la cómoda de ébano con sus guarniciones y sus filetes dorados; y señoreando y recogiendo la claridad que venía de los tres tulípanes de la araña que encendiste en el techo, un enorme espejo elíptico, sostenido en un montante que acaso era también de ébano, un espejo *psyché*, un espejo que podía reclinarsse en ángulos distintos, girando sobre un eje horizontal que se aseguraba en los dos travesaños mayores del montante. Empezaste a desvestirte parsimoniosamente, con algo de la lentitud que sobrevivía del almuerzo y del estupor en que aún te hallabas. Porque tu resignación (dijiste) aún no había llegado, pero lo activo de tu repugnancia cedía ya a una forma más lánguida del desconcepto, a un primer reconocimiento de la fatalidad en la aventura de los sexos. Pensabas en el enfermo, en la viciosa atadura que lo unía a su madre, en lo abyecto que te resultaría tener un hijo (ya retrocedías, pero aún no podías imaginártelo engendrado por otro hombre que por él) y sentir que se adhirió a ti del mismo modo. Habías sufrido desde siempre la hostilidad de tu madre pero debiste haber tenido, confusamente, la visión de otro enlace más sutil e indeseable, más amorosamente corrupto. Estabas sola, estabas lejos, estabas en un verano que no se parecía al de tu ciudad; todo cundía como un error en torno de ti, un error y un engaño y una estafa, una triste y dolorosa impostura, como si un tras-punte malicioso te hubiera inducido a que avanzaras por un escenario equivocado, por un decorado que no correspondiese a la parte que hubieras aprendido, que quisieras decir. Entonces, provocada por lo remoto del lugar y la hora, aguijoneada por la debilidad del enfermo, insidiosamente acosada por el espacio desconocido y huraño que parecía cambiarse sin cesar tras las hojas de la celosía, te encontraste de pronto —sin saber cómo habías caído a su centro ondulado, silente y cadencioso— realizando el único acto puramente depravado de

que pudiste acusarte en tu vida. En aquella pieza de muebles extraños, pulidos y limpios, la soledad te ajustó su otra cinta sobre el espejo y te viste de súbito terminándote de desnudar ante él. Te despojabas teatralmente, con una perversidad rebuscada y majestuosa, con un aire que pensaste disoluto y soez y quizás haya sido tan sólo paródico, descocado en la imaginación de tu inocencia, aterido y burlesco. No sé si te habrás animado a contarme todo lo que hayas hecho entonces, ignoro si tuviste (y me salteaste) alguna de esas consideraciones absurdas, dispartadamente obscenas de la propia persona, alguna de esas fantasmagorías de la degradación y la impudicia que un adolescente suele pensar o ensayar a solas, para estar seguro de que es libre y el mundo no puede ya tocarlo con nada, enseñarle nada. Te miraste luego largamente, cuajada allí y sin ropa, virgen y todavía no deseada. Los mismos tiradores circulares de los cajones de la cómoda, brillando tenuemente en el tramo que el espejo copiaba a tus espaldas, parecían alusiones carnales hacia tu soledad, círculos inventados por tu deseo. Por tu deseo postergado quién sabe por cuánto tiempo (comenzaste a sentirlo) y por un deseo urgente de agredirte con algo, de envilecerte a solas. Te diste entonces al juego de hacer cabecear el espejo dentro del montante. Si lo empujabas por su mitad inferior y era la parte alta la que venía sobre ti, veías en primer plano, cercana y como saliéndose del azogue, la raya de tu cabellera vuelta a preparar para el almuerzo, las bandas de tu pelo y el nacimiento de tus senos, la mano que los alzaba y ceñía para proponerlos, con infantil demonismo, a la neutralidad del espejo. Y si lo empujabas en la parte de arriba, el espejo avanzaba hacia tus piernas como una bandeja y era entonces tu sexo el que venía hacia la luna, tu monte de Venus el que subía perezosamente, el que aleteaba su mariposa oscura.

Al cabo de un rato de malvada contemplación, de

equivoca adoración de la gran disponibilidad de tu persona, diste vuelta, fuiste hacia la cama y te tendiste desnuda, sin apagar la luz ni desflorar las sábanas resplandecientes y marchitas. No pudiste dormir y hay un par de horas de tu vida que han quedado en aquel aposento, dos horas que perdieron después su contenido pero por las que siempre te sentiste, aprensivamente, emplazada a rendir cuentas. Llegó el momento y te volviste a vestir, de espaldas al espejo. De espaldas al espejo y a la casa, también te fuiste; y al pisar el umbral y entrar de nuevo al clima de la calle polvorienta, en la pulpa madura del verano y de las cinco y media de la tarde, habías ya resuelto tu vida por unos cuantos años, y no tan sólo desligarte sin palabras de aquel pobre muchacho.

## XIX

Galia partió en su coche y yo quedé de pie, fijo en la acera, mirándolo alejarse. El reloj, el macizo de flores rojas y amarillas, el muro y los cipreses quedaban atrás. Me puse a caminar hacia el centro, sin saber hasta dónde llegaría. Sentía una necesidad imperiosa de entrar en la soledad como por un escenario, de asumirla y poseerla en silencio; como si durante casi un año hubiera estado postergándola y aquél fuera, otra vez, mi destino.

En la primera curva de Rivera aparecieron los jacarandás del Cementerio Británico, con su tenue floración violácea. En otro tiempo, había cultivado la soledad como una actitud estética, sin tenerle miedo. Me había parecido la forma menos sospechable de la plenitud y el último ejercicio de la libertad.

Recordé —caminaba con un paso inseguro, con algunos arranques de velocidad cuando quería ayudarme a pensar, con mayor lentitud si precisaba detenerme ante la imagen encontrada— lo que había escrito en mi juventud. Una escena de fuegos artificiales, donde la comunión de varios niños —el protagonista (siempre yo) entre ellos— se daba en la locuacidad, en el entusiasmo, en la pueril exaltación primitiva que generaba el espectáculo del fuego. “El fuego —escribí—. A todo eso obligaba el fuego. Cualquiera que fuese la verdad o la abjuración, corría y se disipaba en momentos como aquellos. El fuego. Sólo un borde de la noche se hallaba conmovido por él. Más arriba no. Como siempre. Más arriba siempre hay algo intocado, un limbo. Y ese extremo, esa cola de paz a lo largo del cielo, engastaba ahora en el muro, a pesar del fulgor intermitente, a

pesar de los cascotes de botella, de la mordedura del vidrio destroncado.”

Y en aquel cuadro, como un lunar, como una disidencia, yo anotaba y el protagonista sentía la presencia calladamente elusiva, hostil, de un niño mayor, que reclamaba sin gestos su intención de estar solo. Me había sido posible comprenderlo al escribir esta memoria, porque el niño de la vida real había muerto a los pocos meses de la quema de fuegos artificiales. Su soledad era una suerte de preparación, el aposentamiento y la eclosión de una semilla de muerte.

Sí. El personaje “oía, a su espalda, el estallido de los fuegos artificiales y la algarabía de los niños, respondiéndose como dos semicoros. Pero no reparaba ya en ellos, absorto en la contemplación de aquella figura inmóvil, apenas existente en la noche, que confirmaba su soledad con algún ademán dejado a mitad de camino, sobre la mejilla o en medio de la penumbra. Podía imaginarse sus facciones, finas hasta una dura desnudez ósea, la quietud arrebatada —vecina al éxtasis— que hacía imposible que alguien lograra allegársele, preguntarle algo. Después de observarlo un rato, empezó a sentir fastidio de ese muchacho preocupado sólo en replegarse, en rehuir cualquier signo de vida, en oponerse con una tenaz pasividad a todo requerimiento inmediato, en hacer que los demás se avergonzaran de tener un instinto y de rendirle, a veces, una forzada obediencia. Antes de fijarse en él con detenimiento —una hora atrás— ya le había disgustado (casi fascinadoramente) esa presencia, ese aislamiento razonado, evasivo, que ponía un confin a la diversión, obligándola a retroceder sin que lo tocara. En lo alto de la escalinata, parecía haber subido al risco más escarpado, como para estar seguro de que —por más que creciera— el mar no llegaría a salpicarlo jamás”.

Recordé esta escena (acabo de copiar sus frases, tomándolas de la revista en que publiqué el relato), la

evoqué como una figura, como una estampa, como una imagen sin palabras. Me pareció tonta y retórica la invención del risco, la necesidad de levantar una tarima entre el solitario y los demás. Y no habría sabido por qué la memoria había venido a elegírmela si de pronto el muchacho, perdido en el límite de esa visión a fogonazos que deparaba la explosión de los petardos, no hubiera alzado hacia mí un rostro que empezó a parecerse al de Cora. Entonces me maravilló —tal vez con una triste sonrisa, para devolver el cumplido de esa aparición fantasmal— no haberlos ligado antes, no haber sabido que aquella primera versión de la soledad había avanzado hacia mi madurez en forma de amor y que ahora una y otra versión desertarían de mí, se fundirían y borrarían sin escándalo, tenuemente, con una luz recogida y silenciosa, tal como habían girado a mi paso las ramazones delgadas de los jacarandás.

Fue una experiencia pura de la soledad, de la soledad sin sobresaltos, de la soledad sin acechanzas. Porque luego, en mi niñez de pueblo, en la sensación de desasimiento y lejanía que solía sentir en el mismo sitio en que había nacido, la soledad empezó a presentarse como abandono. Era la segunda piel que se ponía este sentimiento de indefensión, de desposesión ante la vida. La tercera era la que recién ahora, sobre mis ojos todavía secos, estaba echándose encima, quemándolo todo alrededor de mí.

“Marmolería El Pensamiento”, leyeron esos ojos; y una involuntaria sonrisa se encontró de pronto sobrando en mis labios. La soledad se había hecho miedo, exposición al desvalimiento en la infancia, temor a que otros se desprendieran de mí, ser inútil y todavía subsidiario.

Una noche sorprendí, desde mi cama, desde mi despertar de ojos cerrados y mi sueño fingido, un diálogo entre mis padres. Mi madre, joven entonces, ambicionaba venirse a Montevideo, volver a la ciudad. Mi padre

se negaba, incapaz de desprenderse de su empleo, de sus amigos del club, de su pequeño círculo. Nunca se fue de allí, y habría sido un paria en la ciudad, a la que ya no entendía. Pero mi padre era el débil y pensé que mi madre se impondría. Por eso mismo cuando, noches después, al volver de un paseo por la plaza, de la mano de la niñera, mi hermana y yo encontramos la puerta cerrada, lo supe en seguida: nos habían abandonado, habían huido. No me detuve en la incongruencia de que los ferrocarriles salieron desde allí por la noche, de que la fuga pudiera haberse improvisado en poco más de quince minutos. Dije, grité ante mi hermana —aun sin edad para entenderlo— que estábamos solos, que nos habían dejado. Era verano. Celestina, la niñera, trepó hasta el balcón y, deslizando una mano entre las tablillas de la celosía, abrió. Oímos luego, en la noche que empezaba a tornarse enorme a causa del abandono, sus pasos ligeros que venían por el corredor; y nos franqueó la puerta. Entramos a la casa, que estaba como siempre pero parecía más grande, más desguarnecida con sus muebles viejos y escasos, que aparentaban flotar a distancias inverosímiles unos de otros. De tal modo debí repetir que estábamos solos, que nos habían dejado, que mi hermana (sin acabar de entenderlo) se echó a llorar. La huida, el abandono concluían con el mundo de las convenciones en torno de nosotros, lo desbarataban todo de golpe. Celestina, en medio de lo oscuro (casi no encendíamos luces, por temor —supongo— a encontrarnos con nuevas y peores formas del vacío) fue hasta el pie del naranjo en el patio, se acuclilló en su ruedo de tierra y, recortada contra un fondo pálido de noche, se puso a orinar. Ella tendría apenas doce años pero en aquel instante descubrí, con desagradable sorpresa, cuál era el modo de las mujeres, qué animales distintos a mí podían llegar a parecerme. Empecé a sentir, flojo y absorbido por la tierra que rodeaba al naranjo, un ruido a neumático que se desinflara lanzando agua. Fue el ru-

mor que marcó, en mi memoria, aquella forma de la soledad. La soledad por abandono, por insolidaridad, por desprendimiento irresponsable, por renuncia. Mis padres vinieron en ese momento, entraron por la puerta que hallaron abierta, llamaron antes de adelantarse en el zaguán a oscuras. Debieron haber temido —en aquel pueblo en que no los había— la presencia de ladrones. Porque de no ser así, ¿para qué llamaban, para qué me llamaban y llamaban a mi hermana? Traían una bandeja de masas que habían comprado en la confitería, habían ido simplemente hasta allí para darnos una sorpresa y para tostarse a la boca del horno, para sacar la cara al bochorno nocturno de aquel pueblo sin orillas, de aquel pueblo perdido en el oscuro hervor de los campos que lo rodeaban. Cansados de estar en la casa con tanto calor, dijo mi madre cuando Celestina le explicó mis temores, ahora ridiculizándolos, hallándolos retrospectivamente culpables y fantaseosos. Tal vez fue el reproche que hallé en la respuesta indirecta de mi madre, tal vez el relajamiento de aquella tensión por la que estaba preparándome para entrar en la vida, para entregarme no sabía bien a qué vecinos, a qué autoridades, a qué trámites; lo cierto es que me puse a llorar silenciosamente, a llorar por haber pensado aquello, por haberlo supuesto de mis padres, por sentirme tan precozmente impuro. Las lágrimas rodaban por mis mejillas e iban a hundirse en la bomba de chocolate que había arrimado a mis labios y no me decidía a morder.

Y ahora todo aquello se volvía cierto, seguro; ahora se cerraba sobre mí y me encontraba predispuesto, razonable y sin lágrimas, convicto de que hacía años que tendría que haberme ocurrido.

“El miedo al desgaste, ese miedo tan rioplatense”, dijo una vez Cora. Ahora podía sentir sin resistencias que la soledad estaba usándome, que ya no dejaría su presa hasta agotarla. Conocí el sentido profundo de esa palabra que a ella le gustaba tanto y tanto le servía:

desgaste. Eso era lo que yo había tratado de esquivar durante años y años: toda prueba que pudiera usarme a fondo, toda ocasión que pudiera quedarse con algo mío entre sus manos, toda huella de deterioro.

No fueron mis padres quienes huyeron de mí, en definitiva. Fui yo quien huyó de ellos. Fui yo quien se vino a Montevideo, para cumplir un ideal en cuya vana persecución mi madre se había marchitado y agriado. Una vez por año, volví a ver el patio con su naranjo y su rodaja de tierra, ahora a la luz del día. Un muro de ladrillos desnudos, con sus rebarbas de verdín prendidas a las juntas de cal, separaba el fondo de la casa de un lugar mítico y salvaje: "el sitio", como allí le decían, un baldío de pastizal crecido, recorrido por lagartijas, por ratas, poblado de aullidos eróticos en cuanto caía la noche. Cuando ambos éramos niños, había convencido a mi hermana de que podríamos entrar a él por un túnel hecho al pie del muro, ocultos de los demás por el espesor del tronco del naranjo. La veo aun, puesta de rodillas y escarbando con una palita inservible, que se torcía bajo el furor de sus manos. Yo sabía que era imposible, o tal vez no; pero en la duda prefería no cederme, no entregarme a una forma de la fatiga, de la credulidad expuesta al chasco y a la burla. No me dejaba usar, usaba la inocencia y el riesgo de otros.

Vine a Montevideo y me avisaron demasiado tarde que mi padre moría. Llegué junto a él para oírlo jadedear, sin que él pudiera ya conocerme ni yo acertara a hablarle. Y después, cuando estuve junto a su cabeza silenciada, pensé en los años en que casi no le había escrito, en el espacio de quince días de vacaciones que le concedía desde que tuve primero mi empleo y después mis clases, en la muerte de cinco, de ocho, de diez años atrás que yo había decretado para él, llegando dos semanas por año a no decirle nada, a aburrirme frente a ellos, a escucharles historias de gente que había vivido su infancia junto a la mía pero había crecido y ya

no me importaba, a saber de aquéllos con quienes me encontraría sin gusto en la plaza, de los muchachos y las mujeres que eran la causa de que prefiriese pasarme aquellos quince días casi aletargado, durmiendo o leyendo, o yéndome en bicicleta a nadar al arroyo, en la barranca no olvidada de mis diez años, donde ahora no iba casi nadie.

Cuando estuve junto a él muerto, supe lo que ya no le podría decir, porque la muerte había caído sobre mi deuda convirtiéndola en eso, eternamente. Pero pensé también, frente a aquellos labios que se tornaban enigmáticos a medida que pasaban las horas, que yo no me habría ofrecido para que él se salvara, como él quizás había sentido que debía hacerlo por mí. Me encontré peor que él, supe que lo era. ¿O es que la muerte de unos a cambio de la de otros no tenía sentido, era una permuta que no podía intentarse sin soberbia y sin ofensa a quien fuera, al muerto digno y silencioso o a Dios?

Había caminado varias cuadras y sentí un súbito desánimo. Detuve un taxi y lo tomé, indicándole la dirección de mi apartamento y sabiendo recién, de ese modo, que regresaba a él. ¿Qué llevaba en la cara que el chofer se obstinaba en mirarme, en cuanto el tránsito se lo permitía, indagándome a través del espejito? Era posible que hubiera querido entablar conversación y algo, en mi gesto, lo hubiese disuadido. Seguramente su pregunta habría sido: "¿Quién gana el domingo?" Había visto la banderita enganchada a las barras del radiador y estaba mirando ahora la muñeca de falda amarilla y negra que bailaba en lo alto del parabrisas, ante sus ojos. Habría sido fácil contestarle, para estar de acuerdo, "Peñarol". Pero no se animó a preguntarme. Verá todo el tránsito de la ciudad —pensé— con esa marioneta infernal bailándole ante los ojos, danzando sobre las esquinas, entre los semáforos, u oscurecida y dislocada como una araña contra el fondo ronco de los lu-

minosos. "Tendré que volver a hablar con la gente", pensé. Cora jamás me cercó, jamás se interpuso entre los otros y yo. Pero la exigencia del diálogo con ella había tornado progresivamente más ociosos y desabridos todos los otros: el espacio entre dos clases en la sala de profesores del Vázquez, las conversaciones ocasionales con los vecinos de apartamento, etc. La "sociedad vital feroz", que Cora me acusó un día de que hubiéramos formado, era la culpable de todo. Y ahora yo tendría que volver; estaba volviendo ya, con aquellos tramos de infancia que habían empezado a venírseme encima.

Galia me ha contado un programa que vio en la TV americana. De todos los inscritos como asistentes a la gran platea de una emisora, eligen a uno —sin que él lo sospeche— y le rastrean primero la vida, como si fueran pesquisantes que obraran a sus espaldas, polillas que trabajaran en su ignorancia y en su tranquilidad. Luego lo citan y lo traen a primer plano, bajo reflectores enormes que lo hacen transpirar. Lo sientan en una silla, lo estaquean de miedo, lo halagan, hacen desfilar ante él "los fantasmas de su pasado": la niña que fue su novia en Connecticut, la mujer a quien abandonó, el antiguo compañero de banco al que robó una goma, el camarada de la oficina a quien no quiso prestar cien dólares en un trance desgraciado. Se los hacen desfilar, lo fuerzan a dialogar con ellos, lo hacen sentirse mezquino, peor de lo que se creía o alternativamente más noble y orgulloso, más profundo en la marca que ha dejado en los demás, menos pobre en su acorralada vejez. Lo amueblan de recuerdos apócrifos y exhibicionistas, conjeturales o fabricados, creídos en un temblor, agarrotados en la garganta o en el pecho, estrujados en su verdad o en su inverificable mentira. Siguen todas esas variantes en su rostro expuesto a apariciones repentinas, a temores irrazonables, a la impostura de crímenes que nunca soñó con haber cometido y ahora sabe cercanos a sí, bordeando de algún modo su vida. Lo

acompañan, ante millares de desconocidos que lo disfrutaban desde sus casas, lamiéndole los gestos en luz, acariciándolo con aproximaciones de cámara, maquillándolo primero y resaltándole una innoble verruga después.

Luego lo sueltan: ya lo han hecho sufrir, sentirse abominable y heroico, saberse viejo, recorrerse por dentro como una cosa usada, como un tronco hueco, como una sala de espectáculos en la madrugada. Han averiguado también cuál ha sido su frustración más escondida y púdica, el pueril o profundo secreto de su vida, la causa de sus concupiscencias y sus resentimientos. Y se lo traen convertido en objeto: una casa cuya foto le muestran y cuyo título le entregan, un Cadillac, un trineo. En esa atroz lotería de premios y castigos, en ese cadalso erigido a escondidas del culpable, en la solitaria elección de ese pobre hombre ignoto y verosímil entre los diez millones de seres que pueblan Nueva York, hay (decía Galia) una suerte de inquietante, de afrentosa parábola del saqueo íntimo que ejerce en nosotros la intromisión del conocimiento ajeno.

Pero el taxi corría y yo iba sintiendo que todo aquello que Galia describiera como hecho por otros iba a erigirse ahora vindicativamente dentro de mí, y que yo me lo haría. Porque muerta Cora, ¿a quién podía llamarse en mi caso? "Los hacen viajar desde distancias increíbles, desde el fondo de los Estados más remotos", había dicho Galia. "Vienen a atestiguar sobre un lápiz escamoteado, sobre un cuaderno de versos de juventud, y para eso recorren, pagados por la TV, la mitad de los Estados Unidos." Pero sé que a mi madre, envejecida y achatada en su casa de pueblo, nadie la convencería de viajar hasta mí, para la ternura o el sermón. Y a mi hermana casada, hundida en el campo, emparejada a la bastardad de su marido y sus hijos, menos aún. Estaría solo en un escenario vacío, los reflectores empezarían a lamerme la cara y yo, como en una



de esas horribles experiencias de psicodrama del Dr. Moreno, me pondría a hablar solo, a segregar voz como si la luz provocara esa secreción ajena e indetenible, a confesarme a pesar de mí.

Podría verme entonces tal como he sido, antes de que Cora me encontrase, antes de que me ayudara a olvidarme de mí. Podría recordar a Natalia, a la muchacha a quien despedí en El Havre prometiéndole encontrarla en Caracas y sabiendo, en la distancia que separaba el muelle de la baranda del buque, que nunca lo haría. Podría ver su llanto esperanzado, que el torpe ondeo de mi mano quería enjugar y disolver, a favor de la cerrazón que caía de las pitadas del transatlántico; teniéndola a unos pocos metros y sabiéndola ya muerta desde que le diera la espalda y volviese a París, a dormir la fatiga de aquella última noche insomne y feroz del cuartucho de hotel marítimo. Porque había resuelto una vez más que no, para no entregarme del todo, para no encerrarme en perspectivas sin salida, para no echar años delante de mí, para estar siempre en disponibilidad de atender a ese montón de cosas indeseadas que solemos magnificar llamándole Destino.

Podría reconocer el peligro de las veces en que estuve a punto de comprometer mi vida y algo dijo "Después", "Quién sabe", "Ya no", como en una caricatura del poema de Rossetti. Si me dieran la actriz jugaría aquella taimada escena de seducción, a la orilla de un cañadón bordeado de juncos, en que quería arrancar un Sí y aflojaba las manos en cuanto lo sentía venir. Mi pie descalzo aplastaba y dejaba volver, erecto, al junco que tenía más cerca. La muchacha me proponía conocernos, tratarnos más, y yo le proponía vivir juntos. Por momentos la sentía derivar hacia una forma sucia de ternura, que anticipaba por lo menos la noche inicial de esa convivencia, y entonces soltaba el junco y aflojaba el hilo, le hablaba de sus padres, de lo que me entregaría sin posibilidad de rescate. Dos horas estuvimos así,

descalzos y semidesnudos, en la media luna arenosa que hacía el bucle del cañadón. El sol nos golpeaba en la nuca, cayó luego a espaldas de nosotros. La hice entregarse y retraerse imaginariamente diez veces, engendré en ella la fatiga, la humillación y la rabia. No la toqué.

Bajé del taxi y caí en el mediodía del barrio, circulado de niños y vecinas. Eludí toda posibilidad de quedar expuesto; entré rápidamente, con una urgencia que no tenía, reteniendo el miedo. Encendí la luz, para no alzar la cortina de enrollar, a fin de que la cúpula no entrara en mi cansancio. Vi el espejo, con viejas gotas blancuzcas de algún peinado; la taza de café, la brocha. Como un rito, la vida había seguido ciegamente, más allá de la muerte de Cora. La desolada certidumbre de que los actos cumplidos hasta ahora con el pretexto y el aliciente de verla (afeitarme, vestirme, elegir la corbata) habrían en adelante de hacerse por ellos mismos, como partes de una mecánica, me causó un desaliento extraño, peor que la fatiga de una noche sin dormir, peor que la sensación de estar en medio de un viaje y arrepentirme —al caer la tarde— de haberlo emprendido. Debajo de la taza de café estaba el billete de Galia: "A mediodía, oí por radio lo de Cora. ¡Qué espantoso! Un gran abrazo, G." Una estela de café, dejada por la punta de la cuchara, cruzaba por encima de la palabra "espantoso". Habían pasado tan sólo veinticuatro horas —de mediodía a mediodía— pero me pareció escrito desde hacía años, seca la tinta en sus fuentes, en el impulso de compadecer que la había volcado. El trazo de café sobre la palabra más fuerte era tal vez lo que le daba una inactualidad hipócrita, un ominoso tono de retórica. Avancé hacia el papel para arrugarlo y tirarlo, pero me detuve. Lo mejor era dejarlo allí, para que el mensaje se embotara, acabara por no decir enteramente nada, debajo de las manchas que lo curtieran. Lo dejé.

Apagué la luz, me tendí vestido y de espaldas en la cama, torcí la cabeza hacia la pared opuesta a la ven-

tana, a fin de que la filtrada reverberación del mediodía no escaldara aun más mis ojos ardidios. Y no sé en qué momento, me dormí.

Galia me había contado muchas veces (había descubierto lo turbadoramente cómica que me resultaba, la clase de risa agolpada y nerviosa que arrancaba en mí) su historia del restaurante húngaro.

Era un fondín céntrico, de techos bajos, donde flotaba un crónico olor a *goulasch*. Y no se sabía por qué, en una esquina del salón, situado en ochava para que la boca del escenario de cortinitas rojas diera hacia las mesas, había un teatrillo de títeres. También estaban los muñecos y una noche la dueña y Galia —que era uno de los clientes más asiduos— se dieron a manejarlos. A manejarlos y a hacerlos hablar, la húngara en una jerigonza casi ininteligible, Galia remedando un tono de falsete. El fondero, rodeado de dos o tres paisanos a esa hora de la noche, tomaba con ellos cerveza. Reían a carcajadas de las ocurrencias de los títeres, habían cerrado la puerta para que la diversión quedara entre ellos solos.

Repitieron una y otra vez el espectáculo, echados en el suelo, trabándose a veces las manos, ocultos de los demás por la tablazón del entarimado, celosos de que nadie los espicara en la elaboración de su juego. Un día, sin otro lenguaje que las palabras de los títeres, sus cuerpos se tocaron, sus dedos libres se indagaron y —por debajo de la mano enguantada de cada uno donde vivían los muñecos— se acoplaron en las condiciones más portentosamente absurdas. Creo que toda aquella incomodidad, que todo aquel disparate eran un afrodisíaco para Galia. La húngara apenas lo precisaba: era una ninfómana —según descubrió Galia— y el único inconveniente de toda la operación era que su marioneta sólo emitiera gemidos y resuellos a medida que el acto, debajo del maderamen, progresaba. Pero el marido y sus amigos, entre los jarros de cerveza, reían a carcajadas

de las contorsiones aparatosas en que entraban los títeres, de la síncope en que sus figuras se fundían o enredaban a la vista del público, del hipo estrangulado en que querían entenderse por encima del descompuesto vaivén de la acción mimada. Galia quería que lo escribiera, aducía un escrúpulo de lealtad para no hacerlo él. Supongo que no quería dramatizar el mecanismo de un resentimiento contra el amor, que no se perdiera ni aun haciendo el amor. Yo tampoco lo escribí nunca. Sólo lo pasé una vez a invención menor de un cuento más simple y más perdonablemente vulgar: el relato de un *voyeur* de ciudad que sigue desde su ventana de un quinto piso, a través de una calle estrechísima, el espasmo de su vecina de enfrente en los movimientos del brazo de la mujer, que se toma de la cinta de una cortina de enrollar (su cama está debajo de la ventana), se crispa o desliza sobre ella, la sujeta, la acaricia, la pellizca y finalmente cae. Ése fue el sismógrafo sexual que extraje del cuento de Galia: la mano de mujer. No me animé a los títeres, a la trasposición mimada de un acoplamiento subyacente en la parodia atroz e incomprendible de los dos muñecos. Me parecía truculento y tal vez —no sé cómo explicarlo— demasiado sentencioso.

Pero ahora vi a Galia claramente. Se levantaba sin que apareciese la húngara a su lado, emergía del foro del teatrillo de títeres y avanzaba hacia mí llevando en la mano izquierda, como si hubiera estado manejándola, la muñequita de Peñarol que bailara en el taxi. Me miraba sonriendo ambiguamente, obligaba a la muñequita a una pequeña reverencia obscena, y decía: “No has querido venir conmigo.” ¿Hablabla por sí mismo o por su títere de ocasión? “No has querido venir conmigo.” Es cierto. No he querido venir con él, no he querido venir con nadie. Me desperté.

Todo este asunto cabría en muy pocas palabras: salí del cementerio, caminé unas cuadras, tomé un taxi, lle-

gué a casa, me eché en la cama y me dormí. Pero, ¿sería lo mismo?

Estoy sintiendo, a esta altura de la historia, una necesidad creciente de hablar de mí, de volverme también hacia mi pasado, no sé si para descubrir de qué modo Cora estaba en él o porque ese pasado me preparó para su llegada, me preservó en disponibilidad hasta ese día.

Hay algo pungente en el acto de escribir y es el apremio y el temor de la muerte, la angustia con que el escritor siente que debe disputar cada obra a la muerte —a una muerte que lo acosa tan sólo porque está escribiéndola y podría dejarla inconclusa— a la muerte que lo acecha para esa obra y le levantará la guardia tan pronto haya escrito "Fin", para volvérsela a tender en cuanto estampe sobre el papel la primera palabra del libro siguiente.

Me desperté; la figura de Galia se borró, pero toda aquella aparición había soltado un resorte dentro de mí. Sin sacudidas, sin sollozos oprimidos contra la almohada, de cara al techo y con cierta beatitud que me hizo niño, sentí —por fin— que estaba llorando.

## XX

El día solar sobre la arena, el día solar sobre las aguas. La tarde de otoño madura esta vez en calor, en reverberación, en cabrilleos, en irisaciones de la quietud. Unas olas lentas vienen a alisarse en la orilla, a plancharse con languidez desalentada pero isócrona. Un río cansado lame los pies de la tierra, un perro alza su hocico hacia las rodillas del amo.

No es un gran paisaje, y ya se sabe que en el país apenas los hay. Es sólo una franja de arena clara, una barranca, un confín de árboles cuya lejanía se mide a ratos, en profundidad, por un vuelo que se descuelga de los follajes hacia la orilla, por un ladrido que llega desde los campos.

¿Qué sentido tiene haber venido hasta esta margen donde el mar —ese mar que nos ciñe como cintura de Montevideo, ese mar que casi golpea, algunas noches de temporal, a mi ventana— se ha vuelto un agua más chata y opaca, dulzona y pesada? Hemos salido a buscar el mar hacia el oeste, donde su anchura líquida no impide llamarle río, no hacia el este donde se hace océano. Supongo que es el escenario —por suerte en esta tarde cálida, caída del manojo de tardes cálidas del verano, olvidada por el último marzo entre esta fronda— lo que hemos venido a buscar: un escenario que rime con nuestro sentido novelero de la posesión de un pedazo de tiempo, un asiento verosímil para esa sensación espaciosa, de mundo de cosas huecas y traspasables con la mano, de que hoy disfrutamos.

Sí, supongo que hemos querido hallar un decorado que aluda a este ejercicio insólito de nuestra libertad, de nuestra posibilidad de conducirnos como dueños de nosotros y del camino. Es tal discrecionalidad sin com-

puertas, la presencia intangible y desimpedida de la palabra horizonte, esa flamante condición de un aire no confinado por maderas ni por vidrios, rebelde a desaparecer o a hacerse clandestino tras el gesto del amante en la falleba, lo que estamos agradeciendo al río, a la arena, a la distancia flotante de árboles, a las bandadas.

Por eso hemos bajado al río, yo con mi torpeza para tener las riendas, el caballo con una fácil desmemoria que lo ha desprendido de las rutinas de la primavera pasada y que no acaba de convencerlo, en una tarde como ésta, de que haya que aquerenciarse aun a las del otoño, en este paraíso tibio y muelle de "la media estación".

Y así hemos ido entrando en un mundo plano, frugal y sin aristas, Cora a mi costado, inclinándose a veces para besarme o para hacerse besar en sus mejillas calientes y polvorientas, de aura campesina; hemos ido entrando como en el vaivén de un sillón de hamaca, por los cabeceos del tilbury sobre su trillo, en los que el paisaje se abanica quedamente, sube y baja como si respirara, como si inflara y vaciara unos pulmones desproporcionadamente exigüos para su enorme amplitud vacante. Y a veces ese paisaje tuerce, entra en un ángulo arriesgado y amenaza volcar sobre nosotros su bandeja, su plato de agua, cuando el caballo se distrae y el tilbury monta una rueda en la cresta del albardón que se yergue al centro de la huella, en tanto —como en una fantasía irresponsable— la otra gira blandamente sobre el pasto y arranca y solivianta un quebradizo rumor de tallos estrujados, un olor amargo y seco a hojas maceadas, un sabor cercano a jugo de la tierra.

Y ahora prolongo avaramente la experiencia de estar echado de bruces en la playa, con un afelpado fondo azul en los ojos cerrados sobre cuyo trasluz de párpados he sentido hace un momento —tendido boca arriba, el ombligo hacia el cielo— la irritante incandescencia solar. Ese fondo azul y el costillar de arena del planeta

contra el diafragma humano, en una suerte de cópula en la que el ser femenino —la tierra— nos sostuviera, absorbiera y venciera hasta la más deleitosa fusión. De estados semejantes debe haberse valido el panteísmo pagano para obtener el renunciamiento gozoso del alma, su dilución voluntaria y apaciguada en las cosas enemigas que la cercan.

Abro los ojos y veo venir a Cora corriendo por la playa, con su traje de baño cómicamente anticuado, el cabello palmeándole las sienes, semiabriéndose y cayendo como crines de un potro al galope, como alas en la carrera previa al vuelo de las gaviotas.

Siento el secreto estímulo de ver su vitalidad y de saberme dueño de sus plenitudes más recatadas, de alargar —en la memoria de la caricia— la mano sobre esa carne enjuta que viene hacia mí, de cumplir también un sentido de la posesión sobre esa mente aguda, sobre esa espléndida, gloriosa naturaleza de mujer que —así esta tarde fuera eterna— nadie podría disputar al perezoso y ávido señorío de este instante. "Amor mío" —erige una respuesta activa contra el duro costillar de arena— "amor mío".

Y ya está junto a mí: me tironea de un brazo, me arrastra, dejando un surco despeinado en la arena; me lleva hacia el agua.

Es un agua morosa, que no incita a nadar, que convida a su propia postración, que imbibе, que insidiosamente disuelve en ella, que anega.

Cora va y viene, con un movimiento circular y abaricatorio de los brazos, como un navío a paletas, sobreimprimiéndose al horizonte, la orla de sol en sus aspas lustrosas que salen y vuelven a entrar en aquella llanura complaciente, penetrable y olvidadiza.

—¿No nadás?

—Me gusta quedarme así, sin moverme. Baño de señora vieja, con capelina de paja para no quemarse.

“Lejos del arroyo de mi adolescencia”, pienso y no se lo digo.

Se pone a mi lado, un anillo de agua remansándose en sus caderas.

—O tal vez el verdadero baño de hombre, el baño de hombre quieto —me dice.

Me echo paletadas de agua en las sienes y en el pecho; sumerjo los pulsos.

—¿Sí?

—Sí, ya veo; a vos te gusta bañarte en un mar tranquilo. A Carlos le gusta un mar lleno de olas. Vos precisás que el mar sea hembra: la mar, como dicen los españoles. A él le encanta un mar macho: luchar, ser golpeado y arrastrado por él, hasta quedar magullado y sin aliento.

Cuando me besa chorrea sobre mí, llueve desde su frente, me sube el mar a la cara, me refriega algo del hocico tibio que he estado rehuyendo, quita sentido al escrúpulo de seguirlo evitando. Hago entonces el ademán de lanzar a lo lejos, desde el tendido hacia el ruedo, el sombrero imaginario que había mantenido seco, y me zambullo.

Me habla. No sé lo que dice, porque la oigo a través del río; sus palabras me llegan empapadas y más gordas, su voz tiene algo de la refracción solar con que la luz penetra hasta esta capa de agua, bajo la superficie, en que abro los ojos.

Emerjo y la veo entonces, la veo ahora. Me mira: las mechas destilando agua, el cuerpo lleno de gotitas que tiemblan a la luz, los ojos enjutos, negros y febriles entre esos goterones que hacen de pámpanos, lustrosa y húmeda, casi verde al resplandor de la tarde, como una estatua griega extraída del fondo del Egeo; la viva lumbré de su mirada sobre la constelación de gotas, su boca hacia mí sobre el triunfal reflejo escamoso del sol en su cuerpo. Me incorporo desde mi yacencia y caemos en un abrazo de agua, de arena, de inocencia carnal. Es abrazar a un tiempo a ella intransferible, a Cora, a ella y

al gran río, a la personificación mitológica del río en una deidad recién emergida.

Se lo digo, le digo lo del Egeo y lo de la diosa, mientras ella se ha puesto en cuclillas y lleva un poco de agua en el cuenco de la mano hacia su escote, para quitarse las partículas de arena que ha espolvoreado sobre ella mi abrazo.

—Mi estatua griega, deme otro beso. Mi estatua obediente, mi Pygmalión.

Alza hacia mí su rostro, licuada, radiosa y chorreante, cenital y sin contornos, difundiendo su aureola en una vibración desenfadada y alegre, como esos anuncios del sol mediterráneo, como esas visiones para ingleses que dibuja y pinta la propaganda estival de los balnearios italianos.

Un carguero negro, humoso, ingrácil —que marcha rumbo al río Uruguay— cuaja de pronto al fondo de nuestro beso; ha estado atravesando la anchura del horizonte sin que lo viéramos y ahora pauta tan sólo la extensión, surca y ensucia la lejanía.

Nosotros, entre tanto, nos hemos sentado en la arena. Cora ha armado sus piernas como un respaldo en tijera y yo apoyo allí mi espalda, mientras sus dedos hurgan en mi pelo mojado, lo ordenan en dos bandas, lo escurren sobre mis sienes.

—Es curioso —dice— sentir que en estas mismas posiciones seremos recuerdo, que ya somos ahora lo que mañana vamos a contarnos, ¿no te parece?

—Querida, no te asustes. Esto debe llamarse felicidad. Esto debe ser el amor.

—Sí —dice, asumiendo la comedia de la exploración y de la duda—, tiene que ser así. Porque yo siento que asisto a esta relación con el alma de todas mis edades. Y lo raro es que todas viven a un mismo tiempo.

Su cabeza viene, increíblemente para la postura de sus piernas, para la flexión de su cuerpo, y sus labios me rozan la frente, me arañan con la arena que aprietan.

—¡Cómo me gustaría haber tenido un hijo! —comenta—. Y desde hace unos días sólo pienso que podría haber sido un hijo tuyo. Porque con Carlos estuvimos de acuerdo en evitarlo.

Es la ternura maternal de aquel gesto repetido sobre mis cabellos lo que está creándole el espejismo, lo que está proponiéndome como el niño que ella sabe —rección ahora— que quisiera haber tenido.

—Contame alguna historia —le digo para crecer cuatro o cinco años desde ese acto de alumbramiento en que acaba de dar conmigo entre sus muslos.

Cierro los ojos y algo en la concavidad de su compás de piernas, algo en el acogimiento de sus muslos me dice que ella tiene la ilusión de estarme acunando. Finjo dormir.

—¿Te acordás del hombre de la sevillana? —dice, al cabo de un instante—. A veces me imagino, absurdamente, que la víctima de aquella historia fui yo y sólo yo. Que el borracho, del que nunca quise saber más, ni siquiera si lo habían prendido, mató algo en mí, dirigió la navaja contra mí, me la clavó aquí (y, aun sin verla, sé que una de sus manos, alzada de mis cabellos, marca el centro del pecho). Pero ahora, mientras has estado haciendo como si durmieras, con un brazo doblado sobre el pecho y la luz tocándote de costado, me ha parecido de golpe que el muchacho de la camisa blanca, que el muerto eras tú. O, por lo menos, que ese muchacho se reconcilió conmigo cuando te encontré, cuando te tuve por primera vez así como ahora, cuando toda esta violencia que en mi casa negaron por los años de los años se me hizo algo más fuerte, también aquí dentro (toma mi brazo que descansa en el pecho y me lo alza hasta la juntura aún mojada de sus senos) y se me convirtió en amor.

Tiene una voz blanca, sonambúlica.

—¿Que en tu casa negaron? —pregunto.

—Sí. Es curioso. Pero mi madre mientras vivió y mis

hermanas hasta hoy, han negado que toda esa violencia haya existido. Yo dramatizo, yo hago una montaña de todo... como mi padre.

—¿Y por qué?... Digo, ¿por qué lo negaron?

—No sé. Tal vez para embellecer una infancia que se han sentido culpables de haberme hecho vivir. O para instalarse desde varios años antes en la confortable certidumbre burguesa de que ya por entonces vivíamos en un barrio mejor.

Hay un silencio.

—Este es el momento decisivo —digo, observando la declinación del sol—. Nos damos un segundo baño o nos vestimos, porque vamos a enfriarnos con las mallas mojadas.

—Nos damos un segundo baño: un remojón cortito, para sacarnos la arena.

Me levanto antes que ella, la tomo esta vez de la mano y la ayudo.

—No nos sumergimos dos veces en el mismo río. ¿Quién lo dijo?

—Heráclito.

—Vamos. ¡Pobre Heráclito!

Y estamos ya en el agua. Cae la tarde, baja hacia el río el sol que mañana, cuando ya estemos a punto de regresar, se alzaré contra él.

Es hermoso gozar esa tibieza final, esa paz beatífica, esa licuefacción: sentir que el sol se disuelve en la misma agua en que uno está hundido hasta el pescuezo, encogido y deliciosamente intimidado, como cuando entra a un templo exótico, al santuario de una religión que no profesa. Entonces ya no ciega, es posible mirarlo cara a cara, viene en varillas rojizas y rasantes a través del río, se comunica a nuestros cuerpos, como si se estuviera espesando alrededor de nosotros el desgaste del gran jabón con que durante horas o días o años hemos estado estregándonos.

—Panteísmo crepuscular —dice Cora, cuando se lo discurre.

Y me frota la espalda, para que sienta entrar también por allí, a la altura de los omoplatos, el baño de sol poniente.

A lo lejos, junto a la barranca, unos pescadores van y vienen, con sus calderines y sus faroles de mantilla aún sin encender.

—Va a ser una noche oscura —predigo— y ellos lo saben. Porque se disponen a pescar a la encandilada.

Salimos. Aun maniatado, el caballo se ha corrido a saltitos, arrastrando el tilbury hacia la zona de pastos más tiernos. Cora me recomienda ir hasta allá, ver si todo está en orden. El temor de que el caballo pudiera echarse a andar sin nosotros, de vuelta al hotel, le crea una forma de angustia, de desamparo de ésas que yo sepulté en mi infancia y ella sigue teniendo.

Está casi en seguida a mi lado, esponjándose el pelo, friccionándose pecho y caderas.

—Te propongo una caminata para secarnos un poco, y después nos vamos.

—Hasta el bote —propongo.

—Hasta el bote.

Las ideas de vida y de muerte colindan en ella, se dan en junctiones indiscernibles dentro de una misma cosa; las imágenes de la vida y la muerte se penetran, para ella, en un equilibrio inestable. Me lo dice sentada a la proa del bote semianegado, sin agua bastante para hundirlo pero suficiente, en cambio, para impedirle navegar.

—Pesimismo crepuscular —le devuelvo.

—No, es que es así —protesta.

Nos quitamos las mallas de baño, que no se han secado, al abrigo del tilbury. Los pescadores no pueden vernos, a la luz indistinta, impalpable, que prepara la entrada de la noche. Por un instante, por un segundo nos quedamos desnudos y la opalescencia lechosa de

nuestros cuerpos atrae los mansos ojos del caballo. Caemos y nos copiamos allí, vivientes en un mundo que no nos entiende. Es sólo un segundo. Nos vestimos luego, sin tocarnos, sin darnos un beso. La noche está echándose encima; sentimos una necesidad irracional de adelantarnos a ella, de rehuirla. Es el apólogo de la barca, tal vez. La noche es la muerte y este día solar ha sido la vida. Queremos preservarlo de ella, guardarlo sin ella. Cora sube al tilbury, se toma del pescante, comienza a desatar las riendas. Yo me agacho a desmanear con una mano al caballo, mientras la otra le palmea el pescuezo, para decirle que somos nosotros, para tranquilizarlo. Porque también él parece estar a punto de espantarse.

Fue Cora quien inventó lo del Planeta Neptuno. Carlos iba a descubrirme algún día —predijo— como Leverrier a Neptuno, por las perturbaciones en la órbita de Urano. Y Urano era ella con sus cambios, con sus transformaciones desde que me había conocido. ¿Cómo podrían serle invisibles?

En los días en que la empecé, creí que esta historia iba a llamarse Planeta Neptuno. Pero no será el título que en definitiva prevalezca. Sospecho, además, que puede haber varios planetas Neptuno en el mismo juego de tres personajes; y que cada uno de nosotros debería haber sido a la vez el Neptuno y el Leverrier de algún otro, debería haber oficiado de descubridor y de objeto descubierto, en una suerte de colisión perpetua. ¿Quién más que el semejante? Es un exceso de egocentrismo sentirnos acosados en mayor medida de aquella en que inqueridamente acosamos, etcétera.

Carlos no me descubrió, es cierto: no nos descubrió. O acaso había llegado a descubrirnos pero estuvo dispuesto a proceder sin tomarnos en cuenta, tomándose en cuenta tan sólo él y decisivamente. O tal vez estaba a punto de llegar a su descubrimiento aquella noche y ella forzó la crisis. Pero entonces. . .

Ya he aludido a la policial metafísica; no logro salir de ella. ¿Podemos existir sin que nos descubran? Ésa sería la primera pregunta. ¿Y puede alguien existir de algún modo con relación a nosotros, sin que lo descubramos, en la medida en que descubrir supone algo más que ubicar y descartar, que poseer un dato y dejarlo en reserva?

Se ha ponderado alguna vez lo increíble que resulta el hecho de que hayan seguido viviendo, a espaldas de

nuestro recuerdo, aquellas personas a quienes —por los años de los años— no hayamos podido dedicar un solo pensamiento, una sola mención. Pero aquí la pregunta —¿podemos existir sin que nos descubran?— no apunta a esta forma de ignotismo, sino al extremo de que al ser conocido y a quien se tiene cotidianamente al lado debería estar notándosele el otro, la parte que en ese ser ocupa el otro, los pensamientos, las miradas, los guiños, los gestos de complicidad, las palabras trucas, las sonrisas sin ajuste visible a la conversación, que ese otro está dictándole. Cora decía haberse detenido muchas veces al borde mismo de esta delación impremeditada: reanudar con Carlos un diálogo mantenido conmigo, aderezar con un detalle un asunto que no le había contado, reforzar con una nueva razón un argumento que jamás le había hecho.

Planeta Neptuno. Por un tiempo, no pude comprender cómo habíamos cumplido el prodigio de no existir como pareja para él, de no haberle revelado nuestra existencia. Empiezo ahora a maravillarme de cómo pudo él, del mismo modo, no existir para *nosotros*. Carlos podía no haberse imaginado que Cora y yo hubiésemos estado en el campo, no haber tomado el olor a heno que yo seguía buscando en ella al revolverle el pelo. Al fin de cuentas, habíamos empezado por escondérselo. Pero, ¿nos imaginábamos mucho mejor nosotros qué había estado haciendo él, por esas mismas horas, en la Argentina, aun estando enterados de su viaje? Teníamos el dato primario, pero no habíamos dado un paso más allá. "Negocios", decíamos, y detrás de esta palabra dormitaban el desinterés, la neutralidad y la ignorancia. "Negocios", y su sola invocación proscibía todo drama. ¿Cuáles eran esos negocios? Cora sabía muy poco más: la vaga existencia de una oficina de representaciones e importaciones, a la que ella no había ido más de una docena de veces, por una docena de minutos, en varios años. ¿Cómo funcionaba, entre quiénes



vivía? Cuando él llegaba a la casa y desplegabla el diario de la noche, parecía demasiado fatigado (demasiado demostrativamente fatigado) y hubiera sido inoportuno preguntarle nada acerca de su trabajo. Era preferible hablar de lo que anunciaba el diario que caía sobre sus rodillas, mientras él bajaba la lámpara y empujaba con su cabeza hacia una zona de desentendimiento y de penumbra; era preferible conjeturar cómo sería una película, cuál sería el modo de obtener un par de entradas para el teatro. El cansancio, el cansancio y sus acolchados de silencio. Había estado de viaje por la Argentina, eso lo sabíamos. Pero, ¿nos imaginábamos el tren que había tomado para regresar de Rosario a Buenos Aires, el color de la tarde de otoño por la ventanilla, el rostro de la mujer que se había sentado frente a él, el diálogo que habían tal vez comenzado? Y todo sucedía del mismo modo. Su tiempo estaba para nosotros vacío, no existía más que como la pura y vacante duración que se correspondía a la profundidad, al abigarramiento y a la diversidad del nuestro, a los incidentes del nuestro, a sus apretujamientos y riquezas. Él vivía en un cuarto sin muebles, nosotros en un bazar. Cuando ella le habló de los perritos de porcelana como de objetos que él habría tenido la obligación de conocer, fue seguramente algo más que un truco para desorientar a las hermanas. ¿Cómo era posible que él descuidara esos potiches, que tenían una existencia tan central en su memoria de niña?

Ya sé que esa condición lineal, de simple supervivencia que a mí me bastaba con atribuirle, ha sido tan sólo una suposición intermitente, un alivio y una simplificación en el acto de saberlo vivo, para el caso de Cora. Pero Carlos era un ser tenue y no apremiaba con su existencia, no la proponía de una manera imperiosa, no parecía pedir para ella una atención compleja. Desde que yo existí para Cora, esa forma de trato no pudo ya serle dispensado. Y cuando alguna vez salía de su de-

bilidad para reclamarlo, un desaliento invencible se apoderaba de ella: el desaliento que nos causan los débiles. "Pensé que tenía que decidirme a lo que había hecho durante meses, en otro tiempo, antes de que tú aparecieras —la oigo decir, con una voz que postula la ecuanimidad de no tomarse por la dispensadora de los apoyos que se niegan—. No interesarme en nada, no preocuparme por nada, no pensar en nada, flotar. Yogui mental."

Paradojalmente, era mi presencia la que irradiaba sobre las flaquezas de Carlos una disculpa, una explicación inesperada: dos hombres no deben ser iguales. Cora se sentía en la situación de administrar esa diferencia.

Yogui mental: eso había llegado a ser el matrimonio para ella. Para Carlos era mucho más simple. El matrimonio era la verdad, como lo son las grandes instituciones —el Estado, la Iglesia— independientemente del culto que uno les rinda. Allí están, la verdad se integra con ellas, es asunto sabido. Su amigo Beldus y la mujer de Beldus... mejor dicho El Matrimonio Beldus vivía en un tercer piso, en un departamento suburbano que abría sus ventanas sobre el cuadro aun disponible de lo que sería con el tiempo una plaza. Beldus era un hombre joven, rubio, alto, que debía parecer hermoso a las mujeres. Y el día del incidente tenía poco más de treinta años. Pero una infancia desnutrida y una adolescencia descuidada habían terminado con los dientes de Beldus; y su "maldita falta de calcio", de la que hablaba a sus íntimos como de una enfermedad vergonzosa, había llevado a aquello: le habían arrancado las últimas piezas dentales, que discordaban con el perfecto trazado de su boca, con la nobleza de su perfil romano; y en su reemplazo —pacientemente— un dentista que era también un amigo y el gran destinatario de la letanía sobre el calcio, había ajustado una dentadura perfecta, pulida a través de sesiones inacabables, trabajada hasta detalles de insospechable verosimilitud. Beldus había

podido volver a sonreír y los discretos dientes no brillaban demasiado; había aprendido a hablar, tras días en que sólo murmuraba en privado; había retornado al trabajo, al cabo de una licencia obtenida por *surmenage* (y las contrariedades de las primeras pruebas habían estado a punto de provocárselo, de arrastrarlo a una caída nerviosa, a la depresión y nadie habría sabido decir si al suicidio); había logrado dominar las pronunciaciones sibilantes y endurecer las sílabas flojas, donde el aire desafinaba al comienzo, donde su paladar postizo revelaba oquedades atroces. Había vuelto, en fin, a la vida y la mujer de Beldus lo había celebrado con esperanza y alegría. Volvía a ser el sujeto encantador, el ingenioso, el ocurrente, el animador insustituible: la mujer de Beldus debía haber tenido la grotesca impresión de que los amigos de la pareja, agolpados en los rincones mientras se demoraba aquella "obra maestra de ortopedia" —como el dentista se ufanaba en llamarla— habían acudido ahora hacia el centro del consultorio, rodeando el sillón de dentista, aplaudiendo y adorando la dentadura perfecta que les devolvía a Beldus, al maravilloso Beldus, al impagable Beldus, al Beldus de antes. Pero el matrimonio es el estado verdadero del hombre y Beldus solamente carecía de pudor ante la mujer de Beldus. No el pudor del desnudo, que en él podía haber sido una forma de narcisismo, porque sus músculos eran largos y afinados, sus piernas semejaban los remos de un animal de raza, su cabeza ensortijada y su frente lobulosa señoreaban aquel cuerpo de estatuaria clásica. El impudor de Beldus ante su mujer se exhibía en una mínima operación nocturna: antes de apagar la luz, Beldus extraía con dos dedos su dentadura y la sumergía en un vaso de agua, puesto en la mesita de noche.

Hasta que un día Beldus tuvo una amante. Era su prueba de haber regresado plenamente a la vida: sin inhibiciones, con la antigua confianza en sí mismo, con

su prestancia de animal hermoso. Pero sin la astucia de un animal receloso; y la mujer de Beldus, revolviendo una noche los bolsillos del traje que Beldus había dejado sobre una silla (buscaba dinero, no revelaciones), encontró de pronto una carta. Secuestró la carta bajo el colchón, durmió sobre ella. Y a la mañana siguiente, planteó el descubrimiento y el escándalo. Beldus no supo casi defenderse. La arrogancia de su juventud había vuelto en él con tal fuerza, que no le pareció mal que la señora de Beldus lo supiera. Hasta extrajo, tal vez, una golpeada causa de orgullo y ella despuntó una sonrisa en su boca y entreabrió por un momento las encías, que a aquella hora de la mañana estaban todavía desnudas. Entonces la mujer de Beldus no precisó más. "No me opongo a que tengas una amante —dijo—. Sólo quiero que con ella las cosas sean tan verdaderas como han sido conmigo. Y que pueda verte como yo te estoy viendo ahora." Fue hacia el vaso, lo arrebató con un gesto rapidísimo, lo arrojó por la ventana abierta. Beldus, sin preocuparse de su desnudez, se asomó a la ventana y miró sobre aquel espacio donde algún día harían la hermosa plaza que habían proyectado y exhibido en las ferias municipales, con canteros, con árboles, con caminos. Miró hacia ese yermo de lamparones calizos, vio los fragmentos del vaso y debió ver los dientes dispersos. La mujer de Beldus ya se había ido del dormitorio, pero no a tramar su divorcio. Estaba satisfecha, Beldus volvía a estar junto a ella.

Carlos le había contado varias veces este cuento como algo sencillamente divertido y —lo concedía— un tanto mezquino en su forma elemental de arbitrar justicia; era como un apólogo de la institución matrimonial, y él no advertía mayor ferocidad en el simple episodio de una dentadura deshecha. Ya se haría otra. Cora había acabado por pedirle que no se solazara con aquel "asunto siniestro". Y cuando había calificado la historia de Beldus —como la llamaba— de odiosa y obscena, Carlos

(auténticamente) no la había entendido. Eran aquellas zonas irritables de la sensibilidad de su mujer las culpables de que, a veces, ella se le apareciera como una esnob.

Y era además, a su juicio, una institución confortable; porque en definitiva la vivía con placidez, a la tensión corriente de las demás cosas cotidianas. "Toda cosa que tenga el debido registro de intensidad, no puede ser tan confortable" —dijo un día Cora, y yo festejé y apunté la frase, sorprendido de que estas sentencias ya tan hechas se acuñaran repentinamente dentro de ella y salieran con un absoluto aire de naturalidad. De acuerdo con las palabras de Cora, el matrimonio no tenía para Carlos "el debido registro de intensidad". Y por eso mismo era confortable para él.

Así ocurría en el apogeo mismo del acto de amor. Estoy seguro de que había resultados en común, pero habíamos llegado a ellos por caminos muy distintos. Entre Cora y yo era imposible hablar de seducción y de seductor. Nadie seducía, nadie era seducido, no existía siquiera la sombra de un prejuicio en ese sentido. Nadie poseía, nadie era poseído. Simplemente vivíamos, habíamos caído el uno en el otro, nos debíamos el amor. (Pero era siempre un instante de arrebatada intensidad, un acto de exaltada lucidez. Ése y el de escribir —le dije una vez—. Como el despegue y el aterrizaje de los aviones, que son los trances de los motores a pleno gas. Seducir no era preciso, tirar sí.) Tampoco —razonaba Cora— jugaba la seducción entre ella y Carlos. Pero era la floja seguridad, la remisa seguridad rutinaria de ella que la desechaba. Nunca habría dejado de ser una criatura precaria, flotante entre las cosas sin asirse con fuerza a ellas, sin exprimir las hasta el final, sin poseerlas. Pero era un inválido en un edén y el edén proveería, por encima de las necesidades de su vida. Bastaba con estirar el brazo. No lo decía, jamás lo habría postulado, pero indudablemente creía que el amor conyu-

gal tiene —por fuerza de su aposentada salud— que ser limitado, monótono, inimaginativo, hecho a la repetición siempre igual de los mismos actos, a su duración estrictamente precisa, a su parvedad natural. ¿Para qué mencionar sus condiciones, para qué envilecer un espejo en el innecesario regodeo de copiarlas?

Por lo demás, no dependía tan sólo de la mediocridad (¿o sería mejor decir la medianía?) de Carlos. Todas las mujeres —sí, éste es un reproche típicamente femenino y conyugal— se quejan de los silencios de sus maridos, se agravian de omisiones y de incomunicaciones sin cuya existencia les sería acaso demasiado pesado vivir. Y son, tal vez, agravios ciertos. Debe haber una fatiga, un hastío de esa intimidad forzada y perpetua, a pleno empleo, que genera el espíritu del matrimonio total.

La situación de los amantes, en cambio, es una situación sin silencios. Trae de la mano a la infancia, al pasado, a los proyectos, a los conatos que serían más inconfesables en una situación conyugal; la cordura es allí una torpeza.

Como amante, un hombre tiene ante sí, constantemente, la posibilidad de que cada vez que se desnuda ante la mujer sea la última. Como marido, ésa será la ocasión de su mortaja.

Me imagino que el matrimonio concede poco espacio a esa fresca ilusión de irresponsabilidad, a ese sentido último de inconsecuencia consigo mismo y con otro ser, que está en la raíz de las verdaderas confidencias. Hay una extraña saturación de libertad en el hecho arterial de que, en tales conjunciones, el amor sea la única excusa, y se viva tan sólo en la medida en que esa excusa siga siendo, en el interior de cada uno, la imagen de una razón. Beldus sin dientes es un amante imposible: hay una zona de hedonismo implacable, que no atiende a las apelaciones de la piedad ni de la costumbre. Nosotros lo sabíamos.

Queda una forma de acostumbramiento vicioso, sin embargo, y es la de acabar por querer el riesgo, la de no hacerse a vivir sin él, la de irle concediendo cada día una importancia más invasora, más susceptible, más desdeñosa. "Jugamos con la antorcha sobre el barril de pólvora —decía Cora—. Y no debemos hacerlo. Porque la sensación más culpable es la de que también esperamos algo, la de que también tenemos algo que ganar si el barril salta." Pero el final de ella y de nuestra situación estaba ya tal vez escondido en el lote de lo que esperábamos, en el lote de lo que era tan taimado provocar y desear. Y era, precisamente, la única manera de que nadie ganara nada con el salto del barril.

Todo este desnivel de intensidades —la rutina y el riesgo— aflora en lo que dimos en llamar sus "papeles nocturnos", en las largas esquelas que solía escribirme contra el insomnio, sentada a la mesa del comedor en plena madrugada, haciéndose a veces un espacio exiguo entre la aceitera y los platos, que habían quedado allí a la espera de la mañana siguiente, de la llegada de la limpiadora.

Tengo esos papeles, los miro y vuelvo a leerlos estas noches, encuentro allí las claves de una infelicidad que estaba pidiendo audiencia, las señas de un final que desatendimos. Puedo verla como si la hubiera tenido a mi lado en el momento de escribirlos, como si asumiera en mi piel y en mi fatiga toda la exánime clarividencia de medianoche que se precisaba para empezar a redactarlos de un trazo, con una escritura menudita y disparada en la que la mano hacía lo imposible por seguir la vertiginosa fluidez de los sentimientos.

Estoy sola en el centro de la noche. Sola y con esa sensación de fijeza en medio de un piélago que se extiende, que retrocede y se ahonda hacia el rincón al que diriges la mano. Sola y como en el centro de un gran

vacío, sin posibilidad de comunicarme a la distancia, por encima de los cuerpos caídos que hacen de barreras en esa soledad: el de C. durmiendo, los de mis padres muertos, los cuerpos anónimos que en mi vida existieron como signos de la violencia: el borracho en el campo al atardecer, el muchacho de la camisa blanca bajo la luz del farol. No son figuraciones, no son símbolos. No se animan a serlo. Están ahí, sencillamente, extendidos para marcar la profundidad de un escenario desierto, para indicarme que tú estás más lejos y que no puedo llegar a esa lejanía. Tengo la sensación humillada de las horas que les entregué, del tiempo en que fui y sigo siendo de ellos, más grande, más ancho que este tiempo apurado en que soy tuya. ¿Te acuerdas del episodio de la lluvia? Cuando C. dijo "Cerraré la ventana", debió presentir que de ese modo me distanciaba de ti (sin saber quién eras), entorpecía una comunicación incipiente a través de la lluvia y de la noche. Te condenaba en mí, aunque no fuera más que como al embrión de una sospechosa fantasía por la que empezara a sentirme disidente de él, insolidaria, inabordable, misteriosa (odia el misterio). Así son nuestros hombres, aquí. Empiezan por cerrar todas tus ventanas; y luego se encierran detrás de ellas con una, para toda la vida. Pienso que en otros medios ocurre lo contrario, que empiezan por abrirlas de par en par y luego pasan a través de ti, como un gran viento. ¿Qué es preferible? Yo a mi vez detestaría, Amor, que esto pareciera simplemente literario, que me hubiera quedado despierta y a pocos metros de un hombre que se hunde en su sueño, tan sólo para hacer literatura. Pero no es eso ni es por eso. Me produce una pena oprimente saberme perteneciendo hasta el fin a otro ser y no poder darle más que miserables recortes de tiempo. La clandestinidad no es todo lo malo, ni siquiera lo peor, aunque nos parezca que lo es y se lleve todas las culpas. Es tan sólo la cara confesa de la indisponibilidad y de la urgencia. Ésos

son los enemigos mortales. Padecemos, tú y yo, el ligero asombro orgulloso de sabernos iguales —¡tan iguales!—, de haber comprendido que podemos hablar a partir de los sobreentendidos más complejos y que eso nos entrega tajadas de tiempo a una altura en que los demás no pueden servirnoslas, en que no podemos servirselas a nadie. Por eso, nos hemos acostumbrado a suponer que una hora de nosotros dos, que un abrazo, que un simple encuentro en un café tejen la corona del día en que ocurren, culminan el tiempo más imprecisable y vasto, el tiempo ajeno, el tiempo de otros en medio al que vivimos. Pero, ¿es así? ¿Y qué pasaría con nuestra plenitud de comunicación para entendernos, si la noche fuera también nuestra, si la almohada de los dos fuera la misma? Recuerdo a menudo la fantasmagoría que me contaste una vez: tu sueño, tu sueño de palabras y sin imágenes (o con imágenes creadas sólo por las palabras) del hombre descalzo caminando por la playa, a la luz de la luna. No sé por qué, esa fantasmagoría vuelve: a veces como presentación de tu persona (eres tú entonces quien camina, desnudo y descalzo, a la orilla de una pleamar tranquila y unciosa: te gusta el agua quieta), y otras veces como la presentación impersonal de nuestro amor. El hombre es entonces un desconocido que se resiste a nosotros: asume pedazos de ti y de mí, vive y circula a expensas de nosotros. Y de pronto todo empieza a tener alrededor de él —pero no en su carne— una suerte de mágica importancia: la arena que pisa es porosa y se anega de agua embebida y de luna, el aire retiene la huella con que lo hiende su cuerpo. Y esto sí que parece literatura, literatura escapada a un costado de insatisfacción de la vida, a una queja por compartirla con otros y no contigo. El hombre es nuestros agravios y los expresa. Por eso vive. ¿Qué había detrás de la ventana que me hicieron cerrar, qué tramos de vida quedaron colgando, como privados de cabeceras, entre tú y yo? Detrás de esa ventana estaban la mañana del via-

je, la tarde junto al río, la noche del hotel y del pueblo, ese fragmento suficiente de evidencia tras el que ya las cosas no podían volver a ser tan tontamente conjeturales como habían sido hasta entonces. Cuando aún no te había conocido, mi imaginación no se negaba a suponer que el amor existiera. Lo leía en los libros, en los folletines y hasta en los consultorios sentimentales de las revistas femeninas. Pensaba en que existiera y agregaba: "Pero no para mí". Podía conversarlo con otros, darlo por supuesto e irrefutable, como la proximidad de un continente dormido hasta el que un día pudiera llegarse, como la lejanía y el igitismo de África, que a otros se ha rendido, que a algunos se ha tragado. "Sí, existe —me decía—, pero no para mí." ¿Cuántas veces dije "pero no para mí" antes de encontrarte? Claro, hablo del sentimiento que sólo puede concebirse entre dos personas dadas; o, como tú dirías, hablo de cada uno para el otro como "el ser necesario". Ni más ni menos. Escribir en el centro de la noche —a partir de la certeza de que ahora existes— es aislar este tiempo para ti, hacer que se abra la ventana y que llueva, que llueva copiosamente entre nosotros, empapando de una leticia natural nuestras dos caras, por tantas horas impedidas de verse, privadas de juntarse. Es una forma no romántica de llorarse el amor, pienso. ¿O no? Escribir así, tendida sobre la madrugada y mientras nadie me lo toma ni me lo consiente, es gratuitamente volver a existir, saber que estoy recorriendo una franja de aire que mañana me llevará a tu lado, que concluye en ti, que empuja hacia ti y en ti se acaba. Cuando ese momento llegue, te dejaré este papel como una carta que debieras recibir a tu vez por la noche (a una hora en que no llegan los carteros) y leer a solas cuando todavía la presencia de unos últimos gestos físicos de los dos te rodee. La recibirás de mí, tendrás apuro de verla en seguida pero te convenceré de que esperes a que me haya ido. Ya estoy haciéndolo y por eso mismo —infantil,

caprichoso, obstinado— ya te siento aquí, junto a mí, sobreviviente y desnudo. Eso era todo lo que quería arrancarle esta noche a la soledad, eso que no es simplemente pasión ni nostalgia de los sentidos sino allegamiento, vecindad, querencia, palabras con zapatos de goma que pasan sin hacer ruido bajo esa lluvia hermosa —Mario, abre la ventana—, bajo esa lluvia torrencial que es el amor. Y ahora, querido, ahora ya puedo, en medio de una noche más chica y menos lejana (el hombre descalzo ha acabado de recorrer la playa y empieza a disolverse contra las luces del día) ahora ya puedo, sí, ahora ya puedo, besándote en el hueco de esta mano que mañana tú besarás, buscándote en este pozo que por horas conserva tu olor, ahora ya puedo irme a dormir, solita y contigo, colmada y feliz.

## XXII

—Dejémoslo, por un momento, montar el caballo blanco —me ha dicho Galia.

Es una exhortación a la justicia póstuma. “Dejemos que Carlos monte por un ratito el caballo blanco.” Alude al bueno y al malo del Far West, con el mismo símil que lo llevara a decirme, hablando de Fidel Castro y a propósito del canje de prisioneros por tractores: “Ahora está liquidado para todos nosotros, para la imagen que la gente pueda hacerse de él. Porque los americanos han absorbido la técnica del *western* y nunca dejan que El Malo monte en el caballo blanco.”

—Pero Carlos no es El Malo —he dicho.

—Inevitablemente, has estado imaginándote toda la situación como si lo fuera —me ha respondido.

Ha golpeado su pipa por dos veces en el borde del cenicero y luego se ha puesto a hurgarla parsimoniosamente, con el estilete que dedica a tal fin.

—Y tengo que decirte que lo que he sabido de él no me deja verlo de tal modo —ha insistido.

Sé que hay en toda su objetividad un propósito de consuelo, pero no tengo ganas de rendirme a él. No preciso saber cómo era Carlos más que en la medida en que eso me lleva a imaginarme mejor la otra mitad de Cora. Galia quiere, en cambio, proponerme al marido en sí, al marido como situación y como persona, al ser terminal, si es que así pudiera definirsele.

—Parece que sus negocios andaban mal —ha dicho.

Uno de sus escrúpulos más tenaces ha sido el de vencerme de que acaso toda la historia se desenlace por móviles hasta ahora no tenidos en cuenta, por pretextos o resortes materiales que no dejarían de ser triviales por atroces que hayan sido sus resultados. Lo considero

como la forma (tal vez indeliberada) que tiene de antipatizar con el asunto, de esforzarse por abolirlo en mí hasta convertirlo en un simple recuerdo, de crear la zona templada en que yo pueda verme absuelto por otros y absolverme a mi vez.

—No creo que fuera de los tipos que maten y se suiciden por dinero —he respondido.

—Yo tampoco —ha consentido él, pero postulando en el tono de la frase que nuestra opinión puede tener poca o ninguna relación con los hechos, que los hechos pueden existir de un modo gratuito e incongruente, anegando a las criaturas que participen en ellos.

—Y entonces, ¿por qué estás insistiendo tanto en decir que seguramente estaba arruinado, como si eso lo explicara todo?

—Porque suele haber explicaciones laterales, y a veces las descartamos demasiado fácilmente —ha argumentado Galia.

—¿O sea?... .

—O sea que es muy probable que él haya matado creyendo que lo hacía por otras causas e ignorando de buena fe que *también* lo hacía por estar arruinado y por no tener fuerzas para empezar de nuevo.

—El asunto se vendría tristemente a menos... .

—No veo por qué —ha dicho Galia con un acento ligeramente ofendido, como si la disminución de la historia lo enjuiciara de pequeñez—. Quizá sólo se hiciera más humano.

Conozco su sagacidad, el modo en que la usa para atormentar la imaginación de los otros. Es su costado creador, la única cosa que —por más que se abandone— no logrará estropear o corromper en él. Es lo más noble de su persona, al fin de cuentas, aunque a veces me lo haga sentir como un castigo.

—Bueno, montémoslo en el caballo blanco —he concedido—. Ahora te toca hacerlo andar.

—No es tan difícil —ha dicho, cambiando otra vez al

buen humor, a la ecuanimidad, a todos los valores que, en su caso, parece cuidar que esta cuestión no soliviante—. Todo consiste en imaginárselo como un débil, como un buen ser débil.

—Como al débil que era —he dicho.

—Como al buen hombre débil que era —se ha aplicado a corregir.

—Parecería que supusieras que yo extraigo alguna causa de alivio o de justificación en no reconocer que haya podido ser ese buen hombre —le he dicho, preguntándole casi en el énfasis de las palabras, en la tensión con que esperan su respuesta.

—Ah no, ya sé que no precisás denigrarlo. Si digo El Malo es para adjudicarle un papel convencional en el reparto y para que dejes de verlo como un ser convencional; para que lo veas plantado ante nosotros, en carne y hueso.

—Oh —he soltado, casi sin darme cuenta—. Por desgracia, nunca pude dejar de verlo así.

—Bien hecho —ha aprobado, con tono patrocicante, apuntándome al pecho con el caño de su pipa—. Pero es preciso ir más allá de no atribuirle malicia. Hay que atribuirle derechamente bondad. Por ahí llegaremos a él y llegaremos a algo.

—Si es que hay que llegar a algo... .

—Sí, si es que hay que llegar a algo —ha convenido pensativamente—. Porque tu otra resistencia es más sutil: consiste en no llegar a saber.

—No es una resistencia, es una imposibilidad. ¿Te parece que he hecho poco para informarme?

—Me parece que has hecho demasiado —ha dicho admonitoriamente—. Demasiado para informarte con el sentido de llenar un hueco, poco para inventar de nuevo la situación a partir de los datos que siempre tuviste y que probablemente bastan para llegar a saberlo todo.

—Estás hablando como si estuvieras más adelante que

yo en la averiguación de un mismo asunto —he dicho—. Por eso, lo mejor sería que yo te escuchara, en vez de estar interrumpiéndote todo el tiempo.

—Es que si no me interrumpieras yo no hablaría —ha asegurado—. Detesto el soliloquio.

—Bueno, adelante. ¿Cómo se sale de *su* bondad hasta el final? . . .

He dicho “el final” y algo se ha encogido hurañamente en mí, algo ha acotado la posibilidad de no considerarlo como un epílogo ante mí ni ante otros, sino acaso —del modo en que he venido escribiéndolo— como si fuera todo lo contrario, como si fuera el comienzo de toda la historia. Pero no puedo proponérselo a Galia sin pecar de un tipo de extravagancia que no entendería, en una materia donde no quiero permitir que se instale, a cargo de ninguno de los dos (desde ninguno de los dos) la frivolidad.

—Te propongo este ejercicio de humildad, que a lo mejor conduce al resultado —ha dicho Galia—. Imagínate bien al marido y, además, suprimirte por hipótesis, en todo lo ocurrido.

—¿En qué sentido?

—En el único sentido posible: en el de que, a lo mejor, no has intervenido para nada en la culminación del asunto, en los pocos minutos que duró el asunto.

Era donde esperaba verlo concluir, pero no tan rápida y abiertamente. ¿Es un favor que entiende hacerme, un alivio que quiere agenciarme o un toque perverso de anonadamiento personal que aspira a que yo sienta si me excluyo —aunque sea “por hipótesis”— de todo el asunto?

Debo haber sonreído al verlo llegar tan pronto adonde quería, porque él ha sido sensible a una impresión de abroquelamiento que ha recogido de mí cuando —avanzando otra vez su pipa (esta vez la olla hacia adelante, empuñándola por el caño)— me ha asestado su propuesta del “ejercicio de humildad”.

—Listo —he dicho, como si estuviera ante el hipnotizador, el psicoanalista o el verdugo—. Me suprimo. ¡Adelante!

—No basta con que digas “me suprimo” —y ha vuelto para retirar el efecto pernicioso de su incitación, para ofrecerla en otro contexto y con una cara más razonable—. No es un juego de salón, no es un pasatiempo. Cuando recurro a tu modestia me estoy refiriendo a un sentido muy íntimo, casi a un sentido místico de la disolución del ser. Suprimirse para ver el Gran Todo, o algo así.

No he dejado de advertir el retintín sentencioso y grandilocuente, de predicación exótica que tienen sus palabras; lo ha visto cuando las he dejado caer sin un eco. Se ve que querría, ya demasiado tarde, no haberlas dicho o, tal vez, traficarlas como una broma conceptual, en su mejor estilo. Tuerzo la cara para impedirselo.

—No te propongo que renuncies a todo, a lo muchísimo que has sido para Cora, a lo decisivamente que has existido en ella. No persigo explicarte la muerte de ella a la luz de lo que ella pueda haber pensado, si es que lo vio llegar. Mi propósito es más común, más de crónica periodística o de novela policial: el hecho se explica por su autor, aunque en un orden ideal pudiera explicarse también por su víctima. Ya sé que la víctima estaba llena de las cosas que habías puesto en ella; eso no se discute. Pero él no la mató para encontrar en ella esas cosas. Para eso, justamente, la habría conservado viva, si hubiera sabido y hubiera tenido coraje. En el acto de matar a alguien hay una pavorosa renuncia a saber quién es el otro. Por algo se dice “lo mató como a un perro”. Porque es el acto culminante de esa enemistad animal del hombre por el hombre. Es como la voladura de un puente, como una fractura. No sé mucho, pero no conozco ninguna doctrina que proponga la agresión como vía del conocimiento.

—Bueno, ahora sí —he dicho—. En la medida en que



la historia no le concierne a Cora, tampoco me concierne y tampoco me interesa. Las cosas que yo haya puesto en ella, como has dicho, son las únicas que me dan títulos para meterme entre ellos dos.

—Pero es que todo le concierne a Cora —ha dicho Galia—. Ahí está tu ceguera. Todo le concierne en la medida en que ella también vivió para él, también mantuvo el equívoco —seguramente por piedad— de que necesitaba que él la protegiera, la apariencia de que no podría explicarse a sus propios ojos —y, por supuesto, a los de él— si no era por esa ligazón, por esa dependencia. No olvides que ella no trabajaba ni ganaba dinero, y que eso hace creer a los hombres que no se puede existir sin ellos.

—Sí. Hay algo que impide que asestemos un golpe a un débil —he convenido, y he recordado en seguida que la frase me había sido dicha y repetida por Cora; he pensado que estaba diciéndola por última vez, a través de mí.

—Y aunque lo hagamos, es inútil y hasta contraproducente —ha dicho Galia—. Los débiles se sienten fuertes cuando nos ven rebelarnos ante ellos y herirlos. Lo toman como prueba de su fortaleza. Lo mejor es dejarlos.

—Dejarlos que nos maten —he agregado; y aunque hubiera querido que pareciese dicho “por hipótesis”, mi acento de amargura, de lamentación y de fracaso ha sido tan flagrante como para que Galia se abismara por un instante en su pipa.

—Dejarlos que nos maten, no. Porque eso es dejarlos que se maten. Hay que tener en cuenta que en situaciones como la de ellos dos, el débil mata como la única forma de obligarse a morir, como el único modo exorbitante que se le ocurre, de comprometerse a su propia muerte. Porque ya a esa altura puede imaginarse que hay un castigo peor que la muerte: la culpa propia, la

cárcel y hasta la supervivencia. Y eso les da fuerza para golpearse sin lástima.

De pronto, ha aparecido ante mí una imagen que no me había propuesto convocar esta noche. La luz baja, la lata cilíndrica de Huntley & Palmers irradiando un fulgor azuloso sobre esta mesa de la que ahora se levanta una chispa errante, como un fugitivo punto de ignición que va desde la pipa de Galia hacia el pasado. Cora está echada en la cama, a unos metros, semidesnuda y fumando. Se inclina lentamente y deja, con toda precaución, que la taza cuyo contenido de té frío acaba de beberse descansa en el suelo, bajando con su tierno fulgor a una zona de penumbra, descendiendo cada vez más clara a las tinieblas, mientras la chispa errante parpadea y se anula en otra franja oscura, hacia lo alto de la pieza.

Hemos estado hablando de Salcedo, de la historia del eczema del maestro y de los ruegos de su mujer. “No olvides que es un débil —me dice— y que en el fondo la soledad lo liberaba, hacía que nadie dependiese de él y eso era la paz, la única que tal vez buscaba desde la infancia. La lepra (y debo haber vuelto a esbozar un gesto de rechazo y disgusto; ¿lo habrá advertido Galia?) . . . o la sarna o lo que fuera, sólo lo enloquecía porque su mujer, fresca y joven, estaba obligada a compartirla por años de años. Cuando ella le impidió matarse solo, en realidad se condenó a morir sola. La solidaridad no alienta en quienes son débiles a tal extremo.”

—Pero a él nadie le impidió morir solo —he dicho, contestando a través del tiempo un paralelo implícito, que en sus días Cora no pudo adivinar ni quiso plantearme.

—Sí, se lo impedían de hecho —ha replicado Galia, sin notar que la frase venía saltada, desde otro diálogo hasta éste—. Se lo impedían la responsabilidad, el honor y el cariño. ¿Te parece poco?

—¿Y mató por eso?

—No. Eso fue lo que le impidió matarse solo y lo que, en su caso, le habría impedido sobrevivir una vez muerta Cora. En cuanto a por qué la mató, eso parece más dudoso pero tal vez, en realidad, haya sido lo más simple: la mató por sentido de protección. Creo que todo se reduce a eso, a la absurda deformación de este concepto.

—Pero la solidaridad no alienta en quienes son débiles a tal extremo —he dicho, como si Cora volviera a dictármelo.

—¿Quién habla de solidaridad? —ha preguntado Galia, alarmándose—. La causa por la que mataba estaba en él, antes que en ella. En todo caso, precisaba solidarizarla a ella sin consultarla. Es lo que hacen siempre quienes nos protegen...

Su pipa tira rasgos de humo hacia el techo: primero más altivos, después más lánguidos y sinuosos, desentendidos, aviniéndose a la atmósfera aplanada de la habitación.

Me he callado. Y Galia mismo ha caído en un largo silencio, atento al tiraje de su pipa. Debe haber supuesto que su tesis estaba dicha, y que todo ha de quedar en adelante librado a mi aceptación o a mi repudio.

Hay un círculo neblinoso que sube voltejando, que describe formas fantásticas, las imprecisas formas del animal en que Galia querría ver montado a Carlos. "Déjémosle, por un momento, montar el caballo blanco." Pero es otra la imagen que prevalece en mí: la de un hombre sentado frente al mar, vuelto hacia él y golpeando con los talones en el largo murallón que le sirve de banco; tiene pelados los contrafuertes de los zapatos, de tanto lijarlos contra la piedra.

He pensado que conozco a ese hombre, que lo tengo escrito y prisionero dentro de la caja de Huntley & Palmers, cautivo bajo las guardas azules y blancas del friso de sátiros, cítaras, ánforas, fuentes, caduceos, tú-

nicas, báculos y olivos. Mañana he de abrir la caja y de liberarlo por un rato. He de levantar la tapa y he de darle, por si la quiere, su opción de libertad y de existencia, su alternativa de montar el caballo blanco. ¿Aceptaré?

Galia ha alzado la pipa en el aire, la ha mirado ponderativamente desde abajo, la ha vuelto a la boca, la ha mordido sin hablar. Le he preguntado si no quiere beber un trago.

—Todavía no —ha dicho—. Más tarde, si acaso.

"¿Es que piensa quedarse? Entonces quien precisa beber soy yo" —he pensado, casi con terror.

He ido hacia el estante, he sacado de allí la botella de brandy español —regalo de Cora— con su red amarilla de seda; he visto que quedan dos dedos de brandy al fondo.

—Uno para cada uno —he dicho, ignorando a su vez a Galia, a su ánimo de quedarse y a su escrúpulo de postergación.

He vuelto por los vasos y los he colocado, con dos golpecitos redondos entre el silencio y el humo, uno ante él y otro ante mí.

### XXIII

Alguien debe haberla enterado de mi costumbre de regresar, los miércoles por la tarde, luego de las dos horas seguidas del Larrañaga, a través del parque. Es un día que concluye para mí sobre las cinco, y debo estar convirtiéndome en un ser previsible: la lenta caminata a través del parque me reconcilia con el cansancio de la media semana y me prepara para la soledad que se abre sobre las horas de su día más holgado.

Deben haberle indicado que a esa hora me encontraría deambulando por la avenida principal, entre la fuente y el obelisco. Era la tarde opaca de un día cruzado de chubascos, en que ya no volvería a llover. Un cielo lavado y gris, con nubes bajas en retirada y un palor más alto haciéndoles de fondo anunciaba que el otoño estaba ya a su término. Acababa de echar una mirada a esos trozos de granito echados y de pie en medio del pasto, donde han grabado el recuerdo de Cunninghame Graham, cuando la vi venir en sentido contrario al de mi marcha. La cara aceitosa de los dieciséis o diecisiete años, el cutis mate borroneado de acné, las guedejas como húmedas y apelmazadas derramándose sobre la frente y colgando sobre un ojo. Fingió sorprenderse de dar conmigo allí, balbuceó —realmente turbada, a pesar de la deliberación del encuentro— que desde días atrás deseaba consultarme sobre los apuntes que había tomado en clase; me estiró una libreta en cuya tapa vercosa se leía *Exercise Book* y en cuya etiqueta, ya impresa en color marfil en la carátula, había escrito su nombre.

Me pareció ridículo que nos quedáramos allí, de pie, mientras los autos que corrían por Morquío hacia la fuente o que venían desde la pista de atletismo hacia 18

hacían gemir los neumáticos en la curva y pasaban creando un telón incesante de movimiento y curiosidad, entre ella y yo. Señalé un banco y la invité a sentarse. Debe haber sido lo que esperaba, lo que derechamente quería. No debía importarle que la vieran. Más aún que para mí, más hoscamente aún que para mí desde la muerte de Cora, Montevideo debía ser para ella un sitio poblado de extraños.

Quería que yo echara un vistazo a sus apuntes sobre Delmira, dijo. Yo había hablado con tanta vehemencia —había hablado tanto, agregó con una perturbada sonrisa de admiración— que temía que aquello fuese, verdaderamente, un caos. Dijo “un caos”, debe haber sido una frase largamente estudiada, pensada para ser de puesta allí y sonar bien. La miré. Un fondo de nubes iba corriéndose detrás de ella, como en un film; un Citroen pareció salir entre sus mechas, resbaló silenciosamente —para mí, desde el ángulo en que la miraba— a partir de su boca. Sonrió.

El cuaderno estaba en mis manos, e insensiblemente —como postergándolo— lo deposité sobre el portafolios de clase, que descansaba en mis rodillas. Debe haber pensado que yo no tenía apremio y aquello la estimuló. Debe haber buscado otro modo de empezar el diálogo pero cualquiera, dada su timidez, dada su crispación, habría sido igualmente abrupto.

—¿Usted nunca escribió aquella crónica? —preguntó.

—¿Cuál crónica? —dije, porque estaba imaginándome-la en su banco, tomando apuntes acerca de Delmira Agustini.

—Aquella sobre el matrimonio muerto —aclaró, y su rostro se trasladó de pronto en mi recuerdo y lo situé en el patio en que lo había visto pasar, enmarcado por el pilón de las lavanderas, proyectado sobre un fondo de escaleras, de corredores de bovedilla, de jaulas de canarios.

—No —dije—. Desistí.

—¿No se la pagaban? —interrogó, y comprendí que lo hacía para obligarme a mentir. Para abreviar las distancias, para saltar las diferencias que debía sentir que mediaban entre ella y yo nada le vendría mejor que una mentira verificable dicha por mí, que una ficción que nos emparejara.

—No fue por eso —repuse elusivamente—. Desistí. Me miró con resolución, a través de las guedejas, y una torpe malicia juvenil destelló en sus ojos.

—Mi tía sospecha que usted tenía un interés diferente —dijo.

Supe así que la limpiadora era su tía. Oculté mi sorpresa.

—¿Qué interés?

—No sé. Tal vez por la señora.

—Desistí —machaqué atajando el paso a las explicaciones—. Dígale que esté tranquila.

Y alcé los hombros, dándole a entender que el tema estaba cerrado. Mi mano bajó hasta el cuaderno y lo tomé.

Pensé si a través de su curiosidad por el asunto, si a través de los apuntes acerca de Delmira no estaría ofreciéndose. Había una obstinación extraviada en su sonrisa y en la húmeda fijeza con que sus ojos parecían seguir el movimiento de mis manos; y nada de eso podía ilustrar taxativamente las líneas del diálogo que estábamos sosteniendo. Algo sonaba a hueco, algo se movía flojamente detrás de las palabras. Empecé a preocuparme de que pudieran verme allí con ella, me pareció que la condición acalambada y tentativa de las frases podría habernos delatado al simple paso de un auto. Me eché hacia atrás, consiguiendo algunos bienhechores centímetros más de distancia con relación a aquella cara que avanzaba en una desaprensiva pendulación de gandería, sin querer y queriendo.

Siempre me ha repugnado el donjuanismo docente, la fascinación refleja —y en el fondo, vejatoria de sí—

que el profesor utiliza para seducir a sus alumnas, al amparo de los temas irresistibles. Por eso evito aquellos autores que tornan poco menos que inevitable el hecho de que alguna adolescente se enamore del profesor que lee, explica o recita: Bécquer, Musset, Lamartine, el Goethe de Las congojas del joven Werther, Juan Ramón Jiménez.

Pero esta vez Delmira, traída de refresco, debía haber obrado el indeseable sortilegio: debía haberla puesto en situación de mujer hacia mí, precisamente porque yo conociera los detalles del tema. Nunca lo quise, digo. Menos que nunca, ahora. Me desalentaba la sola posibilidad de emprender un ejercicio de seducción, el fastuoso despliegue intelectual de la madurez, tan impune frente a una niña sin desbatar como aquélla, tan ominosamente fácil en la clase de elocuencia que habría precisado. Tomar una jovencita y estrujarla por egotismo hasta dejarla marcada, aunque luego uno pueda provocar que sea ella quien se aleje. Tomar a una niña y cambiarla, mezclándose para siempre a la memoria de su virginidad. Es horrible. Pero si siempre lo es, esta vez existía una razón superior al buen gusto, más allá de la estima. Esa razón se aparece sobre el fondo de una ventana, alza un brazo hasta el pelo, se peina como para conjurar el desorden piloso de la joven; y para sonreír apenas, abrir un hueco en un color de cielo que es como el de aquella mañana de campo, una referencia abrumadora.

Miré otra vez a la chica, mientras abría el cuaderno y alisaba las hojas en el sitio mismo en que unas toscas letras de fantasía trazaban el nombre de Delmira en tinta roja. La consideré sin cotejo, como a un ser absoluto. Era la suya una belleza extraña —¿cómo decirlo?— a la vez embrionaria y sucia. Podía imaginármela como a una Venus adolescente a la que se acaba de sorprender, tras siglos de reposo, al fondo de una excavación. El arqueólogo la ve y sabe que tendrá que limpiarla con

sumo cuidado, amorosamente, para desprenderla de la adhesiva lepra secular de silicatos y de óxidos; sabe también que una vez que la haya librado de esa costra que le ha prohibido crecer, los rasgos de la Venus, detenidos tal vez durante milenios, reemprenderán lentamente un crecimiento hacia la adultez, como si fuera una navegación: un viaje hacia la plenitud de la mujer, hasta la eclosión de esa sensualidad impedida, larvaria y polvorienta de que la ha visto recubierta al extraerla del hoyo.

Pero bastó que un auto hiciera sonar su claxon, tal vez por irrisión de nuestro tieso idilio congelado (así debía parecer visto de afuera) para que me sintiera de golpe traído a la realidad y destituido por ella, no un arqueólogo en la Hélade sino un profesor ya flácido, tirando a viejo y sentado hacia el fin de la tarde (¿o a la espera de la noche?) con una joven en un banco del Parque de los Aliados. Ella me seguía ofreciendo su perfil, una mecha avanzando y colgando como un columpio para nadie, el cuerpo puesto de costado, de través al sentido en que corrían los listones del banco y descansando sobre una pierna flexionada debajo de ella, en tanto la otra iba y venía, con su viejo mocasín deslustrado, escarbando la grava del sendero, separando las últimas hojas caídas de la estación. Me sentí tan viejo y descarnado como Cunninghame Graham en su medallón, menos rodeado de savia que él a la altura vegetal sobre la que se alzaba, sin ganas de revalidarme para la lucidez, para la perspicacia, para el consejo y menos aún para el amor; seco, vacío, hostilmente deshabitado.

A mi edad —torné a pensar, volviendo a la suposición arqueológica— no puedo interesarme en el porvenir de la belleza sino tan sólo en su apogeo y acaso —viciosamente— en su pasado, si queda todavía alguna lumbre, algún resplandor, alguna huella familiar y aquerenciada, un hábito muelle de placer y silencio. Cora es una mujer ya hecha cuando viene hacia mí, y no es en un

parque. Hecha y con la matriz de un sentimiento flamante. El arqueólogo tendría simplemente que enjuagarla, porque está tan sólo como empañada y lustrosa a trechos disparejos, como si hubiera yacido durante siglos, no en un lecho de tierra sino en el fondo del mar. En el fondo del Mar Egeo, digamos, la viva lumbre de su mirada sobre la constelación de gotas, su boca hacia él sobre el triunfal reflejo escamoso del sol en su cuerpo. Enjuagarla y recibirla, porque todo lo demás vive ya un inalterable secreto de proporciones, un tranquilo aunque hostigado misterio de madurez. Es su “milagro griego”, como tan fatigosamente lo proponemos los profesores de Humanidades ante cada obra maravillosamente armónica, cuando nos falta, para entenderla en su perfección, una clave más profunda y más cierta.

“Mi tía sospecha que usted tenía un interés diferente...” Ya no podía tenerlo: Cora se ha muerto y ella, cuyo nombre ni siquiera me había parado a descifrar, sobre la tapa del Exercise Book, no había empezado a existir, no podría empezar.

Porque frente a la muchacha, si es que ella era una aparición de la mujer a cualquier altura de sus edades, yo sentía extrañamente que cada palabra dicha por mí refería mi encogimiento, mi desánimo, una pereza radical que estaba más allá de la simple apatía, más allá de la repugnancia y del miedo. Podía decirse, es claro, con mayor laconismo; podía decirse “No”, darlo a entender con una retracción del cuerpo, con una distracción de los ojos dados a seguir el movimiento de una hoja, el sacudón de un árbol o el paso de un coche, en el momento en que —de haber existido codicia— tendrían que haberse volcado sobre ella, tendrían que haberla acosado en el expolio de una respuesta.

Nos hemos ya visto en la librería de Dina Canavaglia, en el rincón más oscuro del Jauja, en pequeños cafés que ella descubre y me comunica, dándome prolijamente las señas, cuando —con la misma naturalidad

con que ha encarado todo el sentido de una relación creciente— acepta venir una tarde a casa. Es la relación en el momento en que deja su prehistoria, en que cambia de piel; es mi casa antes de esta memoria del amor que hoy pesa por la noche entre sus paredes y me la hace temer. Es la mesa en que no han nacido aún los poemas (“La cara de cera”, “Tu cuerpo, mi cuerpo” y tantos otros) que he inventado para ella, es mi cama sin su pequeña foto pinchada en la cabecera. Ella llega, se quita su breve sombrero de castor y mira —con aire de inteligencia bienqueriente— el desorden de libros que la rodea. Se acerca, me da un beso, como si no fuera el primero que me da, como si no debiéramos detenerlo entre nuestros labios, celebrándolo como al comienzo de una serie, brindando por él con algún sustituto espiritual del champagne. Es tan naturalmente anticonvencional que me lleva a su juego, y recuerdo muy bien que no la beso exactamente en la boca sino corrido un poco hacia la derecha de su boca, entre la comisura de ese lado y el borde del pómulo, pero sintiendo, contra el dibujo de mis labios, la depresión próxima y afectuosa de los suyos, la humedad de su boca que se abre también sobre una región inédita de mi rostro, que se afirma allí, que lo inaugura para ella y para mí.

Se acerca a la ventana tomada de mi mano, echa una mirada sobre el paisaje chato, donde sólo resalta la turgencia de aquella cúpula de iglesia como un brillante casquete de esfera, con sus puntos luminosos de mica, con sus nervaduras confluyentes hacia la cruz de hierro que señorea la estructura. Le digo entonces (recuerdo recién entonces, su franqueza me hace decírselo tan pronto como lo recuerdo) que la cortina de enrollar está rota, que será imposible bajarla, echar penumbra en la habitación, cerrar los ojos. “¿Nos verán desde afuera?”, dice sin cálculo; y comprendo que no es la mirada de ningún hombre, que resbalaría sobre los cristales y caería ante la mayor opacidad del aposento, sino la

visión de aquella cúpula lo que puede hacerla sentirse más expuesta y desnuda, más pequeña e inerte. Le propongo un cortinado ocasional hecho con una colcha, con mi bata que en días sucesivos se pondrá, moldeará desde adentro sin llenarla, en un tenue punto de fragilidad que la prenda perderá cuando yo me la ponga. Una colcha, la bata, una sábana, todo prendido con palillos de tender ropa. Me subo a la silla y ella va alcanzándome, una a una, las piezas de aquella tapicería de emergencia; las comenta sonriendo, mientras la cúpula va quedándose afuera y una opalescencia dispar (gris hacia el techo, con un cuadro rojizo en el parche de la bata, más blanca si mi mano hace flamear por un instante el heterogéneo cortinado) gana insidiosamente la habitación, la cubre de una plácida mollicie pobretona, que Cora encuentra justamente encantadora por eso. Hoy —cuando ya no puedo decírselo— celebro, agradezco, encuentro milagrosa aquella humildad con que ha sabido esperar, en el primer día de nuestra intimidad, que yo escenografiara estos retazos, que hiciera y aplicara un decorado íntimo como si fuese un esparadrapo, que lo desplegara a su vista como la alfombra de un cadalso.

He vuelto a esponjar la cortina, a riesgo de que se cayera, para estar seguro de que la cúpula ya no nos asesta sus casquetes salpicados de ese agresivo, espolvoreado brillo estelar en la irradiación del día, ya no entra su redondez en la pieza como un seno de casta matrona; para estar seguro de que hay un confín para nosotros dos y de que estoy dándole tiempo a que se quite su blusa blanca, que oigo crujir a mis espaldas, abierta por sus dedos. Me doy vuelta entonces, la veo sonreír con una inocencia sin afectación y sin escándalo, segura del hombre por quien lo hace; pongo por primera vez las manos en la tersa desnudez de sus hombros, más oscuros aún que su rostro, en el recuerdo del último verano.

Empecé a sentirlo —dice el papel nocturno— cuando vi que C. se disponía a acostarse. Al volver al dormitorio, estaba prendida sólo la luz de mi lado, y lo demás era penumbra. Lo sentí llegar y era inevitable. Hablé a C. y me contestó apenas. Después ya estuve sola. Y fue lo de siempre. Quisiera poder decirte cómo es. Diría que es sentir la muerte descansando sobre todo y también como si estuviera contemplando mi propio recorrido hacia la muerte. No es por causa de la noche y de la soledad; eso puede ser bueno. Es más bien porque todo se ha hecho pesado, inmóvil, sin sentido, abandonado a cuerpo muerto; y ya no hay ruido capaz de alterarlo. No importa que tosa o respire o haga chasquear mis dedos o arañe las sábanas, porque me estoy oyendo toser, respirar y rasgar. Me estoy viendo a mí misma debatiéndome, agonizando casi. No tengo miedo, es sólo una impotente tristeza que sube y sube cálidamente hasta la angustia. Creo entonces que soy un testigo forzado, que sólo yo puedo recoger ese bisel destruyéndose en las cosas, y que llevo a casa esa mirada inexplicable. Pero es aquí, solamente aquí donde compruebo esta acechancia, este seguro acabamiento, el contarle los pasos a ese envejecimiento alargado hacia la muerte. Mi sensibilidad, mi mirada han perdido el pulso y no las reconozco. Suspendidas. Enciendo un cigarrillo y poco a poco me voy recuperando, voy volviendo a mí misma. Es la primera vez que esto me ocurre. Es decir, es la primera vez que puedo salir afrontándolo, después de haberme dejado caer hasta el fondo. Otras veces he podido salir llorando o apoyándome en alguien: diciéndole a C., dormido en profundidad, “Estoy enferma” o “Escuché un ruido que me despertó, no sé qué puede ser”. Pero esta vez salí sola. Y fue extraño: sentí de golpe todo mi peso, toda mi masa, como si hubiera vuelto a ocupar una habitación abandonada. Muy serena, con

una rara lucidez que me hacía ser dueña no sólo de mí misma, ahí, sino también de mi destino. Habían pasado tres horas. No sé por qué me importó averiguar cuanto había durado. Entonces supe claramente cómo iba a ser mi soledad: mi soledad de sitio, ya no la otra porque existes tú. Y me di cuenta de que no sería penosa; tal vez un poco melancólica, algo perdida pero ciertamente cumplida, y ya sin miedo. No sé qué será esto, mi amor, ni sé tampoco por qué paso por estados semejantes desde que me conozco, por qué siempre tuve esta excitada responsabilidad de la existencia, por qué me pesa en la conciencia la vida de las cosas y los seres. No sé, mi amor, no sé. Pero tenía que tratar de decírtelo, porque éste es el secreto mal que he llevado siempre conmigo, el que me ha hecho mirar sobrecogida el pedazo de cielo que se abre en el ventanuco del techo y en el cual veo confusamente a Dios y a la muerte, a mis padres muertos, al sueño, al miedo y a mi culpa. Tenía que tratar de decírtelo para comunicarme totalmente contigo, para mostrarte mi última sombra, aunque ella sea esta pequeña muerte cotidiana, casi nada.

Debió creer que yo había estado —durante estos minutos de ensimismamiento— considerando sus apuntes, porque dejaba correr los ojos sobre la escritura, sin penetrarla, sin ganas de caer en ella, sabiendo ya lo que encontraría. Su cara estaba siendo juzgada, se había puesto seria: la niña había vuelto a aparecer debajo de las inciertas ambiciones que la ahogaban.

*Su erotismo tenía algo de incendio —leí por fin—. Hay citas frecuentes del fuego. Porque ella no era un espécimen de la fauna polar.*

Recordé que esta última frase les había hecho reír y por eso mismo había merecido una transcripción más fiel. El chiste aparecía como un dato, esplendía como el concepto más importante.

*Era un ser humano milagroso. Además del fuego, la expresaban las flores. La flor es la posesión. Y aunque pudiera parecer menos que el fuego, en realidad es más: "Así tendida soy un surco ardiente."*

Reconocí que había sido ella quien me había hecho repetir el verso, quien me lo había preguntado para anotarlo. Rígida a mi lado, pendiente de mi opinión como de un bien pasajero, se había tornado ahora extrañamente fría, un surco frío en la ventisca del anochecer que estaba levantándose alrededor de nosotros.

*Toda su poesía es un himno floral.* Era la semiverdad estúpida de lo parcial, la reducción ad absurdum de la verdad por ese conformismo que se atiene a atesorarla en frases sueltas, presuntamente capitulares.

*El sexo no era bien visto entonces* —decía el cuaderno—. *Menos que ahora* (y al margen, a lápiz, ella misma lectora o alguna otra muchacha —tenía que ser mujer— había garabateado un signo de interrogación que parecía desfachatado e incrédulo, como si un joven se burlara de la idea de un viejo, sin tomarse el trabajo de refutarla). *Al sexo hay que descubrirlo como a Neptuno.* (Y de este costado, sobre el margen opuesto a aquél en que estaba el anterior, otro signo de interrogación —más veraz, más lleno de estupor— se preguntaba honestamente qué era, qué quería significar aquella metáfora que mezclaba los planetas al sexo.) En todo caso —pensé mirándola, al tiempo que una sonrisa suya parecía saber en qué punto justo de la lectura me encontraba— ¿has venido hasta aquí para descubrirlo?

*Equivalencias poéticas* —seguía el cuaderno, ahora avenido a una lineal formulación matemática.

*Boca = pulpa vegetal*

*Beso = rosa.*

*La flor y su riego, la alcoba de la doncella.*

—Telegráfico —le dije, viendo que su cara se aproximaba a la mía, mientras su mecha de pelo bajaba a verificarlo y rozaba casi mi mejilla derecha, justamente

en el sitio del beso de Cora—. No sé cómo podrás entenderlo, cuando lo estudies para el examen. Aunque tal vez lo mejor es que leas directamente los poemas y algún prólogo, y dejes de lado todos estos apuntes. Son muy fragmentarios, seguramente por culpa mía.

Noté entonces que había comenzado a tutearla. Pero era un tuteo pedagógico que la convertía en niña y trataba de no intimidarla con una crítica hecha así, cara a cara. Debió sentirlo porque algo —un empinado resto de orgullo de mujer— se derrumbó visiblemente en ella, desarmó su postura en el banco.

—Sí, claro —dijo—. Lo que pasa es que usted hablaba demasiado ligero. Del final, por ejemplo, no pude sacar casi nada.

Era una alusión a aquel arrebatado discurso que se había corrido sobre el espacio del recreo. Leí:

*Ella amó a unos hombres que no la amaron y fue amada por otro a quien no amó pero a quien precisaba. Por eso mismo, ella misma provocó su muerte. En esa muerte no hay frustración. En ella, para la época, sí.*

A eso, a esa caricatura quedaba reducido todo; y la leyenda reaparecía a pesar de mi desmentido, la leyenda del amor imposible.

Cerré el cuaderno, me levanté lentamente, se lo ofrecí cerrado. Le dije que estaba haciéndose de noche y que debíamos marcharnos de allí.



Durante algún tiempo fue cierto lo que escribí al comienzo de esta historia: evité encontrarme con Dina Canavaggia, fui a su librería a horas en que supiera de antemano que no podría hallarla. Un día, finalmente, confié al azar la posibilidad de dar con ella: y estaba allí, en su rincón de siempre, a la hora de siempre, un gato gris dormitando en su falda. Era seguramente uno de los hijos de su gata famosa, sacrificada o vendida: alzaba hacia ella, en medio de la conversación, la réplica —más en pequeño, en acerado y en luminoso— de los ojos de un verde cansado con que miraba la dueña, y parecía querer fundirse en ellos. O se estiraba hasta la mano pequeñísima, en que los huesos armaban los ademanes, y esperaba una caricia vivificante, en el momento mismo en que el diálogo podía recabar una tregua de ternura.

—Baltasar —decía ella con una voz indulgente y en cuchicheo, como si el nombre mismo del gato fuera el primer secreto a guardar entre los dos—. Quietito, por favor.

Le posaba una mano sobre el austero cráneo en forma de nuez y Baltasar cerraba los ojos, saturado de una confortación beatífica, que debía llegarle a través de aquellos dedos, o engendrarse en el capuchón que hacía aquel cuenco tibio sobre la cabeza del gato.

Empezamos por calcular cuánto tiempo hacía que no nos veíamos; y yo avancé la pieza impetuosamente, porque no deseaba perder tiempo en el juego.

—Sí —dije—, no nos vemos desde antes de la muerte de Cora Sáez.

Aquella forma de medir los días, apelando a Cora, la conturbó. Dejó por un momento la cabeza de Balta-

sar y se pasó el revés de la mano por los ojos, como para enjugarse una pesadilla.

—Tengo que contarle algo que nunca he dicho a nadie —adelantó cauta y reflexivamente, como ponderando la reserva al borde mismo de temer perderla; y se demoró en la consideración de lo que iba a revelarme, creándome una ansiedad desproporcionada a lo que yo mismo sabía que podría decirme acerca de Cora—. Atando cabos, he llegado a pensar que la llamé por teléfono a la mañana siguiente de todo ese asunto. Me iba de viaje y quise hablarle antes. Me contestó una mujer, prometió ir a buscarla y a los diez minutos corté porque creí que la línea estaba muerta: nadie contestaba. Volví a llamar y el teléfono estaba ocupado. Me puse a hacer otras cosas, dejé o tal vez olvidé la llamada. Y esa misma mañana tomé el avión para Buenos Aires. Lo supe recién al volver. ¿Le parece —algo se tiñó por un momento en el desvaído fulgor verdoso de los ojos— que tendría que habérselo contado a alguien?

—¿Para qué? —dije, y pensé que yo tenía su secreto: la limpiadora, el hallazgo, la carrera hasta el almacén, el tubo descolgado—. ¿Para qué?

—Sí, como me han dicho que se descartó la posibilidad de un asesinato. . .

Había sido ella, pues: seguramente una llamada para despedirse, para ofrecerse a compras, como suelen hacer las mujeres. Y esa llamada golpeó en algo, despertó a otros a la conciencia del hecho. La mano rascó entonces el cráneo de Baltasar y los dos destellos con que el gato me enfocó fueron el comentario animal de esa revelación.

—Pero me intriga esto otro: la persona que me atendió, ¿no sabía aún lo que pasaba o no quiso decírmelo?

—¡Quién sabe! —mentí, porque yo lo sabía.

—¿Y quién habrá sido? —insistió—. Porque no vivía con nadie más que su marido en la casa.

—Si sabía, una vecina; si no sabía, un sirviente —di-

je, como si fuera una charada. Y encontré así el modo de descargarme dándole una pauta cierta, a título de simple conjetura.

—Ah, claro —exclamó, cayendo ahora en algo tan simple—. Creo haberle oído que tenía una empleada por las mañanas.

—En todo caso —agregué— no se preocupe. No puede ser un dato fundamental en toda esta historia.

—Sí, claro —volvió a tranquilizarse—. Sólo que como ella vivía tan sola, la casualidad de haberla llamado en ese momento me impresionó mucho, me pareció un anuncio. . .

—O un epílogo —aventuré, pensando que su madre la había llamado al agonizar, y que aquel llamado había abierto la última época de la vida de Cora.

—Sí, el hecho por el que una relación extraña cobra un sentido más extraño todavía: un epílogo, como usted dice, que tiene algo de siniestro y no me ha dejado en paz por muchos días.

El gato ronroneó debajo de su mano, protestó por la suspensión de la cordura que proponía esta última frase: una cordura que —tratándose de ella— a Baltasar y a mí debía parecernos muy precaria, totalmente provisional.

Trasladé entonces el tema al de la soledad en que vivía Cora.

—Yo fui a su entierro —dije—. Y cuando estuve allí, me di cuenta de que no conocía a nadie. Me habría gustado —me habría apaciguado (corregí), porque yo también estaba impresionado, tanto como apesadumbrado— haberme encontrado con usted allí, para preguntarle qué había ocurrido. Pero usted no estaba, y todo fue para mí como una ceremonia absurda.

—Sí, yo estaba en Buenos Aires, como le dije. Supe todo al volver. Aquí en la librería me habían guardado los diarios. Apenas pude echarles un vistazo: me hacía mucho mal todo el asunto. Pero, hasta por eso mismo,

no sé si yo podría haberle dicho nada; no sé si hoy mismo puedo decirle algo, fuera de lo mucho que he pensado en ella y en forma en que esa muerte espantosa ha acabado por corresponderse, en mi imaginación, con la perplejidad en que ella me había dejado las últimas veces que conversamos. No se olvide de que yo no tenía amigos comunes con ella. Es una cosa muy rara. Creo que sus amigos no se comunicaban entre ellos y que ella misma (esto es antojadizo, pero lo siento como una verdad, instintivamente) trataba de que fuera así, lo prefería así. ¿No le parece?

Cuando dijo "instintivamente", volví a experimentar lo de otras veces: ella era la madre del gato que tenía en su falda. Baltasar lo confirmó con una mirada hacia la punta de los dedos, que dibujaban un gesto en crispación hacia abajo, como si aquellas uñas quisieran peinarlo.

—Tal vez —dije—. Pero también es posible que tuviera muy pocos amigos.

—Pocos o muchos, no importa —replicó—. Usted llegó a ser (para lo que era su reserva) bastante amigo de ella, me parece. Y ella. . . ¿hizo algo por juntarnos a usted y a mí, desde que lo conoció?

Moví la cabeza, negativamente. Negaba tal vez lo de "bastante amigo", la inepta insuficiencia de aquella graduación. Debió haber entendido que yo lamentaba que nunca hubiéramos tomado el té los tres juntos.

—Eran dos solitarios —dijo, envalentonándose al punto de incluir a Carlos en la generalización—. Prácticamente, ninguno de los dos tenía familia. Supongo que eso los uniría de un modo desesperado, al margen del amor.

Dijo "al margen del amor", no puedo saber si dándolo por existente o, por el contrario, descartándolo. Lo cierto es que yo también los sentí identificados por primera vez (yo que había hecho, aun bajo las sábanas mortuorias que los cubrían, la imponderable operación

de separarlos), igualados en una condición de solitarios o de parias, que sublimaba su mismo fin, así uno de ellos se lo hubiera infligido al otro. Vino hacia mí, de pronto, la frase de la crónica policial: "Los occisos estaban uno al lado del otro, sobre el lecho matrimonial..." Los occisos, como si ésa fuera su condición en la vida, no una forma vacua de aludir al accidente de su muerte. Los solitarios, había dicho Dina Canavaggia. Los solitarios, y los coronaba (ya no en broma) la frase retórica que yo le había propuesto a Cora para aislarnos, para sabernos juntos, para sentirnos víctimas de Carlos: "Solus cum sola, nudus cum nuda in eadem lecto."

Sí, pero la frase de Dina Canavaggia no aludía únicamente a la soledad sino a una unión desesperada en la soledad, y ese otro vínculo no era cierto. Pretendo que su soledad y su desesperación fueron mías desde que la conocí, y antes de que ella me conociera le pertenecieron en exclusividad. Sus labios volvían a alumbrarse en mitad del relato de su infancia: "Esa violencia vista así, día por día, fue la que acabó por convencerme de que nadie es de nadie." Yo mismo, ¿pude alguna vez alzar del todo esa tapa? Carlos había aportado algunos valores externamente semejantes a los de ella, es cierto, a la sociedad razonable que los dos contrajeron; pero no había alentado entre ellos esa suma de potencias y esa gloria de afinidades que habían hecho luego —ella me lo había dicho, lo había escrito en sus papeles nocturnos— el verdadero enlace, los esponsales profundos que la habían unido a mí, en un grado que (lo sabía ahora) ninguna mujer podría emular, en el que nadie podría tener nunca la pretensión de sucederla.

—Ella había tenido una infancia muy desgraciada —propuso Dina, para superponerlo al "nadie es de nadie", con un encaje telepático—. Y él la había ayudado a liberarse. Mejor dicho, ella ya vivía sola, pero el matrimonio le había dado la certeza de que no volvería a

depender de su gente. Y se ve que le estaba muy agradecida. El agradecimiento no basta a crear el amor, ya lo sé. Y alguna vez llegué a pensar que Cora nunca lo tuvo... Pero otras veces me he imaginado lo contrario: hay una zona en que nunca se sabe.

"Pero no para mí, pero no para mí", cantaba el papel que tenía guardado y que podría mostrarle, para arruinar su perspicacia, la falsa imagen del amor escrita por un hocico de gato sobre su monte de Venus.

—Un día —reanudó— fue muy extraño. Estaba muy desasosegada, hablaba de Carlos como de una criatura que no pudiera comprenderla, casi como de un animalito al que tuviera que proteger. Como si fuera Baltasar —encontró al cabo de un instante, y yo pensé que entre ella y Baltasar la fusión era mucho más entrañable de lo que nadie pudo haber supuesto nunca que fuera la de Cora con Carlos—. Tanto que le pregunté de golpe, mirándola a los ojos, si no estaría enamorada de otro hombre. Me estudió un segundo como si fuera a decirme algo, me di cuenta, pero se detuvo y dijo "No". Era rotundo, pero no parecía ser cierto... Nadie me quita que estuvo a punto de decirme algo y que no se animó.

Sus grandes, rasgados ojos verdes se posaron en mí, sin ninguna profundidad. No sólo servían para irradiar, sino tal vez para absorber lo que irradiaban los demás. Pero estaban considerándome sin sospecha.

—Era una mujer sensitiva y aguda —agregó—. Y como hay algo que está más allá de la belleza física, le diré que era una mujer espléndida. ¿Usted había dejado de verla últimamente?

—Sí.

Mi afirmación, simétrica de aquella negativa de Cora, la absolvía a distancia. Era lo que teníamos que haber hecho, y sé que ella lo habría aprobado.

—Fue tal vez muy superior a su marido, pero vivía convirtiéndolo a formas semejantes a las suyas, por eso

que llaman afinidad conyugal. ¿No habrá tenido ella, pienso a veces, una parte decisiva en su propia muerte?

Era la tesis de Galia: "Pero es que todo le concierne a Cora, ahí está tu ceguera." Eran ya dos seres —en el escrutinio de tan pocos como podían existir para hablar de Cora— los que me lo decían. ¿Estaría realmente tan ciego? ¿Habría una parte de ellos que yo nunca hubiera conocido, que ella no hubiera considerado necesario contarme, algo que hiciera la forma desgastada de una intimidad sin encanto, cotidiana, doméstica, los diálogos rutinarios de todos los días, acerca de la necesidad de aumentarle el sueldo a la limpiadora, de reparar el coche o de pintar el apartamento? O acaso me lo había contado y yo no había visto lo que esto tenía de universo diferente, la historia de una tetera de barro mejor que una tetera de porcelana, de un número de lotería terminado en 08 a raíz de un negocio y de una coincidencia, el envite de ese azar que no se había cumplido, que en su fracaso y en su mediocridad condenaba también, por otra vía, lo irredimible de aquella unión soldada por los días y no tocada por la gracia; la trama menuda, en fin, lo que sólo entre ella y yo valía por memoria. ¿Y no habría también en mí —aunque en otras zonas que aquella en que radicaba la de Carlos— una renuncia tácita al conocimiento? En mi caso era tal vez una renuncia por fatuidad, por suponer que nuestras alturas de plenitud se explicaban sin tramos complementarios.

Y luego, ¿qué sabía yo de su viaje a Europa, de lo que posiblemente los había unido en el extranjero, pasando a términos mayores esa condición de solitarios y de excluidos? Es cierto que yo tenía sus cartas, la tarjeta en que decía extrañarme en Corinto, la confesión (que valorizaba esas cartas y ese sentimiento) de que no había pensado en mí en el momento en que había creído morirse (¿y qué habrá sucedido cuando realmente murió, si es que tuvo tiempo?); pero debo conceder

que hay también días, en una ciudad desconocida, en que sentimos una ligazón absurda con un ser cualquiera, tan sólo porque venga de nuestro mismo país, de nuestra misma remota ciudad, tan sólo porque conozca una plaza, una calle o una esquina que nos enternecemos en recordar porque sí, en el crepúsculo (generalmente en el crepúsculo) que cae sobre la ciudad famosa a la que tanto hicimos por llegar, tristes provincianos, y en la que acabamos por sentirnos tan insignificantes, tan inexistentes en la vida como en la muerte. Es el momento en que vamos al hotel de latinoamericanos en que no quisimos alojar porque pretendíamos sumarnos a la vida de la gran ciudad y alentar a la altura de las preocupaciones de su gente; es el momento en que nos abrazamos con cualquier individuo, por el hecho de que haya llegado después y puedan indagarse noticias posteriores en una semana a las que nosotros trajimos. Y si eso sucede con un simple conocido, con un mero coetáneo (la palabra es cursi en el país y solemos oírnos diciéndola fuera de él), ¿qué no podremos sentir si tenemos a nuestro lado a un ser hecho al molde habitual de nuestro aislamiento, a una criatura con quien reconozcamos tener un pasado en común, hecha a recoger nuestros sobrentendidos emocionales, a devolvernos en otra elipsis la alusión a una soledad exacerbada y semejante? De esa magnificación por la distancia y por el peso de las ciudades, yo mismo tengo el ejemplo de Natalia. Cuando me despedí de ella en El Havre y le prometí que nos reuniríamos meses después en Caracas, cedí a una credulidad de los primeros tiempos compartidos de París, que la organización de su viaje ya había deteriorado pero a cuya evidencia de declinación no quería aún (ante ella) rendirme. En París, aquella venezolana y yo parecíamos tenerlo todo en común. En Montevideo o en Caracas habríamos sido hostilmente ajenos uno al otro. Cuando estuve, hace años, un día en su ciudad, no se me ocurrió siquiera averiguar acerca

de ella, telefonar a su antigua dirección, saber si se había casado y aún si vivía. Una ajenidad a no retocar era el mejor clima de ese recuerdo. Pero hoy pienso que si la encontrara, con un marido y rodeada de hijos, la apartaría por un momento de ellos y le contaría —a ella sola, como no me atrevo a hacerlo con Dina Canavaggia ni con ninguna otra mujer— toda mi relación con Cora. Le diría cómo todo (incluso su aventura conmigo) fueron pruebas, borradores para dar con la mujer que en definitiva tenía que importarme. Y cómo la única vez en que la inconsecuencia no figuró en mis propósitos, la mujer me fue también arrebatada. Se lo contaría como un apólogo, para que ella lo transfiriese al Destino y viera algo superior a mis fuerzas en mi soltería. Y también, más sutilmente, para que se sintiera vengada y, desde el sitio de esa compensación que los hechos hubieran operado para desquitarla, pudiese compadecerme. Tendría su lástima contra mi antigua y desaprensiva crueldad; y querría también que el nombre de Cora fuera dicho ante Natalia, ya que el de Natalia no había sido mencionado en presencia de Cora. Pero seguramente nunca ocurriría.

Dina había seguido hablando y sus frases parecían sobreimprimirse, como las leyendas que traducen el diálogo de una película, a mi desasimiento, a la distracción con que incesantemente fugaba de ella y de su gato, ahora que había abrevado en sus noticias, asistido a sus compungimientos pueriles, comparecido a su filosofía de la muerte y no la precisaba. Pero todo acontecía como si de algún modo esas frases traspusieran mis pensamientos a un lenguaje lavado e inocente, como si su perspicacia me fuera siguiendo y secularizase el sentimiento que yo ya había resuelto no confiarle.

—No tengo nada escrito por ella, salvo un par de tarjetas desde Europa, con alguna frase convencional de recuerdo. Y digo convencional no porque yo dudara de

su afecto, sino porque asociaba en él a Carlos, que no me conocía y mal podía recordarme desde Europa.

Luego me contó el episodio del confesionario de la catedral ateniense de San Dionisio, que Cora le había referido al volver. Era el mismo episodio que yo tenía (el locutorio con el anuncio de los idiomas, "English/Français", en que se recibían las confesiones) pero con otro significado. Ya no aparecía el lado intelectual y pintoresco de la posibilidad de llegar a Dios en un idioma extranjero para deponer ante él una culpa ("Me pareció disparatado meterme en la casillita, allí en Atenas, y confesar mis amores contigo en inglés o en francés"), ya no jugaban los elementos de casi risueño pundonor que había escogido para mí en toda esta historia. A Dina le había hablado de una nostalgia nunca sentida antes (ella, que hasta temía la figura externa de las iglesias —le había dicho), una nostalgia que parecía venirle de las plantas de los pies o de la infancia, como si a la doble perspectiva de la distancia y del tiempo, al cabo de esos dos viajes simultáneos, la piedad se le hubiera aparecido de un modo más trascendente y comprometedor.

Algo estaba tal vez creciendo en ella, no a espaldas de mí pero todavía sin requerir mi estímulo, acaso temeroso de reclamarlo; algo estaba creciendo y transformándose en ella cuando la sorprendió la muerte. ¿Qué era? Dina Canavaggia pensaba que podía haber sido una conversión. Dina no es católica y le cuesta tanto imaginarse el proceso de una conversión como la gestación de una idea musical.

—No tuvo tiempo, me parece —dijo.

Pensé en el sentido más profano y culpable en que yo había conjugado hasta ahora esa frustración por el tiempo: "íbamos a decirle a Carlos", "no habíamos llegado aún al punto de romper" y tantas otras confortaciones de mutilado.

¿Quién de los dos, Dina o yo, se equivocaba? La pre-

tendida policial metafísica, ¿tenía claves de inconclusión sentimental o de inacabamiento teológico? ¿Era Dios quien no había provocado aún totalmente una ruptura, o la indecisión nos pertenecía carnalmente, y el hecho pasaba a ser más venial, a figurar como una simple ablación que no habíamos sabido evitar?

—Así como hay iglesias a medio revocar, por falta de dinero, debe haber conversiones a medio hacer, por falta de un empuje último de la fe —razonó.

Yo no podía creerlo. Ninguna resolución interior se habría quedado a medias, en el caso de Cora: y era ése el tipo de impulso que habría necesitado para convertirse. El hecho estaba ahí, delante de nosotros: Cora había vacilado, pero no había entrado al confesionario. ¿Cuál es el sentido de ese hecho? Parecíamos extrañamente impotentes para elucidarlo; y, sobre todo, para elucidarlo juntos.

—Había veces en que yo no podía comprenderla —agregó luego—. Una tarde estaba muy agitada; y cuando se lo hice notar, me contó una historia incomprensible: la de una mellada que había golpeado a la puerta de su casa, ofreciéndole la rifa de un mantel y haciéndola sentirse culpable. Como si ella pudiera ser responsable de todas las desgracias ajenas...

Y así podría haberle contado —pensé— la historia del muchacho bajo el farol, la del afinador de pianos, la del borracho caído en el pasto, la de Clementina-Ní-nive-Clementina, la de cualquier sujeto baldado cuya existencia viniera de algún modo a acosarla en su soledad, a expoliarla en su inseguridad, a despertarla (en la gratuita plenitud con que ella solía amanecer) a la certidumbre de haber tenido cosas que no había merecido, estuviese yo en ellas o no: una mañana de sol en el Pincio, una tarde lluviosa que hubiéramos pasado juntos. Pero no era el simple infortunio de la mellada lo que le había impresionado: era la lanzadera de su viaje, yendo de una puerta a la otra, de la suya a la

mía. Otra idea de significación inconclusa, balbuceada, deletreada, en esa zona abismal en que la inteligencia se rehusa a considerarse bastante.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —dijo, estirando hacia mí un ademán que salía del afelpado regazo que le hacía Baltasar y se internaba en regiones menos confortables.

¿Qué pensaba yo de todo eso, en verdad? Pero en ese momento la llamaron por teléfono y el empleado vino a anunciárselo. Tal vez abruptamente (lo leí en sus ojos, donde podía consultarse todo lo que pasaba por ella) aproveché para decirle que me iba, que atendiera la llamada sin hacerla esperar, porque yo me marchaba. Cuando tendí mi mano hacia el ademán trunco que aún hacía la suya y se la estreché, algo en su gesto me retuvo por un segundo. ¿Era que sus dedos —“instintivamente”— seguían preguntándome?

El pequeño café ocupa la planta baja de un edificio de la esquina, y todo su flanco de ventanales queda separado de la placita por una faja de asfalto. Los automóviles, que deben aminorar la velocidad por lo angosto de la calle, suelen trazar lentamente el contorno de la placita, dibujarla o hacer cuajar con su desplazamiento el simple perímetro, a una altura de los cristales en que la grava rojiza no se ve y los mismos troncos de los jacarandás quedan como espaciados barrotes oscuros contra un fondo de cielo claro. De noche, en cambio, echan un chorro de luz rasante y la placita emerge de la semipenumbra en que la tienen las capuchas de sus tres faroles, alejados unos de otros; y vive por un instante, como si la atravesara un relámpago creador. Luego cae otra vez muellemente a su zona de olvido y los cristales del café pueden desentenderse de ella, postergarla hasta el día siguiente.

Lo cierto es que de noche más bien me la imagino, porque mis encuentros con Cora han ocurrido allí temprano de la mañana o a las primeras horas de la tarde. Con sol o con lluvia, eso sí, en verano o invierno, con y sin el fulgor azul de los árboles, con y sin el triturado polvo de sus flores sobre la tajada bermeja del suelo.

Las calles son estrechas y todo el barrio, con sus esquinas asomándose inesperadamente, aguardándose desde posiciones oblicuas, tiene algo de un escenario cambiante, según los colores del tiempo solar y de la estación. Y allí, sobre el primer plano de cristales desnudos, sobre el primer plano de cristales encortinados y sobre un fondo más lejano —visible o sentido, según los casos— de faroles, de jacarandás, del solitario e inavergonzable árbol seco del extremo más distante del trián-

gulo, engasta la cabeza de Cora, surge y avanza su voz, domina su presencia. La luz puede graduarse y es posible imaginarle tonos que nunca haya tenido, vislumbres declinantes que no hayan nimbado aquella nuca, blancos estallidos de niebla que le hayan procurado un engañoso sosiego de cercanía.

Sí, siempre lo concebimos como un escenario, discurremos entre sus casas como si fueran simples volúmenes, ponderamos sus aceras como distancias, sus árboles como pautas de la profundidad, calculando la acción que allí podía trabarse, los pasos que podían darse, los gestos de brazos abiertos que cabían entre el farol y el árbol, la imprecación que era posible al pie del tronco retorcido y desnudo, la referencia central para el gran recitativo o el aria de bravura que ofrecía aquel punto redondo de arena excavado como una depresión circular y contenido por un aro de ladrillos, en mitad de la placita, como si fuese su ombligo. Y en Navidad sentíamos crecer en ese ruedo arenoso, traído por la ritualidad del barrio y plantado como si hubiera nacido, crecido y desplegado sus ramas horizontales en una sola noche, el pino de quita y pon que semanas después desaparecería, dejando en el revoltijo de arena la mala memoria de una muela arrancada en una encía. Y asistimos, al modo de los *vis-à-vis* de un escenario romántico, a la dilapidada posibilidad dramática de sus bancos de doble asiento, con su respaldo vertical de dos fases cortándolos por la mitad; llegamos a representarnos allí extraños coloquios imaginarios de cuatro personajes (dos sentados hacia el este, mirando hacia el café, dos sentados hacia el oeste, dándonos la espalda) acerca de la vida, de la muerte, del desencuentro entre los hombres. También es posible pensar que el tronco reseco, mordido y clamante, comenta de algún modo más patético la cara muda de la estela de granito que da nombre a la placita, que lo publica hacia el lado opuesto de aquél en que nosotros estamos. Y seguramen-

te hay en su ademán rebuscado, de conferenciante en apuros de expresión (esa mano crispada, contraída y dolorosa hacia el humoso techo de la sala de conferencias) más elocuencia que en la cara mediocre y escrita de la estela, que abona —a escondidas de nosotros— una gloria en la que no creemos; una gloria literaria, para peor.

El mismo árbol parece hecho de una sustancia escénica: de pasta de papel sobre armazón de alambres, digamos, para afirmar un capricho engraido del dramaturgo, que lo incluyó en el libreto tan sólo para verlo, corpóreo y acalambrado, para comprobar su existencia desde el sillón de platea y sentir así, con más evidencia que ante el diálogo de sus personajes, la emoción de haber creado algo, de haberlo puesto porque sí, en un acto de discrecionalidad inventiva, ante los ojos de la gente.

La placita tiene la forma de un triángulo curvo, con la hipotenusa en ligera y graciosa comba. El cateto que corre paralelamente al ventanal del café, carga con los seis jacarandás; entre el cuarto y el quinto —contando a partir del sitio en que nosotros estamos— se halla uno de los bancos de doble vertiente; otro —separado del primero por el redondel de arena y el farol que se yergue a su orilla— está al pie del tronco muerto, propone meditar bajo aquella garra. El espacio que definen los tres jacarandás más cercanos a nosotros, es también el de mayor angostura de la plaza, el sitio en que su estructura se adelgaza hasta tener el ancho de un simple caminero. Hemos llegado a compararlo (ambos de pie sobre él, mirando hacia el sur) con la proa de un barco a cuyo bordo estuviésemos. Pero más aún que a la proa de una nave nos ha recordado a la larga lengua de tierra, asediada por el agua verdosa del Sena, de L'Île des Cygnes, la fina extremidad insular abrumada por una fila de árboles, que parece siempre a punto de sucumbir bajo su peso. Entre el segundo jacarandá y el

tercero (visto desde nuestro lugar en la ventana) aparece uno de los tres faroles. El segundo, ya lo hemos visto, vigila el círculo de arena central; el tercero ocupa el lugar más atiborrado del escenario, dibujando —dentro del triángulo mayor de la placita— un triángulo más íntimo y heterogéneo, en connivencia con la estela de granito y el tronco muerto. Los tres faroles tienen capuchas rojas y enrejados de alambre protector, que los preservan de las pedradas que ambicionan la destrucción o lo oscuro (de niños, de enamorados) pero también les conceden algo y amortiguan la luz, convirtiéndola en una lumbre mortecina y carnal de mosquito tendido. Tres o múltiplos de tres: seis jacarandás, tres faroles; y también, en el origen, tres bancos: uno de ellos yace descalabrado y es un transeúnte sacudido de la placita. A la distinta altura en que la noche sorprenda el juego de los chicos, queda semienterrado en el redondel de arena, abre su estampa de libro desencuadernado bajo un farol o se resigna a averiguar lo que dicen los jacarandás o lo que congela la lápida de la que también deben caerle, como a los demás objetos de la placita, pedazos nocturnos y descascarados de un nombre.

Las criaturas singulares son la estela, el tronco reseco, el ruedo arenoso y —en el cateto más lejano— el soporte de caño de un subibaja (del que no ha quedado otra cosa) y la extensa percha para columpios, con las órbitas de sus argollas vacías. Y aún allí el tres reaparece: la barra horizontal de la percha se halla montada sobre trípticos de caño. No hay hamacas.

Ésta es la placita, éste es el cuadro que la claridad exterior detalla tras los cristales del café. En primavera las flores de jacarandá eclosionan y a mediados del verano caen: algunas sobre el gris del asfalto, donde los neumáticos las despanzurran y extienden, otras sobre la grava de la placita. Un azul macerado hacia el celeste, un rojo desvaído hasta el rosado fuerte, chocán-



dose y disputándose el espacio sin fundirse, como en una piel overa, realizan el viejo ideal de color de nuestros impresionistas rioplatenses: el de Blanes Viale, el de Fader. La placita, a despecho de sus proporciones europeas, tiene una tintura de almanaque criollo.

Cora está allí, sentada a la mesita de cármica roja, dejando que refulja al brillo de la tarde —cuando mueve un brazo, cuando lo desmonta del ángulo en que lo ha enganchado transitoriamente— el cuadro también rojo del respaldo de la silla. Está allí, con su capacidad para transmutar, vivificar y afantasmear un sitio cualquiera —este cafecito de barrio montevideano, con su plazuela escenográfica colgando de la ventana— según la hora del día, la altura del sol, la incidencia de la luz en el piso, la desnudez o el plumón de los árboles. Si hay niebla y las ramas gotean, hemos entrado a una hostería de ruta (que puede llamarse “Bird in hand”, por ejemplo) de las afueras de Londres; si acabamos de encender el primer cigarrillo del día, el humo que trepa enroscándose en sus rasgos vela un paisaje súbitamente reconocido, el de un rincón grisáceo de París: la anticipada memoria de lo traslaticio, de lo ilusorio, de lo desconocido.

*Y está la escena de su noche de bodas. Puedo imaginármela hoy, con lo que me dijo y sé, con lo que no me dijo e ignoro, con lo que el tiempo me dio a entender, con la marca que creí descubrir en ella, con el vaciado de los temores que no tuve ni provoqué, con el aparato de los gestos que nunca ensayé ni pedí.*

La habitación (esto me lo dijo) era inimportante y prosaica, con la cama, el ropero de espejo, el tocador encima del cual habían puesto la caja con los sandwiches y la botella de espumante, las alfombritas laterales hacia las que caían, simpaticantes, los flecos de la colcha. No fue en la cama en que yo estuve después con ella por un pedazo de noche, no. Generalmente estos ritos se cumplen en un lecho ajeno, prestado o al-

*quilado por alguien, en el chalet de un amigo o de un pariente, en la anónima habitación de un hotel, en un escenario de pasaje al que después no se vuelve, al que seguramente no se querría volver, porque hay algo —un cobarde instinto de evacuación y de olvido— algo que sugiere hacerlo y fugar, hacerlo y desplazarse, hacerlo y no mirar atrás, ya que el decorado de esta ordalía no puede ser, no debe ser el de la vida cotidiana.*

¿Lograré decir alguna vez la carga que tiene el mundo para Cora, lo central que es su presencia en cualquier lugar en que se instale, así sea fugazmente, la forma en que sus ojos, su boca, sus manos irradian a partir de ella un ambiente y lo humanizan? No se precisa un escenario a su alrededor: Cora sabe crearlo con sus ademanes. Existe, está aquí, llega en el acto de llevarse el cigarrillo a la boca, de suspender un argumento hasta depositar el capuchón de ceniza en el pocillo vacío. Devuelve en estos actos simples todo lo que el mundo, lo que cualquiera de sus semejantes pueda poner esperanzadamente en el acto de acercarse a la mejor, a la más cálida y personal de sus criaturas. La engañosa impresión es la de que nada puede morir en ella, la de que todo se afirma a tener vida en sus tonos, en su palabra, en su risa, así se haya aproximado hasta ella exprimido y roto, deshojado y exhausto. Todo esto debe llamarse plenitud, inteligencia, comunicación.

*En ese decorado él se acercó, y ella tuvo la primicia de su espalda listada en el ángulo del espejo, al tiempo que avanzaba hacia ella, hacia la yacencia en que ella se le había anticipado, serio y tieso, envarado y solemne en su pijama a rayas. ¿Quién podía haberlo ayudado a elegir esa prenda tan ofensivamente horrible, quién había hecho su maleta, quién había echado una última mirada a su ajuar de soltero? Nunca lo sabría, porque en aquel minuto no se había atrevido a preguntárselo y luego todo había pasado a formar parte del tabú conyugal llamado Noche de Bodas; no se había atrevido a*

preguntárselo por temor a una triste historia de pensión, a la etapa infeliz de su vida que aquella noche convencionalmente terminaba, al relato enternecedor de las devociones de una vieja casera.

Ahora está allí. Los niños corren por la placita, arrastran como un trineo el respaldo del banco vencido, se trepan y se uncen a él, alternando dominio y servidumbre. Yo estoy frente a Cora, de espaldas al lugar al que las vecinas se allegan con un billete acartuchado en la mano y apuestan a sus números preferidos: cinco pesos al cero seis en los cinco y todo al diecisiete en los veinte... Estoy frente a Cora y, desde mi sitio, los chicuelos que se deslizan por las barras vacantes de los columpios o se enhorquetan al tronco calcinado, juegan al escondite tras sus gestos, aparecen y se balancean sobre una de sus manos en alto, hacen acrobacia al borde de su oreja. Como los árboles, como el cielo, como un automóvil más lejano, parecen inventados por Cora, segregados por la libertad del mundo que propone en su comunicatividad, sueltos en el descuido momentáneo del sueño de su razón, paridos por un segundo de ensimismamiento.

*No era sólo el pijama. Porque había emergido del cuarto de baño recién duchado, oliendo a alhucema y a dentífrico, como una bestia ungida para el sacrificio, oliendo y brillando como a partir de aquel día sería inhumano volver a pedirle que oliera y brillara.*

*Aquel olor y aquel atuendo marcaban el tiempo transcurrido, el tiempo increíble que mediaba entre el matrimonio y aquel primer encuentro en el tranvía, cuando él "le habló". Le dijo entonces haber ido ya sentado varias veces al lado de ella, observándola, y ella dijo no haberlo notado hasta aquel día. No se lo dijo en el tranvía, por supuesto, sino en la calle, caminando a su lado, tanteando para buscar las palabras. Había empezado así ese proceso que culminaba entonces, el proceso por el que un extraño se convierte en el dueño de nuestra in-*

*timidad, acaso sin dejar de ser un extraño. Hay un camino que el tiempo hace irreversible, un sentido del compromiso en el que se persevera sin salida y tal vez sin clara noción de que hay un progreso, de que eso puede llamarse así y ser entendido y celebrado como progreso; un compromiso del que sólo se emerge entregándose, cediendo y cediéndose. Había sido en un tranvía número diez y ella lo tomaba todas las mañanas para ir a su empleo. Él refirió que subía unas cuadas después que ella (precisaron, riendo ante la repetición cabalística del número, que serían diez cuadas) y que también lo tomaba para ir a su empleo. Ésa fue, desde aquella mañana, su cita implícita, como la nuestra fue en la librería de Dina Canavaggia. Del asiento pajizo del tranvía al rincón de los libros de arte: dos edades de un sentimiento, dos pruebas. El asiento estaba hecho con un trenzado de paja menudito, pero el uso lo había llenado de jibas y depresiones. Ya no existen tranvías, y cuando los suprimieron ella debió sentir que desmontaban en su vida un escenario equivoco, el primer acto de una pieza bajada de cartel.*

—Sabés —me dice alisando, por la mitad del libro, las hojas de *La force de l'âge*, que me compró en París, que acaba de leer y va a entregarme—. Esa plenitud de Simone no me parece demasiado cierta. Tal vez porque el último libro suyo que leí fue *Los mandarines* y allí, a propósito de la vida y del amor, dice cosas muy distintas. No sé por qué, tal vez no pudiera razonarlo hasta el fin, pero hay algo en este libro que me parece fatuo e infecundo. Como veta latente de sus confidencias siento un tono vital semejante al de un consultorio de revista femenina; levantado a una región de extrema inteligencia, claro está.

Un chico trepa por su pelo, aplaude desde lo alto, para que los demás vean que son sólo sus piernas las que lo sostienen en la barra del columpio: otro esforzado prodigio, pero esta vez de la inocencia.

... Así, con su pijama a rayas y su flamante aura salu-  
tífera y empalagosa de marido, él llegó hasta ella, re-  
tiró de su costado el borde de puntillas de la sábana  
(el mismo que ella hacía subir de su lado, hasta ro-  
zarle casi la barbilla, en un gesto instintivo de denega-  
ción del que tal vez no tuvo esa noche, pero si después,  
al repetirlo, cabal conciencia) y muy pausadamente, co-  
mo si extendiera por primera vez en mucho tiempo el  
cuerpo entumecido, se acostó. Se acostó del mismo lado  
que años después elegiría para morir, a la izquierda  
de ella; apoyó la cabeza en la almohada, tendido boca  
arriba, los ojos fijos en el techo, y dejó que un suspiro  
recapitulatorio, al que libraba toda su posibilidad de  
elocuencia, dijera por él que algo había terminado, que  
algo empezaba y que el cambio estaba bien.

No sé si ella concretamente lo pensó, pero algo en  
todo su cuerpo debió encogerse y sentir que comenza-  
ba este rito, el más bárbaro de los ritos posesivos que  
reconocen deberse dos seres civilizados, esta parodia de  
la disposición de una vida por otra. Himeneo: toda la  
boda toma su sentido de la palabra, del sabor de domi-  
nio, implantación y primacía que alienta en el fondo  
destructor de esta palabra.

—Cuando escribe sus ensayos la pregunta implícita es:  
¿Qué hizo usted para ser? Y entonces, con su maravi-  
lloso talento y su soberbia manera de pensar, uno debe  
permitirle humildemente ser abofeteado y humillado  
y al fin darle las gracias. Es lo justo. Es claro que esa  
admonición está hecha en nombre de una altísima mo-  
ral, de una conducta inteligente y decorosa, de una  
gran fe en el hombre, a pesar de la futilidad de su des-  
tino. Entonces uno debe inclinarse y admitirlo. Más aún  
porque (es evidente) se trata de nuestros ideales de  
moral, de conducta y de fe.

Y así como monta indeliberadamente el escenario al-  
rededor de su persona, suprime de un modo suave y  
sin réplica cuanto no le sirve. Si los niños siguen sal-

tando, riendo y jugando a los costados de su cabeza, en  
el ojal de un cuatro que dibuja su brazo sosteniendo la  
sien, es porque de alguna manera ilustran o acorren lo  
que Cora está diciendo, lo refieren a otra edad, a otro  
sentido más simple pero no menos absoluto de la liber-  
tad. Porque el vendedor de diarios —mestizo y chato—  
que entra ahora al café, la mujer que le sirve una caña,  
el viejo que lo interpela desde su silla y sobre la ven-  
tana de la otra calle, no hablan, no gritan, no la in-  
terrumper, no existen. Empujan hacia ruidos que están  
en otro sitio y ni Cora ni yo podemos atenderlos.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero aquí la pregunta que  
no se hace es esta otra: ¿Qué hizo usted para ser feliz?  
Y entonces no puedo evitar la sospecha de que esta se-  
ñora piensa que el tajo que me hice esta mañana en el  
dedo, es un movimiento de mala fe.

Como los niños, ejemplifica sin tregua, propone me-  
táforas carnales que son simulacros, no actos cumplidos.  
Sus dedos no tienen un solo rasguño, no hay en todo  
su cuerpo un movimiento de mala fe.

Él estiró (debió estirar) entonces su pierna derecha,  
y ella pudo sentirla como un largo trazo junto a su pier-  
na izquierda, teniendo la turbadora premonición de que  
ya nunca más estaría sola, de que algo —un sentido de  
autopertenencia— había muerto para ella en aquel ins-  
tante. Esa experiencia acostumbra al uso de la palabra  
“posesión”, una palabra que algunos usan por como-  
didad de lenguaje pero que para otros tiene un dejo  
medieval, como si todavía subsistiera (aunque con al-  
cance más íntimo y desesperadamente singular) el dere-  
cho de pernada. Y esa frecuencia del sentido reiterativo  
de la posesión engendra las viciosas ideas de la dispo-  
nibilidad y de la muerte, las legítimas de algún modo  
oscuro en aquellas entrañas que están preparándose.

Los niños se desplazan sin cesar, van de un lado a  
otro de la placita. Cuando se fatigan de los pobres ju-  
guetes ocasionales (el respaldo deshecho, el forro de

arpillera que envolvió la base del difunto pino de Navidad) se encarnizan entre ellos, se saltan al cuello, ruedan por el suelo, hincan la rodilla en el pecho del contrincante, intentan un envión de tarzanes, desde el tronco muerto hasta el farol vecino. No es —le he dicho otras veces a Cora— lo que se le ocurrió a René Clair en *Porte des Lilas*. Allí se contaba un crimen o, mejor dicho, en el cafetín leían en alta voz el periódico que lo narraba. Y los desharrapados muchachitos mimaban más atrás, en la calle, los episodios (emboscadas, balazos, huida) del mismo asunto. Aquí no existe ese servilismo. Aquí los niños inventan mientras Cora habla. Y ambos recrean —o solamente evocan— distintas edades de un mismo sentido de la libertad. No hay ningún modo de nutrición refleja, la infancia no es la adulez simplificada hacia atrás, como creen los grandes que han perdido la memoria sensible de su niñez.

*Un metro más arriba del nacimiento de su pierna estaba su cabeza, y esa cabeza se acercó y la besó, golpeándole en la mejilla. Y ella debió sentir que no era el beso conclusivo y terminal de otras veces, sino el beso que meramente inauguraba el ciclo, el beso que anticipaba otros ademanes y les abría camino. Todo estaba ordenado y preparado, todo debía cumplirse entonces, esa misma noche, según el curso de una violación ritual y a fecha fija (una fecha convenida hacía semanas, hacía meses, consultada en el calendario según escrupulos femeninos y núbiles de salud, acordada a ellos). Todo tenía a la vez un carácter ambiguo de ceremonia y tramoya, de comedimiento y de salvajismo, de culminación y de grotesco. Ella había recibido ese beso y había esperimentado lo demás, sabiéndolo inevitable.*

Fue entonces cuando empezamos a fugar sin que nadie nos persiguiera. Íbamos al café para aliviar la tensión que Cora sentía yendo a casa, los días en que volvía ante ella la imagen de la mellada. Fue entonces cuando empezamos a huir sin objeto, a huir sin térmi-

no, porque retrocedíamos ante nosotros mismos y a pesar de amarnos, acaso más que nada por eso. Sería fácil decir ahora que ese desasosiego preludiaba la muerte y que comenzamos a sentirla por aquellos días en nuestra relación. No sé. Lo agónico sí, lo agónico y conflictual estaba en nosotros al tiempo que Cora desentrañaba los conflictos de Sartre y la Beauvoir. Lo agónico, es claro. No sólo hay agonías acostadas y muertes súbitas. Sé ahora muy bien que hay agonías vividas de pie, agonías estiradas a lo largo de una calle, de una palabra y de un mes. ¿Pero lo sabía entonces?

—Ése es el punto crítico de la filosofía de Sartre: ¿es posible llevar a sus últimas consecuencias la elección de la libertad y la decisión de comprometerse? Aceptado: una conciencia persigue la muerte de la otra, el infierno son los demás, el hombre es una pasión inútil. ¿Y entonces qué? ¿Cómo se pueden planear la libertad y la conciencia absoluta con esos medios? Pienso en todas las obras de Sartre y también en *La invitada*. Es cierto que, según Sartre, han sido escritas para burgueses. Pero de cualquier modo —y tal vez con más razón siendo para ellos— deberían mostrar —como contracara— la viabilidad de una conducta libre. Por ejemplo: ¿cuál es la elección legítima en *La edad de la razón*? Matías, ¿es el cobarde que se debate atontado ante la maternidad de Marcela o es el héroe noblemente desencantado que muere —lúcido, resignado, solitario— afirmando con un gesto de recuento indiferente su inquebrantable individualidad?

Y no sólo el café (pienso); la ciudad también la rodea. Ya no son únicamente los muchachitos que empiezan a desperdigarse por la plazuela —aquel que ahora come a horcajadas sobre el respaldo del banco, el que orina impudicamente al pie del árbol seco— quienes afirman que la existencia de Cora no es un error ni un milagro sino una mera cifra de plenitud a la que alguno de ellos, hoy inaveriguable, tenderá en el futuro. Tam-

bién la camarera que hace resoplar la máquina de café, también el cartero que deja sobre el mostrador una carta y se lleva una copa a los labios, como si permutara la noticia que trae por la grappa que toma, existen con referencia a Cora, pueblan este mundo de serena plitud con el que Cora se ha conformado.

Es para ellos, en nombre de ellos —que no lo saben—, en gracia a la escondida y maltratada grandeza de la vida que hay en ellos y que parecen empeñados en sepultar, en escarnecer discutiendo, gritando, emborrachándose, dejándose engañar y votando. Si fuera sólo por ella, Cora renunciaría a seguir indagando el sentido del compromiso y de la libertad. Se limitaría a ponerlo en mis manos.

*Debe haber sido el equivalente de que aguardara después a que yo aprontase para ella mi repentino escenario. Hubo quizá en el beso de él y en la cortina de retazos que yo compuse la misma deliberación precautoria, la misma gradación de la entrega. Pero supongo que con otro sentido, y que frente a mí habría ya depuesto el recelo y el miedo (ella ya no sería simplemente "ella" sino Cora), estaría segura, no sería ya esclava de la exorbitancia de la ocasión, porque su madurez le habría enseñado a traspasarla, a ver más allá y a creer sencilla y confiadamente en la vida.*

—Siempre comprendí lo que Sartre destruía y todo lo que filosóficamente afirmaba. Entiendo la eficacia de la conducta política y social que propone, pero hasta ahora no le he visto afrontar el escueto destino individual. Quiero decir que reconozco su genio cuando describe la imagen de sus enemigos —del "otro": Daniel, Boris, Ivich— pero aún no ha dado la de sus semejantes. Aún no ha dado a Simone, por ejemplo. Y cuando ella dio a Sartre como persona, no como fuerza teórica de la plenitud de su vida, lo vio como enemigo, como término opuesto a su simple felicidad.

Cora y el escueto destino individual. ¿Razonaba todo

aquello con tal fervor para negar también ella el impulso de desasimiento y de solipsismo que en algún momento pudiera haberle dictado que yo era —que en toda relación de amor el ser amado tenía que llegar inevitablemente a serlo— el enemigo absorbente, el perseguidor, el autor de un acoso ilevantable, el término opuesto a la simple felicidad? Pudo haber sido fácil que yo no lo viera en mí, porque todo un costado de mi situación daba al campo abierto. La suya, en cambio, se movía con el sentido de deudas diferentes, pagadas con distintas porciones de su ser. ¿Y era posible que eso durara mucho tiempo?

*Él la enlazó entonces, rodeando con un brazo su cintura inmóvil; y dejó estar su boca donde el cuello de ella nacía, dejó que ella sintiera su flanco tendido junto al suyo, insurgiéndose orgullosa y fanfarronamente junto al suyo. ¿Se lanzaría así sobre ella, con igual ferocidad, el día de su muerte, así fuera tan sólo para llorarla, para pedirle imposiblemente que lo siguiera abasteciendo de vida, de una vida que en sí sentía pálida, insatisfecha y regateada y que en ella se le aparecía tan cierta, tan escondidamente segura, tan infalible y victoriosamente simple?*

Yo sé ahora que soy un pobre ser a quien no le será dado, de hoy en adelante, ni siquiera dramatizar su acosamiento, ni siquiera sentirse cercado. La vida no tendrá orillas ni centro, el placer carecerá de sentido. ¿De quién podré esperar las palabras que ella decía, el esplendor repentinamente alusivo de cualquier frase, puesto que sus frases se hacían para el asunto y también para mí? Dialogar, de hoy en más, volverá a ser en mis costumbres un ejercicio tibio, ameno y mitigadamente emprendedor de cualquier magnitud en el semejante: un ejercicio neutral, en lo que más importa. Junto a Cora todo me aludía, todo me asediaba: entregar siempre cargas enteras del ser, observarse hasta el último repliegue, en la honesta exigencia de dar lo que también se recibía sin ha-

berlo pedido. El único compromiso consistía entonces en no reservarse, porque sólo de la dación de cada instante estaba hecha la vitalidad del siguiente.

—En Sartre es sólo ese “fracaso del proyecto de antemano aceptado”, que en nada quita grandeza a su mensaje; aunque tal vez lo condene a la esterilidad, ya que es más que probable que su pensamiento acabe ahogado por el idealismo sangriento de las izquierdas. Pero en ella, alumna de esa filosofía, en ella que pretende ser ante todo la afirmación de la plenitud vital —negando al mismo tiempo la maternidad, la convivencia y otras pequeñas cosas— esa carencia es irreparable de veras.

Si es de tarde los chicos vuelven con sus carteras y empiezan por dejarlas en los bancos o por colgarlas a algún gajo más débil del árbol muerto, al saliente de alambre que casi no ha sido recubierto por la pasta de papel. También puede ser distinto el tema entre Cora y yo, y ni siquiera es forzoso que lo haya. Nosotros somos a menudo (¿o siempre?) nuestro tema: Todo esto que ahora me anonada de angustia es tan insoportable —puede estar diciendo, pensando o dándome a leer en su papel nocturno, traído al café y arrinconado entre una tetera y dos tazas— que he llegado a tratar de fijarme un motivo concreto, una imagen compasiva de mí misma o una visión de ti en otros lados —atendiendo otras cosas y oyendo otras voces— para que pudiera hacerse llanto y desahogarme así, tontamente, como jugando a la niña perdida. Para olvidarme, para sacarme de encima esa angustia cierta, que me deja un silencio en la cabeza y no me deja hacer ni decir nada. Esto es mucho más triste que estar sola. Aunque también es cierto que es mucho más feliz por eso mismo: porque duele en el cuerpo y en todas partes, en las cosas que veo y en las que me dicen. Y también es eso lo que me he pasado haciendo todo el día: negándome y negando a todos, como si sólo pudiera considerarlos por el revés de ti; o, más aún, sintiendo con todas mis fuerzas y di-

ciéndole de todos los modos posibles —aunque, es claro, cobarde, cobarde, callándome, cerrada a la conversación y a los gestos— no te quiero, no te quiero. Pero llega un momento en que ya no puedo sacarme de encima esta fatiga de estar diciendo no, no y no. Este cansancio de negarme es peor que odiar, mucho peor.

*Y de pronto, sin saber cómo se hacía la transición (o descartando que en situaciones como esta correspondiera hacerlas) cambió esa yacencia tumefacta, nerviosa y congestionada por un reclamo indagado con las manos, con la boca, con las rodillas, con una nariz que resoplaba y una frente súbitamente anegada de transpiración. Comenzaba aquello, una de las pocas experiencias en que la vida de una mujer no puede insistir, como el nacimiento, como la muerte. Muchas veces él debió parecerle ajeno; nunca más agresiva, más carnalmente extraño que en ese momento. Pero era un extranjero que, sin embargo, existía, y que desde el arco de sus piernas se empinaba a la tensión de hacerlo sufrir.*

Pero ahora es de mañana y no hay escuela, o estos niños no van a ella o son las vacaciones. Es curioso, pero parece que el tiempo mismo fuera imprecisable, a no ser por el humor de sus palabras, por el calendario de lecturas y reflexiones que ellas arrastran: son los días de la lectura de la Beauvoir. Invierno o verano, eso tiene menos nitidez en el cuadro, eso resbala de ventanas afuera y las imágenes acaban por barajarse, como en esas películas donde es evidente que el carruaje o el automóvil, tomados desde el interior, están fijos, que el diálogo pesa dentro de ellos y que el paisaje es un simple panorama que alguien desenrolla, con ruido a mar o a viento, como simple fondo de las frases que lo van creando.

Ahora es de mañana y Cora recoge sus juicios frente a mí, porque acaba de leerla y porque yo provoqué su elocuencia más íntima: la de sus razones, la de sus rechazos profundos, la de sus asentimientos radicales.

—Trampea con Jacques, trampea con Herbaud, trampea con Sartre, trampea con Nelson Algren, trampea con Olga. Y siempre, eso sí, con la más desesperada sinceridad. De Jacques la separa su ambición vital. De Sartre la separa su cantada libertad. De Nelson Algren la vuelve a separar su conciencia de adicta a una filosofía revolucionaria: porque depende psicológicamente de Sartre. Y por eso mismo exalta la impotencia de Olga, atribuyéndole un fundamento metafísico —como lo pretendía el trastornado Sartre— que la propia interesada rechaza, sosteniendo que la abruma.

*Un desgarrón, una quemadura, algo intenso y menudo, indescifrable en el momento en que ocurría. Dicen que un balazo es también así, un chicotazo, un golpe, como una pedrada que penetrara y una sensación de quemado y de redondo y de boquete adentro, como esto; esto que se entrega una vez en la vida, no se sabe si a quien nació para esperarlo y tenerlo o a aquel a quien se le dio por falta de fe en las oportunidades que se acuestan a lo largo de toda una vida, para echarlo de menos algún día, para saltarlo humillada (y así, más prejuiciadamente que nunca) negándole retrospectivamente sentido, nostalgia e importancia.*

Sé que en nadie volveré a suscitar toda esa zona de respuestas, que a nadie arrancaré y entregaré lo que a Cora le extraje y le di. A esa fatalidad de la semejanza le llamábamos amor, en nuestro caso.

*Él también vivía con todas sus potencias desplegadas, porque en su sitio aquello se consumaba enriquecedoramente, sin posible arrepentimiento. Ardía ahora, pero mañana amanecería viejo, desmadejado, con una sombra de barba en el rostro y un tremendo dolor de muelas. Tendría que dejarla por unas horas en aquella casa absurdamente solitaria y como anclada entre otras casas y en el tiempo, para correr hacia su amigo dentista, que sabía muy bien que él acababa de casarse y que la noche anterior había sido su noche de bodas. "Es*

*frecuente —diría el amigo, con aire de indulgencia y verificación—, es común en los recién casados. La sangre afluye y da donde menos se espera." La boca abierta y la nuca agarrotada por el abrazo semicircular de la visera del sillón lo habrían exculpado por no sonreír cuando el dentista, extrayendo la metáfora de su mismo oficio, agregó: "La lengua pega donde el diente duele." El dentista si estaba libre y pudo festejar su propio chiste, su maliciosa trasposición de circunstancias. Lo hizo y él vio, desde la posición oblicua a que lo forzaban el ángulo de inclinación de la butaca y el hurgar de la fresa, que la sonrisa que aquel mal chiste descubría era inejemplarmente sucia, desavenida con toda forma de estima profesional que el dentista creyera del caso practicar sobre su misma persona.*

—Por eso ambos persiguen los monstruos de la ausencia de afectividad, asombrados de que sean más libres que ellos. La irresponsabilidad y el total desasimiento les atraen, como una forma aguda de independencia. En cambio, todo cristiano es un ser de mala fe y es cobarde ceder al simple amor o a la simple piedad. Por otra parte, no hay actos gratuitos, un hombre es la historia de sus hechos.

Pero si quisiera explicarme a Cora como la historia de estos hechos —Cora junto a mí en la playa, en el viaje de regreso, en mi pieza y ante el espejo, definitivamente quieta y con la sábana rozándole la barbilla, habiéndome de Sartre y la Beauvoir (¿o nos jactábamos de una ligazón aun más perfecta, sin el prejuicio de las salidas de par en par?) — estoy seguro de que no la encontraría. No la he encontrado aún y en el hueco que su final me propone hay una acusación reversible, que se vuelve y se vuelca sobre todos estos días de aquerenciado o inquieto conocimiento, de pasión o de diálogo. Una y otra vez retoco mi imagen del proceso, el punto a partir del cual, acaso, algo que no podíamos comprender empezó a desplazarla, a darle una sustancia de aje-

nidad a mi destino, sin que sus sentimientos y su razón dejaran de serme enteramente fieles.

*Ella había dado un pequeño grito —un gemido sorbido rápidamente hacia adentro, acompañando la crispación del cuerpo, casi nada— y él había debido pensar orgullosamente “Es esto”. Pero luego, cuando había tenido que levantarse de su lado y ella ya no gritaba pero tampoco asentía ni exultaba, las dos mismas palabras, formuladas interrogativamente —“¿Es esto?”— habían arrastrado tal vez (en su perplejidad, en el decaimiento viril), un fondo de desencanto, de desconcepto, de fatiga y de limitación.*

Muy pocas veces consentimos en cifrar nuestro destino en el de otros, muy pocas veces entramos al juego deslumbrante de pesquisar —a través de otros— nuestra propia situación, el ánimo y la capacidad de echazón con que, sobre pasados distintos a los de nuestros personajes, estábamos viviéndola.

Ahora la placita se ha despoblado de niños, pero parece haber quedado en nosotros ese impulso desordenado —y tal vez creador, en alguna secreta medida de desgaste y enriquecimiento que lo suma al orden del Universo— esa faunesca capacidad de inventar el salto desde nosotros mismos, desde algo que convencionalmente se tendría por menos flexible que las rodillas, por menos elástico que las piernas de un chicuelo de ocho o diez años. No importa lo que Sartre pudiera pensar de cuanto Cora le exige; no tendría la fatuidad de publicárselo como una carta abierta, para que el genio se lo contestara. Busca algo más concreto, un ideal de perfecciones nuevas soterrado en ella, un misterio de proporciones que no puede sernos enseñado, algo que nos obliga gigantescamente a partir de nuestros descubrimientos interiores, y hasta podría pensarse —en un escrúpulo de sensato desentendimiento— que a pesar de nosotros mismos.

—Verdaderamente —dice Cora, encarnizándose con

Sartre—. Su exigencia parece mayor que la del Evangelio; y éste tenía a su favor la promesa de una paz y de un amor eternos. El Evangelio también exigía la vigilia constante; pero Cristo al menos comprendió que sus discípulos cayeran dormidos en Getsemaní.

Ahora está desierta, sobre la luz del mediodía. No es sábado, por lo tanto. Porque los sábados no hay colegio y entonces les permiten cerrar la calle en curva y traer los dos cestos, elevados sobre soportes de madera y fijos sobre una base que los mantiene erguidos a pesar de las embestidas de los más grandes. Corren entonces, saltan prodigiosamente y encestan entre el cabello y a veces contra la nuca de Cora.

*¿No queremos tener hijos, verdad?”, volvió a preguntarle (porque lo habían ya conversado la vispera), con otro tono ahora, puesto que estaban sobre el trance mismo en que podían gestarlos. “No, por ahora no”, había dicho ella, pero la verdad es que no los querían, ni entonces ni nunca. No querían, por una forma de secreto acuerdo con la destrucción, que la vida partiera de ellos, arrancara de ellos, volviera a ser. “Estábamos resignados a ser y a desaparecer un día, sin reponer las bajas” —me dijo años después. Y así desaparecieron.*

La distraída ternura que Cora siente por estos chicos —vistos a lo lejos, inapresables en su agilidad— se torna diferente cuando de pronto se acercan al café, a comprar un helado o a pedir, empinándose hacia el mostrador, un vaso de agua en medio del jadeo. Paradójicamente parecen más flacos, más menudos, más frágiles entonces, como si al aproximarse quedaran más expuestos, como si su ferocidad y su pujanza fuesen una leyenda, un efecto de distancia, una perspectiva insostenible junto a sus cuerpos. Los dos sentimos por un instante que debemos callar, reconociendo a los chicos una aptitud de intromisión —un don de interrumpir, de abrirse paso por dentro de nuestro diálogo— que



nunca han tenido el vendedor de diarios, el viejo del rincón opuesto, la camarera ni el cartero.

*Era esa noche allí, sólo esa noche: mañana viajarían, comenzaría la luna de miel; se irían al bungalow de la playa, concertado un mes antes, a oler el revés húmedo de la madera en las primeras noches primaverales de septiembre, a reverenciar el campo y la vida, a caminar bajo la luna o a pasear por las tardes en bicicleta. Y él querría fotografiarlo todo, hacer un alto al borde de cualquier arroyo, de cualquier duna, de cualquier árbol partido por un rayo, hacer un alto para documentarlo con la presencia de alguno de ellos o, si encontraba algún transeúnte dispuesto, con la de ambos. Fueron fotos que ella disputó y negó y que, luego de tomadas, arrumbó y olvidó, no porque especialmente las odiara u odiara lo que referían, sino porque el fetichismo de él, al detener la vida y apresarla para el recuerdo, le pareció siempre grandilocuente, inseguro e incomprensible, más pobre que la pobre felicidad.*

—Simone, estoy convencida, miente. Aunque, eso sí, creo que miente de buena fe. Pienso, en cambio, que fue auténtica y muy valiosa y muy valiente su libertad de los veinte años, que es la que le da autoridad para escribir este libro. Pero porque ella no fue entonces tan sólo su libertad, sino también su compromiso definitivo con Sartre. Definitivo y, en aquel momento, integral: "Cuando me lanzaba a la libertad, encontraba sobre mi cabeza un cielo sin fallas." Es más o menos así como lo dice. El padre, Dios o Sartre. Pero para lanzarse ella necesitó sentir su libertad asegurada. *Comme tout le monde.* Dependió y depende de esa seguridad.

*Lo que había comenzado entonces, sobre aquella cama, era una serie de noches iguales, porque él no concebía la decencia conyugal y la estima conyugal sin un sello de rutina, de repetición, de monotonía. Esa noche acababa de abrirse un repertorio del placer limitado, voluntariamente ignorante de los abismos, con un*

*horror mediocre e irreligioso a la concupiscencia y a la lascivia, con la sospecha de que las depravaciones se emboscan tras cualquier novedad, acechan tras cualquier giro distinto, al cabo de todo lo que no sea pura naturaleza, con el sentido de frecuencia, de hábito mecanizado y mezquino a que él reducía la fuerza y la riqueza de cuanto bautizara de natural.*

Y Cora, ¿qué había pensado Cora de su propio pasado, de sus veintitantos años y del agua que venía corriendo desde ellos? Es lo que en ese momento he tenido ganas de preguntarle. Pero no lo he hecho. Porque sentiría que, como los niños a la caída de la tarde, ella ha de dejar caer súbitamente el trozo de madera que arrastra como un trineo, arrojándolo lejos. Sí, lo ha de arrojar sobresaltándose, sabiendo que era un simple trozo de madera y que había estado transfigurándolo y transfigurándose a partir de él, entrando en la ficción para olvidarse un tanto de sí misma, no de lo que ahora es y quiere ser y tiene el orgullo más recatado e incommunicable de ser, sino de lo que ha sido —de las facilidades y medianías que su ser actual no consiente pero que la muchacha, que la joven habían aceptado por inercia, con pobreza y voluntariamente sin imaginación, con pobreza y solemnidad— de "la historia de los hechos" que hablaba por ella. A la caída de la tarde, extrañamente, la imaginación del niño desfallece y claudica, justamente cuando más podrían los mayores esperar de él, gracias a las tinieblas. Porque hay una posibilidad de conversión que reclama la luz, que no puede vivir sin ella.

*Nunca le fue más agresivamente extraño, es cierto, que en ese momento en que dismantelaba algo en ella y la conminaba a renunciar a que el dismantelamiento tuviera un sentido. Pero otras veces, con otra tranquilidad, llegaría a parecerle más absolutamente irreal; lo sentiría así y se sentiría ella también, viendo a ambos desde afuera y desde lo alto, desasidos, ajenos y próxi-*

mos, como dos criaturas de un mismo sueño. "A menudo es posible estar junto a él —me había dicho— oyendo música o leyendo. Pero hay instantes de tregua íntima como el almuerzo o el acto de tomar una taza de té, y entonces es monstruoso quedarse uno frente al otro, sin decirse nada, sin tener que decirse nada, cada uno a la pesca de las trivialidades que bordean las zonas que debemos habernos puesto de acuerdo en no mencionar. No me comprenderás, pero al llegar a ese punto somos un hombre y una mujer de papel, sentados en sillas de papel y rodeando una mesa también de papel."

Sé, recuerdo que en aquel café —con vistas a la placita, con fondo a cualquier hora del día— le he dicho muchas veces que la quería. Sentía un regocijo inexplicable en decírselo en medio de la circulación de la vida, en mitad del torrente y podía suponerse que en el centro de ese peligro que son siempre —para dos amantes— todos los demás seres que cruzan junto a ellos, que se sientan a la mesa vecina, que juegan en un cuarto creciente de grava rojiza, que no entienden pero pueden crecer en un instante y reprobar, crecer en un instante y decir, o seguir siendo niños y dolorosamente irse de pronto y despoblar lo que no estaba vacío antes de que llegaran, pero empieza a estarlo cuando se han marchado. Le he dicho muchas veces que la quería, como si reclamara a la gente que nos rodeaba un sitio junto a su oído, una capacidad de aislarnos que no siempre deben habernos concedido. He visto la mirada de la camarera cuando Cora me acariciaba un brazo desnudo o cuando yo le tomaba la cara para aventar una pestaña desprendida; para aventarla o para echarla, con la punta de dos dedos, a confundirse con el vello de mi tórax. Le he dicho que la quería, por eso mismo, alentado por esa mirada, gracias a ella.

*Se levantó, existía; franqueó con su pijama a rayas el trecho de luz que venía de un ventanillo y se echaba al suelo, en el espacio del recibidor. ¿Iba a reaprovio-*

*narse de alhucema y dentífrico para una noche que aún no había terminado?*

*"Cuando regreses de tu viaje de bodas —le contó después que había dicho el dentista— volvé a que te termine el trabajo. No pienso cobrártelo, va a ser mi regalo de casamiento."*

No quiero verlos ahora, en cambio, ahora que su precaria razón de existir les ha sido negada en Cora y en mí, hoy que Cora no existe y que la misma ferocidad distante de los chicuelos, trepándose a los restos del árbol seco, podría empezar a parecerme (como a los viejos, como a los estériles) una agitación aturdida, des-cocada y odiosa.

## XXVI

Lloré, sí. Puedo llorar, eso rejuvenece; podré seguir llorando. Lloré al volver aquella mañana, al tener —re-cién entonces— la impresión de un desprendimiento definitivo, al ver mi cama (mi cama por la que era bueno atravesar la ciudad) deshecha y revuelta, el espejo con la mancha blancuzca del peinado, el billetito de condolencia con el trazo de café sobre su palabra más intensa. Pensé que todo eso era la soledad y que de entonces en adelante iba a ordenarse para mí, a cernirse a mi alrededor; que mis días no tendrían ya un centro, un agujero para respirar a través de ellos, un orificio hecho a cualquier hora, un pedacito como de óvalo o una mirilla, por donde Cora pudiera asomar su rostro. Mi tiempo sería un tiempo sin centro y sin orillas, como el de esos viejos que se entibian al sol, en los bancos de los parques públicos.

Vi todo aquello, sentí que me envolvía y ganaba su insidiosa mediocridad, pensé que el tiempo iba a ser (desde ese momento) siempre igual a sí mismo entre aquellas paredes.

Durante muchos años me he acostumbrado a preguntarme, al despertar: “¿Qué tendremos para hoy?”, como si la vida fuera una mesa de restaurante. Podía ser un episodio trivial: una película, una visita, una invitación a beber en casa de un amigo, una cita con una mujer, la certeza de comprar el libro ambicionado para el que tuviera, justamente ese día, el dinero. Podía ser cualquier cosa de éstas o un baño de mar o un viaje a las afueras. La felicidad de un hombre solitario es un simple regateo contra el tedio, una aspiración modesta y cotidiana, desmenuzada, un partido a sacar a cada día sin ánimo para pensar en el siguiente. Pero desde que

Cora existió en mí, ocupó ese centro en la expectativa de cada jornada. Imposible volver a llenar ahora ese hueco con bagatelas.

Ese rato, ese pedazo presentido y culminante del día por el que se amanece, esa hora hacia la que corre la fatiga para chocar y disolverse, ese minuto que nos reconcilia con el absurdo gris y la planicie estéril del resto del día, cuando cerramos los ojos para dormir y sabemos que aquello que cuenta en nuestra vejez no nos ha enriquecido, ya no los tendré, no volveré a sentirlos.

La soledad es eso: no tener, de noche, el resguardo de saber que ella alienta en otro sitio de la ciudad y está pensándome, queriéndome, acaso escribiéndome.

Vivir será renunciar a lo desconocido, no tenderse hacia allí: cada mes triturará las mismas horas, los mismos cansancios, las clases, los libros, el café, una conversación que ya no volverá a comprometer el uso de toda mi fuerza.

A los cuarenta años empiezo a sentirme un ser gastado, usado, previsible, una vieja momia capaz de dar lecciones, una celebridad universitaria en reposo, un candidato a dignidades públicas. Seguirán saludándome en la calle los ex alumnos de cuyos nombres me haya olvidado, las caras entre las que algún día de otro tiempo trafiqué una repentina emoción de vivir como si fuera un sólido entusiasmo intelectual. Estoy perdiendo el pelo, tendré que usar sombrero.

“La edad contigo”, decía Cora de aquel tiempo que pasamos juntos, como si la madurez, el amor y hasta el pensamiento fueran tan sólo formas de la compañía. Mi edad con ella, también. Una edad que ahora está muerta y que siempre, hoy lo veo con claridad, estuvo amenazada.

La edad contigo. Es curioso. Cora, a pesar de su muerte, seguirá cumpliendo años para mí, llegará a ser vieja algún día. (Ya sé que he dicho que no puedo imaginár-

mela cincuentona o sexagenaria, pero eso es ahora. A medida que yo envejezca —¿cuándo sucede?— ella irá haciéndolo también conmigo.) Y, en cambio, otras mujeres que han tenido que ver con mi vida pasada y que siguen viviendo —en Montevideo, en Caracas, donde sea— están fijas, clavadas en la edad que tenían cuando las conocí: siguen teniendo dieciocho o veintitantos años, sonríen o se borran desde una juventud remota, me siguen pareciendo cómicamente niñas —hasta el punto de que parezca imposible haber hecho alguna vez el amor con ellas— absurdamente encogidas y sin crecimiento, cuando acaso estén ya, en la realidad donde prosiguen y declinan, por ser abuelas de un día para otro. Cora es, entre todas, la única que tiene lo que ella decía: la edad conmigo.

Aquella edad la cambió: mudó, aventó en ella graves supersticiones.

—Es increíble —decía—. Jamás pude imaginarme cómo lo hacían los amantes.

—¿Cómo lo hacían? Como todo el mundo.

—No, no es eso. La deliberación con que lo hacían era lo que me resultaba inconcebible. Cómo podían citarse y encontrarse sabiendo que sería para hacerlo, con esa premeditación terrible. No podía habituarme a la idea.

—¿Y en el matrimonio?

—En el matrimonio tampoco lo admitía. Por eso discutí con Carlos, que quería camas separadas. Me parecía atroz que el marido tuviera que saltar hasta la cama de la mujer, que aquello no surgiera de la misma vecindad de los cuerpos, sin haber hecho del deseo un propósito expreso. ¿Me entendés?

Toqué su nuca. Hacía calor. Las puntas de su pelo (corte Gavroche, aquellos días) estaban húmedas, su nuca misma parecía mojada.

—Como pluma de gallina —dije.

Y al ver su mirada:

—Adoro las gallinas, desde que era chico.

Sonrió:

—Por lo menos ellas lo sufren sin deliberación, como yo te decía.

Ahora, recién ahora me atemoriza pensar en el deseo, pensarlo en mí, saber que algún día me acosará y que deberé volver a hacerlo. A los cuarenta años no podré definitivamente ignorar mis urgencias, aunque ya sean más mitigadas que antes. Y tendré que hacerlo, no se sabe con quién; mejor no pensar hasta el último momento con quién, ni siquiera en el instante de estar haciéndolo. Imaginarse que aquello fuera un cateterismo, una punción, la forma de restablecer un equilibrio perturbado y de descansar hasta que haya que intentarlo de nuevo.

Ni cambiarlo ni tenerlo, que es lo que ahora me ocurre con la imagen de su rostro. Me he pasado anoche dos horas en la tentativa de reconstruir sus rasgos, por una suerte de fetichismo del que Cora habría abominado. He trabajado sobre la inadmisibles foto de la sonrisa, que publicaron los diarios: sonrisa o gesto de crispación, ya no lo sé después de haberme encarnizado en ella hasta ese extremo en que los ojos empiezan a descubrir que nada existe, fuera de la retícula de la imprenta, fuera de los caprichosos caminos de puntitos que delinean un ojo, la nariz, los labios. Hay también una desintegración de las cosas, un envejecimiento y una disolución que parecen acompañar de lejos a la degradación de la pura materia donde tomaron vida.

He recordado entonces cómo se había perdido para Cora el gesto de su padre, y cómo aquella pérdida la había hecho desinteresarse, desde su infancia, de toda lucha contra el olvido, de la petulancia que encierran el vocablo y la pretensión de la "instantánea", cuando el instante empieza irremisiblemente a irse.

He vuelto sobre esos rasgos para descubrir, con estupor, que la iniciativa de evocarlos se está desvaneciendo

gradualmente en mí. ¿Cuál ceja arqueaba más que la otra? Puedo pactar con el resto de memoria que es el amarilloso recorte de un diario, y más aun con el gesto frontal y sin arrequives de la pequeña foto de carnet, pinchada a la cabecera de mi cama: "la cara de cera de Cora". Pero sé que está ahí y —cada vez con mayor frecuencia— me dormiré sin volver a mirarla, para no pagar un precio de mutilación al que todavía no le ha llegado (al que quizá nunca le llegue) el trance de ser ventajoso. Siempre he sentido horror por la infeliz atrocidad de esas fotos de "in memoriam" que, con una lastimosa literatura de aficionados, a la vez íntima y estereotipada ("la siempre viva del recuerdo", "padre y esposo ejemplar" o, en la invocación personal directa, "te lloramos y llevaremos siempre en el corazón, querido hijo") pagan los deudos y publican en la página de informaciones sociales de los diarios. Y el muerto es entonces una cabeza recortada en círculo o torpemente tijeretada en silueta para aislarla de otras, en los casos en que es posible; a veces la foto de camaradería, única en que se conserva el rostro del muerto, no lo permite, y una mano sin posible identificación cuelga del hombro o un brazo amistoso confina con el cuello, en el momento del almuerzo campestre y también para la eternidad.

Pero si la mano y la evocación de un rostro inerte no me siguen, queda aún el recurso de encontrarla en los sitios en que estuvimos, de retomarla en escenas, en actitudes, en la índole de aquellas instantáneas que no congeló ninguna placa, que no atisbó ningún fotógrafo. Miro al espejo, con los restos de la lluvia blancuzca de un peinado hecho ante su luna, y ella y yo aparecemos desnudos, suplicantes del tiempo que se nos dio, solitarios. Y allí alumbramos lo que no puedo olvidar, lo que ya he dicho: esa sonrisa insoportablemente dichosa desde que Cora está muerta. Me vuelvo hacia ella para pedirle audiencia, como ya no lo hago con la foto que

decora mi casa de cura, porque ésa sí podría negarse, emboscándose detrás del ripio final que acompañó desde el principio su presentación junto a mi cama.

Y me da audiencia, claro está. Cora no habría tenido miedo de que ella y yo, de que nosotros fuéramos la materia de un libro, siempre que las claves emocionales de ese libro (le habrían tenido sin cuidado los hechos, su orden, su álea de lugar o de tiempo) no apareciesen falseadas. Jamás se lo consulté ("nadie pudo pensar en eso"), pero lo extraigo del sabor de comicidad que ella encontraba en una escena de mi juventud, que más de una vez me pidió que le contara y celebró en cada ocasión como si acabara de conocerla. La muchacha está encogida en la cama y yo, desnudo a los pies del lecho, me siento, tomo un cigarrillo que me llevo a la boca, le ofrezco otro que ella rehusa. Hay en su cuerpo una tensión que el placer no ha alojado del todo, una novatería sin virginidad que la entrega no parece aún haber domesticado. Enciendo el cigarrillo, la miro pausadamente —para acentuar su propia impresión de inverosimilitud, quizá de inexistencia— y le digo (el tonto presuntuoso que soy yo a los veinte años le dice) que todo lo que acabamos de vivir, esa aventura sin importancia y sin historia, es algo maravilloso, de estupenda sustancia literaria; que tendría que ser escrito y que acaso yo pudiera escribirlo. Se empina entonces, asisto a su pánico: se recoge hasta que las rodillas le tocan casi el mentón, mientras la larga cabellera desatada pendula hasta la mitad de las piernas. Un brazo enlaza esas rodillas, el otro avanza hacia mí en un ademán menesteroso: "Por favor, Mario, te pido que no me incluyas." Cora siente lástima de aquella situación casi sin fecha, de la mediocre criatura sin nombre (Gladys, lo recuerdo en su vulgaridad, pero Cora jamás llegó a preguntármelo: como Galia hizo después con ella, le llamaba simplemente "la chica" o, aun más, "la pobre chica"). Siente lástima pero no puede renunciar al sen-

tido cómico que para ella envuelve todo el pudor de este ruego. "Como si lo mejor que pudiera pasarle, pobre chica, no fuera que alguien la incluyese en su memoria, como único modo de que hoy mismo, a sus cuarenta años, no esté muerta." Fue entonces cuando lo advertí por vez primera: era incongruente, pensé, que Gladys fuera mayor que Cora; para mí seguiría teniendo siempre la edad pueril de aquella súplica.

Y quedan no sólo los movimientos y las escenas en que la tuve, sino también la recorrida sentimental de las épocas y los sitios en que no la conocí: la infancia, la Universidad. Como éstos fueron siempre recuerdos —recuerdos, suposiciones y conjeturas, nostalgias por lo no vivido, al flanco mismo del cuerpo de Cora— persisten tales como aparecieron, no han cambiado ni podrán transformarse.

*Sí, habíamos sido confinados a aquel aposento reducido, apenas suficiente para movernos. Lo ocupaba casi por entero una cama turca de dos plazas, una sola cama dentro de la cual estábamos, arrebujados bajo un acolchado de plumas que debía ser (como el que tengo aquí) de color té. A los pies de la cama —a menos de un metro de la curva que daba el acolchado para caer hacia el suelo— corría, a todo lo ancho del aposento, un ventanal que también lo tomaba hasta el techo. Entre el ventanal y la cama había tan sólo un tenue tejido, como un tul de mosquitero, a la manera de esos trucos escenográficos destinados a que el espectador vea lo que ocurre en un lecho puesto hacia el foro, y lo vea como brumosamente y a escondidas. Ese tul era lo único que nos defendía del exterior, porque el ventanal no tenía postigos, celosías ni ninguna otra forma de generar intimidad en el aposento. Y afuera, exactamente enfrente del ventanal, había una extraña suerte de balcón público, que avanzaba sobre el espacio de lo que muchos metros más abajo debía ser la calle. (No lo supe bien, pero debíamos estar en un noveno o décimo piso.) A ese*

*balcón público, que se venía sobre el cristal de nuestro cuarto, afluita cantidad de gente, que se acodaba al barandal y se daba a mirar, a una luz incierta de crepúsculo, hacia el aposento y hacia nosotros.*

En mi infancia, la soledad era otra cosa, algo que no me dejaban suficientemente tener, algo que los vivos y los muertos eran capaces de espiar, de disputarme, de venirme a estropear. No era Dios —temía— sino acaso los muertos quienes vigilaban el comportamiento de los niños. Los muertos de la familia, por supuesto; y los más recientes (al revés de lo que después he sabido que ocurre en el espiritismo) eran los que miraban más, los que estaban menos fatigados, los que más disfrutaban de esa impune y odiosa curiosidad: nos miraban orinar, robar un pastel, mentir y hasta fantasear, porque ningún acto les escapaba, aunque no fuera una acción visible. La abuela, por ejemplo, que había muerto rodeada de espejos. Cuando mentía estaba viéndome, cuando orinaba estaba viéndome, cuando me limpiaba estaba viéndome, cuando fingía estaba viéndome. Tenía, así, de la soledad una imagen desapacible: era nada más que el sentimiento de estar expuesto a los demás, de depender seguramente de una mirada ilocalizable. Fue lo que años más tarde escribí, con relación al niño de los fuegos artificiales.

—Y después, claro, después supe que lo peor no son las camas separadas sino —ya al empezar— la certidumbre de estar sujeto al emplazamiento público acerca de lo que hacés. Que cualquier imbécil, en tu noche de bodas, puede echar un vistazo a su reloj pulsera y decirse: "Ahora ya estarán..."

No me sentí espiado por mi padre, en cambio, cuando él murió. Seguramente porque ya era un muchacho mayor. O, tal vez, porque mi padre fue un muerto que no hizo señas, que no se ocupó de existir para los demás sino sólo, al parecer, de dominar a mi madre, de regirla desde su posteridad como jamás lo había hecho en

vida. Ahora cundía sobre su mujer, ahora debía resultarle imperioso, omnipotente. Ella había sufrido toda la vida por su afán de abandonar aquel pueblo, ya que tampoco había logrado imponerse sobre la dejadez y la debilidad de mi padre. Pero desde que él desapareció, ella no volvió a hablar de venirse a Montevideo, ni siquiera porque yo estuviese aquí. Enterró esa ambición en ella, como si mi padre muerto la atara al sitio más que mi padre vivo, como si mi padre muerto fuera un ser mucho más poderoso e inabandonable que mi padre vivo. Y cuando yo regresaba por un par de semanas en las vacaciones, apenas se ocupaba de mí, apenas se interesaba en el año ganado o perdido, en cómo pudiera irme. Era como si al haber desaparecido, mi padre —que parecía tanto más débil que ella— le hubiera arrebatado el interés por las cosas y hasta la misma razón de vivir.

Por lo demás, ese modo tan frágil de alentar que ella había adquirido en su viudez me convenía, porque mi mayor deseo en aquellas vacaciones era ése, sólo ése: estar solo.

Tomaba entonces aquella bicicleta Bianchi, “de media carrera”, pintada de celeste, con sus angostos neumáticos rojizos que empezaban a researse, por el desuso prolongado. La ponía en condiciones, inflaba los tubos y me echaba a andar por la carretera recebada que conducía al arroyo. Aquel acto —sorber paisaje con la cabeza gacha y adelantada, el viento en las orejas— me restituía a una soledad buscada y querida, me devolvía a la infancia, que parecía ya tan lejana en la juventud. Más lejana de lo que me parece ahora, en que una madurez sin compañía me la trae a cada instante.

Agachaba la cabeza y, tras un primer acalambamiento de los músculos de las pantorrillas, las piernas se hacían al ritmo, volvían a existir para él. El cuerpo curvado, las manos asidas a los extremos del manillar, fo-

rrados de cinta embreada, el triángulo celeste y el fulgor circular de los pedales brillando al sol, las rodillas acercándose y bajando como émbolos, el paisaje corriendo a la altura de los hombros, resbalando como si fuera un líquido y yo lo hendiera con los muslos: árboles, ranchos, la bandera desflecada de un resguardo aduanero, un tractor amarillo volcado en una zanja, la aplanadora enfundada al borde del camino. El siseo continuo de los neumáticos, que parecían cantar para agradecerme que hubiera vuelto a lanzarlos a la aventura de la velocidad y a esa fricción de polvo, arena y pequeños guijarros que debería ser para ellos la imagen de la vida; el viento silbando su distraída obstinación a mi oído, el olor a pasto, a estiércol recién partido por las gomas, a agua estancada. Era la soledad, lo que yo estaba buscando y añorando desde que había vuelto al pueblo. Bajaba ahora hacia el arroyo, enfilaba hacia aquel antiguo sitio conocido desde la niñez, hacia la base de aquella barranca a cuyo pie de arcilla el agua percutía con un golpe pesado y encharcado, aquel golpe que aún a mediodía o prima tarde tenía algo de insistencia nocturna. Sí, era un golpe nocturno de agua presa entre las vigas de un muelle al que va pudriendo, y sugería calor, un río cautivo, sordidez del tiempo.

Llevaba la bicicleta hacia un repliegue de la barranca, hasta donde el agua no llegaba, y la ponía entonces en la estrecha y cenagosa faja de playa. A veces caía, a veces invertida, apoyándola en la montura del asiento y en el manillar, al aire aquellas ruedas que habían molido paisaje. Subía entonces por un flanco de la barranca, buscaba la zona de las profundidades —en el costado opuesto a la playita de la bicicleta, en aquel sitio donde el agua no golpeaba confinada sino que corría y olía a fresco— y desde allí me dejaba caer y calar, me zambullía gozosamente.

Era un muchacho entonces: no tomaba la precaución de templar el cuerpo al agua, mojándome los pulsos o

las sienes. Caía desde lo alto, me hundía de cabeza, acolorado, exhausto, las pantorrillas otra vez tiesas y enormes, desde que había cesado su esfuerzo de pedalear. El agua parecía subir a través de ellas y también filtrarse por mis axilas, hacia el interior de mi cuerpo, reconciliar al verano y al mediodía con mi pecho, con mi frente, pagarme la tensión del viaje. No me quedaba quieto, no conocía aún el baño inmóvil de "la señora con sombrero". Nadaba bordeando la barranca, me dejaba ir hacia aquel exiguo canal —corriente distinta dentro del mismo caudal del arroyo— donde el agua discurría con mayor fuerza, donde arrastraba ramas, tablas, todo lo que el arroyo hubiera pesquisado en las orillas. Era una veta nítidamente delimitada por bordes de agua menos veloz, menos temblorosa, menos oscura. Unas brazadas me ponían en la corriente y luego ella ya me llevaba. Volvía a encontrarme allí con la infancia, con las historias que yo mismo había inventado para el arroyo, con mi nostalgia de su agua dulzona, más pesada y más justa para la sed que el agua demasiado contaminada de bocas que había tenido que expeler en las playas montevidéanas. Aquí no era la simple bocanada que se arroja para nadar; aquí, en la corriente, era el agua que se sorbe en un trago solar de mediodía, con su fantasma ya vencido del tífus ("Es una temeridad tener un hijo acá y no vacunarlo", repetía mi madre, en su rosario de agravios contra el pueblo); el agua dentro de la cual el cuerpo podía sentirse como un madero, como una brizna arrancada, como una partícula más en un universo líquido, centelleante y luminoso: cabrilleos, el aspa de un brazo oscuro contra un telón de luz.

La barranca erigía un fondo verde y ocre sobre su costado menos expuesto, sobre su pie de arcilla y su playita menguada y fangosa, donde el agua parecía estar revolviendo siempre con una cuchara. Sí, una cuchara en una olla de chocolate espeso, ése era el símil de in-

fancia, la densa y gustosa comparación. Al cabo, la corriente me llevaba casi sobre la otra orilla. En cinco o seis brazadas enérgicas —ya no bastaba con dejarse llevar, con flotar por pura simpatía— podía salirse de ella y ganar la costa llana y sucia, pajiza del arroyo. Salía con una cintura de la que colgaban los residuos del pajonal, delgados ramajes muertos y hojas pútridas pendiente de los altos del calzoncillo de baño. Iba quitándome toda aquella repentina adherencia y sentía cambiar el claro olor a mediodía de la corriente por un pesado y quieto olor a légamo, a bajos de arroyo empozados de resaca. Los doce o quince metros de agua estancada me habían puesto una mascarilla de mugre que mis manos enjugaban de prisa.

Me alzaba así sobre la orilla y contra el fondo distante de la barranca, ya al lado opuesto; veía brillar a lo lejos —sobre todo si la había colocado de ruedas para arriba— los pedales y el trazo del inflador metálico de la bicicleta. Era entonces feliz, dueño de aquella soledad cuajada, de su agua y su limo, otra vez expuesto al sol, al calor que tensaba las zonas en que el lodo estaba secándose en mí: corvas, brazos, tobillos. Podía decirme sin mentir que había venido al pueblo no sólo para ver a mi madre sino también para eso, para repasar zonas postergadas, escondidas o aplazadas dentro de mí: niñez, recuerdos, la pasada simplicidad de la vida, cuando era posible recapitarla en un sabor a higos, en un viento terroso por la ventana, en la arena suelta del camino bajo los neumáticos de la Bianchi, en el silbato lejano y repetido del ferrocarril.

*Yo me esforzaba por persuadir a Cora de que podríamos seguir viviendo —e incluso haciendo el amor o viajando desvestidos alrededor de la cama— siempre que no encendiéramos la luz, y las tinieblas del aposento y el reflejo exterior del ventanal hacia el balcón nos escurdaran. Ella no estaba tan segura de ser invisible, a menos que nos quedáramos inmóviles. Y el mismo en-*



*sayo de hacer astutamente el amor bajo la blanda montaña del acolchado la perturbaba, porque los espectadores del balcón parecían entonces multiplicarse. Todo fue más o menos así, más o menos mutiladamente así hasta que trajeron un cartel luminoso y se dieron a colocarlo, encima mismo del balcón y enfrente del ventanal. Eran unas cuantas letras que se encendían sucesivamente, formando una incomprensible palabra onírica, en una luz que era a veces roja y a veces azul. Cora se puso a sollozar suavemente. "Nos verán desde afuera", dijo, sin tono de preguntárselo con alguna esperanza, como en el momento en que entrevió la cúpula a través de mi ventana.*

—Y ahora —dije—, ¿no preferís las camas separadas?

—Ahora prefiero una cama que está separada de la mía por casi toda la ciudad.

Y se dejó caer dichosamente en ella.

Pudimos convenir en que habíamos andado, por los mismos días de nuestra adolescencia, a lo largo y a lo ancho de los patios de la Universidad, sin habernos conocido. Ella creía recordar a amigos, hoy imprecisables, que hablaban a veces de Mario Possenti. Yo no pude evocar (ni quise inventar) a nadie que me hubiera hablado de Cora Sáez. Sin duda —acordábamos— nos habíamos cruzado muchas veces en aquellas mañanas. "¿Cómo vestías entonces?" Pero la descripción de su traje no me decía nada. Hoy sé que era demasiado rica para que alguien la recogiese o evocase desde afuera, como un simple vestido. Pero entonces podría haberlo hecho, siempre que su traje (según surgía de la descripción) no hubiera sido tan enteramente impersonal, tan apaciguado, tan discreto. Nunca había tenido la coquetería, aun involuntaria, de immortalizarse en un detalle, en un gesto, así fueran los más lamentables, los más desairados. Sus edades cambiaban con ella, su persona daba (ya lo he dicho) la impresión de estarse sobreescribiendo siempre, como en un palimpsesto. Se necesita a veces ser pobre de veras para eternizarse y cuajar en

un solo ademán, en una sola tontería dominadora, como la chica del "no me incluyas", que seguiría fija en los veinte años que ella y yo teníamos en el instante en que lo dijo.

Habíamos andado por los mismos corredores sin verlos, sin atender por aquel tiempo al futuro de lo que después consideraríamos "nuestra predestinación recíproca" (y la fórmula hacía reír a Cora, le parecía tan presuntuosa como el ruego de la muchacha y aún peor, porque lo era por su envés de engreimiento y confianza). Me habría gustado haberla visto, haberla encontrado "jovencita y llovida", como ella se caracterizaba al presentarse, a propósito de la tenue memoria de sus vestimentas de pollera y blusa. Pero Cora me desalentaba: "No sé por qué sería, pero yo entonces sólo interesaba a los más inocentes." Llamaba inocentes, con un eufemismo sin afectación, tal vez para enclavarlos en una adolescencia de la que no quería imaginarse cómo habrían salido, a los efebos, a los débiles, a los ambiguos, a los que ya entonces (con muy precario conocimiento de lo que podría ser aquella aberración) presentía como homosexuales. Ellos también retenían la edad de los patios universitarios, ellos también se rehusaban a envejecer y a pronunciarse por algo; no se animaban a dar el paso y a depravarse en su memoria.

*Ya no podríamos amarnos, ni siquiera bajo el acolchado. La convencí de que no sería siempre así: habría horas del día en que el letrero estuviese apagado; además, la luz azul era en cierto modo más piadosa y nocturna, más lunar, menos penetrante y fisgona que la roja, y a su golpe podríamos tal vez aventurarnos por segundos, vivir espasmódicamente. Ella decía que no: nada sería ya posible —viajar fuera de la cama, ir por una taza de té, hacerse el amor— bajo aquel espasmo frío que atravesaba el tul de mosquitero y nos anegaba, bajo aquel destello que nos habría expuesto desnudos. Porque ahora éramos nosotros quienes no podíamos ver*

*lo que ocurría afuera, ya que el encendido del cartel eclipsaba y disolvía a los ocupantes del balcón, sin que ellos dejaran de mirarnos. Tendríamos que aprender a vivir bajo el acolchado y a hacer el amor en sus oquedades, sin movernos, casi sin latir; como dos peces en una pecera.*

Cuando tuve dieciséis años y hube leído todos los libros literarios de la biblioteca del liceo, viajé a Montevideo. Es ridículo decir hoy cómo me figuraba que fuese la ciudad, cómo obedecía a un vago prestigio mítico que la hacía más lejana desde mi pueblo de lo que podía estarlo desde París o Roma. Me estaba despidiendo de mi padre y no lo sabía; me estaba despidiendo del país imaginario que había regido bajo las higueras de mi patio, de los cuentos de la niñez, de todo lo que me constaba que no existía pero me dolía arrumbar, abandonar o abolir. Creía en cambio en otras categorías que tampoco existen, las recompensas y los suplicios que el tiempo habría de depararme.

Echada en la cama, seguía hablándome. Puedo verla. Abre su sonrisa, alza hacia mí una pierna, traza un garbato en el aire, acaba pidiéndome que me tienda junto a ella. Sin tocarla, sin poseerla, simplemente para sentir que podemos pertenecernos sin codicia, caer sin lujuria sobre las mismas sábanas. Hay cientos de noches, ya lo sé, cientos de sueños para decirle "Te quiero", para atraerla junto a mis brazos vacíos y besarla sin lascivia, para seguirla sabiendo y de algún modo teniendo, con la memoria volitiva de la nostalgia, con los ojos de la desposesión, con la mirada que cuelga del paisaje en que un día ella posó la suya, con un entumecimiento hueco en las manos que pasaron por su cuerpo y supieron amarlo, con la aridez de esta boca que lo recorrió, con la vejez y la blandura de estos muslos cetrinos que enlazaron sus muslos blancos, opalinos, rosáceos, sus muslos y su vientre que parecían alumbrados desde

adentro por una indefinible luz femenina y muerta, tierna, de polvo, materia de la luna. Solo sin sola.

*Yo estaba tranquilo, extrañamente calmoso, como si mi cuello no importara, como si —a pesar del escenario escueto (no podía ser otra cosa que un cadalso)— nada de lo que ahora podía arrebataréme me perteneciera. Había un silencio enorme, que llegaba a parecer amistoso, entre él y yo. Se alzó entonces la capucha, vi su cara de cera (la cara de cera de Carlos). —¿Qué quieres, qué esperas de mí? —le interrogué—. ¿Qué vas a hacer, qué es lo que te propones hacerme sufrir? —El desarrollo de esa malignidad necesaria, a la que ustedes llaman justicia —dijo. Sólo entonces noté que uno de sus brazos estaba plegado detrás del cuerpo (¿cuándo lo había visto otra vez así?) y sentí que allí debía tener su instrumento.*

Muchas veces le pregunté cómo era posible que dos infancias tan distintas nos hubieran hecho tan iguales. Cora no sabía contestar. Pero, ¿es que habían sido tan distintas? Aquel padre de quien ella había perdido el rostro, aquel otro de quien yo retenía unos labios ligeramente edematosos, hinchándose, desplegándose en la enigmática sonrisa posterior a la muerte, ¿no contarían para la eternidad como una misma persona?

*¿Por qué Carlos y tú se quitaron las sortijas y las reunieron en el despojador? ¿Lo hacían siempre, como una rutina sin sentido, como una costumbre inocente y equívoca, o fue la forma de concluir un pacto o de renunciar para siempre a un compromiso?*

Cora dijo una vez (ya lo he contado) que constituíamos "una sociedad vital feroz". Lo dijo en tono de acusación, sin regodeo, sin falso escándalo para encubrir un deleite. Pienso que por entonces comenzaba a padecerlo, y que si Dina tiene razón y en algún inconcluso ademán ella se volvió alguna vez hacia Dios, era (tanto como para buscar un sentido último a las cosas) a fin de sentir el alivio de una intermediación dominante y

*lo que ocurría afuera, ya que el encendido del cartel eclipsaba y disolvía a los ocupantes del balcón, sin que ellos dejaran de mirarnos. Tendríamos que aprender a vivir bajo el acolchado y a hacer el amor en sus oquedades, sin movernos, casi sin latir; como dos peces en una pecera.*

Cuando tuve dieciséis años y hube leído todos los libros literarios de la biblioteca del liceo, viajé a Montevideo. Es ridículo decir hoy cómo me figuraba que fuese la ciudad, cómo obedecía a un vago prestigio mítico que la hacía más lejana desde mi pueblo de lo que podía estarlo desde París o Roma. Me estaba despidiendo de mi padre y no lo sabía; me estaba despidiendo del país imaginario que había regido bajo las higueras de mi patio, de los cuentos de la niñez, de todo lo que me constaba que no existía pero me dolía arrumbar, abandonar o abolir. Creía en cambio en otras categorías que tampoco existen, las recompensas y los suplicios que el tiempo habría de depararme.

Echada en la cama, seguía hablándome. Puedo verla. Abre su sonrisa, alza hacia mí una pierna, traza un garabato en el aire, acaba pidiéndome que me tienda junto a ella. Sin tocarla, sin poseerla, simplemente para sentir que podemos pertenecernos sin codicia, caer sin lujuria sobre las mismas sábanas. Hay cientos de noches, ya lo sé, cientos de sueños para decirle "Te quiero", para atraerla junto a mis brazos vacíos y besarla sin lascivia, para seguirla sabiendo y de algún modo teniendo, con la memoria volitiva de la nostalgia, con los ojos de la desposesión, con la mirada que cuelga del paisaje en que un día ella posó la suya, con un entumecimiento hueco en las manos que pasaron por su cuerpo y supieron amarlo, con la aridez de esta boca que lo recorrió, con la vejez y la blandura de estos muslos cetrinos que enlazaron sus muslos blancos, opalinos, rosáceos, sus muslos y su vientre que parecían alumbrados desde

adentro por una indefinible luz femenina y muerta, tierna, de polvo, materia de la luna. Solo sin sola.

*Yo estaba tranquilo, extrañamente calmado, como si mi cuello no importara, como si —a pesar del escenario escueto (no podía ser otra cosa que un cadalso)— nada de lo que ahora podía arrebatármeme me perteneciera. Había un silencio enorme, que llegaba a parecer amistoso, entre él y yo. Se alzó entonces la capucha, vi su cara de cera (la cara de cera de Carlos). —¿Qué quieres, qué esperas de mí? —le interrogué—. ¿Qué vas a hacer, qué es lo que te propones hacerme sufrir? —El desarrollo de esa malignidad necesaria, a la que ustedes llaman justicia —dijo. Sólo entonces noté que uno de sus brazos estaba plegado detrás del cuerpo (¿cuándo lo había visto otra vez así?) y presentí que allí debía tener su instrumento.*

Muchas veces le pregunté cómo era posible que dos infancias tan distintas nos hubieran hecho tan iguales. Cora no sabía contestar. Pero, ¿es que habían sido tan distintas? Aquel padre de quien ella había perdido el rostro, aquel otro de quien yo retenía unos labios ligeramente edematosos, hinchándose, desplegándose en la enigmática sonrisa posterior a la muerte, ¿no contarían para la eternidad como una misma persona?

*¿Por qué Carlos y tú se quitaron las sortijas y las reunieron en el despojado? ¿Lo hacían siempre, como una rutina sin sentido, como una costumbre inocente y equívoca, o fue la forma de concluir un pacto o de renunciar para siempre a un compromiso?*

Cora dijo una vez (ya lo he contado) que constituíamos "una sociedad vital feroz". Lo dijo en tono de acusación, sin regodeo, sin falso escándalo para encubrir un deleite. Pienso que por entonces comenzaba a padecerlo, y que si Dina tiene razón y en algún inconcluso ademán ella se volvió alguna vez hacia Dios, era (tanto como para buscar un sentido último a las cosas) a fin de sentir el alivio de una intermediación dominante y

liberatoria en nuestra cerrada compañía. Pero, ¿habría sido igual si Cora y yo hubiéramos sido marido y mujer, si hubiéramos tenido un vínculo consentido por todos, homologado a la luz del día? Vivíamos el acosamiento y sus intemperantes compensaciones. Porque si hay algún ser humano que cree saberlo todo de la vida del otro, es un amante de su otro amante. Lo que se han dicho y lo que no se han dicho, lo que pertenece al pasado y escuece ahora revolver, e incluso lo que se han besado, acariciado y mordido, vale, llegada la hora, como imagen de un conocimiento total.

Los matrimonios acaban por conceder zonas de liturgia y de reserva: la liturgia del almuerzo, del baño y del sueño; la reserva del cansancio cotidiano, que sería incivil soplar en la cara del otro cónyuge. Y aun cuando digan conocerse, y aun cuando sepan que una larga convivencia puede haberlos aproximado y mimetizado, si dicen que se conocen lo hacen con un tono de cautela, de cortesía íntima, de comedimiento interior que los amantes no tienen. Porque éstos son hijos de una misma violencia, de una comprensión que se ejerce sobre ellos; y creen reconocerse, sobre el perfil de cada incidente menudo, en la matriz de esa violencia, de la que nunca acaban de salir: allí están sus premios y también sus castigos. Paolo y Francesca jamás habrían podido ser marido y mujer.

No haberse gastado, no haber querido dejarse usar por el tiempo, haberse reservado en disponibilidad y ahora, de golpe, ser esto. ¿Qué quiere decir?

*Tenia una sábana en la mano y la agitaba como una bandera. No era la sábana que había visto cubriendo su cuerpo, sino acaso la que el guardián había movido para atemorizar a los pintores. Una sábana desgarrada en los bordes, muy blanca, que se agitaba sobre fondos oscuros: un cielo, un corredor, el sueño mismo.*

*Me llamaba, me instaba a que fuera con ella; y yo la seguía. Corríamos de habitación en habitación, pero la*

*casa que habíamos supuesto deshabitada alzaba maliciosamente el sigilo con que nos había acechado hasta hacernos entrar. ¿No habría, no sería posible encontrar un rincón solitario y oculto donde tendernos? No, acaso no lo hubiera, acaso nos sería negado en aquella casa y en el tiempo. De una habitación nos echó una mujer desgarrada, que abrió hacia nosotros su paladar partido. De otra nos expulsaron furiosamente unos perros, en otra pensamos que se nos vería desde una calle con fondo de iglesia, a través de la ventana rota. Estábamos en una ciudad desconocida y lloviznosa; debíamos amarnos esa misma noche, porque pitaba un barco entre la cerrazón y a la mañana siguiente yo debería embarcarme. Cora llevaba la bandera cada vez más desgarrada, de una habitación a otra, como replegándose ante una carga incontenible. Y siempre aparecía alguien para impedirnoslo. Llovía, afuera había empezado de golpe a ser El Havre y yo le prometía incesantemente volver pero en su misma obstinación —que ahora empuñaba la sábana más lúgubrementemente, como si fuera un gran pañuelo o un sudario— latía su melancólica certeza de que yo la engañaba, de que me iría para seguir viviendo.*

Ésta es, pues, la cama que prefirió. Puedo tocarla, averiguar su sitio en el colchón, el suave vencimiento del elástico bajo su peso, tanto menor que el mío. Dijo que atravesaba la ciudad para llegar hasta aquí. ¿Y ahora?

Ahora nada. Éste ha sido, éste seguirá siendo el territorio de nuestra soledad. Nuestro amor de soldado con permiso, solo con sola, la playa en la tarde, heno, heno en el recuerdo y en el paisaje, solo sin sola, un farol, faroles, una hilera de faroles en el tiempo, los zapatos batiendo contra el murallón, un rosetón de carne fruncida en la sien y en paz con la vida, puedes salir ahora, Hasta mañana, piensa en mí, quíereme, Ah no, voy a olvidarte, el hilo descujado del teléfono, solo y

solo con sola, desnuda con desnudo y la bufanda de mohair para este cuello inmenconable, la pipa, anteojos oscuros, ¿de dónde sacaste esa gorra tan cómica, con orejeras plegadas sobre la crisma?, la tapa del piano es como la tapa de un ataúd, tan suave, infancia, Celestina orina y Nínive-Clementina, hemos estado jugando sobre un barril de pólvora, oh, claro, nadie podía pensar en eso, nudus cum nuda y la cúpula tras la ventana, Dios mío, libranos de la podredumbre, girasoles, sola sin solo, cañas, bello lacustre, ojos lacustres de la vaca, la muerte, la pistola y la muerte así hayamos estado hablando de nenúfares, y aquella perrita que odiaba las flores y no era una perrita de porcelana, ¿odiarían también las flores los gatitos grises en el regazo de Dina?, el amor, los empañados cuerpos en el espejo, sudor o lágrimas y champagne, eso sí, champagne para la despedida y, por supuesto, Europa, Atenas para confesarse en inglés o en francés, ábacos amarillos entre los dedos de la raza de Platón, y te extraño en Corinto, te extraño en Montevideo, te extraño ahora, te extraño sin remedio en mi cama, en esta cama, el amor pisando sobre la destrucción de los cuerpos, sobre la calcinación y el pasado de los cuerpos, tú y yo y él y Rosamunda habríamos engordado y la várice de tu pierna derecha habría crecido y se habría vuelto más oscura, de vinoso a negro, extensa, derramada y negra y habrían tenido que intervenirla, el brillo de la sevillana bajo la luz del farol o del bisturí en el bloque operatorio o de la llave metálica en las pálidas manos del afinador, flores, flores por todos lados en la casa y una etiqueta prendida al último traje, paisaje de parque o paisaje de plaza por hacer, sólo una nube contra el cielo azul y los dientes de Beldus brillando como granos de maíz blanco al resplandor solar, la noche, la mañana, la tarde, el polvo violáceo de los jacarandás sobre la grava rojiza, un espejo, dos espejos enfilados y la muerte creciendo bajo el lino, te extraño y no me queda la solución de imagi-

narme que alientas en la ciudad y tal vez te entregas sin deseo o llueve en tu ventana, un espejo polvoriento y acosado y los viejos sentados a la orilla de las edades, pero tan sólo en tanto no rematen los sillones; y el mar y las cenizas, el mar como si fuera una planicie, el mar que es a la vez el tiempo y el viaje, el mar y no el río, el caballo maneado contra las últimas luces del día, bueno, así fue pero pongámosle un mar y no un río por delante, retoquemos este recuerdo y otros recuerdos, solus cum sola, en la desgarnecida hora, en la desgarnecida hora del amor, éste es el vino del lugar, ésta es la sencilla felicidad, sin tarimas ni orquestas, éste el viento y éstas las ramas desbaratando la aureola acetosa del farol, el cerco de enredaderas para ajustarte los hombros en el beso, retoquemos también la imagen de nosotros caníbales, seamos poetas alguna vez en la vida, el medallón de la luz sobresaltada y llovida, quitémosle al camafeo su perfil masculino y de pipa, pongámosle tu rostro, tu cara de cera, ya no podrás extrañarme en Corinto ni yo veré trepar un niño entre el árbol de pasta de papel y tu brazo que sostiene la sien y también el diálogo, el amor irrazonable y razonante, el amor a la altura de nuestras dos complicadas cabezas, vivificando por dentro nuestras cansadas y descreídas entrañas, el río y su légamo de pensamientos depositándose sobre la almohada, el río en que nadamos y la jungla de Montevideo, la palabra "espantoso" se bebe su café, oh, tus memorias, tus memorias particulares de alhucema y dentífrico, la fresa del dentista y su sonrisa de dientes opacos, olor a madera húmeda en el precoz setiembre nocturno primavera, el primer beso que no quiso darse su importancia ritual de primer beso, la última mano sobre la frente y su frío, la ausencia, la noche, la lluvia que llena el aire y lo pone comunicativo, volcándolo aquí sobre mi cabeza y allá sobre el recuerdo de la tuya, bajar, bajar sin pensamientos hasta la muerte, tú supiste primero, yo lo supe después, lá-

grimas, lágrimas infantiles sobre una bomba de chocolate, lágrimas adultas de espaldas al espejo, una lenta cucharada de sopa y nadie es de nadie, la muñequita de Peñarol no danzará eternamente para el taxi y sus clientes, solo no es de sola ni la desnuda del desnudo, y esto es la soledad, la incomunicación, el amor de los títeres, un mordisco en el agua, la imposibilidad atroz de pertenecerse, de saberse el último pensamiento, la condena de ignorar por siempre si se latió un instante en él, el cerrado, hermético pensamiento final, botella al mar, cómo fue, qué pasó, ¿será posible extrañar a alguien en ese instante como en la tarde de Corinto?, el murallón, la soledad, las piernas, la ola, paraguas danzando pesadamente bajo la lluvia, Cora querida, vuelve a llover, la desolación, un hombre desnudo marchando por la playa a la luz de la luna, un conato de pensamiento descabezado, un disparate de la fatiga y el libro para volver a la palabra interrumpida, un brazo que se alza para peinar un fondo de mujer y neblinoso paisaje, ¿ibas a convertirte, qué habría pasado más allá de ese umbral?, otra vez la noche y ahora vendrá hacia mí, se llamará soledad, vejez, clemencia, yogui mental, porque también volverá, seguramente volverá a ser bautizada Nínive en otras manos si antes no se deshace, si antes no se destripa, la senectud, la horrible senectud sin pelo ni dentadura, un rostro quieto cuyos labios se hinchan malignamente en la parodia letal de una sonrisa, solo sin sola, respetable anciano sin respetable anciana, gordo sin gorda, ruina sin ruina, no haberse dicho, no haberlo dicho, no haberse hablado, no saber nada, no saber nada, la melena de oro del ataúd flotando entre los deudos, sortijas fuera de las manos, ojos abiertos o cerrados, no haberlo podido averiguar ni haber sabido siquiera el modo de averiguarlo, amarras de oro entre los vivos y los muertos, no encontrar manera de colmar este hueco si no es llevándose, si no es mirando a través de él como al ciego entre balaústres, oji-

vas, ciegos vistos por ciegos en la penumbra de una habitación insondable, no conocer, no saber nada, no reconocerse, golpear a una puerta, bajar el decorado, también se habrán resquebrajado un día del todo los neumáticos y la cinta embreada no podrá desprenderse del manillar roto y habrá caído para siempre la infancia, nada, nada, no haber tenido un mes más, íbamos a decirlo, sí, claro, íbamos a decirlo, nos faltó, todavía... la sábana o una bandera o un pañuelo o un sudario, éramos potenciales condenados y ésta es la condena, extrañarte, olvidarte, no olvidarte, la soledad, la noche, el vacío, el tiempo, la incomunicación y la muerte.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO - PRINTED AND MADE IN MEXICO  
Edición de 4000 ejemplares  
Talleres de Editorial Muñoz, S. A.  
Privada del Dr. Márquez, 81, México 7, D. F.  
Encuadernación Suari, S. A.  
12-VIII-1966

Nº 1716

## NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

AGUSTÍN YÁÑEZ  
*Las tierras flacas* (2ª ed.)

JEAN CAU  
*La compasión divina*

ROSARIO CASTELLANOS  
*Oficio de tinieblas*

GÜNTER GRASS  
*El tambor de hojalata*

ORESTE DEL BUONO  
*Sólo por ingratitud*

MAX AUB  
*Campo del Moro*

HERVÉ BAZIN  
*En el nombre del hijo*

ELENA GARRO  
*Los recuerdos del porvenir*

OTAOLA  
*El cortejo*

SAUL BELLOW  
*Henderson, el rey de la lluvia*

LYDIA ZUCKERMANN  
*Triste columpio*

LUIS SPOTA  
*La carcajada del gato*

HORTENSE CALISHER  
*Entrada falsa*

VICENTE LEÑERO  
*Estudio Q*

ALAN SILLITOE  
*Sábado y domingo*

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ  
*El valle que elegimos*

CONSUELO ÁLVAREZ  
*La piedad desnuda*

LUIS SPOTA  
*Los sueños del insomnio*